DRAGON AGE

ASUNDER

A heroic fantasy novel in BioWare's newest role-playing universe!

• DAVID GAIDER •

Lead Writer of the Video Game
Dragon Age: Origins

BIOWARE™

La destrucción del Círculo de Magos de Kirkwall ha traído el caos a la vida de los magos y templarios en Thedas. Algunos magos están al borde de la rebelión contra sus observadores templarios, mientras que otros luchan para mantener el orden y la estabilidad en medio de las mareas del cambio.

En la majestuosa Aguja Blanca, en el corazón del poder templario en Val Royeaux, las tensiones han alcanzado el punto de ebullición. Las acciones de unos pocos radicales llaman la atención de los buscadores, un segmento poderoso y secreto de los templarios, que llegan a tomar el mando y restaurar el orden sin importar el costo. Para empeorar las cosas, un asesino místico acecha en las salas de la Aguja Blanca, invisible para todos excepto para un mago solitario.

Como Rhys es el único que puede ver al asesino, todas las miradas apuntan a él como el principal sospechoso en la investigación del asesinato. Con pocas esperanzas de probar su inocencia, el futuro de Rhys parece ser corto y sombrío. Sin embargo, su habilidad con la magia espíritu le gana un respiro, cuando es reclutado para una expedición que viaja a las profundidades de los páramos occidentales de Orlais. Allí, su destino se verá entrelazado con el de una hermosa templaria, un alma atormentada, y Wynne, heroína de la Ruina. Juntos van a descubrir un secreto mucho mayor de lo que imaginaban. Uno que va a cambiar el destino de los magos en Thedas siempre.



Dragon Age 3

Separado

David Gaider



Título original: *Dragon Age: Asunder*

Autor: David Gaider

Arte de portada: Ramil Sunga (Artista) Dean Andersen (Diseño)

Publicación del original: diciembre 2011

Traducción: CiscoMT

Revisión: Holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

30.03.17

Base LSW v2.2

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Dragon Age y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

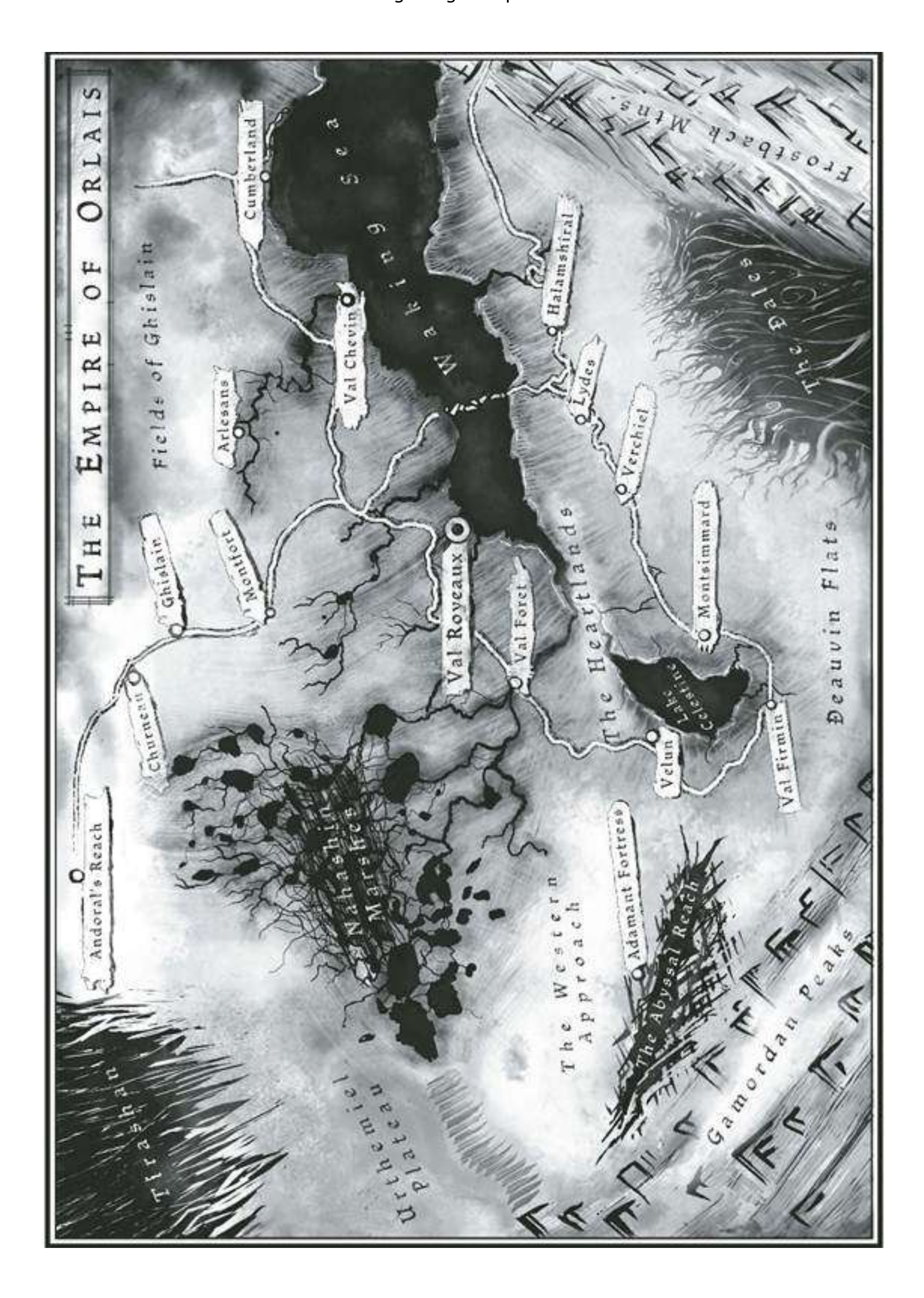
Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para Lee, mi mayor fan


The Empire of Orlais
Fields of Ghislain
Cumberland
Waking Sea
Frostback Mtns.
Halamshiral
Val Chevin
Arlesans
Lydes
The Dales
Verchiel
Montsimmard
Val Royeaux
Montfort
Ghislain
Val Foret
The Heartlands
Lake Celestine
Deauvin Flats
Churneau
Velun
Val Firmin
Andoral's Reach
Nahashin Marshes
Adamant Fortress
The Western Approach
The Abyssal Reach
Gamordan peaks
Tirashan
Uthemiel Plateau

Capítulo 1

Soy el Fantasma de la Aguja. Era un pensamiento incómodo, uno que Cole había apartado una y otra vez de su mente. Decían que los fantasmas no existían, que los muertos realmente no caminaban entre los vivos, pero alguna gente creía en ellos aún así. Creían que un hombre muerto podía perderse de camino al lado del Hacedor, para siempre a la deriva en una tierra de sombras.

Cole no estaba muerto. Aún así al mismo tiempo, no existía, y caminaba entre los vivos.

Había oído por encima a un par de magos hablando de él una vez, aunque no tuvieran ni idea de que lo estaban haciendo. Los había descubierto tarde en la noche, agachado en uno de los oscuros pasillos de la Aguja Blanca. Había tantos rincones ocultos así en la gran torre, lugares donde los magos iban para escapar de los ojos sospechosos de los templarios vigilantes, y Cole los conocía todos.

Cole sabía mucho menos de los propios magos. Sabía, sin embargo, que habían corrido un gran riesgo al colarse fuera de sus cámaras. Pocos de los templarios de la torre eran amables, y la mayoría creían que los magos constantemente conspiraban para cometer horrores indecibles… cuando la verdad era normalmente mucho más mundana. La mayoría de sus conversaciones consistían en cotilleos. Los magos se susurraban secretos los unos a los otros, a veces especulaciones ociosas sobre enredos románticos y otras veces cosas mucho más serias que sabían que eran ciertas pero que nunca podrían hablar de ellas abiertamente. Ocasionalmente se topaba con magos reuniéndose para una relación romántica en su lugar. En secreto presionaban carne contra carne, un acto desesperado de intimidad entre gente para las cuales tales momentos fugaces sólo podían serles arrebatados.

Había encontrado al par que hablaba de él sólo por casualidad, escuchando por encima sus susurros silenciosos mientras pasaba en las sombras. Una era una mujer hogareña de pelo largo del color de la paja, el otro un desgarbado chico elfo. Los reconocía a ambos, pero sólo de vista. Eran aprendices mayores, del tipo que tenía poco talento por la magia y que ya habían pasado demasiado tiempo preparándose para lo inevitable. Algún día pronto serían llamados por los templarios para su prueba final, y Cole nunca los volvería a ver… o los vería merodeando los pasillo como Tranquilos sin emociones, desgarrados de sus habilidades y condenados a pasar sus vidas en el servicio pasivo de sus atormentadores.

Cole recordaba el terror en sus ojos. La mujer hogareña llevaba un moratón en su mejilla, su morado moteado ya empezando a desvanecerse. Desde su escondite el par observaba furtivamente en busca de cualquier señal de guardias merodeando, sobresaltándose ante el más ligero sonido. Incluso el escabullirse de una rata les hacía saltar, aún así no salieron de su escondite.

Pese a toda su alerta, habían estado completamente ignorantes de la aproximación de Cole. No es que esperara otra cosa. Había caminado directamente junto a ellos, inclinándose cerca para escuchar.

—Te digo que lo he visto, —insistió la mujer, su voz teñida de asombro—. Estaba caminando por los pasadizos inferiores para coger un libro del Encantador Garlen, y ahí estaba.

—El fantasma. —El chico elfo no se molestó en ocultar su incredulidad.

—Oh, ¿puede haber dragones pero no fantasmas? —Su voz se volvió indignada—. ¡La Capilla no lo sabe todo! Hay cosas en el Velo que no es posible ni que empiecen a…

—Podría haber sido un demonio.

Ella se detuvo, su cara empalideciendo en un terror repentino.

—Pero… no trató de hablar conmigo. No creo que ni siquiera me viera. Pensé que quizás era un visitante, alguien que se había perdido, pero cuando lo seguí tras la esquina simplemente se había ido. —El chico elfo frunció el ceño, su voz bajando a un susurro difícil de oír incluso para Cole.

—Sabes lo que nos han enseñado. Cuando un demonio viene, no parecerá peligroso al principio. Será algo que te haga tener curiosidad, hasta que más tarde empieza a corromperte…

Ella miró a la distancia, su boca presionada con preocupación. Miró directamente a través de Cole, pero sólo un único pensamiento pasaba por su mente: *¿Realmente me vio?*

El chico elfo suspiró y la abrazó cerca, murmurando palabras reconfortantes sobre que no quería decir nada con su advertencia. Quizás ella tenía razón. La mujer asintió ausente, luchando por contener las lágrimas.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó finalmente.

—Estás burlándote de mí.

—No, quiero saberlo. ¿Quizás era un templario?

—¿Crees que no conozco a cada templario que hay en la torre a estas alturas? A algunos de ellos mucho más de lo que me gustaría. —Ella tocó el moratón de su mejilla, y el chico elfo frunció el ceño pero no dijo nada—. No, no tenía armadura ni túnica. Era simplemente un hombre, no mucho mayor que tú. El pelo alborotado, ¿quizás rubio? Cueros que parecían que necesitaran desesperadamente un lavado. Ha habido otros que lo han visto, y sus descripciones encajan con lo que yo vi.

—Quizás era un trabajador trabajando en los túneles.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien trabajó aquí abajo?

Él estaba perdido, y se encogió de hombros.

—Lo sé, sólo…

—Me acerqué lo suficiente como para ver sus ojos. —La mujer frunció el ceño, recordando.

—Parecía tan triste, como si se hubiera perdido aquí abajo. ¿Puedes imaginarlo? —Ella se estremeció, y el chico elfo sonrió reconfortante.

—Así que ese es el infame Fantasma de la Aguja. Los otros estarán tan celosos.

Su sonrisa en respuesta fue leve.

—Probablemente no deberíamos decir nada.

—Probablemente no.

Se quedaron allí un rato más, y Cole se quedó ahí. Esperaba que pudieran hablar más sobre lo que la mujer vio, pero no lo hicieron. Se agarraron las manos en la oscuridad y escucharon los sonidos silenciosos del cantar que flotaba desde la capilla de la torre desde muy arriba. Cuando el servicio de media noche terminó no quedaba nada salvo silencio, y el par reluctante volvió a sus cámaras.

Cole no les siguió. En su lugar se sentó donde ellos se habían sentado, dejando que el silencio le llenara. Sabía que no era un demonio. Nunca había visto uno antes ni había hablado con uno, eso lo sabía, y a no ser que alguien pudiera ser un demonio y no tener ni idea de ello, eso simplemente no era posible. ¿Un fantasma, en cualquier caso? De eso no estaba seguro.

Recordaba cuando vino por primera vez a la torre. Como cualquier otro mago antes de él, había llegado con terror, arrastrado por los pasillos por las duras manos de un templario.

No había tenido ni idea de qué era este extraño lugar, o ni siquiera cuánto habían viajado para llegar allí. Gran parte del viaje lo había pasado con los ojos vendados e inconsciente, y sus captores poco simpáticos se negaban a decirle nada. Hasta donde él sabía, iban a matarle.

Recordaba ser empujado por un pasillo oscuro, vacío salvo por un par de aprendices que se apresuraron por apartarse del camino. La mayoría de ellos evitaban encontrar su mirada, y eso solo sirvió para aumentar el miedo de Cole. Estaba siendo llevado a una mazmorra, un pozo del cual nunca iba a salir, por su crimen de ser un mago. Los templarios le gritaban esa palabra en tonos groseros, secos cuando necesitaban gritarle algo. Mago. Antes de ese día no era una palabra que Cole hubiera asociado consigo mismo. Era algo que sólo había oído en las lenguas de las sacerdotisas, una palabra de advertencia para aquellos que habían sido maldecidos por el Hacedor.

Y ahora eso era lo que él era. Maldito.

Le habían arrojado a una celda. Había yacido allí en el húmedo suelo de piedra, gimoteando. Esperaba una paliza pero no llegó ninguna. En su lugar, la puerta de la celda se había cerrado de golpe con un ruido diáfano; mientras que Cole estaba aliviado inicialmente, una vez que los hombres se fueron ese alivio se evaporó. Le habían dejado solo en la oscuridad con sólo las ratas por compañía. Las criaturas corrían invisiblemente a su alrededor, mordisqueándole con dientes afilados como navajas. Había tratado de alejarse reptando de ellas pero no había ningún sitio al que ir, nada que hacer salvo hacerse una bola y rezar.

Allí en el frío y la nada, había rezado por morir. Cualquier cosa sería mejor que esperar a que los templarios volvieran, anticipando cualquier nuevo tormento que hubieran planeado para él. Las sacerdotisas decían que los demonios se sentían atraídos hacia los magos, para transformarlos en terribles abominaciones… pero Cole no podía

imaginar nada más terrorífico que los propios templarios. No podía cerrar los ojos lo suficiente como para bloquear el recuerdo de sus ojos despreocupados.

No quería ser un mago. No quería descubrir cómo uno se convertía en un mago, y no encontraba nada maravilloso en la idea de la magia. Fervientemente rezaba al Hacedor, una y otra vez, para su liberación. Rezó hasta que su voz fue un susurro, rezó para que los templarios se olvidaran de que siquiera existía.

Y entonces tuvo su deseo. Eso es exactamente lo que hicieron.

Quizás había muerto allí en la oscuridad, y olvidado. Quizás así era como los fantasmas cobraban vida: eran aquellos que trascendían y se negaban a aceptarlo. Por lo tanto permanecían vagando en una vida que ya no les quería.

Cerró sus ojos firmemente. *Hacedor de allí arriba, pensó, si estoy muerto dame una señal. ¿No me quieres a tu lado, al igual que todas las sacerdotisas dijeron que querrías? No me dejes aquí.*

Pero no hubo respuesta. Nunca la hubo.

Si estaba muerto, ¿por qué dormía aún? ¿Por qué tenía aún hambre, y respiraba, y sudaba? Esas no eran cosas que una persona muerta hiciera. Sin importar lo que le llamaran, no era ni un fantasma ni un demonio.

Pero no significaba que fuera real.

Allí arriba, la Aguja Blanca estaba abarrotada de gente. Había muchos niveles en la gran torre, llenos de la luz del sol y amplios espacios. Cole raramente iba allí arriba. Estaba mucho más cómodo abajo, entre las cosas que los templarios habían olvidado así como las cosas que *querían* olvidar. Las bodegas de la torre alcanzaban las profundidades de la tierra, y eran su hogar.

Las primeras plantas de las cámaras inferiores de la torre eran los suficientemente inocentes. Contenían almacenes de cocina, así como las armerías, cámaras gigantes llenas de suficiente equipo y armas como para equipar a un ejército de templarios. Bajo eso estaban los archivos… habitaciones llenas de los libros que no querían mantener en las bibliotecas superiores.

Había libros sobre magia aquí, así como libros de música y filosofía, libros en lenguas olvidadas, e incluso libros prohibidos que ponían bajo llave. Normalmente los archivos permanecían vacíos, pero a veces Cole encontraba a un mago pasando largas horas leyendo a la luz de una vela. Nunca entendería que encontraban tan interesante en las palabras e imágenes. Los libros eran sólo papel viejo para él.

Mucho más interesantes eran los niveles que yacían debajo de los archivos. La parte más antigua de la torre era llamada “el Pozo,” y pocos salvo Cole habían explorado nunca sus profundidades. Había pasadizos inundados allí abajo hacía tiempo sellados tras ladrillos, sólo para caerse por abandono. Escaleras desvencijadas llevaban a almacenes antiguos, algunos llenos sólo de polvo, y otros con reliquias de aspecto extraño. Un gran mausoleo quedaba como un testamento silencioso a los templarios que habían muerto hacía siglos, estatuas desvanecidas de héroes olvidados alzándose sobre sus caparazones de mármol. Había encontrado escondites de tesoros, los dueños de los cuales habían

perecido hacía mucho tiempo. Había seguido los túneles oscuros que iban en círculos, o habían colapsado, o incluso llevaban a las alcantarillas de la ciudad. ¿Acaso alguien de arriba sabía de esto? Conocía cada parte del Pozo, todo salvo el área que yacía en su corazón. Las mazmorras estaban allí, cientos y cientos de celdas en múltiples niveles. Más de lo que los templarios nunca querrían, y muchas más de las que utilizaban. Las más viejas estaban llenas de poco más que los ecos silenciosos de los atormentados, dejados como una impronta indeleble en la piedra. Hacía que se le erizara la piel. Cole evitaba las mazmorras, sólo iba allí cuando absolutamente tenía que ir. Cuando lo necesitaba.

Como ahora.

Las antorchas no eran utilizadas en las mazmorras. En su lugar ponían piedras brillantes dentro de lámparas de vidrio, cosas que parpadeaban como llamas pero que ejercían una luz fría y azul. Magia, sabía él, ya que podía sentir su susurro acariciando su piel mientras pasaba. Incluso así, sólo se utilizaban escasamente. Sólo las suficientes para que los guardias vieran sus pies.

Había una entrada, una extensión intimidatoria de un pasillo con un techo cerrado y múltiples puertas de hierro, que podían cerrarse en un instante. Cualquiera atrapado dentro cuando eso sucedía sería atravesado por púas que volaban de agujeros oscuros en las paredes. Cole se estremeció cuando lo atravesó. No era la única trampa mortal en las mazmorras. Los templarios preferían que sus prisioneros murieran a que lograran escapar, y las viejas marcas de calcinamiento en las paredes hablaban de aquellos que habían hecho el intento.

Al otro lado de ese pasillo había una única estación de guardia, una única habitación con una pequeña mesa y un par de sillas. Vio una botella de vino abierta y dos copas a medio llenar, y platos cubiertos de los restos fríos de la cena.

Una capa colgaba de una percha, con dos cascos manchados de tierra en el suelo bajo ella. No había guardias presentes, y las puertas interiores seguían abiertas de par en par.

Debían estar dentro.

Cole vacilante caminó dentro de la prisión. El hedor a miedo, viejo y nuevo, inmediatamente asaltó sus fosas nasales. Las celdas se utilizaban a menudo. Cuántos prisioneros podía haber presentes ahora no tenía ni idea, aunque sabía que había al menos uno. Había oído temerosos sollozos más allá por el pasillo.

Había risas, también, junto con la charla superficial de los dos hombres. Sus voces hacían eco.

Cole reptó dentro hasta que vio las primeras sombras de luz azul por delante. Dos templarios en armadura estaban enfrente de una celda abierta, uno sosteniendo una lámpara brillante. Ninguno llevaba casco, y por lo tanto los reconoció… no lo suficiente como para conocer sus nombres, ya que conocía pocos, pero lo suficiente como para saber que esos dos eran cazadores despiadados, templarios que habían servido a su orden durante tantos años que cualquier lástima que hubieran sido una vez capaces de tener se había convertido en polvo.

—Cuidado, —advirtió el Portador de la Lámpara—. Esta sabe cómo conjurar fuego.

El otro, al que Cole llamó Nariz Grande, resopló con desdén.

—Me gustaría ver cómo lo intenta.

El gimoteo venía de dentro de la celda. Portador de la Lámpara puso sus ojos en blanco y se apartó.

—Yo no me preocuparía. No quedaba mucho fuego cuando la atrapamos. Aún menos ahora.

—Eh. ¿Crees que lo logrará?

—Probablemente sería mejor que no lo hiciera. —El par intercambió miradas de conocimiento mientras los gritos desesperados se volvían más fuertes. Nariz Grande se encogió de hombros y cerró la puerta de un golpe, tanteando con un gran aro de llaves de hierro hasta que encontró la que quería.

La cerradura se deslizó hacia su lugar con un sonido ominoso.

Los templarios se volvieron y caminaron hacia Cole, susurrándose el uno al otro. Una broma, seguida de una cruel risa entre dientes. Se quedó ahí donde estaba, nerviosamente conteniendo el aliento mientras se acercaba. Cuando le alcanzaron, sin embargo, hicieron lo que la mayoría hacía: caminaron a su alrededor, completamente ignorantes de que lo habían hecho.

Nunca era algo seguro, y Cole siempre medio esperaba que alguien le viera. Medio esperaba, aún así.

Agarró el aro de llaves del cinturón de Nariz Grande mientras pasaba.

Entonces se fueron. La lámpara brillante se fue con ellos, la única fuente de luz en la prisión, y ahora estaba perdida en la oscuridad. Cole lentamente dejó salir el aliento, esperando que el sonido de sus pasos se desvaneciera. Aún podía oír leves sollozos tras la puerta de la celda. Cerca el agua caía contra la piedra con un arrítmico *tap-tap-tap*. Las ratas graznaban cuando emergían de las paredes.

Pero no escuchó nada en las otras celdas. Si había prisioneros, estaban durmiendo o como si lo estuvieran.

Debía moverse. Trató de hacer que sus pies se pusieran en movimiento, pero estaban congelados. Se sentía inmaterial, como si estuviera hecho de la misma sustancia que las sombras y el primer paso le hiciera perderse en ellas para siempre. El pánico se alzó en él, y su corazón palpitaba. El sudor le caía por la cara.

Ahora no, estaba acobardado. *¡Aún no!*

Cole extendió el brazo hacia la pared. Parte de él tenía miedo de que su mano meramente la atravesara, que tropezaría y caería… y seguiría cayendo. Abajo y más abajo iría, un grito final tragado por un olvido negro. Pero su mano tocó la piedra. Bendita piedra fría. Jadeó agradecido y presionó su cara contra ella, dejando que su fría dureza arañara su piel.

Su respiración se ralentizó. Estaba temblando, pero aún así era real.

No es demasiado tarde.

Rebuscando en un bolsillo, sacó un pequeño montón de tela. Cuidadosamente lo desplegó y la radiación azul de una piedra brillante emergió. Para lo que pasaría a continuación, necesitaría luz.

Le llevó varios intentos hasta que encontró la llave que el templario había utilizado. Se giró silenciosamente hasta que el cierre saltó con un clanc chirriante. Entonces se detuvo… los gimoteos dentro se habían detenido abruptamente. Sin esperar a ver si el ruido daba una respuesta de los guardias, Cole tiró abriendo la puerta y caminó dentro de la celda.

La piedra brillante reveló una diminuta celda, incrustada de mugre. Estaba vacía salvo por un único cubo y una chica cubriéndose en una esquina, vestida en un jubón sucio manchado de sangre oscura. ¿Suya? ¿O de otra persona? El pelo negro de la chica colgaba en húmedas trenzas por sus hombros, y ella protectoramente ocultó su cara con sus brazos.

Durante un largo momento Cole no hizo nada, moviéndose de pie a pie mientras la observaba. Entonces se agachó, poniendo la piedra en el suelo junto a él. Su parpadeo se intensificó, mandando su sombra bailando alocadamente por las paredes. Podía oler a la chica incluso sobre el hedor de la celda: fuerte sudor, adornado de enfermedad. Ella temblaba, sin duda él estaría aquí para herirla. Así que esperó.

Tras un tiempo, un par de ojos enrojecidos miraron desde detrás de sus brazos. Ella era hermosa, o lo había sido una vez. Ahora estaba demacrada, exhausta por las pruebas que hubiera tenido que pasar para llegar aquí. La chica parpadeó ante la luz de la piedra brillante, con comprensión llena de terror. Ella miró a Cole y él le devolvió la mirada.

—Puedes verme, —dijo. Su alivio era palpable.

La chica jadeó como si hubiera sido golpeada, luchando para alejarse de él tanto como pudiera.

Ella retrocedió hasta una esquina en la celda como un animal enjaulado, jadeando con gravedad. Sus manos sucias arañaban las paredes, como si hacerlo le permitiera atravesarlas. Cole esperó hasta que sus esfuerzos desesperados disminuyeran y le mirara a los ojos una vez más.

—*Puedes* verme, —repitió él, más confiado esta vez.

—No pretendía quemarlo, —susurró entre respiraciones ajadas—. El fuego salió de mis manos, pero ni siquiera sabía por qué. Todo sucedió tan deprisa, traté de advertirles… —La chica cerró sus ojos, las lágrimas cayendo por sus mejillas sucias. Ella se limpió la cara con una mano temblorosa, manchando de tierra su cara.

Cole esperó. Finalmente, sus jadeos se silenciaron y ella le miró de nuevo, más en guardia esta vez. Aún agachada, no se había movido, y él vio el primer brillo de curiosidad.

—¿Eres un mago entonces? —preguntó ella—. Dijeron que vendría uno.

Él vaciló.

—No.

—Entonces… ¿quién eres?

—Me llamo Cole.

Esa era difícilmente la respuesta que ella estaba buscando. Ella le miró expectante, pero él no dijo nada.

—Pero… si no eres un mago, —preguntó finalmente—, ¿entonces qué estás haciendo aquí? ¿Qué quieres de mí?

—Vine porque puedes verme. —El extendió el brazo bajo su pechera de cuero y sacó una daga de su funda. Era una hoja ornamentada con una elaborada empuñadura de latón tallada con la forma de la cabeza de un dragón. Su longitud brillaba en la luz azul, y los ojos de la chica se fijaron en ella en una pura incredulidad—. Lo sentí cuando te trajeron aquí, —continuó él—. Sabía que lo harías, incluso antes de conocerte.

La boca de la chica se abrió, y entonces se cerró de nuevo. Cuando habló su voz era muy baja.

—¿Vas… a matarme?

—Eso creo. Sí.

Un pequeño jadeo se escapó de ella.

—¿Porque soy una maga?

—No, no es eso.

—Entonces… ¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

—No me has hecho nada. —La emoción se alzó, una desesperación que había presionado dentro de él ahora luchando por escapar. Le dejó sin aliento, y por un momento puso su cabeza sobre sus rodillas y se meció hacia atrás y hacia delante. Parte de él se preguntaba si la chica utilizaría su magia sobre él si tuviera la oportunidad. ¿Conjuraría fuego, como el templario advirtió? ¿Cómo sería eso? ¿Podría matarle? Pero ella no hizo nada. Cole luchó por recuperar la concentración y exhaló de una, lento y largo, antes de alzar la mirada de nuevo. La chica estaba congelada. No podía apartar la mirada de su daga, y quizás ni siquiera había considerado que pudiera hacer nada para detenerle.

—Me estoy… desvaneciendo, —murmuró él—. Puedo sentirme deslizándome entre las grietas. Tengo que hacer esto, lo siento.

—Gritaré.

Pero no gritó. Vio la idea reptar dentro con la revelación de que al hacerlo sólo llamaría de vuelta a los templarios, si acaso atraía a alguien. Incluso enfrente de un hombre armado directamente frente a ella, esa posibilidad era incluso peor. Era algo que él entendía demasiado bien. Lentamente ella cayó al suelo, derrotada.

Cole se acercó hacia delante, su corazón golpeando alocadamente en su pecho. Extendió el brazo y tocó la mejilla de la chica, y ella no flaqueó.

—Puedo hacer que se vaya. —Las palabras eran gentiles, y él alzó la daga para demostrar su promesa—. El dolor, el miedo. Puedo hacerlo rápido. No tienes por qué quedarte aquí y ver que te tienen reservado.

Ella le estudió, misteriosamente calmada.

—¿Eres un demonio? —preguntó finalmente—. Dicen que es lo que les pasa a los magos. Los demonios vienen y les convierten en monstruos. —Entonces ella sonrió, una sonrisa inerte que hacía juego con sus ojos muertos—. Pero no necesitas hacerlo. Yo ya soy un monstruo.

Él no respondió.

—Dije que no pretendía quemarlo. Eso es lo que les dije a *ellos*, también. Pero mentí. —La confesión salió de ella como un veneno frío—. Oí a mi madre, a mi padre, a todos ellos gritando, y no hice nada. Quería que ardieran. Me *alegro* de que estén muertos.

Su secreto dicho, la chica tomó aliento profundamente y parpadeó para librarse de las lágrimas. Miró a Cole expectante, pero él sólo suspiró.

—No soy un demonio, —dijo él.

—Pero… ¿qué eres entonces?

—Estoy perdido. —Él se levantó y le ofreció su mano. Ella vaciló, pero entonces asintió ausente. Él la hizo ponerse en pie, donde ella estaba a sólo centímetros de distancia. Allí a la luz azul de la piedra brillante, una extraña intimidad les envolvió. Podía ver cada marca de su piel, cada mancha que las lágrimas habían dejado en sus mejillas, cada mecha de pelo.

—Mírame, —le pidió él.

Ella parpadeó confundida, pero le hizo caso.

—No, *mírame*.

Y ella lo hizo. La chica miró a Cole, miró *dentro* de él. Él iba a matarla, y ella lo sabía. Él pasaba por la vida, sin ser visto y rápidamente olvidado por todos, pero para ella, en ese momento, él era la cosa más importante del mundo.

Ella sabía lo que era ahora. Cole era su liberación, una salida de un mundo lleno de terror. Vio el alivio cansado en sus ojos, mezclado con el miedo. En aquellos ojos se ancló, y se sintió real.

—Gracias, —jadeó él, y metió la daga en su pecho.

Ella jadeó en shock, pero no apartó la mirada. Él impulsó hacia arriba, clavando la daga profundamente en su corazón. Ella convulsionó, un borbotón de sangre brillante estallando por su boca.

Entonces, con un estremecimiento final, ella colapsó en sus brazos.

Cola la sostuvo cerca, mirándola a los ojos. Bebió a cada momento mientras la vida fluía fuera de ella. Fue un instante que parecía extenderse eternamente… y entonces ella se fue.

Temblando, dejó que el cuerpo se deslizara de la daga y cayera sin vida en el suelo.

Era sólo vagamente consciente de la cálida sangre que cubría la hoja, sus manos, toda la parte delantera de sus cueros. No dejó de mirar a aquellos ojos, mirando hacia la nada. Se arrodilló y los cerró, dejando una mancha escarlata por sus párpados. Entonces se tambaleó hacia atrás, inclinándose contra la pared de la celda. Era difícil respirar.

Necesitas parar.

Requirió cada fragmento de voluntad que le quedaba, pero apartó sus ojos de ella. Como un hombre borracho, se tambaleó hacia la piedra brillante y la cogió del suelo, envolviéndola de nuevo en la tela hasta que la celda se quedó en una bendita oscuridad una vez más. Cogió aire lenta y deliberadamente mientras se llevaba bajo control.

Casi había olvidad cómo era estar conectado, sentir como que pertenecía al mundo. Parte de él estaba seguro de que los templarios estarían a punto de venir corriendo, que toda la Aguja Blanca se daría cuenta de inmediato de quién era… el mago escapado que caminaba entre ellos. El Fantasma de la Aguja.

Vendrían con sus hechizos y sus espadas. Le tirarían al suelo, y entonces sería encerrado en una celda de nuevo. Se perdería en esa negrura hasta que llegaran a encargarse de él de una vez por todas. Esta vez no se olvidarían de él. Esta vez la puerta se abriría y le verían yaciendo allí, y para entonces él estaría rogándoles que acabaran con él.

Pero nadie vino.

Nadie vino nunca.

Capítulo 2

Entre la nobleza en Orlais, la costumbre dictaba que las máscaras fueran llevadas en público. Estas delicadas obras de arte eran pintadas para indicar la riqueza de una familia. Algunas eran ungidas de diminutas joyas colocadas en vistosos patrones, mientras que otras estaban cubiertas de plata y oro. Aún así otras iban más allá con sus decoraciones de plumas de pavo real o brillantes escamas de dragón. Tener una máscara más bonita que la de un rival era visto como una ventaja, y por lo tanto los artesanos de máscaras del Imperio se contaban entre los más influyentes y buscados.

Los sirvientes llevaban una versión más simple de la máscara tradicional de la casa de su amo o señora, un claro mensaje para cualquiera que los viera: *tengo dueño, y si me hieres es corriendo el riesgo de despertar la ira de aquel al que sirvo*. Llevar una máscara para la cual no tenías título era extremadamente peligroso. Un noble sabio protegía su máscara como protegía su reputación.

Estar sin una máscara en Orlais, entonces, era una declaración. Decía que o eras un campesino ni siquiera lo suficientemente útil como para ser parte de una casa noble, o que te considerabas a ti mismo por encima del Juego. Para la élite, sin embargo, nadie estaba por encima del Juego. Eras o un jugador o un peón, nada más.

Justinia V, Divina de la Capilla y la invitada de honor en las festividades de la noche, no iba enmascarada. Ni lo estaba la bandada de sacerdotisas que la atendía. El sacerdocio no estaba por encima del Juego, precisamente, sino que era una excepción al mismo, y cualquier noble se esperaba que mantuviera una impecable veneración de respeto cuando hablara con una sacerdotisa sin importar lo que llevara. Muchas sacerdotisas se unían al Juego aún así, y algunas incluso clamaban que la Divina era una de sus mejores jugadores. El sacerdocio simplemente jugaba con normas diferentes.

Evangeline tampoco llevaba una máscara. Como templaria, técnicamente caía bajo la misma excepción que el sacerdocio. Era una excepción, sin embargo, que la nobleza ignoraba a grandes rasgos.

También era la única en la sala de baile de palacio que llevaba armadura y un arma. Sus placas de templario habían sido pulidas para brillar, y llevaba su túnica roja más fina, la que tenía la estela de la Capilla bordada en hilo de oro. Incluso se había recogido el pelo en el tipo de trenza elegante utilizada por las mujeres en la corte. Incluso así, empalidecía en comparación a todos los vestidos brillantes, las pelucas abombadas con sus pulseras vistosas y collares de perlas, la joyería resplandeciente a la luz del fuego, y ella lo sabía.

Evangeline sabía muy bien lo que las mujeres de la corte que miraban hacia ella estaban pensando, y sabía el tipo de cosas que estaban susurrándose las unas a las otras tras sus delicados abanicos. Alguien tan hermosa como ella podía haber encontrado a un marido. El hecho de que se hubiera unido a una orden guerrera significaba o que venía de una familia pobre o, mucho peor, que era demasiado *basta* como para unirse a las filas de la propia sociedad.

Ninguna de esas cosas era cierta, pero no importaba. No estaba allí para jugar al Juego. Estaba allí para servir como la guardia de honor de la Divina, un recordatorio visible para aquellos que pudieran utilizar la celebración como una excusa para causar problemas.

Ostensiblemente el baile era dirigido por la Emperatriz, pero Su Majestad Imperial no estaba aquí de forma evidente. De acuerdo a todo lo que le habían dicho a Evangeline, estaba en su lugar en el Palacio de Invierno en el distante Halamshiral… o disfrutando de las atenciones de su último amante o tratando con una rebelión, dependiendo de a quién preguntaras. De cualquier modo, estaba claro que el evento había sido organizado por los burócratas del palacio, no es que a ninguno de los invitados pareciera importarles. Mostrarse era la prueba de que eras digno de una invitación, y ese hecho solo hacía que mereciera la pena. La sala de baile estaba abarrotada.

La Divina estaba sentada en un trono enorme, ornadamente tallado de Madera que había sido traído especialmente para la ocasión. Estaba alta en una tarima, proveyendo de un punto de ventaja desde el cual podría ver toda la cámara. También significaba que cualquiera que se aproximara a ella necesitaría hacerlo desde debajo. A los nobles Orlesianos no les gustaba que se les recordara su subordinación, incluso por alguien que era incuestionablemente su superior, y por lo tanto, una vez que la larga fila de educados buenos deseos pronto en la noche hubo terminado, pocos escogían acercarse del todo.

Por lo tanto la invitada de honor se sentaba allí en un silencio rígido, con sólo la sacerdotisa sirviente manteniendo vigilia a su lado. Ella observaba a las filas de bailarines arremolinarse en la sala de baile, su expresión se mantenía neutral así que ninguno podría acusarla de aburrimiento. Si se sentía incómoda en la voluminosa túnica roja y en el tocado brillante, no hacía ninguna señal de ello. Evangeline pensaba que la Divina era la misma imagen de la gracia helada, aún así la mayoría de los comentarios que oía por encima eran sobre la edad de la mujer. Su predecesora había mantenido el oficio durante casi cincuenta años, tanto que el Imperio se había acostumbrado a la idea de una Divina antigua y renqueante. Ahora las cosas habían cambiado, y algunos expresaban un deseo de que Justinia V no viviera para hacerse mayor.

De un modo típicamente Orlesiano sólo lo hacían en silencio, por supuesto, y con dagas ocultas tras sus espaldas. Era de la elegida por el Hacedor de quien estaban discutiendo, después de todo. Evangeline encontraba su ansiedad por justificar tal sacrilegio con insignificantes muecas y sarcasmos casi enfermizos, pero así eran las costumbres del Imperio.

Los músicos, un gran conjunto reunido alto en la galería superior de la sala de baile, de repente empezaron una melodía más rápida. Aquellos en la planta de abajo aplaudieron su elección y empezaron a reunirse para el *tourdion*. Era una danza viva que se había vuelto popular desde que un reciente rumor clamaba que la Emperatriz lo favorecía.

Los bailarines se alinearon unos enfrente de otros y asumieron la *posture droit*, el pie derecho ligeramente hacia el frente con su peso equilibradamente distribuido. Entonces

comenzaron: una pequeña patada al aire con el pie izquierdo seguido de un pequeño salto con el derecho, alternando hasta que en el quinto paso hacían un pequeño salto de vuelta a su posición. Entonces empezaba de nuevo.

Todos los pateos y saltos hacían un buen espectáculo. Había mucha alegría ebria en la planta de la sala de baile, aunque alguno de los bailarines se entregaba al empeño con una gracia practicada. La multitud en las filas laterales aplaudía fuertemente en admiración, e incluso la Divina y sus sacerdotisas se unieron.

Conforme el tempo de la música aumentaba, el paso del baile se volvía frenético. De repente hubo un grito de alarma… una joven tirada al suelo, destrozando su falta y llevándose a otras tres con ella. Peor aún, su máscara salió volando y aterrizó en el suelo con un gran claqueteo. La música se detuvo mientras un murmullo de interés mezclado con entretenimiento estallaba.

Nadie se movió para ayudar a la joven. Se quedó reptando extrañamente para ponerse en pie, sosteniéndose los restos de su falda mientras perseguía su máscara. Una mujer de aspecto imperioso con una alta peluca de rizos blancos, claramente la madre, corrió fuera hacia el suelo para agarrarla del brazo y tirar de ella. La cara de la madre estaba oculta por su máscara dorada, pero cada movimiento suyo hablaba de una mortificación más que preocupación.

Un observador hábil podría haberse percatado de que otra joven en un vestido amarillo brillante había sido la auténtica responsable de la caída. También se habrían percatado de que mientras los músicos empezaban una nueva canción, más lenta para recuperarse de la interrupción, ella se movió para interceptar al caballero enfrente del cual había estado bailando la chica que se había caído. La verdad sea dicha, Evangeline sospechaba que todos los presentes sabían exactamente qué había hecho y por qué. También aprobarían en silencio su maniobra. El Juego era tan despiadado como desdeñoso.

Evangeline mantuvo su posición enfrente de la plataforma de la Divina, escaneando la multitud cuidadosamente. Sus piernas estaban destrozadas por estar de pie tanto tiempo, y el hedor almizclado del sudor cubierto por el perfume dulce estaba siendo lentamente difícil de soportar. Aún así, tenía que estar vigilante. El problema con tantas máscaras era que cualquiera de ellas podía ocultar a un asesino. Cualquiera aquí podía ser un extraño, y ni un solo invitado estaría al tanto de que no pertenecía aquí. Tenía que esperar que el ejército de guardias justo fuera de la sala de baile hubiera sido diligente en su deber. Mientras tanto, sólo podía esperar. Otra hora, quizás, antes de que la Divina educadamente se retirara, y entonces su deber terminaría.

—No puedes esperar a irte, según veo.

Evangeline se giró para ver que una de las asistentas de la Divina se había aproximado a ella desde la plataforma. Esta era una que había visto antes: una mujer con el pelo rojo y corto y unos ojos azules vívidos que manejaba de una forma tan controlada y grácil que Evangeline no se habría sorprendido de descubrir que no era una sacerdotisa

del todo, pese a las túnicas. ¿Una guardaespaldas, quizás? Ciertamente tenía sentido que la Divina no confiara su destino a una única espada. Evangeline se ofendía difícilmente.

—Su Eminencia no necesita temer que la abandone, —respondió ella.

La mujer alzó una mano, sonriendo inocentemente.

—Oh, no quise sugerir que pudieras. Haces un trabajo mejor guardándote tus sentimientos que la mayoría de templarios que he conocido. Aún así, esta debe ser una tarea muy aburrida para ti.

Evangeline se detuvo, sin estar del todo segura de cómo responder.

—Creo que mi Caballero Comandante creyó que podría estar más… cómoda en estas circunstancias, considerando la familia en la que nací.

—Pero no lo estás.

—Dejé esa vida atrás hace mucho tiempo. —Ella miró a la multitud de bailarines que estaban terminando la última canción. Vigorosamente aplaudieron a los músicos en la galería, y se dispersaron en la conversación. Era como observar a una manada de lobos en marcha. Sacaban a los más débiles de la manada, aislándolos en anticipación a la matanza. La única violencia cometida, sin embargo, era con palabras suaves y promesas. La sala de baile era un campo de batalla, ya amontonado de cuerpos, y aún así ninguna guerra estaba siendo ganada. En la siguiente reunión social esta escena se representaría de nuevo, y de nuevo en la siguiente, tan constante como la marea—. Todas esas riquezas e influencia, ¿y para qué las utilizan? Su propio avance, mientras su mundo se tambalea a su alrededor.

La mujer pelirroja parecía impresionada.

—Estaría de acuerdo con eso. Sé que Su Eminencia lo estaría, también.

—Eso nos hace tres, entonces.

Ella rió de corazón, y extendió su mano.

—Perdón por mis modales atroces. Me llamo Leliana.

—Capitán Caballero Evangeline.

—Oh sí, lo sé. Hubo una gran discusión sobre quién debería estar protegiendo a la Divina esta noche. Muchos de aquellos en tu orden de un rango similar, después de todo, han expresado ciertas… posturas que nos causan gran preocupación.

Hubo un tono en la voz de la mujer que despertó el interés de Evangeline, como si hubiera mucho más en lo que estaba diciendo de lo que dejaba salir. Cuando Leliana caminó una corta distancia alejándose hasta una mesa lateral y llenó un vaso de vino, Evangeline la siguió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella—. ¿Qué tipo de preocupación?

—Estás al tanto de lo que sucedió en Kirkwall.

—¿No lo está todo el mundo?

Leliana hizo un gesto a las filas de ventanas majestuosas al otro lado de la sala de baile, a través de las cuales la Aguja Blanca era claramente visible. Era una de las pocas estructuras aparte del propio palacio que podía verse desde cualquier parte en la capital, y por la noche se iluminaba con magia para hacerla parecer una hoja brillante de blanco

cortando a través de la oscuridad… la espada del Hacedor, como a los templarios les gustaba llamarse.

—El Círculo de Magos en Kirkwall se rebeló y llevaron la ciudad a la guerra, y hemos estado sintiendo los efectos por todo Thedas desde entonces. Los templarios ahora tienen dos formas de las que pueden verlo: o como un desafío a su autoridad… o como una lección que aprender.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? No creo que haya expresado una opinión en un sentido o en el otro.

—¿No? —Leliana sorbió de su vaso, estudiando a Evangeline sobre él con entretenimiento brillando en sus ojos—. Dices que la nobleza no hace nada útil con su influencia. ¿Y no leo de eso que sientes que los templarios son diferentes?

De nuevo el significado oculto.

—Por supuesto que sí. Protegemos al mundo de los magos y a los magos de sí mismos… no porque nos lo pidan, o porque la tarea sea fácil, sino porque es lo correcto.

—Eso me suena a una opinión.

—Es una que resulta que comparto con el resto de mi orden.

—Si tan sólo fuera cierto. —Leliana pareció sombría por un momento, pero entonces se encogió de hombros—. Hay muchos que creen que una guerra es inevitable, y que la Capilla no ha hecho lo suficiente para apoyar los esfuerzos que los templarios han hecho para evitarla. Dicen que debemos empezar a escoger bando.

—¿Y estás diciendo que fui elegida para proteger a la Divina esta noche porque tú crees que he escogido un bando?

—No puedo decirlo. Eso podría merecer una discusión.

Evangeline se detuvo, abatida. La mujer pelirroja continuó bebiendo su vino, su aire inocente haciendo que pareciera como si no discutieran nada de importancia.

Al otro lado de la sala de baile otro templario entró a la vista. Era un joven, uno de los miembros júnior de la orden, y la película de sudor de su cara decía que había venido aquí rápidamente.

—¡Ser Evangeline! ¡Gracias al Hacedor que la he encontrado! —Se detuvo en seco mientras se acercaba, dándose cuenta con retraso de que había interrumpido su conversación.

Leliana se rió ligeramente, sin parecer ofendida en lo más mínimo.

—No hay necesidad de preocuparse, joven ser, aunque espero que tengas un buen motivo para traer tu espada. Se supone que sólo debería estar la única, después de todo. —Ella inclinó su cabeza hacia la espada que colgaba en el cinturón de Evangeline.

El joven templario miró a su arma, aún en su funda, y se ruborizó con vergüenza.

—Lo siento, no pensé…

—¿Tienes un propósito aquí? —le recordó Evangeline.

—Yo, eh… ¡sí! —Aliviado, cogió un pergamino plegado de su túnica y se lo dio—. Fui mandado por el Caballero Comandante. Ha habido otro asesinato en la Aguja Blanca.

—¿Lo ha habido? —Un escalofrío recorrió la columna de Evangeline mientras abría el pergamino. Era una nota convocándola de vuelta a la torre tan pronto como la Divina se retirara para la noche. También mencionaba que el Lord Buscador había tomado un interés personal en este último asesinato. Leyendo entre líneas, estaba claro que el Caballero Comandante consideraba esto un desarrollo incómodo—. Dile que volveré tan pronto sea capaz.

El templario asintió, pero en lugar de marcharse, vaciló. Miró a Leliana, mordiéndose el labio inseguro, y arqueó una ceja curiosa en respuesta.

—Lo siento, madame, pero creo que tengo un mensaje para usted también.

—¿Oh? ¿De los templarios?

—No, había un sirviente fuera buscándola. Una sacerdotisa pelirroja con la Divina, dijo él. Me dijo que hay un viejo amigo pidiendo verla.

—¿Un viejo amigo? —Ella parecía intrigada—. ¿Dijo este sirviente cuál?

—No, madame. Dijo que esta persona venía de Ferelden, si eso ayuda.

—Lo hace. —Ella se volvió hacia Evangeline e hizo una reverencia—. Parece que nuestra conversación tendrá que continuar en otro momento, buena ser. Que el hacedor cuide de ti hasta entonces.

—Y de ti. —Evangeline observó a la mujer marcharse con el joven templario, y encontró que le picaba la curiosidad aún más que antes. Se decía que la Divina mantenía a agentes a su lado, y que algunos de ellos eran bardos… maestros manipuladores del Juego, a veces espías e incluso asesinos. Si esta mujer era uno, entonces su conversación había sido una muy peligrosa.

Evangeline miró como si nada a la sala de baile, preguntándose cuánta gente había sido testigo de su discusión y se había fijado en ella. ¿Le llegarían las palabras de vuelta al Caballero Comandante? Este era un momento difícil para los templarios. La rebelión en Kirkwall había encendido la chispa de la intranquilidad en cada Círculo por todo Thedas, y la grieta resultante había hecho las cosas más tensas. Todo el mundo saltaba a las sombras, viendo conspiraciones en cada esquina. La Aguja Blanca no era ninguna excepción.

Afortunadamente, nadie parecía estar prestándole ninguna atención. La Divina era un ornamento a estos procedimientos, hasta donde le concernía a la nobleza Orlesiana, y Evangeline era un guardaespaldas para que no se le prestara atención ninguna. Ella dejó salir el aire lentamente y volvió a su puesto enfrente de la plataforma. De lo que debía preocuparse era de los asesinos. Su investigación no había llegado a ninguna parte, y en el clima actual eso era un fracaso imperdonable. Con algo de suerte, habría más evidencias esta vez.

El baile lentamente se fue apagando, los músicos ya haciendo sus reverencias finales y apartando sus instrumentos. Algunos de los hombres se estaban retirando a la “sala de noche” del palacio, lo cual era una forma educada de decir que iban a beber bastante y fumar pipas de kohl y meterse en actividades que sus esposas no aprobarían. Convenientemente, esto dejaba a las mujeres libres para quejarse sobre sus maridos

ausentes y satisfacer ciertos emparejamientos. Otros ya estaban disculpándose —aquellos serían los que cortarían sus pérdidas, saliendo antes de que dañaran más sus reputaciones— aunque marcharse ante la invitada de honor sería visto como una admisión de debilidad.

Como si percibiera la oportunidad, la Divina se levantó de su silla. Las sacerdotisas junto a ella dieron un paso hacia delante en la plataforma y empezaron a aplaudir con fuerza para atraer la atención de la multitud. Era eficiente, y había un murmullo general de conversación excitada mientras todo el mundo se reunía en anticipación de un discurso. Evangeline se movió a un lado para no bloquear la vista de nadie.

Asintiendo en agradecimiento a sus sirvientes, la Divina alzó sus manos. Era una figura impresionante con sus túnicas y su tocado ceremonial, y por derecho la nobleza debería haber estado inclinándose y agradeciendo al Hacedor en persona por habérsele dado la oportunidad de conocer a Su elegida, en lugar de tratarla sólo como otra invitada con un título vistoso. Naturalmente aquellos que estaban presentes estaban demasiado cansados, o eran demasiado orgullosos, para mostrar tal respeto… pero estaban dispuestos a fingir respeto, y después de un largo momento la habitación se quedó completamente en silencio.

—Ciudadanos honrados, hermanos y hermanas, —comenzó ella, su voz sonando fuerte—. Nos reunimos aquí esta noche para dar nuestras gracias al Hacedor, ya que es por Su voluntad que disfrutamos de tantos privilegios: prosperidad, libertad, un imperio que se extiende por medio Thedas. Es en esta ciudad que el Cantar de la Luz comenzó por primera vez su viaje hacia las cuatro esquinas del mundo, y así es lógico que nos detengamos para considerar nuestro rol como los niños favorecidos del Hacedor.

La Divina se detuvo, y con una sonrisa enigmática descendió de la plataforma. Evangeline casi se atraganta de la sorpresa, y la alarma apenas oculta en las caras de las sacerdotisas aún en la plataforma le decía que esto era muy inesperado. De hecho, no se había oído de ello.

Silbidos de maravilla se esparcieron a través de la sala de baile mientras Su Eminencia se aproximaba a los más cercanos. Algunos retrocedieron inseguros, mientras que otros tenían la buena gracia de hacer una reverencia o arrodillarse. Los líderes de la Capilla siempre habían sido figuras distantes, raramente saliendo de la Gran Catedral excepto para ocasiones de estado. Que esta aceptara venir a un baile, incluso ante la petición de la Emperatriz, había sido una sorpresa. No había por lo tanto un auténtico precedente para que los nobles perfilaran nada salvo una audiencia normal.

Ella tomó la mano de una mujer mayor haciendo una reverencia en un vestido de color bronce elegante, y la mujer prácticamente temblaba mientras se alzaba la máscara y besaba los anillos de la Divina. Sonriendo gentilmente, la Divina caminó hacia delante hacia la multitud; se separaron rápidamente ante ella. Prácticamente retrocedieron, de hecho, y Evangeline los imaginó como serpientes siseando pese a todas las pelucas y vestidos vistosos.

Con retraso, recordó su propósito y bordeó cerca para caer detrás de la Divina. Sus ojos escanearon la multitud, que mantuvo su distancia incluso mientras presionaba. Pese al horror tras aquellas máscaras, era fácil decir que les había picado la curiosidad. ¿Una ventaja, quizás, de tener a una mujer más joven llevando el manto sagrado?

—No deberíamos permitir que el miedo nuble nuestra razón, —continuó la Divina—. Debemos recordar todos aquellos que nos han defendido en los tiempos malignos de las eras pasadas, que nos han permitido nuestra prosperidad a través de su sacrificio. Les debemos una deuda, y aún vergonzosamente nos hemos olvidado de ese hecho.

La Divina se detuvo dramáticamente, sus ojos escaneando la audiencia en silencio.

—Hablo de los magos. El Cantar de la Luz dice, “La magia existe para servir al hombre, y no para gobernarlo.” Y así ha sido. Los magos nos han servido bien, en muchas guerras durante muchos siglos, ¿aún así en los tiempos de paz cómo les hemos servido nosotros a ellos? No pretendemos herirles, ¿aún así no los hemos herido de todos modos?

—¡Mientes! —El grito sonó desde la multitud. Por un momento, parecía como si nadie estuviera seguro de quién había hablado. Había un murmullo de shock, y rápidamente los nobles se separaron una vez más mientras un nuevo hombre caminaba hacia delante. No parecía diferente a ninguno de los otros nobles invitados, un caballero calvo aunque de aspecto distinguido con una capa de terciopelo negro. Cuando se quitó su máscara, sin embargo, reveló una cara retorcida por el dolor y la ira.

—¡Pretendéis herirnos siempre! ¡Es la Capilla la que les enseña a temernos! —continuó él—. ¡Nos mantenéis bajo vuestro pulgar, recordándonos una y otra vez cómo nos dejáis vivir sólo porque somos *útiles*!

La gente en la sala continuó retrocediendo, dándole al hombre un amplio espacio hasta que estuvo prácticamente sólo con la Divina, Evangeline sólo a un par de paso atrás. Ella puso una mano en la empuñadura de su espada. Si este hombre era un mago tal y como clamaba, eso significaba que era peligroso. Si desenfundaba su espada, o si los guardas fuera entraban perturbándole, entonces la vida de la Divina podía ponerse en peligro.

Para su crédito, la Divina permaneció calmada, alzando sus manos en una súplica hacia la multitud.

—Por favor, todos, —gritó ella—: no hay necesidad de asustarse. Hay formas mejores de tener una audiencia, se lo garantizo, pero alegremente escucharé hablar a este hombre.

La audiencia gorjeó nerviosa, no del todo convencida. Ni tampoco lo estaba el mago.

—¿Me escucharás hablar? ¡Has desmantelado el Colegio de Encantadores, silenciado a nuestros líderes! ¡Has hecho de todo *salvo* escucharnos!

—Estoy escuchando, —respondió ella—, pero debe mantenerse el orden; seguro que se da cuenta de eso. Si tiene que haber paz, no puede lograrse a través de amenazas y exigencias. Las vidas de muchos más que los magos están en juego.

Evangeline observó al mago con cuidado. El hombre no debería estar aquí. Por sus palabras, pertenecía a un Círculos —quizás incluso a la Aguja Blanca, aunque ella no le reconocía— pero claramente había escapado de sus vigilantes templarios para venir. Ella dudaba que fuera meramente para una charla.

Estaba temblando, aparentemente sólo a momentos de romper a llorar… aún así sus puños permanecían firmemente apretados a sus lados.

—No vemos que se logre ninguna paz, —escupió él—. Si Kirkwall fue algún ejemplo, nos mostró que nada puede lograrse a no ser que luchemos por ello.

Con eso alzó sus manos, y un poder rojo brillante empezó a juntarse a su alrededor. La cámara se llenó de una carga eléctrica que erizaba la piel, un golpear que reverberaba profundamente en el cráneo de uno. Magia. El dique que había mantenido el pánico de la multitud a ralla de repente se rompió. La gente gritó alarmada, y algunos empezaron a correr hacia las puertas de la sala de baile. Empujaban a quien fuera que estuviera en su camino, agarrándoles si era necesario, y el pánico dio paso a los gritos de terror.

Evangeline saltó enfrente de la Divina. En un resplandor desenvainó su espada y se la mostró al hombre. Sus ojos enfrentados: templaria y mago, los más viejos enemigos.

—Retrocede, —le advirtió ella—. Sabes lo que puedo hacer. No hay necesidad de terminar esto en sangre.

Él dejó salir un sonido que era mitad risa, mitad jadeo desesperado.

—¿Y de qué otra forma debería terminar? Ya estoy muerto.

El mago extendió sus manos, un amplio arco de llamas estallando hacia delante, pero Evangeline ya estaba moviéndose.

—¡Retroceda, Su Eminencia! —gritó ella, esperando que la Divina la escuchara. Ella cargó hacia el camino del fuego, sintiendo su calor lamer sus mejillas, y bajó su espada sobre su pecho.

Tenía un poder propio, el mismo poder que todos los templarios compartían. Era un poder que los magos temían. Mientras la espada le golpeaba ella lo canalizó hacia delante, sintiéndolo recorrerla a ella y a su arma. Hubo un flash brillante mientras el flujo de maná del mago se interrumpía, sus llamas deteniéndose.

—¡Zorra! —gritó él, tambaleándose hacia atrás. Había sangre donde sus ropas habían sido desgarradas. Él hizo pasar sus dedos, mirando a la sangre como si le sorprendiera verla ahí. Entonces miró a Evangeline, su cara retorciéndose en odio ciego.

Ella corrió hacia el mago, dándose cuenta de lo que estaba a punto de hacer, pero era demasiado tarde. La sangre en sus manos siseó y se evaporó mientras recogía maná directamente de ella. La sangre en su pecho humeó, y sus ojos ardieron con un poder oscuro y maligno.

Evangeline sintió la oleada de fuerza golpearle antes de que ella le alcanzara. Intentó alzar su aura de protección, pero la magia la destrozó como si fuera cristal fino. Le arrebató el aliento, y se sintió volando de espaldas por el aire. Chocó contra el suelo de mármol, tambaleándose una y otra vez mientras se deslizaba. Su cabeza golpeó algo con fuerza.

Ella yació allí, el mundo girando mareado a su alrededor mientras ella trataba de levantarse. Sus brazos no parecían querer cooperar. Los gritos en la sala de baile eran diáfanos, pareciendo venir de todas partes a la vez. Ella también podía escuchar los gritos de los guardias tratando de entrar, pero había demasiados nobles tratando de pasar sobre ellos. En alguna parte tras ella las sacerdotisas estaban gritando, rogándole a la Divina que corriera.

Evangeline sintió la explosión de calor antes de que las llamas le golpearan. Apenas logró invocar su aura una vez más, y esta vez aguantó. Incluso así, se tambaleó bajo el asalto, y el dolor mientras las llamas desgarraban su piel era agonizante. Ella gritó. Su visión nublada, y sintió los últimos vestigios de poder dentro de ella vaciándose.

Debió ser un momento o una hora más tarde cuando Evangeline reabrió sus ojos, no estaba segura. Estaba agachada en el suelo, su mano ampollada cubriendo su cabeza. Su espada no estaba. Debió haberla soltado en la caída. El aire estaba lleno del olor acre del humo… algo en la sala de baile había prendido, y se estaba esparciendo rápidamente. El pánico se había redoblado, alcanzando un punto febril mientras los invitados trataban de salir de cualquier forma que pudieran. Alguien lanzó una silla por una de las ventanas, y se destrozó con un choque resonante.

Entonces alzó la mirada. Vio un par de botas negras. Pertenecían al mago, y estaba caminando hacia la Divina. Su tocado había caído, pero sus túnicas rojas eran inconfundibles incluso a través de la neblina. Se había retirado al otro lado de la sala de baile, retrocedido contra la pared como un animal arrinconado. Observó al mago aproximarse a ella alerta, negándose a ceder al terror como todos los demás.

Evangeline vio al mago alzó su puño, el poder formándose a su alrededor.

—Ellos ya nos temen, —se mofó él— Ahora dejemos que tengan un motivo.

Con un gran grito, Evangeline se levantó. Apretando sus dientes contra el dolor, se lanzó hacia el mago y apenas recogió sus ropas. Mientras ella tiraba de él hacia atrás, él intentó dar la vuelta. Las manos moviéndose mandaron un borbotón de llamas hacia arriba. Por un único momento pareció como si todo el techo fuera una lluvia de lazos de rojo y negro, un mar de fuego que rodaba y burbujeaba mientras se extendía.

Ella lanzó al mago contra el suelo, con fuerza. Él se mofó de ella, intentando apartarla de un empujón. Una de sus manos atrapó su cara y ella sintió sus dedos hundiéndose en un ojo, pero ella se negó a apartarse.

Su puño con guantelete llegó primero sobre su cara… una vez, dos, tres… y entonces algo hizo un sonido de crujido. Ella se detuvo. La sala de baile aún estaba en llamas, pero nada de eso era ya por el mago. Se había quedado quieto, sus rasgos retorcidos en un desastre de sangre, ojos vacíos mirando arriba hacia ella en una acusación silenciosa.

Y entonces todo se volvió negro.

Cuando Evangeline volvió en sí, se encontró sentada en el suelo de la terraza justo fuera de la sala de baile. Normalmente era donde los invitados del palacio vendrían a tomar el aire de la noche, un lugar de tranquilidad, pero en ese momento era un caos puro. Enjambres de gente se arremolinaba, algunos jadeando en el suelo, algunos

gritando. Una noble en un vestido destrozado deambulaba por ahí, cerca del histerismo mientras gritaba el nombre de un hombre. Un noble gordo se sentaba en el suelo cerca, sus ropas caras ennegrecidas de sangre mientras un guardia trataba de atender sus heridas. En la distancia podía avistar la guardia de la ciudad corriendo hacia el palacio, desesperados por restaurar el orden.

¿Cuánto había estado aquí fuera? ¿Estaba a salvo la Divina? Era demasiado por asimilar, la confusión fluyendo a su alrededor en un mar de voces aleatorias. Trató de llegar a ponerse en pie, pero el dolor le golpeó como un puño. Apretando sus dientes se recostó y trató de mantener la consciencia.

El humo salía de las ventanas del palacio, y sólo ahora la brigada del fuego llegó con cubos en mano. Con suerte conseguirían poner las llamas bajo control antes de que medio palacio se quemara. Si eso sucedía, la Emperatriz podía estar menos que impresionada cuando volviera de Halamshiral.

Eso era, se recordó Evangeline, si la Emperatriz no estaba de algún modo involucrada en el ataque. Su ausencia en la mismísima noche en que un mago se cuela en el palacio para atacar a la Divina parecía más que una coincidencia. Si ese era el caso, entonces había poco que los templarios pudieran hacer al respecto. Si no lo era, alguien lo pagaría.

Fue atrapada por un espasmo de tos, y su visión se emborronó.

—¿Estás bien, Capitán Comandante? —le preguntó alguien.

Le llevó varios parpadeos antes de reconocer a Leliana, la mujer pelirroja con la que había hablado antes. Ella se arrodilló junto a Evangeline, una mirada de preocupación sincera en su cara.

—¿Qué? —respondió ausente Evangeline, sintiendo que la niebla atravesaba su mente. Se frotó la frente, y sólo con retraso se percató de que las ampollas en sus manos se habían ido. Su piel estaba entera.

Leliana sonrió, reconfortada.

—Ahora hay magos aquí. Hice que uno de ellos te sanara, pero aún te dolerá. Has inhalado una gran cantidad de humo, creo. Estaba preocupada…

—Estoy bien. Gracias. —Evangeline sacudió su cabeza. Los gritos a su alrededor eran mucho más claros ahora, como si el mundo se estuviera centrando—. La Divina… no fue herida, ¿no? ¿Salió?

—Lo hizo. Ha sido llevada a salvo. —Evangeline respiró un suspiro de alivio. Una cosa menos de la que preocuparse, entonces—. Quiero darte las gracias, —dijo Leliana—. Debería haber estado aquí. Si algo le hubiera ocurrido a Justinia mientras estaba lejos, nunca me lo habría perdonado.

—Lo entiendo.

—Su Eminencia está extremadamente agradecida también, quiero que lo sepas. Si hay algo que necesites…

Evangeline asintió pero no logró forzarse a hacer más. Satisfecha, Leliana apretó su hombro y entonces se fue. Ya estaban llegando más templarios. El orden estaba siendo restaurado. Tomando aliento profundamente, se puso de pie y enderezó su armadura.

Pese a la magia de sanación, aún sentía como si sus huesos estuvieran cubiertos de magulladuras y sus pulmones llenos de hollín.

La magia no puede hacerlo todo, se recordó a sí misma.

Capítulo 3

Rhys estaba sentado en la antecámara del Caballero-Comandante, esperando a la inevitable convocación a su oficina privada. Era una habitación desnuda de piedra gris, amueblada sólo con un par de sillas de madera, poco recomendable aparte de la enorme ventana que dominaba la pared opuesta. Desde allí uno podía mirar abajo a todo Val Royeaux, incluso hasta el distrito del puerto al borde del mar. Era una vista espectacular de la capital, una que pocos magos lograban ver; raramente se les invitaba a los niveles superiores de la Aguja Blanca… a no ser que algo fuera mal, por supuesto.

Lo cual había sucedido. Ninguno de los templarios realmente diría qué había ocurrido, pero sus caras serias decían volúmenes. Había habido otro asesinato.

Miró a Adrian, sonriendo mientras irrumpía desde un extremo de la pequeña habitación hasta el otro. Hacia atrás y hacia delante, hacia atrás y hacia delante, como si simplemente estuviera caminando cuando una pared la detenía y la forzaba a dar la vuelta. Entonces escupía enfadada y miraba a la gran puerta de roble del Caballero-Comandante, como si tan sólo la fuerza de voluntad le ordenara que se abriera. En todos los años que habían servido juntos en el Círculo de Magos, nunca había sabido de ella retrocediendo de una confrontación, imaginada o real. Alguna gente decía que no era muy típico de maga, un comentario que podía hacer que echara espuma por la boca.

Rhys tendía a reírse entre diente ante esos comentarios. ¿Cómo se suponía que debía ser un mago de cualquier modo? Sabía lo que la gente común de fuera de la torre pensaba. Si eran amables, dirían que un mago era un viejo delgado con una barba blanca que pasaba todo su tiempo rodeado de pergaminos y libros. Si eran poco amables, entonces un mago era un tipo de aspecto siniestro con pelo negro y barba puntiaguda, alguien que acechaba en las sombras invocando demonios cada vez que los templarios no estaban activamente evitando que lo hicieran.

Adrian estaba tan lejos de la idea de un mago como era posible. Era pequeña, para empezar, con un montón de rizos rojos y pecas que aún le hacían parecer como una niña incluso aunque sólo era un par de años más joven que Rhys, y rápidamente estaba aproximándose a los cuarenta. Ella despreciaba tales comparaciones, y sólo Rhys podía salirse con la suya con la provocación ocasional. Si ella estaba de buen humor. Además, ella maldecía como una pescadera.

Pensándolo bien, Rhys no era tan típico de mago él mismo. Adrian decía que era demasiado atractivo, un comentario que siempre le hacía reír. *Pensaba* que el gris que estaba empezando a mostrarse en su barba era terriblemente distinguido, pero no hacía que las mujeres se desmayaran mientras pasaba. De eso se dio cuenta. Aparte de eso, Rhys era terrible acechando en las sombras, y no era lo que la mayoría de la gente consideraría un “erudito.” Había hecho una gran cantidad de investigación de campo en su tiempo, pero encerrarse en una biblioteca y mirar libros hasta que sus ojos se encogieran estaba lejos de su idea de pasarlo bien. No muy distinto que ser convocado a la oficina del Caballero-Comandante.

Le hacía enfadar. Tanto él como Adrian eran encantadores sénior; servir al Círculo de Magos con fe en las décadas desde su Angustia les había hecho magos completos… pero aquí bien podrían haber sido todavía aprendices por toda la consideración que recibían hoy.

—Esto es una mierda, —maldijo Adrian. Como siempre, estaba mucho más dispuesta a mostrar su ira que Rhys. Dejó de caminar por un momento y le dio una mirada mordaz que decía *¿Por qué no estás haciendo nada?*

—Estás preciosa cuando te pones así

—¿Quieres ver algo precioso? ¿Y si enciendo en llamas esta habitación? Me pregunto lo preciosa que pensarías que soy entonces.

Él se río entre dientes levemente.

—Bueno, *yo* aún así pensaría que sería precioso. Los templarios, por otra parte, puede que no estén de acuerdo.

—Les haría correr, —se quejó ella—. Estoy cansada de ser ignorada.

—¿Bueno, por qué no se lo dices? Están justo ahí, después de todo.

—¿Crees que no lo haría? —Ella giró para enfrentar la puerta de la oficina—. ¡Hemos estado esperando durante cerca de una hora! ¡No pueden tratarnos así!

Rhys no sabía si reír o estar horrorizado, se acomodó en un poco de ambos.

—¡Por el aliento del Hacedor, mujer! Cálmate, ¿quieres? Sabes por qué te han traído aquí arriba. No plantes más ideas en sus cabezas.

—¿Crees que esas ideas no están ya allí? Han decidido que uno de nosotros es culpable. Ahora sólo están tratando de demostrarlo. —Ella marchó hacia la silla vacía junto a él y se sentó. Entonces inmediatamente saltó de nuevo, como si sentarse fuera una concesión que no estaba dispuesto a hacer aún— ¡Por todo lo que saben, podría ser un templario el que está cometiendo esos asesinatos! ¿Lo han considerado? ¿Quién más tiene las llaves de las mazmorras?

Rhys suspiró, frotándose la sien. Era, por supuesto, tan sólo la quinta vez en la última hora que Adrian mencionaba su teoría favorita, como si fuera él el que necesitara convencerse.

—Me estás dando dolor de cabeza con todos los gritos, ¿lo sabes?, se quejó él.

—Estás tan loco como yo, lo admito.

—Si quieres decir loco de remate, entonces ciertamente. Ambos estamos completamente dementes.

Él le dio un guiño taimado, y aunque ella puso sus ojos en blanco, ella también se rió entre dientes. Funcionó para calmarla un poco, como siempre lo hacía.

—He oído que no todas las víctimas estaban en las mazmorras, en realidad. Una de ellas era un aprendiz.

—¿No te referirás a Jolen, no? Pensé que había fallado su Angustia.

—Eso es lo que todo el mundo pensaba, pero he oído a algunos templarios hablando de ello en el patio hace un par de días. Mencionaron a Jolen por su nombre.

—¿Hablan donde tú puedes escucharlos?

Él le guiñó el ojo.

—Estarías asombrada de este hechizo que conozco que hace que parezcas realmente ocupado mientras que estás realmente escuchando. Es sorprendente, y funciona incluso en los templarios.

Ella ignoró su burla, tocándose la barbilla pensativa.

—Jolen estaba haciendo un pobre trabajo con sus lecciones. El encantador Adria dijo que todo lo que quería hacer aquella última semana era esconderse en su celda, estaba aterrorizado por su Angustia. Cuando no apareció como un Tranquilo, simplemente supuse…

—Al igual que yo. —Él asintió. No era poco habitual que los aprendices simplemente se desvanecieran. Los templarios te recogían para tu Angustia en mitad de la noche, sin advertencia. Ten éxito en la prueba y eres un mago al completo. Fracasa y estás muerto. Si te negabas a la prueba, te hacían pasar por el Rito de la Tranquilidad y acababas como un neutro sin emociones. Era un destino preferible para algunos, pero Rhys encontraba eso difícil de creer… no podía acercarse a un Tranquilo sin estremecerse. Preferiría estar muerto que pasar el resto de su vida mirando el mundo a través de aquellos ojos muertos.

Cuando alguien fracasaba en su Angustia, sin embargo, al resto de los magos no se les decía. El aprendiz simplemente se había ido. Sucedía con frecuencia, y considerando que la vida de un mago nunca era suya —podías ser transferido a otro Círculo o ser asignado a otro deber por la Capilla sin mucho más que un adiós— uno se acostumbraba a que la gente fuera y viniera. No lo cuestionabas. Podía haber muchos más asesinos de los que cualquiera de los magos sospechaba, y sólo los templarios lo sabrían con seguridad.

—Deberían decírnoslo. —Ella echaba humo, sus pensamientos obviamente reflejando los de él—. Deberían al menos decírselo al Primer Encantador. No pueden dejarnos a oscuras siempre.

—Sospecho que ellos argumentarían otra cosa.

Completamente esperaba que Adrian explotara una vez más, pero en su lugar ella parecía pensativa. Se volvió y caminó hacia la ventana del borde, mirando a la ciudad de abajo. Sabía lo que ella estaba pensando. Él había hecho su Angustia hacía casi veinte años, y desde entonces se había hecho creer que era alguien de importancia para el Círculo, que valoraban sus habilidades y sus contribuciones. No era fácil que se le recordara lo incierto que era eso.

Incluso desde que la Capilla ordenara la clausura del Colegio de Encantadores, las cosas se habían estado volviendo continuamente más tensas. Los permisos para viajes habían sido suspendidos. Las reuniones estaban prohibidas, e incluso en aquellas raras ocasiones donde se permitía una asamblea en el gran salón de la Aguja Blanca, el Primer Encantador tenía poco que decirles. Se suponía que debía ser su líder y su defensor, pero ahora parecía que había sido reducido a un director figurativo.

Había charlas de rebelión, por supuesto. Siempre había charlas. Los magos en la ciudad distante de Kirkwall se habían rebelado hacía un año, y considerando lo que les

había sucedido Rhys no se sorprendió de que la charla nunca fuera más allá de eso. Le hacía preguntarse si eso podría cambiar alguna vez. Si Adrian tuviera ocasión, lo haría, y a veces él incluso estaba de acuerdo con ella.

Saltó mientras la puerta hacia la oficina del Caballero-Comandante se abrió de repente. Adrian se dio la vuelta, su expresión afligida indicando que planeaba darle al hombre un poco de lo que pensaba, pero ambos estuvieron sorprendidos al ver a una mujer en pie en la entrada en su lugar. Era la Caballero-Capitán Evangeline, llevando un atavío completo de templario y claramente sin estar de humor para bromas.

El Primer Encantador estaba a su lado. Edmonde era un viejo estadista entre los magos de la Aguja Blanca, un hombre tan entrecano y doblado por la edad que parecía que apenas podía llevar sus túnicas negras sin colapsar. Ahora parecía derrotado, sus extremidades temblando con tanto cansancio que sólo era inclinándose en su bastón que era siquiera capaz de permanecer derecho. Miró a Rhys, sus ojos borrosos llenos de disculpa —por lo que les había dicho o lo que iba a venir, no podía decirse— y lentamente caminó fuera de la habitación sin decir ni una palabra.

Ser Evangeline observó marcharse al Primer Encantador, y por un momento su comportamiento rígido se desvaneció. Cerró los ojos y suspiró, el pequeño y cansado sonido de alguien forzado a hacer algo desagradable.

—Encantador Rhys, —dijo ella, indicándole que entrara.

Adrian dio un paso hacia delante.

—¿Y qué hay de mí? —exigió ella.

—A su debido momento.

—¿Así que van a dejarme aquí fuera hasta que estés jodidamente preparada? ¿Por qué estamos siendo tratados como criminales? Si quieres nuestra ayuda con una investigación, difícilmente es la…

—A. Su. Debido. Tiempo, —repitió la templaria en un tono de hierro. Su mirada de advertencia decía que su paciencia se estaba volviendo demasiado fina, y fue suficiente como para hacer que incluso Adrian se lo pensara dos veces. Rhys sacudió su cabeza hacia Adrian de una forma que esperaba que encontrara desalentadora. Ella apretó sus dientes y le miró, pero mantuvo su silencio.

Rhys siguió a la Caballero-Comandante dentro.

La oficina no había cambiado desde la última vez que había estado allí. Los mismos trofeos de guerra de los días más jóvenes del Caballero-Comandante como soldado. Los mismos cuadros sosos hechos por algún pariente preocupado por el campo pastoral Orlesiano. La misma estantería llena de tratados de tapa grande de historia y el dogma de la Capilla. La chimenea había sido acomodada en un soso brasero, pero daba el suficiente calor como para darle a la habitación una sensación cálida, humeante. Prácticamente la única cosa que era diferente en la oficina era que el Caballero-Comandante no estaba allí.

En su lugar, había un extraño sentado tras el enorme escritorio de roble. El pelo salpimentado demostraba que el hombre tenía cierta edad, pero su cara estaba tallada en piedra sólida. La armadura que llevaba era como la de un templario, pero era negro

carbón y tenía la insignia de una extraña imagen que parecía el sol de la Capilla pero con un ojo en el centro. Lo más llamativo eran los ojos grises del hombre: agudos y fríos. Este hombre era un guerrero, y uno que mataría sin pensárselo dos veces. Por primera vez Rhys se preguntó si estaba en auténtico peligro.

—Siéntate, —soltó el hombre, señalando con la cabeza a la pequeña silla enfrente del escritorio. Rhys se encontró obedeciendo antes de darse cuenta. Se sentó allí en silencio mientras el hombre revisaba varias páginas de pergamino. El aire era tenso, y Rhys no podía decidir qué le ponía más nervioso: la idea de que lo que fuera que estuviera escrito en esas páginas fuera sobre él, o que Ser Evangeline estaba en una atención flamante junto al escritorio, su cara completamente blanca.

Se aclaró la garganta. No hay necesidad de que esto sea incómodo, después de todo.

—¿Va a unirse a nosotros el Caballero-Comandante? —se aventuró.

El hombre alzó la mirada de su lectura, alzando sus cejas con curiosidad ante su impertinencia. Por un momento parecía como si no fuera a decir nada. Entonces bajó las hojas, enderezándolas en una pila limpia con una deliberación lenta.

—El Caballero-Comandante Eron ya no es el líder de esta orden. Soy el Señor Buscador Lambert, y estaré al mando de la Aguja Blanca hasta más noticias.

Rhys sintió un escalofrío bajarle por la espalda. Puede que no reconociera el símbolo en la armadura del hombre, pero el nombre lo había oído. Los Buscadores de la Verdad, una orden que estaba por encima de los templarios como sirvientes personales de la Divina. Nadie hablaba de ellos excepto en susurros, e incluso entonces sólo para decir que cuando un Buscador aparecía sabías que había problemas.

—¿Tiene esto algo que ver con los asesinatos? —preguntó Rhys.

El Señor Buscador se detuvo, sus ojos perforando el cráneo de Rhys.

—¿Sabe de ellos?

—Todo el mundo lo sabe. Sólo porque no nos cuenten lo que está sucediendo no significa que no lo imaginemos. No somos idiotas.

El Señor Buscador miró a Ser Evangeline, pero ella rápidamente se negó a encontrar su mirada. El ligero retorcer en la comisura de su boca decía *Te lo dije*. Entonces él volvió a mirar a Rhys, doblando sus brazos.

—Es extraño que todos los demás magos en esta torre profese ignorancia sobre el asunto. Tengo curiosidad por lo que cree que sabe.

Rhys podía mentir, ¿pero qué sentido tendría? Era totalmente posible que el Señor Buscador ya supiera lo que iba a decir. Aún así, le irritaba ceder. No poseía el talento de Adrian para la invectiva, pero creía aguantar por su cuenta. Estos templarios no controlaban la torre porque los magos se lo hubieran pedido, después de todo. Lo hacían porque podían, y porque la Capilla decía que era su deber sagrado. Sólo se requería que los magos fueran obedientes, y Rhys no era del tipo de mago que podía aceptar tal desequilibrio de poder sin irritarse.

—Creo que ha habido cinco, —dijo a la ligera—, pero he oído de tantos como doce. Nadie sabe seguro cuántos.

—Continúe.

—El primero era un iniciado. Un chico granjero que fue traído aquí desde las Tierras del Centro. Nunca pudimos siquiera averiguar su nombre porque fue asesinado en su celda dos días después de que los templarios lo trajeran.

—Es extraño que escucharan nada.

—No tan extraño. Los iniciados no son los únicos que meten en aquellas mazmorras, y no están insonorizadas. Alguien escuchó gritos de una de las otras celdas, y no del tipo normal. Al día siguiente, los templarios estaban zumbando por la torre como avispones.

El Señor Buscador se encogió de hombros.

—Los iniciados mueren.

Rhys sintió que su temperamento se alzaba. Por la forma en que el hombre lo dijo, pensarías que la muerte de jóvenes magos no tenía importancia. Trató de mantener su comportamiento casual, mantener la sonrisa en su cara, y no dejar que este hombre sacara lo mejor de él. No fue fácil.

—No, gritando así no mueren, —logró decir apretando los dientes.

El Señor Buscador le ignoró.

—¿Cómo escucharon sobre los otros?

—Nosotros… sabíamos que estaban trayendo iniciados, pero entonces no los vimos más tarde como aprendices. Los templarios nos dijeron que habían sido transferidos a otro Círculo, pero siempre puedes saber cuando un templario está mintiendo así. Había demasiadas preguntas y búsquedas sorpresa. Y entonces Jolen murió.

El hombre miró hacia la Caballero-Capitán.

—El cuarto, —dijo ella con un asentimiento.

—Ah, —dijo él—. Sí, supongo que no es sorprendente que la orden aquí no fuera capaz de mantener eso en silencio.

—¿Y por qué deberían? —Exigió Rhys, sintiendo su rabia hervir pese a sus esfuerzos por mantenerla bajo control—. Si alguien va por ahí asesinando magos, ¿no tenemos un derecho a saberlo? ¡Se supone que los templarios nos protegen! ¿No es esa una parte del por qué estamos encerrados aquí arriba?

El Señor Buscador le dirigió una mirada de hielo, y él se arrepintió de su arrebato al instante. No quería arrepentirse… quería seguir gritando, hacer que esa gente viera lo mal que estaba tratar a magos adultos, magos con *poder*, como si fueran niños recalcitrantes. Ante esa mirada, sabía que no importaba. Era un buen juez de carácter. Dada una excusa, este hombre rajaría la garganta de Rhys antes de que siquiera lanzara un único hechizo. Y lo haría con la misma actitud fría, impasible que tenía ahora.

El Señor Buscador frunció el ceño, dando golpecitos con sus dedos en el escritorio como si decidiera qué tipo de respuesta se requería.

—Protegerles es parte del motivo por el que están en la torre, sí. —Su tono de repente era placentero, lo que de algún modo hacía que todo diera más miedo—. La otra parte, por supuesto, es que la magia es peligrosa. Puede ser peligrosa sin intención del mago, si

un demonio se apoderara de él, pero no todos los magos tienen buenas intenciones, ¿no es así?

La pregunta era ominosa, y no del todo sin mérito.

—¿Conoce a un hombre con el nombre de Encantador Jeannot? —preguntó el hombre.

—Sí, por supuesto. Es un encantador sénior aquí, como yo.

—Lo era, me temo. Anoche intentó asesinar a la Divina, enfrente de muchos testigos, y fue muerto. —El hombre observó con cuidado mientras permitía que las noticias calaran.

Rhys sintió frío, como si descubriera que estaba caminando en un hielo más fino del que se había dado cuenta. Había más en marcha aquí que sólo los asesinatos, mucho más. ¿Jeannot trató de asesinar a la líder de la Capilla? ¿Cómo salió siquiera de la torre? Hacer eso sin ayuda parecía… improbable. De repente tenía sentido el por qué el Caballero-Comandante se había ido, por qué el Primer Encantador actuaba como lo hacía.

—Ya… ya veo. —fue todo lo que pudo lograr decir.

—Utilizó magia de sangre durante el atentado, —continuó el Señor Buscador—. ¿Estaba al tanto de que Jeannot conocía tales artes prohibidas?

—No, en absoluto.

—Interesante. —El tamborileo de los dedos continuó, el único sonido en la habitación. Rhys sintió una perla de sudor lentamente abriéndose paso por su frente. Era imposible mantener toda una torre de magos bajo completo control, no sin encerrarlos a todos en celdas como prisioneros. Los templarios sabían que los magos se escabullían a sus espaldas y cotilleaban, y no era irrazonable pensar que compartieran otro tipo de conocimientos también. Donde había un mago de sangre, podía haber más. Podía haber docenas.

Creen que lo sé. O que soy uno.

—Ha habido seis asesinatos en la Aguja Blanca hasta la fecha, —dijo el Señor Buscador—. Cuatro iniciados y dos aprendices. Cualquier otro número que haya escuchado son especulaciones. Aquellos seis, sin embargo… fueron interesantes. —Señaló que Evangeline lo explicaría. Parecía poco convencida de que fuera una buena idea, pero aceptó.

—Todos ellos fueron apuñalados en el corazón y se les dejó desangrarse, —comenzó ella, su tono clínico—. No se descubrió ningún arma. No se encontró ninguna evidencia en las víctimas. Hasta donde podemos decir, quien fuera que hiciera esto fue capaz de pasar a través de los guardias, abrir las celdas, y marcharse sin que se percataran de él. Sin que nadie lo hiciera.

Una sospecha fugaz se abrió paso en la cabeza de Rhys. Trató de negarla, desvanecerla de su mente por completo, pero no se iba. *Sin que se percataran… sin que nadie lo hiciera*. Le llevó todo lo que pudo para evitar que sus pensamientos cedieran, y por la forma en que ambos templarios le miraban parecía que no tuvo particularmente éxito.

El Señor Buscador se inclinó hacia delante en el escritorio, moviendo sus dedos mientras miraba intensamente.

—Ahora bien, es *posible* que un templario pudiera hacer esto, y que hiciera que sus compañeros le cubrieran. Quizás un grupo de ellos, dedicados a actos de malevolencia contra la misma gente sobre la cual supuestamente tenían que cuidar. Es deplorable, pero se sabe que ocurre.

—Interrogué a los templarios primero, —explicó Evangeline a Rhys, quizás un poco a la defensiva—. Comenzamos alternando deberes de guardia, transferimos…

—También es *posible*, —interrumpió el Señor Buscador—, que un mago de sangre pudiera hacer que un guardia se quedara dormido o que hiciera que olvidara lo que había atestiguado. Tales hechizos de control mental son por los que la magia de sangre está prohibida. La sangre derramada de un sacrificio, mientras tanto, podría ser utilizada para fortalecer algo mucho, mucho peor. Algo que aún no podemos siquiera imaginar.

—También podría ser un demonio, —ofreció Evangeline.

—Si fuera así, entonces es un demonio lo suficientemente poderoso como para influenciar a los magos de esta torre. —El hombre rebuscó entre la pila de pergaminos hasta que encontró uno en particular. Lo señaló—. Dice que usted es un médium, Encantador.

Rhys mantuvo su cara calmada.

—Sí.

—Tiene un extraño talento para detectar y comunicarse con los espíritus y demonios.

—Sí.

—¿Ha detectado o se ha comunicado con alguno aquí en la Aguja Blanca?

Otra perla de sudor se abrió paso hacia el ojo de Rhys. Se la limpió, esperando que sus manos no temblaran visiblemente.

—Sí, pero… el Velo es fino aquí. Eso es parte de mi investigación. Todo debe ser registrado para el Primer Encantador…

—Estoy al tanto de su investigación, —soltó el Señor Buscador, su tono cargado de una fuerte desaprobación—. También estoy al tanto de que fue descontinuada hace casi un año, tras la rebelión en Kirkwall. Mucho antes de que comenzaran los asesinatos. ¿Qué me dice de recientemente?

—No, no ha habido nada. —Eso era cierto, al menos.

—A mi me parece que alguien con tal talento no permitiría que los templarios evitaran que hiciera lo que deseara. No podemos seguirte por el Velo. Podrías estar hablando con demonios cada noche, y nadie se enteraría.

—No es tan simple, —insistió Rhys—. Entrar conscientemente en el Velo requiere preparación, un grupo de magos trabajando juntos. Mi investigación requería un trabajo doloroso para protegerme de los espíritus con los que estaba contactando, por si…

—Por si fueras corrompido, —terminó el hombre por él.

—Aprender más sobre los espíritus es importante si vamos a protegernos alguna vez de ellos más eficientemente. El Caballero-Comandante Eron me escrudiñaba tras cada ritual. Confiaba en mí. Si él no…

El hombre limpiamente recolocó la hoja de pergamino en la pila.

—El juicio del Caballero-Comandante Eron no le ayudó al salvaguardar sus cargos, ni a encontrar a un mago de sangre junto a él.

Ser Evangeline frunció el ceño ante eso, pero el Señor Buscador Lambert no se percató. Rhys frunció el ceño, sin gustarle dónde estaba yendo esto. Ni un poco.

—¿Estoy siendo acusado de algo? —preguntó.

—Aún no.

La Caballero-Capitán se aclaró la garganta, ignorando la mirada de advertencia que recibió del Señor Buscador. Ella se inclinó hacia Rhys.

—Le he visto con Jeannot, —dijo ella gentilmente—. Tanto a usted como a la Encantadora Adrian. Los tres son parte de la hermandad Libertaria. Creo que puede ver por qué estamos preocupados.

Y ahí estaba. Rhys se había estado preguntando cuándo iba a salir eso. El hecho le irritó lo suficiente como para hacer que se alejara de cualquier esfuerzo por contener su rabia.

—¿Así que creen que los Libertarios acogen a los magos de sangre? ¿Qué haríamos cualquier cosa por lograr la libertad para el Círculo, incluso convertirnos en la misma cosa que formó el Círculo en primer lugar? —Se sentó hacia delante, mirándoles a cada uno de ellos por turnos—. Déjenme que les diga esto: No sabía que Jeannot era un mago de sangre, ni por qué hizo lo que hizo. No éramos cercanos. Si lo hubiera sabido, se lo habría contado al Primer Encantador. Son magos como ese los que le dan a la hermandad, y a todos nosotros, un mal nombre.

—Entonces dígame quiénes eran cercanos.

Rhys cruzó sus brazos.

—No.

Los ojos del Señor Buscador se abrieron.

—¿Se está negando a responder?

—Lo estoy haciendo. No formaré parte de perseguir mi hermandad. Somos a los primeros que se culpa de todo.

—Entonces denos otra respuesta.

—Usted no está buscando respuestas. —Rhys se levantó, desafiante—. Esto no es una investigación. Alguien trató de matar a la Divina, y no va a estar contento hasta que pueda hilar una conspiración que tenga sentido para usted. Así que sea lo que sea lo que vaya a hacer, le sugiero que lo haga. Enciérreme en la mazmorra. ¿Quizás sea la siguiente víctima del asesino? Eso debería despejar las sospechas de mí lo suficientemente rápido.

Hubo un silencio largo y tenso, puntualizado sólo por el suspiro de Ser Evangeline de decepción. El Señor Buscador estaba fríamente ultrajado. Se levantó de su silla y tensamente se tensó su placa pectoral.

—Eso fue estúpido.

Si el hombre esperaba una respuesta, no la recibió. Rhys permaneció donde estaba, y los dos fijaron sus miradas. Sabía que esto probablemente haría que le aprisionaran. Podrían dejar que se pudriera allí, o incluso convertirle en un Tranquilo… sólo para estar seguros. Pero a Rhys ya no le importaba. Un aprendiz desvanecido era una cosa, pero él era un encantador sénior y un miembro de los Libertarios. Deja que le expliquen eso al resto del Círculo, a Adrian, y a ver cómo les funcionaba. Dado el humor en la torre que se había estado formando en el último año, no sería bonito.

—Sal, —gruñó finalmente el Señor Buscador.

Ser Evangeline dio un paso hacia delante y cogió a Rhys por el brazo. Luchó contra ser llevado fuera, aún enfrentando la mirada del Señor Buscador. El hombre quería una pelea, y Rhys estaba tentado de darle una. Pero entonces transigió y se permitió ser arrastrado fuera de la oficina, recordándose a sí mismo que se había librado fácilmente.

Ciertamente, después de todo, sabía más de lo que había dejado salir. Y ellos lo sabían ahora, también. Caminando fuera de esa habitación, se sentía como si una soga hubiera sido deslizada alrededor de su cuello, justo esperando al momento adecuado para tensarse.

El interrogatorio de Adrian no fue mejor que el suyo. Mucho peor, a juzgar por la extensión de su ira de después. Horas más tarde estaba caminando enfadada de un extremo de los salones centrales al otro, despotricando ante cualquier mago que le escuchara sobre la conspiración con la que estaban tratando.

Los salones centrales no habían sido realmente un área de reunión intencionada. Era un terreno glorificado fuera de las cámaras de los magos en mitad de las plantas de la torre, permitiendo el acceso a la escalera central. No había muebles de los que hablar, sólo suelos de piedra fríos y un par de pequeñas ventanas que dejaban entrar el frío cada invierno. Estatuas perfilaban el área en cada pilar de apoyo, representaciones de aspecto serio de guerreros de una era hace tiempo pasada. Rhys siempre las había odiado. Sentía sus ojos orgullosos bajando la mirada hacia él, juzgándole por tener la temeridad de poseer magia.

Pero no había ninguna otra parte a la que ir para los magos. Los rumores de la presencia del Señor Buscador se habían esparcido como el fuego, así como la palabra del atentado contra la vida de la Divina. Para cuando Adrian y Rhys caminaron hacia los salones centrales ya estaban abarrotados. Todo el mundo hablaba en susurros… como si algo por encima de un susurro incitara la ira de los templarios. El olor a miedo puro permeaba la cámara, pero con él había un trasfondo de enfado.

¿Y si el Señor Buscador invocaba el Rito de la Anulación? Rhys había oído esa cuestión preguntada más de una vez. El pensamiento de que cada mago de la torre fuera pasado por la espada era difícil de contemplar. Era un derecho que los templarios poseían, con la única intención de ser utilizada como un último acto de desesperación cuando un Círculo de Magos era completamente perdido a la corrupción. Eso se suponía que era lo que había sucedido en Kirkwall. Si el Rito de la Anulación no había sido

invocado desde entonces, sin duda era porque los templarios temían mayores rebeliones… ¿pero hasta qué punto podían ser presionados?

De acuerdo a Adrian, la misma pregunta debería hacerse sobre los magos. Ella no creía lo que el Señor Buscador había dicho sobre Jeannot. ¿Cómo podía un hombre haber llegado tan cerca de la Divina? Adrian pensaba que todo aquello era sospechoso, y sugirió que era el plan de un templario para volver la opinión popular más firmemente a su favor.

Rhys no estaba tan seguro. Había rumores entre los Libertarios de aquellos que ya no estaban satisfechos con buscar la libertad pacíficamente, incluso más ahora que el cierre del Colegio de Encantadores había eliminado esa opción por completo. Querían acción, incluso si eso implicaba arrastrar al resto de los magos pateando y gritando con ellos. Rhys creía que esa gente era capaz de realizar ritos prohibidos para darse una ventaja, sin mencionar el mantener sus actividades en secreto incluso para el resto de su hermandad. Los templarios tenían buenos motivos para estar nerviosos.

Pero ellos no conocían todos los hechos, ¿no? Mientras Rhys estaba allí en los salones centrales, observando a la multitud agitarse en su descontento como un mar antes de la tormenta, sólo sentía culpa. Estaba guardando un secreto, de los templarios así como de sus compañeros magos. No podía decir a nadie la verdad, y las probabilidades de que fuera capaz de hacer algo al respecto parecían pocas.

Adrian marchó hacia él, ya levantando otra cabeza de vapor. ¿Qué era este, ahora? ¿Su tercer aventón? La charla en los salones centrales había ido en círculos, y ya no estaba cerca de llegar a nada productivo… aunque eso ciertamente no era por falta de esfuerzo de Adrian.

—¿No vas a *hacer* nada? —soltó ella.

Él le sonrió.

—Estoy haciendo algo. Estoy observando.

—¡Haz algo más!

—Mi querida Adrian, —él se rió entre dientes—. ¿Qué quieres que haga, exactamente? Parece que tienes el enfurecimiento cubierto. Ya cuenta el sólo observarte.

Trató de agarrarla por los hombros, calmarla antes de que hiciera algo apresurado, pero ella se apartó con una mirada resentid.

—No me des eso. Sabes tan bien como yo que te escucharán antes a ti que a mí. Siempre lo hacen.

—Eso no es cierto, —objetó él. Pero no era del todo falso, tampoco. Algunos de los encantadores más jóvenes se habían aproximado ya a él, sondeándole con preguntas esperanzadas. Otros estaban observando su intercambio incluso ahora. Estaban esperándole. Él podía verlo en sus ojos. Era una sensación incómoda.

—El Primer Encantador no está haciendo nada, —dijo ella, sólo lo suficientemente fuerte como para que el hombre lo escuchara. Edmonde estaba no muy lejos, mirando con apatía por una ventana. No había hablado con nadie, y su única reacción a la afirmación de Adrian fue cerrar sus ojos con una expresión adolorida. Rhys se sentía mal por el

hombre y la posición en la que todo este asunto le había colocado. ¿No podía ver eso ella? Rhys alzó una mano para alentarla a mantener la voz baja, pero ella se la golpeó—. Los otros encantadores sénior no son mejores. *Tú* puedes hacer algo, Rhys. ¡Toma el mando!

Siempre era la misma demanda. Adrian era cabezota y por lo tanto se hacía enemigos. Rhys era más encantador, decía ella, y por lo tanto gustaba más. Él podía hacer llegar su punto a aquellos que no escucharían, pese a sus protestas de que eso le pondría a él en la misma posición en la que estaba ella.

—Eso no va a ayudar, —le dijo él.

Ella suspiró amargamente, sus hombros sacudiéndose. Era sólo una vez más que le había decepcionado, después de todo. Adrian había sido su amiga mucho tiempo… de hecho, durante un tiempo habían sido más que amigos, tanto como su vida dentro de los confines del Círculo lo permitiera. Pero nunca sería el líder que ella esperaba que fuera, y por lo tanto la amistad fue todo lo que les quedó.

—Al menos cuéntale a todo el mundo lo de los asesinatos, —murmuró ella—. Sabes que se están muriendo de curiosidad, y yo ni siquiera llegué *tan* lejos con el Buscador. Es un pomposo bastardo arrogante.

Rhys vaciló. Los asesinatos era lo último de lo que quería hablar. Resultó que no necesitó tomar una decisión respecto a eso de todos modos, ya que un momento después varios guardias entraron a los salones centrales y ordenaron a todo el mundo que se retirara a sus cámaras. No estaba sorprendido. En circunstancias normales Rhys y Adrian estarían en las mazmorras ahora mismo, junto con cualquier otro que hubiera hecho tanto como saludar a Jeannot al pasar. Afortunadamente, los templarios no estaban interesados en provocar más a los magos.

Adrian, por supuesto, no sentía ninguna compulsión por devolver el favor. Rhys vio la ira resplandecer en sus ojos, y esperó a la inevitable escena que le seguiría. Afortunadamente, el Primer Encantador escogió ese momento para intervenir. Edmonde se volvió de su ventana y silenciosamente sugirió que todo el mundo hiciera lo que los guardias pedían. Mañana sería otro día. Eso hizo que Adrian resoplara, y lentamente todo el mundo en los salones centrales se dispersó.

Rhys estaba aliviado. Eso le daría la oportunidad que estaba esperando.

Pasó las siguientes horas en sus cámaras, mirando al techo desde su lecho. Ocasionalmente escuchaba los pasos de los guardias pasando por su puerta. Era afortunado que los encantadores sénior tuvieran sus propias habitaciones. Tan espartanas como eran, permitían la privacidad que los dormitorios no le daban. Uno podía escabullirse de un dormitorio con la suficiente facilidad —los aprendices lo hacían todo el tiempo— pero no sin ser visto por los otros que compartían la habitación. Donde Rhys necesitaba ir, tenía que estar absolutamente seguro de que nadie más lo supiera.

Para mitad de la noche, una tranquilidad completa había trepado por la torre. No había habido pasos durante una buena hora. *Es ahora o nunca*, se dijo a sí mismo.

Lentamente, se levantó en la oscuridad, escuchando intensamente ante el más ligero movimiento fuera que pudiera señalar un centinela. Nada.

Percibiendo a ciegas, Rhys encontró su bastón inclinado contra la pared. La Madera se sentía cálida al tacto, despertando de su adormecimiento. El orbe cristalino le saludó con un suave brillo que llenó la habitación, pero Rhys lo oscureció de nuevo con un movimiento de su mano. La luz era lo último que necesitaba.

Entonces saltó. Algo en la habitación se había movido, justo cuando la luz se fue. Tranquilizándose, hizo que el bastón brillara una vez más… y suspiró cuando se dio cuenta que sólo era su reflejo viniendo del espejo ornado que había en la esquina. Un regalo de Adrian, algo que había comprado para él hacía años cuando las salidas a la ciudad aún eran permitidas.

—Puedes admirarte a ti mismo en él, —se había reído ella, y ella raramente se reía así que no podía negarse. Era la única cosa extravagante que tenía, sin embargo, y aún así no estaba acostumbrado a su presencia. Malhumorado, quiso patearlo.

Cálmate, idiota, o le harás el trabajo a los templarios. Se permitió reír entre dientes, y el miedo se drenó de él un poco. El vacío que permaneció le dejó tembloroso y sintiéndose más un poco imbécil.

Capítulo 4

Había pasado casi un año desde que Rhys había visto a Cole por primera vez.

Recordaba el tiempo bien, porque la Aguja Blanca acababa de recibir noticias de la rebelión en Kirkwall. Los magos zumbaban con miedo, los templarios presentes en los pasillos a la fuerza. En medio de todo eso, Rhys captaba raros vistazos de un extraño acechando, un joven que no estaba corriendo como todos los demás sino que simplemente… observaba. Aunque este extraño iba raramente vestido, Rhys no lo pensó mucho. Un nuevo aprendiz, o un visitante autorizado por los templarios. Nadie más parecía prestarle a este extraño mucha atención, después de todo, ¿por qué tendría que hacerlo él? Entonces los extraños no eran una vista común en la torre, pero no es que no se oyera hablar de ellos.

Más tarde, durante una lección en la gran sala, Rhys le vio de nuevo. Sentándose en la parte trasera de la cámara y observando los procedimientos con una expresión perpleja. El joven parecía del todo fuera de lugar, así que Rhys se volvió hacia Adrian y le preguntó quién pensaba que podría ser.

Adrian miró hacia donde él señaló, y frunció el ceño.

—¿De quién estás hablando? No hay nadie allí atrás.

—¿Estás segura?

—¿Es una broma? ¿Qué *estás* viendo?

Eso hizo callar a Rhys. Si estaba viendo algo que Adrian no, entonces o era su imaginación… o peor. Podría ser un espíritu, o incluso un demonio, y eso significaba problemas. Aún así, él era un médium. Si este joven era un demonio, ¿por qué no lo percibía como tal?

Así que Rhys lo dejó pasar ante Adrian como meramente un malentendido, medio convencido de que ese era el caso. Después hizo algunas preguntas alrededor… con cuidado. ¿Alguien había visto algo extraño en la torre? ¿Alguien que no pertenecía allí? Fue entonces cuando escuchó acerca del Fantasma de la Aguja.

Era ridículo, por supuesto. Toda su investigación le había dicho que los fantasmas no existían. Como mucho eran espíritus disfrazados como los muertos, o confundidos. Cuando la gente moría sus almas iban… a otra parte. Si debía creerse a la Capilla, iban a reunirse con el Hacedor en un reino más allá del Velo. Incluso los propios espíritus clamaban no saber, si se podía creer en lo que se decía de tales seres.

Aún así esos rumores le causaron incluso más preocupación. Así que observó cuidadosamente hasta que el joven reapareciera, determinado a enfrentarse a él y a averiguarlo con certeza. Como el viejo dicho, esperar una vista del joven significó que de repente no había señales de él por ninguna parte.

Así que Rhys bajó al Pozo a buscarlo. Ahí es donde cualquiera que mencionara este misterioso fantasma estaba de acuerdo en que podía ser encontrado. Si era un espíritu, Rhys se lo debía a su investigación para averiguar por qué no podía percibirlo… y se lo

debía a sí mismo para demostrar que no estaba siendo influenciado por un demonio bastante listo.

Buscó en los archivos. Miró en algunas de las áreas olvidadas de la torre, incluso lugares que técnicamente estaban prohibidos. Sólo cuando empezó a sospechar que todo era su imaginación, se topó con Cole. O, mejor dicho, Cole se topó con él.

Rhys recordaba girar una esquina y casi chocarse con el joven que estaba allí, observándole. Cuando Rhys le habló, el joven saltó como si le hubieran golpeado. El shock de encontrar a alguien que pudiera verle había sido considerable, evidentemente, y le llevó bastante convencerle de calmarse. Había sido atraído por la búsqueda de Rhys, pero ni una vez consideró que pudiera ser porque Rhys le había visto previamente. Hacía tiempo que había dejado de buscar que otra gente se percatara de él, porque nunca sucedía.

La primera conversación fue… iluminadora. De acuerdo a Cole, había sido llevado por los templarios y había sido lanzado a una celda. No recordaba cuando, y no recordaba claramente cómo salió… pero ahora se encontraba perdido en un mundo que no podía verle. Rhys nunca había oído de tal cosa. De hecho, tuvo que tocar al hombre para estar seguro de que era, de hecho, una persona real.

—¿Cómo puedes ser invisible? —había preguntado.

—No lo sé.

—Pero… la gente te *ha* visto. Miradas huidizas, en cualquier caso. He oído las historias.

—A veces. No sé por qué.

Las respuestas de Cole eran evasivas. Estaba incómodo por ser interrogado, y asustado de lo que Rhys fuera a hacer con el conocimiento de su presencia. Rogaba por no ser devuelto a los templarios, hasta el punto de volverse frenético. Rhys había accedido reluctante… ¿quién le creería, después de todo, si decía que un hombre invisible estaba acechando por los pasillos de la torre? Especialmente si el hombre no quería ser visto.

Así que dejó a Cole allí, prometiéndole volver en el futuro, y no entendió por qué la respuesta del joven fue una incredulidad silenciosa hasta que le encontró de nuevo varios días más tarde. En ese punto, Cole fue sorprendido una vez más. Había dicho que había logrado que la gente se percatara de él antes, podía hacerlo si lo intentaba de verdad. Pero siempre se olvidaban de él de nuevo poco después. Simplemente se deslizaba de su mente por completo, y él suponía que lo mismo sucedería con Rhys.

Pero no fue así. Rhys siguió viniendo, al principio porque estaba intrigado por este extraño puzle. Si podía averiguar qué estaba volviendo a Cole invisible, quizás podría ser desecho. Quizás había algo que aprender de este poder. Rhys no era ningún erudito, pero la investigación interesante siempre le había atraído… especialmente si podía ayudar a alguien.

Y Cole necesitaba ayuda. El joven nunca hablaba de ello, pero era obvio que estaba desesperadamente solo. Tan extraño y terrorífico como le era el compañerismo, el miedo

nunca era suficiente como para mantenerlo alejado. Finalmente dejó de ser sobre ayudarle; Rhys aún quería averiguar la verdad, por supuesto, pero ahora era porque le gustaba Cole. El joven era lento para hablar, pero tenía una mente aguda y una naturaleza curiosa. También era un ejemplo perfecto de por qué el Círculo no funcionaba. ¿Y si los magos hubieran estado allí para recibir su llegada a la torre, con entendimiento en lugar de miedo y desprecio? ¿Y si se le hubiera hecho entender que su talento no era aterrador, sino único y fascinante?

Así que se reunían tan a menudo como Rhys se atrevía. Jugaban a las cartas a la luz de una lámpara brillante, y Cole le mostraba algunos de los misterios que había descubierto en el Pozo… cosas que Rhys no había siquiera sospechado que pudieran estar allí abajo. Hablaban sobre cualquier cosa, mientras fuera intrascendente. Las preguntas sobre cómo Cole se había convertido en lo que era, o incluso la posibilidad de ayudarle a menudo le llevaban a retirarse de vuelta a las sombras.

Fueron descubiertos exactamente una vez, por un guardia templario que patrullaba los archivos. El hombre llegó a la habitación sin que se percataran de él, sorprendiéndolos a ambos mientras murmuraban sobre un tablero de ajedrez. El guardia estaba allí, mirando, y entonces preguntó si Rhys siempre jugaba a juegos solo. Rhys tartamudeó una excusa de que estaba trabajando en estrategias, y el guardia continuó con una sacudida de incredulidad de su cabeza. Hasta ese momento, Rhys en privado se había preguntado si simplemente no era que Cole fuera difícil de ver, si alguien a quien se le presentara una evidencia directa le vería normalmente. Pero no era así.

Y entonces el Colegio de Encantadores se cerró.

Con eso llegó un aumento del escrutinio sobre cada mago en la torre, y por lo tanto menos oportunidades para que Rhys fuera a ninguna parte sin que se notara su ausencia. Sus visitas se volvieron infrecuentes, y cuando venía encontraba a Cole retraído y apático. El joven estaba convencido cada vez de que Rhys le había olvidado, pese a las aseguraciones de lo contrario. Después estaría taciturno, expresando una duda de que si Rhys no le había olvidado ahora, sin duda lo haría pronto.

Así que Rhys redobló sus esfuerzos por encontrar una respuesta. Su búsqueda en los archivos resultó en poco. Consideró abordar el tema con Adrian… ¿pero qué diría ella? ¿Qué podía decir nadie? Ignorando la posibilidad de que los templarios descubrieran su secreto, ¿qué consejo podría ofrecer nadie respecto a alguien que Rhys ni siquiera podía demostrar que existiera? Ser incapaz de ayudar le hacía sentir culpable, como lo hacía la noción de que sus visitas estaban haciendo a Cole sentirse peor en vez de mejor.

La última vez que Rhys bajó al Pozo, tuvo que buscar durante horas para localizar a Cole. No era habitual, ya que normalmente el joven le encontraba primero. Rhys no se atrevía a llamarle, peinando en su lugar los rincones olvidados donde vivía Cole, medio temeroso de que pudiera toparse con un cuerpo sin vida.

Finalmente encontró a Cole en las criptas de los templarios, posado sobre un enorme sarcófago como un cuervo triste. El joven parecía enfermizo y pálido, como si no hubiera

dormido durante semanas. No dijo hola mientras Rhys se aproximaba, sólo observó alerta, y entonces preguntó de la nada si Rhys pensaba que estaba muerto.

—No estás muerto, —insistió Rhys—. Eres tan real como yo.

—Quizás *tú* no eres real. Podrías ser un demonio mandado para atormentarme.

—¿Es eso lo que hago? ¿Atormentarte?

Ojos embrujados.

—Sí. No.

Rhys alzó el brazo para tocar a Cole, para reconfortarle, pero el joven sólo trepó más arriba en el sarcófago.

—Déjame en paz, —murmuró él, aunque no sonaba convincente.

—¿Eso es lo que realmente quieres que haga?

—No.

—Cole, ven conmigo. Necesito llevarte con el Primer Encantador, *hacer* que te vea. Podemos escribir las cosas, así nadie lo olvidará. Entonces podemos conseguirte ayuda. Lo siento, pero simplemente no puedo hacerlo por mi cuenta.

Silencio.

—¿No *quieres* ayuda? —preguntó él.

—No quiero que nadie me haga daño. —Cole era un hombre adulto, pero esta era la súplica asustada de un niño. Rhys se quedó allí un largo tiempo, mirando indefenso hacia él.

—Podrías marcharte, ya lo sabes. No tienes por qué quedarte en la torre como yo.

—¿Adónde iría?

Rhys no tenía una buena respuesta para eso. *A ninguna parte. A cualquier parte excepto aquí. Si yo fuera tú caminaría entre esos templarios, dejaría la torre, e iría a alguna parte donde nunca pudieran encontrarme.* Pero él no era Cole. El joven evitaba las plantas superiores de la torre porque la gente le asustaba. La ciudad fuera de la torre era una imposibilidad, tan aterradora en su caos que probablemente no podría ni imaginarlo. ¿Y qué tipo de vida sería esa, observando un mundo bullente lleno de excitación en el que sólo pudieras ser un espectador?

Así que Rhys reluctante le dejó allí, saliendo de la cripta con un par de ojos perforando su espalda. Eso fue hacía un mes, y hasta que se había sentado en la oficina del Caballero-Comandante hoy nunca había hecho ni una vez una conexión entre este triste joven y los asesinatos. La idea de que pudiera ser otra cosa que no fuera una víctima nunca siquiera entró en su mente.

Ahora Cole estaba agachado allí ante él, mirándole con esa misma expresión taciturna que la última vez que se habían visto. ¿Estaba Rhys en peligro? Pensaba que habría sabido de qué era capaz este joven, pero se había equivocado. Más que equivocado; había sido un idiota. Parte de él se aferraba a la noción de que *debía* haber una explicación para esto.

—Dime que no es cierto, —exigió él—. Dime que realmente no asesinaste a esa gente, que hay alguna otra explicación.

—No puedo.

—¿Fue magia de sangre? ¿Estabas tratando de… curarte a ti mismo con algún ritual que encontraste? ¿Algo en los archivos?

Cole parecía perplejo.

—No sé nada de magia.

—¿Entonces *por qué*? Dime eso.

—Lo necesitaba.

—¿Necesitabas matarles? ¿Cómo puedes…? —Rhys se detuvo en seco, una terrible idea viniéndole—. ¿Fue Jeannot? ¿Él te encontró, habló contigo? ¿Te dijo que hicieras esto?

—No sé quién es ese.

—Un mago como yo, pero mayor. Menos pelo. Sé que baja aquí…

—¿Come melocotones? Hay un hombre así que va a los archivos. A veces le veo en la cripta, pero sólo cuando está hablando con los otros.

—¿Otros? ¿Qué otros?

Cole se encogió de hombros.

—Hablan en la oscuridad, sobre cosas aburridas. Deja huesos de melocotón en el suelo. Así es como sé que va allí.

Rhys pensó en ello un momento. ¿Reuniones secretas en la cripta? Si Jeannot era parte de eso… entonces la presunción del Señor Buscador sobre que hubiera una conspiración en la torre podría no ser descabellara. Un pensamiento escalofriante.

—¿Por qué no me dijiste de esto antes? —preguntó.

—No sabía que no lo sabías. O que quisieras saberlo.

—¿Podrían haberte visto? Quizás hicieron un hechizo para forzarte a hacer estas cosas. Por lo que sabemos, podrían ser los que te hicieron así en primer lugar.

Cole consideró la idea. Durante un minuto ociosamente trazó líneas en el suelo polvoriento, frunciendo el ceño.

—No me vieron, —dijo finalmente—. Nadie puede verme, excepto tú. Y aquellos a los que yo…

—Aquellos a los que tú asesinaste.

Cole asintió.

—¿Fue por eso por lo que los mataste? ¿Pensaste que se lo dirían a los templarios?

—No. No me vieron hasta que fui a ellos. Pero sabía que lo harían. —Cole se mordió el labio, una expresión que Rhys había visto antes siempre que el hombre estaba tratando de darle palabras a un pensamiento difícil—. ¿Has estado alguna vez bajo el agua? —preguntó finalmente.

—Por supuesto.

—Hay una piscina en una de las salas inferiores. Voy allí a veces. —Parecía perdido en los pensamientos—. Puedes flotar cuando estás bajo el agua. Si cierras los ojos, es como si estuvieras flotando en la nada. Estás rodeado de oscuridad, y todo lo que puedes escuchar es a ti mismo. Todo lo demás está lejos.

—No lo entiendo.

Cole suspiró con frustración.

—A veces siento como si estuviera bajo el agua, y no pudiera salir de nuevo. Sigo hundiéndome y hundiéndome, y no hay fondo. La oscuridad va a tragarme. —Él miró al suelo, avergonzado—. Estoy cayéndome entre las grietas entre lo que es real y lo que no es real, y si no me detengo me perderé allí para siempre. La única forma en la que puedo quedarme es…

Rhys retrocedió. Sólo un paso. No pretendía hacerlo, pero Cole se percató aún así. El dolor que retorció su cara ante ese hecho era difícil de observar. Rhys se encontró a sí mismo desgarrado entre el miedo y la preocupación. Le gustaba Cole, y siempre lo había hecho, pero era demasiado difícil reconciliar al inofensivo joven que conocía y a un asesino que había apuñalado a seis magos indefensos en el corazón.

—La única forma en que puedes quedarte, —dijo él, su voz pequeña y forzada—, ¿es matando a alguien?

—Sé que me verán, —susurró Cole—. No sé por qué, pero lo sé. Así que voy a ellos. En el momento en que mueren, me miran. Saben que soy el que les ha asesinado, y eso me hace lo más importante del mundo. —Su cara se arrugó de dolor de nuevo—. Nunca he sido tan importante para nadie. —Las palabras salieron como un graznido ronco.

—¿Y… ser importante te hace real?

Cole alzó la mirada hacia él con los ojos bien abiertos, sin comprender.

—¿No lo hace para ti?

Rhys no sabía cómo responder. Había una cuestión más importante que permanecía en la parte posterior de su mente: ¿Le mataría Cole a él también? Él podía ver al hombre, después de todo, al igual que sus víctimas. Si Cole se convencía de que matar a Rhys de algún modo le haría real, ¿no lo haría? Pese a lo que Rhys quisiera ayudar a este joven, se estaba volviendo claro que estaba delirando. Ya no tenía ayuda posible.

—Cole, —dijo Rhys firmemente—. Tienes que escucharme. No vas a desaparecer. Asesinar a gente inocente no va a cambiar nada.

—Tú no lo sabes. Una vez dijiste que no tenías ni idea de lo que pasaba conmigo.

Rhys dio un paso hacia delante y agarró a Cole por los hombros, alzándole en pie. Los ojos del joven se abrieron con shock, pero no forcejeó.

—Cole, no tienes ni idea del tipo de problemas que esto ha provocado. No sólo para mí, sino para todos nosotros. Creen que un mago de sangre ha estado matando a todo el mundo. Tienes que venir conmigo.

—¡No! —Cole luchó por liberarse, pero Rhys le retuvo.

—¡Tenemos que *hacer* que te vean! Decirles que lo que fuera que te ocurriera está afectando a tu mente, que no es culpa tuya. ¡No sé, algo! ¡Es la única forma en la que vas a recibir ayuda, Cole!

—¡Ellos no pueden ayudarme! —Él se retorció fuera del agarre de Rhys, rápidamente retirándose a la pared más alejada—. ¡No lo harán! —Su mirada era una de terror abyecto y traición.

Rhys vaciló. Por supuesto que Cole tenía razón. Incluso si los templarios lograran verle y no olvidarle, no le ayudarían. Lo más probable sería que le consideraran alguien que había caído bajo la influencia de un demonio. Los magos, mientras tanto, verían a alguien que había asesinado a seis de sus compañeros… y Rhys no estaba seguro de que debiera tratar de convencerles de pensar otra cosa. Cole estaba enfermo. Mataba a gente para ayudarse a sí mismo. ¿No merecía eso castigo?

Alzó sus manos para evitar que Cole corriera.

—No puedes seguir haciendo esto, —advirtió él—. De una forma u otra, esto tiene que parar.

—Por favor, —sollozó Cole. Parecía tan agonizante que era difícil no sentir lástima por él—. Nunca pretendí enfadarte. No quiero que dejes de hablar conmigo también.

—Entonces ven conmigo.

—¡No puedo! —Cole salió corriendo hacia la puerta. Rhys se lanzó, pero con una mano sosteniendo su bastón sólo pudo agarrar el borde del jubón de cuero de Cole con la otra. No fue suficiente, y él casi se cae mientras Cole escapaba al pasillo oscuro de fuera.

—¡Maldición! —No quería que fuera así. Corrió tras Cole y se detuvo justo fuera. Su bastón iluminaba un pasadizo que iba directamente hacia delante, así como a las escaleras a la derecha. Si recordaba correctamente, delante finalmente llevaba a las mazmorras, pero las escaleras iban más profundamente en el Pozo. Bien abajo, había un laberinto de pasillos viejos que incluían las criptas de los templarios. No podía ver por qué camino había corrido Cole, y los ecos de los pasos del hombre venían de todas partes.

Rhys corrió bajando las escaleras. Habría templarios en las mazmorras, y mientras no pudieran ver a Cole, dudaba de que hiciera alguna diferencia. Cogió los escalones de dos en tres, doblando en las paredes de piedra cada vez que las escaleras giraban. Parte de él temía dar otro tropezón, uno más serio esta vez, pero no le importaba.

Finalmente llegó al fondo. En unos momentos captó un vistazo del joven en la distancia, corriendo tan rápido como podía.

—¡Detente! —Canalizó maná a través de su bastón, desatando un rayo de energía blanca que se lanzó por el pasillo. Golpeó la pared cerca de Cole, haciendo que la piedra explotara con un crujido de estruendo. Las rocas volaban por todas partes.

Pudo oír a Cole gritar de miedo. Rhys se cubrió la boca, tosiendo ante el aluvión de polvo fresco, pero siguió corriendo. Encontró al joven acobardado cerca de una pila de piedras sueltas, con unas pequeñas aún cayendo del techo. Estaba sucio pero aún así no estaba herido. Bien. Rhys no había pretendido matarle.

—Cole, no me hagas hacer esto, —gritó mientras se acercaba, tratando de recuperar el aliento—. Tienes que venir conmigo. ¡No hay otra elección!

Entonces se frenó hasta detenerse. Cole no estaba acobardado. Estaba agachado junto al suelo, los ojos brillando peligrosamente. En sus manos había una daga con una hoja serrada, un arma mortal. Y estaba claro que sabía cómo utilizarla.

—No quiero herirte, —advirtió Cole, su voz baja y amenazante.

Enfrentaron miradas, ninguno dispuesto a ceder. Hizo enfadar a Rhys, pensar en todo el tiempo que había pasado preocupándose por este joven, sólo para descubrir que era un lobo con piel de cordero. Incluso aunque Cole nunca hubiera clamado ser otra cosa, Rhys aún así se sentía traicionado.

—¿Por qué no? —soltó él—. Puedo verte. ¿No te hará más real matarme? —Bien podría haber abofeteado en la cara a Cole, considerando cómo el hombre flaqueó ante su tono acusador. Rhys no se arrepintió de ello. Estaba harto de consentirle—. Esta es tu última oportunidad. —El orbe en su bastón crujió con energía blanca.

Los ojos de Cole se encogieron, y sólo por un momento Rhys pensó que podría atacar. Entonces de repente saltó en dirección opuesta. Sorprendido, Rhys desató una explosión desde su bastón, pero Cole ágilmente esquivó a un lado y perdió su marca. Más rocas volaron, lanzando una nube de polvo incluso más grande, y Rhys se tambaleó hacia atrás, tosiendo.

Cuando se recuperó, frotándose los ojos, Cole se había ido. La gravilla caía de grandes grietas en el techo. Tendría que tener más cuidado… lo último que quería era causar un colapso aquí abajo. No iba a detenerse aún así. Mientras que Rhys aborrecía la idea de llevar a nadie a los templarios, esto tenía que hacerse. La única forma de demostrar que los asesinatos no habían sido cometidos por magos era tener a Cole en su mano y rogar al Hacedor por que la extraña habilidad del joven no implicara que olvidaran que lo había hecho cinco minutos después.

Calmando sus nervios, Rhys corrió a través de la nube y le dio caza a Cole. Alzó su bastón enfrente de él, ya canalizando maná en él. No iba a fallar de nuevo.

Evangeline se sentía exhausta. Si se hubiera quedado durmiendo en su cámara como había planeado, no habría descubierto que el Encantador Rhys no estaba en su cuarto. El no saberlo la habría absuelto de cualquier responsabilidad de actuar, y era probable que el mago estuviera de vuelta en la mañana sin que nadie lo supiera. Sabía muy bien cómo merodeaban los magos por esta torre. Como ratas lograban descubrir cada rincón oscuro y cada pasadizo secreto donde pudieran encontrar algo de privacidad. Bajo circunstancias normales, no consideraría esto un problema.

Pero estas no eran circunstancias normales, y ella lo sabía. Una última comprobación con el centinela que había colocado en los salones de los magos y entonces descansaría… eso es lo que se había dicho a sí misma. El hombre al principio había tartamudeado y había insistido en que no había abandonado su puesto, lo cual por supuesto significaba que lo había hecho. Trató de sonar evasivo cuando mencionó la luz que había visto en las escaleras, alguien que llevaba una antorcha, o eso había pensado. Ella supo de inmediato lo que había ocurrido.

Tras tantos años de observar sobre sus cargos, uno pensaría que los templarios estarían acostumbrados a la idea de que los magos podrían utilizar sus hechizos para hacer más que lanzar rayos de relámpagos. Evidentemente la imaginación no era algo que la orden pudiera entrenar. Considerando que el Encantador Rhys poseía una facilidad con los espíritus, no era difícil ensamblar quién era responsable.

Así que ahora seguía al Primer Encantador Edmonde por el largo juego de escaleras que llevaba a la cámara de las filacterias. Iluminó el camino con su bastón, aunque las sombras aún empujaban desde todos los laos. El viejo mago se tambaleaba en cada escalón, deteniéndose para limpiarse la fatiga adormilada de sus ojos. Ella simpatizaba, pero tenían poca alternativa.

No pasó mucho antes de que las escaleras finalmente se abrieran a un vestíbulo. Una única habitación de piedra, sosteniendo sólo una enorme cámara acorazada. La puerta era un mecanismo elaborado de construcción enana, una serie de círculos entrelazados hechos de latón y acero y otras aleaciones que Evangeline no podía ni empezar a nombrar… lo suficientemente fuerte como para aguantar incluso el más concentrado ataque mágico. Toda la torre podía venirse abajo y permanecería intacta. Todo el interior podía ser destruido, por supuesto, lo cual le hacía preguntarse por qué no lo habían puesto bajo tierra en su lugar. Ella imaginaba que a la orden le gustaba mantener las filacterias bien arriba fuera del alcance de los magos, como una chuchería brillante colgando sobre la cabeza de un niño desesperado.

A cada lado de la puerta de la cámara acorazada una placa de cristal brillaba con un leve brillo rojo. Dos llaves para entrar: una para un templario y una para un mago. Era la única forma de entrar, como dictaban los principios del Círculo.

Un guardia en armadura de templario estaba enfrente de la cámara acorazada, su postura tan erguida que había pocas dudas de que había estado durmiendo sólo momentos antes.

—¡Caballero-Capitán! —saludó inteligentemente. Merecía una reprimenda, pero este *era* el puesto más aburrido de toda la torre. Ni siquiera había requerido un guardia hasta después de la rebelión de Kirkwall; el Caballero-Comandante Eron decidió que la prudencia lo exigía. Uno normalmente no esperaría que la cámara fuera necesaria en mitad de la noche, aún así. El día de suerte del guardia, supuso ella.

—¿Trabajando duro, según veo? —dijo ella mientras se aproximaba.

—¡Sí, ser! —El guardia parpadeó con fuerza, una lámina de sudor en su frente. Tenía la suave cara de un nacido noble, algún segundo o tercer hijo de un rincón olvidado del Imperio que sin duda despreciaba el hecho de que criarse dentro de la orden no era tan fácil como habría esperado.

—Hágase a un lado. —Ella movió su mano hacia él irritada; él casi jadeó mientras salía de su camino. Ella se giró hacia el Primer Encantador junto a ella—. ¿Vamos?

El mago parecía casi como si se fuera a caer del cansancio.

—¿Es esto realmente necesario, Ser Evangeline?

—Uno de los suyos ha desaparecido, la noche después de un atentado contra la vida de la Divina. También no fue mucho después de que le interrogáramos acerca de los asesinatos. Creo que eso levanta sospechas, ¿no?

—Interrogado, pero no acusado.

—Si lo prefiere, podemos despertar al Señor Buscador Lambert y pedirle su opinión.

Los hombros del Primer Encantador se hundieron. Dejando salir un suspiro laborioso, arrastró los pies hacia la placa a un lado de la cámara acorazada y puso su mano sobre ella. La luz roja reaccionó ante su toque, moviéndose y arremolinándose hasta que se volvió azul. Asintiendo, ella caminó hasta la otra, quitándose el guantelete y tocándola con su mano desnuda. Ella canalizó el poder a través de su piel; tintineaba mientras la placa lentamente cambiaba a azul también.

La cámara acorazada empezó a temblar, dejando salir un gruñido resonante que hizo eco por toda la cámara. Los engranajes giraron, y los círculos metálicos que eran parte de la puerta empezaron a deslizarse en direcciones diferentes. Ella observó, fascinada, mientras cada capa lentamente se alineaba una a una… hasta que el cierre emitió un último clanc y acabó. Un pequeño panel en el centro de la puerta se deslizó hasta abrirse, revelando una manilla.

Ella marchó hacia ella, haciendo un gesto hacia el templario que miraba boquiabierto para que se quedara atrás, y tiró. Toda la puerta se abrió mucho más fácilmente de lo que su peso sugería, haciendo tan poco sonido como si sus grandes bornes hubieran sido engrasados ayer en lugar de hacía siglos. Aquellos enanos ciertamente conocían su negocio.

La cámara sin ventanas del interior era enorme. Contenía seis grandes pilares que alcanzaban la misma cima del techo, cinco alrededor de los bordes de la habitación con el más grande en el centro. Cada pilar estaba bordeado de delicados viales de cristal y rodeado por una escalera de metal. Cada uno de estos viales contenía sólo un par de gotas de sangre, tomadas de cada mago mientras eran inducidos al Círculo, e imbuida con magia que hacía que la sangre brillara. La hacían parecer como si los pilares estuvieran cubiertos de joyas brillantes, oscuras, y colectivamente los viales bañaban toda la cámara en una abominable palidez carmesí. El color de las cosas prohibidas.

A Evangeline siempre le había disgustado esta habitación. Los viales emitían una vibración que sentías más que oías. La sensación crecía y crecía cuanto más permanecieras allí, hasta que casi te volvía loca. En su mente, las filacterias eran demasiado similares a la magia de sangre… pero ya que los templarios las encontraban útiles, estaba permitido. Un poco de hipocresía en el nombre del bien común.

El Primer Encantador Edmonde estaba junto a ella, alzando la mirada a los pilares con un desagrado obvio. Se frotó la frente con una mano marchita, y entonces se percató de que ella estaba observando.

—Rhys es un buen chaval, —dijo, como contestando a una pregunta.

—¿Habría dicho lo mismo de Jeannot?

—No, aunque dudo que me crea ahora.

—Tiene razón. —Ella caminó hacia el gran pilar central, tocando las escaleras de metal que se retorcían a su alrededor para asegurarse de que eran sólidas. Parecía imposible que aguantaran el peso de una persona de camino a la misma cima, pero nunca habían hecho más que tambalearse bajo ella. Aún así, para su propia tranquilidad mental la probaba cada vez.

Evangeline trepó con cuidado. Se percató de que un número de los viales había dejado de brillar. Normalmente eso significaba que el mago al que pertenecía estaba muerto. Ella tendría que recordar sugerir al Tranquilo que sacara los viales difuntos, una tarea que estaba atrasada de hacía tiempo. ¿Aunque a quién se lo diría? ¿Al Señor Buscador? Tenía dudas de que el hombre estuviera interesado en asuntos simples como la administración del día a día de la torre.

El vial del Encantador Rhys estaba a medio camino hacia arriba. Ella comprobó la marca rúnica sobre él con el registro para asegurarse. Se le ocurrió preguntarse si los guardianes de los registros Tranquilos se equivocaban alguna vez. Eran inhumanamente metódicos, y su naturaleza pasiva les hacía confiables… ¿pero los templarios confiaban en ellos demasiado? Todos ellos habían sido una vez magos, y mientras que no albergaban emociones, se preguntaba si era posible para un Tranquilo volverse alguna vez contra ellos.

La Capilla siempre había clamado que nunca podría ocurrir. Pero hubo una vez en que la Capilla había considerado también la idea de una rebelión de magos impensable.

—¿Así que ahora los magos estamos confinados a nuestras cámaras? —Le gritó el Primer Encantador—. Tradicionalmente siempre se nos ha dado el gobierno de la torre. No pueden empujar a la gente en una caja cada vez más pequeña y esperar que desaparezcan.

—¿O habrá una rebelión? ¿Cómo en Kirkwall? —Ella permitió más molestia en su voz de la que pretendía. Mientras descendía las escaleras, el vial de sangre en su mano, trató de mantener su temperamento bajo control—. Las condiciones eran duras allí, se lo acepto. Considerando todo lo que ha sucedido, espero que incluso usted esté de acuerdo en que no es lo mismo.

Él se encogió de hombros.

—Un ataque contra la Divina fue estúpido, sin ninguna duda. Todo lo que pido es que no paguemos todos por el crimen de un hombre.

Evangeline alcanzó el fondo de las escaleras y se volvió hacia él.

—Quizás el Encantador Rhys no está involucrado después de todo. ¿Y si está siendo apuñalado ahora mismo, para cubrir la culpa de alguien más? Los templarios están aquí para proteger a los magos, tanto si les gusta como si no.

—¿Incluso si eso nos mata? —El hombre ausentemente desechó su inmediata réplica—. Me disculpo por eso. Es tarde. ¿Tiene lo que necesita?

—Sí.

—Entonces acabemos.

Caminaron fuera de la cámara, y Evangeline permitió al Primer Encantador irse por su cuenta. Él caminó sin prisa por la escalera principal sin mayor comentario mientras el guardia dócilmente cerraba la cámara acorazada tras ella. Claramente estaba dividido entre querer pretender que nada había sucedido y adular a un oficial superior. Ella planeaba hacerle sudar.

Alzó el vial de la filacteria y lo estudió. *Ahora veamos adónde fuiste*, pensó ella. Concentrándose, canalizó un poco de poder en ella. El brillo carmesí de la sangre pulsó y entonces lentamente se intensificó.

Aún está en la torre, entonces. Eso es un comienzo.

Evangeline caminó bajando las escaleras, manteniendo un ojo en el vial. Cuanto más bajaba, más brillante se volvía el brillo. No le diría en qué dirección estaba el Encantador Rhys, pero le diría si se acercaba… y mientras descendía por los niveles donde los magos tenían sus cámaras, se dio cuenta de que estaba aún más bajo. Definitivamente un pasadizo secreto, entonces, a no ser que el centinela hubiera vagado más lejos de su puesto de lo que clamaba.

Ella continuó moviéndose a través de los pasillos oscuros de la torre, el brillo místico de la filacteria iluminando su camino. El salón interior estaba vacío, carente de templarios que pasaran su tiempo entrenando. La capilla estaba en silencio, con sólo la Llama Eterna en el brasero sagrado para indicar que se utilizara en absoluto. Estaba completamente sola, con sólo el eco de sus pasos para hacerle compañía.

Finalmente el vial le llevó al Pozo. No era inesperado, en realidad. Si el hombre estaba tan cerca como indicaba el brillo, y no estaba en los niveles de los magos, entonces allí es donde estaría.

Lo primero que hizo fue dirigirse hacia las mazmorras. No porque esperara encontrar a Rhys allí —poco sorprendentemente, la filacteria estuvo de acuerdo con su presunción— sino porque no iba a empezar a vagar en la oscuridad buscando a un mago potencialmente peligroso sin decírselo a nadie. Su encuentro en el baile le había recordado que incluso un mago podía ser un formidable oponente.

Las mazmorras eran un lugar mórbido. Una reliquia de un tiempo en el que esta torre no pertenecía a la Capilla en absoluto, sino que en su lugar servía como fortaleza gobernante para el Emperador Kordillus Drakon. Fue él el que había fundado la Capilla, durante una época de gran agitación en la que los cultistas estaban en todas partes y la magia desolaba las tierras. Una vez, supuso ella, estas mazmorras habían estado llenas, y las antiguas cámaras de tortura habían sido de uso habitual. Ella se estremeció ante el pensamiento de que esos dispositivos pudieran alguna vez ser desempolvados de nuevo.

Podrían llegar a eso, si los magos presionaban. Evangeline no era lo suficientemente estúpida como para imaginarlo de otro modo, y con esperanzas ninguno de ellos lo era.

Los dos templarios en la estación de guardia de la mazmorra estaban jugando a las cartas, y ella sacudió la cabeza mientras empezaban a levantarse.

—¿Despierta a estas horas, Caballero-Capitán? —preguntó uno de ellos.

—Estoy buscando a un mago perdido. —Ella señaló el vial.

—No hemos visto nada.

—No, no supongo que las mazmorras fueran su primer destino, —ella se rió entre dientes secamente—. Pero quería que lo supieran antes de que me dirija más profundamente en el Pozo. Sólo por si acaso.

Los hombres intercambiaron miradas significantes.

—¿Espera problemas? ¿Quiere que uno de nosotros la acompañe?

—No. Comprueben las celdas. Asegúrense de que todo el mundo está aún de una pieza. —Evangeline se giró para irse, pero entonces se detuvo mientras se percataba de que el otro templario parecía ansioso—. ¿Algo en mente, ser? —preguntó ella.

La culpabilidad del hombre agachó la mirada de su compañero.

—Err… ha habido ruidos. De abajo, quiero decir.

—¿Qué tipo de ruidos?

—Sólo lo habitual, —insistió el otro.

Ahora estaba interesada. Cruzó sus brazos y arqueó una ceja interrogante a ambos.

—¿Qué constituye "lo habitual," exactamente? Ha pasado algún tiempo desde que hacía el deber de guardia en las mazmorras. Podría, sin embargo, ser el primero de muchos para alguien.

—Ahora, escuche aquí. —El templario alzó sus manos a la defensiva—. Hay todo tipo de ruidos en un lugar viejo como este. Los escucha bien abajo. Cosas rompiéndose, o algo que entra desde las cloacas. Si va a la caza de cada cosa que escucha, pasará toda la noche corriendo alrededor en la oscuridad.

—Podría ser el Fantasma de la Aguja, —sugirió el otro, un poco avergonzado.

Evangeline puso sus ojos en blanco. Había oído ese rumor, el tipo de sinsentidos que parloteaban los magos. No esperaría eso de un templario. La posibilidad de que tal "fantasma" pudiera ser un demonio, particularmente si había magos de sangre en la torre, lo hacía en cierto modo menos broma. De hecho, podría ser algo que tuviera que tomarse bastante en serio.

Abandonó las mazmorras, moviéndose urgentemente ahora.

Estaba aún encontrando el camino hacia los pasadizos inferiores, sin estar familiarizada con el área, cuando escuchó el primer sonido extraño. Una explosión distante, como un trueno… o una explosión. Ella corrió más rápido, corriendo por un juego de escaleras, desenvainando su espada al mismo tiempo. Entonces escuchó algo diferente: un crujido agudo, eléctrico. Se estaban lanzando hechizos.

¿Qué en el nombre del hacedor estaba sucediendo allí abajo? ¿Una batalla?

Evangeline corrió a través de los pasillos, sosteniendo la filacteria enfrente de ella para juzgar su brillo. Dos veces tuvo que doblar hacia atrás cuando se encontró con un callejón sin salida, y entonces una tercera vez cuando se dio cuenta de que el pasadizo no iba en la dirección que ella necesitaba. Maldijo entre dientes, la mitad dirigiéndose a sí misma por no despertar a toda la torre cuando este asunto comenzó y la otra mitad a quien fueran los idiotas que pensaran que las entrañas de una torre eran un lugar excelente para construir un laberinto. La orden debería haber sellado esas partes del Pozo hacía siglos.

Entonces entró en las criptas de los templarios y le vio. El Encantador Rhys estaba junto a uno de los sarcófagos más grandes, la estatua sobre él habiéndose volcado al suelo y destrozada en cientos de pedazos. El polvo colgaba del aire, junto con el hedor acre del

humo. El propio mago estaba sucio, manchado de tierra y mugre, ¿y era eso sangre en su cara? Su bastón crujía con energía brillante, preparado para el ataque.

—¡Detente, mago! —Gritó ella, empuñando su espada—. ¡Esta es tu primera y única advertencia!

Rhys saltó ante su voz y se dio la vuelta. Ella medio esperaba una pelea, pero tan pronto como él la reconoció la brillante luz alrededor de su bastón se desvaneció. Ofreció una sonrisa seca.

—¿Por qué? Hola, Ser Evangeline. ¿Qué le trae por esta parte del Pozo?

—El ruido. Y un mago desaparecido.

Él asintió, más seriamente esta vez.

—Supongo que era inevitable.

De algún modo lograba estar atractivo incluso bajo la mugre. Eran los ojos, pensaba ella. Eran de un marrón cálido, muy similares a los de su padre. Con otros ojos, un hombre con tales rasgos cincelados y una barba oscura parecería frío, o incluso siniestro. Le hacía difícil de juzgar. Ciertamente, la forma en que se plantó ante el Señor Buscador decía algo de su coraje… o su estupidez.

Ella avanzó sobre él.

—¿Le importaría decirme qué está haciendo?

Por un momento ella pensó que realmente se lo diría. Estaba claro que estaba considerándolo, frunciendo el ceño pensativo. Pero entonces sacudió la cabeza.

—No me creería.

—¿No lo haría? —Ella se acercó tanto como se atrevía, su espada extendida cerca de tocarle. Él bajó la mirada hacia ella, pero su postura permaneció relajada. No sería una pelea, entonces. Eso era bueno—. ¿Qué se supone que piense? El Señor Buscador le interrogó y entonces se cuela aquí abajo para… ¿qué? ¿Demoler la cripta? ¿Desatar su rabia?

—No exactamente, no.

—Estaba luchando con alguien. ¿Con quién?

Evangeline estaba observándole con cuidado, y le pilló mirando hacia una esquina oscura al otro lado de la cripta. Ella siguió su mirada pero no vio nada allí excepto losas de piedras, marcas de calcinación, y humo. Definitivamente había estado lanzando hechizos a… algo

—¿Ve a alguien con quien luchara? —preguntó él, su tono evasivo.

Ella se detuvo. Era posible que quien fuera con quien hubiera estado luchando hubiera salido corriendo. Había atravesado la única entrada, pero por todo lo que sabía había una docena de pasadizos secretos que salían de aquí. Aún así… algo no parecía ir bien.

—No. No lo veo. —Ella bajó su espada ligeramente—. Pero eso difícilmente es una respuesta.

El mago no dijo nada, y ausentemente se limpió la mejilla. Definitivamente había una herida allí en medio de la suciedad, y cuando alejó su mano parecía sorprendido de ver la sangre.

—Bueno, —dijo ligeramente, como si esto fuera una conversación casual que pudieran estar teniendo en los pasillos de la torre—. ¿Qué va a hacer ahora?

—No me deja elección. Es una celda para ti, hasta que averigüe esto.

—¿Una celda? No sé qué…

Evangeline no le dio tiempo para terminar. Ella se lanzó hacia delante, retorciendo su espada alrededor de forma que pudiera golpearle en la nuca con la empuñadura. Fue cogido completamente por sorpresa, y cayó como un saco de patatas. Su bastón se apagó, dejando sólo la luz carmesí de su vial.

Ella se levantó sobre él, manteniendo la espada preparada mientras escaneaba el resto de la cripta. Tenía que haber algo aquí, pero sólo veía el humo alzándose desde la estatua caída y una nube de tierra elevándose en el aire. Todo lo demás estaba quieto, literalmente tan silencioso como una tumba.

¡Por el aliento del Hacedor, hombre! ¿Qué estabas haciendo?

¿Fue un movimiento lo que captó por la esquina de su ojo? Afirmando su agarre en la espada, reptó hacia la esquina de la cripta. Miró cuidadosamente a los espacios entre cada sarcófago, buscó en las sombras alguien oculto.

Nada.

Ella se estremeció. Había demasiadas estatuas aquí dentro, de hombres muertos hacía tanto que sus nombres se habían desvanecido incluso de sus epitafios. Y había demasiados rumores de fantasmas. Le dejó su estómago hecho un nudo, y odiaba eso. El miedo no era algo contra lo que pudiera luchar.

Evangeline caminó de vuelta hacia el inconsciente Encantador Rhys. Envainando su espada, le llevó con dificultad sobre su hombro y salió caminando. Mientras se marchaba, los pelos de su nuca se erizaron.

No podía evitar la sensación de que estaba siendo observada.

Capítulo 5

Rhys se despertó en la oscuridad, sin tener ni idea de dónde estaba.

Primero hubo agonía, un dolor palpitante que amenazaba con partirle la cabeza. Entonces le siguió el pánico, hasta que recordó la amenaza de Ser Evangeline. Sus manos estaban esposadas. Sus fosas nasales llenas con el hedor acre del sudor. Estaba en las mazmorras de la torre, sin ni siquiera una manta para mantenerle caliente.

Yació allí por lo que debían haber sido horas, temblando y casi enfermo de las nauseas. El sueño intermitente iba y venía. Cuando Ser Evangeline apareció finalmente, estaba casi delirando. Podrían haber sido semanas las que había estado allí abajo, por lo que sabía, y se sorprendió cuando ella tensamente le informó de que había sido poco más de un día.

Las preguntas fueron a continuación. ¿Qué había estado haciendo Rhys en los niveles inferiores? ¿Cómo llegó allí? ¿Quiénes eran sus cómplices? Todas ellas elaboraciones de lo que le había preguntado en la cripta, sólo que ahora era su última oportunidad para responder. Permaneció en silencio; la hora de responder a aquellas preguntas había pasado. Incluso aunque pensara que los templarios tenían cualquier posibilidad de creer la verdad, lo cual no lo hacía, tal historia extraña ahora sólo parecería un engaño para salvar su pellejo.

Y era obvio lo que ella estaba buscando: una confesión de que había ido a la cripta para reunirse con conspiradores Libertarios. Casi le preguntó qué conspiradores podrían ser esos… ¿faltaban otros magos de sus habitaciones esa noche? Quizás pensaba que estaba aliado con templarios. Hubo un pensamiento escalofriante. Si tan solo hubiera una mentira que pudiera decir que ella pudiera aceptar.

Al final, ella sacudió la cabeza en disgusto y se fue caminando. Casi le rogó agua primero… ¿pero qué sentido tenía? Morir de sed probablemente sería misericordioso en comparación a lo que le tenían reservado.

Así que no quedaba nada salvo esperar a lo inevitable. El tiempo pasaba lentamente en la oscuridad. El dolor en su cabeza finalmente se desvaneció, reemplazado por uno nuevo en su estómago. Raspó las esposas y luchó por encontrar una posición cómoda en el suelo de piedra. A veces dormía pero no soñaba. Otras veces simplemente yacía allí, sólo con sus amargos pensamientos.

¿Vendría Cole a por él? Ahí estaba, alguien que podía verle, ahora atado e indefenso. Los templarios supondrían su muerte como la acción de magos tratando de evitar ser nombrados. ¿Sabría siquiera Cole que las esposas evitaban que Rhys lanzara adecuadamente hechizos? Podría ser capaz de invocar un espíritu, quizás incluso sería capaz de abrir la puerta. ¿Pero entonces qué? La única salida era pasando un salón protegido lleno de trampas antiguas que podrían ensartarle de inmediato.

Cada vez que Rhys abría sus ojos esperaba ver a Cole agachado frente a la celda, mirándole con sus ojos tristes y embrujados. Había momentos en los que Rhys estaba seguro de que reaccionaría con terror. Otros no sentía nada salvo ira, y disposición a

gritarle al joven por meterle en este desastre. *Ojalá no te hubiera visto nunca*, quería decir. Entonces, en los momentos más oscuros cuando yacía allí hambriento y sediento, se preguntaba si no se alegraría. Una cara amiga, viniendo a salvarle de un destino peor que la muerte.

Después de aquellos momentos lloriqueó, y trató de desvanecer tales pensamientos de su cabeza.

Lo inteligente a hacer sería alejarse caminando cuando Cole se negó a ir con él ante los templarios. Simplemente volver por las escaleras y esperar lo mejor. ¿Pero y si Cole asesinaba de nuevo? Los templarios verían sus temores confirmados, y todo el mundo en la torre sufriría.

De hecho, eso aún podía suceder. Era sólo cuestión de tiempo. Hicieran lo que le hicieran, finalmente Adrian sería la siguiente… y cualquier otro mago en la torre hacia quien se volvieran sus sospechas. Quizás *debería* decirles la verdad. Si iban a matarle de todos modos, ¿qué tenía que perder?

Pero quizás no le matarían. Podrían hacerle un Tranquilo. ¿Cómo sería caminar por la vida, sin importarte nunca nada? ¿Estar seguro y contentarse, sabiendo lo que se te ha hecho pero sin importarte nunca? ¿Les hablaría de Cole? ¿Confesaría todo lo que sabía sin preocuparse de lo que hicieran con esa información?

Qué atrevidos. No hay evidencias. No hay un juicio. Sólo la sospecha y encontrarle en el lugar equivocado en el momento equivocado, ¿y eso era suficiente para borrarle de toda existencia? ¿Todo porque temían de lo que fuera capaz de hacer?

El desafío calentó su corazón un poco; en esa fría celda, era un tipo de consuelo. Que vengan. Que Cole venga. Invocaría toda la magia que pudiera y lucharía, fueran cuales fueran las consecuencias.

Para cuando la puerta se abrió de nuevo, se sentía preparado. Yacía a la espera, un núcleo de magia que había reunido dolorosamente anidado profundamente en su corazón y esperando a explotar.

—Encantador Rhys, —afirmó el templario en la puerta. La voz del hombre sonaba aburrida, y le lanzó al suelo una pequeña pila de ropas plegadas—. Vístase. Voy a llevarle al baño.

Rhys no estaba seguro de qué entender de aquello.

—¿Al… baño?

—Va a ser liberado.

—¿Cuánto tiempo ha sido?

—¿Desde que le pusieron aquí dentro? Cuatro días. Ahora dese prisa. —El hombre dio la vuelta sobre sus talones y se marchó, la puerta permaneciendo abierta. Rhys parpadeó varias veces, sin creerlo del todo. ¿Cuatro días? Se sentía como una semana, si no más, aunque sin comida o bebida probablemente habría muerto para entonces. Trató de contener su rabia, pero se drenó como la arena entre sus dedos. Por cualquier motivo, le estaban dejando salir.

Se cambió su túnica incrustada de tierra por la nueva, y salió al pasillo. Escuchó hombres hablando e incluso riéndose abajo en la estación de guardia, así que caminó hacia ellos. Era, sin ninguna duda, el paseo más surrealista de su vida. Había tres templarios en la habitación, bebiendo copas de vino, y le miraron como si nada fuera mal.

—Hay agua en la mesa, —dijo el guardia que lo liberó—. Hay comida también.

Rhys miró hacia donde el hombre señaló con la cabeza, y vio una jarra de peltre junto a un bol de estofado. El olor a carne le atrajo más cerca, y antes de saberlo estaba hundiéndose en la comida con una venganza. Estaba frío, prácticamente congelado, pero no le importó. Lo metió en la boca tan rápido que casi se atraganta, pero aún así era la mejor comida que podía recordar. El agua se metió en su garganta como ambrosía.

Y entonces se arrodilló, su estómago protestando violentamente. Arrodillándose en el suelo se agarró la tripa mientras los hombres se reían. Finalmente el dolor se fue y el guardia le levantó por el hombre.

—Vamos, —se rió entre dientes el hombre, no sin simpatía.

No pasó mucho antes de que Rhys se encontrara a sí mismo en una pequeña habitación en un otra parte de la torre, la luz del sol atravesando una ventana. Hería sus ojos, y requirió de todo lo que pudo para parpadear ante el dolor y preguntarse qué estaba haciendo allí. A través de la puerta podía escuchar el agua entrando en una tina, y olió las sales de baño. Una sensación de presentimiento llegó sobre él. Se sentía como un cordero siendo preparado para ir al matadero.

Momentos después, una joven elfa entró. Llevaba una simple túnica gris, y él inmediatamente se percató de la pálida marca de la radiación solar en su frente. Un Tranquilo, entonces.

—Si está preparado, —dijo ella en una voz monótona—, el agua está lista.

Ella extendió una mano delgada, pero él no la cogió.

—¿Duele…? —preguntó.

—El agua no le hará daño.

—No, el… —Rhys hizo un gesto a la marca. Parecía como si fuera una pregunta personal que hacer, pero entonces se recordó a sí mismo que un Tranquilo no se ofendía. Aún así eso parecía una excusa pobre. Considerando que había estado cerca de los Tranquilos toda su vida en la torre, ya que ellos realizaban cada función doméstica y administrativa, debería estar más cómodo en su presencia. Nunca lo estaba, ni la mayoría de magos que conocía. La mayoría de las veces trataban de pretender que los Tranquilos eran una parte del fondo, y que no habían sido una vez igual que ellos.

La elfa parpadeó, e inclinó la cabeza en lo que podría haber sido confusión. No podía decirlo realmente.

—El Rito de la Tranquilidad, —afirmó ella—. No se me permite hablar de ello. Ya lo sabe.

—Si se me va a hacer ser como tú, quiero saberlo.

—No estoy preparándole para el Rito. Va a ser llevado a una reunión de magos en el gran salón. —Ella se giró y se deslizó hacia la otra habitación, y él ausente la siguió—. El Señor Buscador solicitó que fuera lavado, así que es por lo que estoy aquí para asistirle.

Con seguridad, la otra habitación contenía varias tinas de latón, una de las cuales estaba ahora llena de agua corriendo. Nunca había visto el lugar antes, así que imaginaba que debía estar en la sala de los templarios. Qué extraño. Se giró hacia la elfa, aturdido.

—¿Soy libre? ¿Tan simple como eso? —preguntó él.

—No tengo conocimientos que ofrecer respecto a eso.

Él sólo vaciló un momento antes de quitarse la túnica y caminar hacia el agua. La modestia era otra cosa para la que los Tranquilos no tenían utilidad. Ella le observó con los ojos en blanco y le dio una toalla una vez que estuvo inmerso. Él farfulló un gracias, tratando de no mirarla a la frente, y ella caminó hacia la puerta.

Se detuvo y se giró hacia él.

—Si sentí dolor, —dijo ella suavemente—, no me importa ahora. Una vez sólo conocí el miedo, pero ahora sólo conozco el servicio. Fuera cual fuera el dolor que hubiera, creo que es un intercambio aceptable.

La Tranquila se fue. Aunque Rhys estaba sentado en el agua casi hirviendo, sintió un escalofrío correr a través de su corazón.

Una hora más tarde estaba en el gran salón. La enorme cámara estaba en una estructura que no estaba dentro de la Aguja Blanca sino adosada a su planta baja. Servía de entrada principal a la torre; a través de aquí los reyes y reinas habían sido llevados ante el hombre que más tarde se convertiría en el primer Emperador de Orlais. El trono había sido retirado desde hacía mucho, por supuesto, pero los arcos palatinos y las ventanas de cristal manchadas servían de recordatorio de ese glorioso pasado. Ahora era un testamento al poder de la orden templaria, y en las extrañas ocasiones en las que a los magos se les permitía reunirse aquí no podían evitar que se les recordara por sus alrededores.

El propio salón era increíblemente grande, el suelo hecho de mármol brillante con un patrón a cuadros negros y grises. Al otro lado había filas de sillas, pero todas estaban actualmente vacías. En su lugar, todo el mundo se arremolinaba en medio de la sala, agrupándose en grupos y hablando excitadamente. Hasta donde Rhys podía decir había más de varios cientos de magos aquí, incluso los aprendices más jóvenes. Todo el complemento del Círculo de Magos de la torre.

Estaba en la entrada, mirando asombrado. No había programada otra asamblea desde al menos un mes, y con el ataque contra la Divina habría supuesto que los templarios prohibirían incluso eso.

Entonces vio un montón de rizos rojos familiares mientras Adrian iba en línea recta hacia él desde la multitud.

—¿Te dejaron salir de las mazmorras? —preguntó ella mientras se acercaba—. Eso es una sorpresa.

Él le sonrió.

—Mi personalidad chispeante se los ganó.

—Oh, apuesto a que sí.

Rhys hizo un gesto a los otros magos, algunos de los cuales estaban mirando a escondidas hacia él.

—Así que, esto es interesante. ¿Te importaría decirme por qué está todo el Círculo aquí?

—Pensé que *tú* lo sabrías. Es un misterio.

—¡Oh, me gustan los misterios! ¿Una anunciación, quizás?

—Eso es lo que pensé. ¿El Señor Buscador querrá dirigirse a nosotros, quizás? —Ella sonrió—. O querrá reunirnos en un punto. Menos trabajo para que los templarios nos masacren así.

—Tienes que admirar su sentido de la eficiencia.

Adrian se rió entre dientes tristemente, entonces cogió su brazo y le llevó al salón. Sus pasos hicieron eco fuertemente en el mármol, atrayendo las miradas curiosas de aquellos que estaban presentes. Ella parecía ignorante a ellas, pero Rhys estaba un poco incómodo. ¿Pensaban los otros que era responsable de lo que estaba sucediendo? ¿Cuánto les habían contado? Evidentemente leyendo sus pensamientos, Adrian se inclinó cerca mientras caminaban.

—Has sido la comidilla de la torre. El Primer Encantador dijo que desapareciste, pero eso es todo. Los templarios se negaron a decirnos nada.

—¿Entonces cómo sabías que estaba en las mazmorras?

—Formamos un alboroto, por supuesto, y yo estaba al mando. Había un grupo entero de nosotros mirando a los templarios. Tenían sus espadas fuera y todo. Te perdiste la emoción.

—¿Todo eso por mí? Me ha llegado.

—No iba a dejar que te desvanecieras, sólo para que aparecieras como Tranquilo en un par de semanas. No sin pruebas de que siquiera hubieras hecho algo. —Adrian frunció el ceño, una mirada que normalmente reservaba para cuando le daba a alguien un cumplido a regañadientes—. El Primer Encantador Edmonde nos respaldó. Estaba allí con todos los encantadores sénior, exigiendo hablar con el Señor Buscador.

Rhys meramente asintió, un poco sin palabras. Podía bromear todo lo que quisiera, pero la idea de que los otros magos le defendieran incluso ante el riesgo de su propia seguridad era sobrecogedora. ¿Habría hecho lo mismo en su pellejo? Le gustaba pensar que sí.

—¿Así que qué sucedió? —preguntó él finalmente.

—Ser Evangeline apareció. —Adrian puso los ojos en blanco al oír su nombre. Ella nunca podía guardarse sus sentimientos sobre nadie en secreto, de los templarios menos aún—. Ella ordenó a sus hombres que se hicieran atrás, y nos dijo que te habías escabullido de tu habitación en mitad de la noche. Bajaste al Pozo, quizás incluso te metieras en algún tipo de pelea. —Ella se detuvo mientras alcanzaban el centro del salón, mirando al Rhys con una curiosidad resguardada—. Eso… no es cierto, ¿no?

Ah, así que aquí estaba. Se percató de que había un par de los otros cerca que se detuvieron en mitad de sus conversaciones, pretendiendo no escuchar aunque claramente lo estaban haciendo. Adrian se estaba muriendo por conocer la verdad. Todos lo hacían.

—Es cierto, —admitió él.

—¿Qué parte?

—Bajé al Pozo, —dijo cuidadosamente—. Necesitaba encontrar a alguien. Me pillaron, y eso fue el fin.

—Necesitabas encontrar a *alguien*.

—Sí.

Sus ojos resplandecieron con molestia.

—Bien, entonces. No me lo cuentes. —Adrian tiró de él hacia delante de nuevo, seriamente silenciosa. Rhys no podía culparla por estar enfadada. Si alguien podía creerle acerca de Cole, sería ella, ¿pero entonces qué? Ella estaría determinada a hacer algo… incluso si no tenía ni idea de qué pudiera ser. Por mucho que ansiara hablar sobre ello, mezclar a Adrian en su desastre sólo empeoraría las cosas para ella y para todos los demás.

Miró alrededor, esperando ver al Primer Encantador entre la multitud. Se sentía como si debiera ir y darle las gracias al hombre, o al menos disculparse por meterle en tantos problemas. La idea de encontrar a Cole, después de todo, era para evitarle sufrimiento al Círculo… no para instigar más. Pero no podía ver al hombre por ninguna parte.

Finalmente Adrian llegó a su destino: un pequeño grupo de encantadores sénior, a los cuales reconocía a todos. Miembros de la hermandad Libertaria de la torre… excepto por Jeannot, por supuesto. Uno de ellos, un elfo con el pelo negro largo y los extraños ojos ajenos típicos de su raza, asentía sombríamente mientras se aproximaban. Garys había sido el líder no oficial de la hermandad antes de que Adrian le suplantara eficientemente… no mediante ninguna maquinación, por supuesto, sino por la virtud del hecho de que ella no podía *no* ser la líder y aún así hacer que las cosas se hicieran a su modo.

Consecuentemente, a Garys les importaba poco ninguno de ellos. Rhys sentía lo mismo por él; Garys era uno de los motivos por los que nunca se había asociado mucho con los Libertarios de la Aguja Blanca excepto a través de Adrian.

—Me alegro de tenerte de vuelta, —dijo el elfo. No sonaba sincero.

—Oh, iba a quedarme en la celda un poco más, ¿pero quién podría perderse esto? ¿Una asamblea, ya? ¡Emocionante! —Él se rió entre dientes por dentro mientras la mandíbula del elfo se apretaba irritado.

Adrian se cruzó de brazos, frunciendo el ceño severamente.

—Parece que Ser Evangeline estaba diciendo la verdad. Se escabulló de su cámara aquella noche, justo como ella dijo.

Garys alzó sus cejas sorprendido.

—Más estúpido por nuestra parte por defenderte, entonces. ¿Qué te poseyó para hacer tal cosa? ¿Y por qué te dejarían salir después de todo eso? —Sus ojos se encogieron con sospecha—. ¿Qué les dijiste?

—No les dijo *nada*, —insistió Adrian. Entonces miró a Rhys, de repente insegura—. No les dijiste nada, ¿no?

—No sé nada.

—Eso no te detendría de preparar nada, —gruñó Garys.

Rhys se encogió de hombros.

—No le di a los templarios un motivo para culpar a los Libertarios, si es lo que estás preguntando.

El elfo parecía poco convencido, pero Adrian desechó la idea.

—No importa. Estamos juntos ahora, y necesitamos hablar sobre cuál será nuestro siguiente paso. Si nos sentamos y no hacemos nada, acabarán colgándonos el ataque contra la Divina a nosotros. Sabes que lo harán.

—Eso depende, —dijo Garys. Se volvió hacia Rhys—. Los Libertarios estaban detrás de ti, y quizás es por lo que te liberaron. ¿Lo que quiero saber es si les devolverás el favor? Nunca has sido realmente parte de la hermandad, lo sé… ¿pero estarás con nosotros ahora?

Había un tono en la voz del elfo que hizo que Rhys se detuviera. Miró alrededor y se percató de que únicamente había otros Libertarios cerca. La hermandad estaba planeando algo, quizás algo serio. Querían su ayuda, o querían probarle. De cualquier modo eso lo convertía en una conversación peligrosa, particularmente en medio del gran salón.

También le hizo preguntarse a Rhys. ¿*Habían* estado involucrados en el atentado contra la Divina y no se lo habían dicho? ¿Era Adrian parte de ello? Parecía improbable, ya que era horrible guardando secretos, y aún así…

Adrian miró hacia él expectante, como los otros.

—¿Y bien? —preguntó ella.

Afortunadamente, el destino intervino antes de que pudiera decir nada. El sonido de la conversación en el salón de repente aumentó. Los magos se movieron hacia los asientos a cada lado de la cámara, sus pasos un claqueteo de ecos fuertes que hacían difícil hablar. Rhys vio a uno de los Tranquilos circulando entre los grupos, silenciosamente urgiendo a todo el mundo que despejara el piso.

—Parece que se nos ha acabado el tiempo, —murmuró Garys.

—Podemos hablar más tarde, —dijo Adrian—. Suponiendo que esta no sea la forma del Señor Buscador de decirnos que han sido revocados nuevos privilegios, y que todos vamos a ser encerrados en nuestras habitaciones. —Ella caminó rápidamente hacia un par de sillas despejadas, en primera fila, por supuesto, y le hizo un gesto a Rhys para que le siguiera. Lo hizo, dejando a Garys frunciendo el ceño con los otros Libertarios.

No pasó mucho antes de que un siseo repentino descendiera. El Primer Encantador Edmonde había aparecido. Llevaba túnicas ceremoniales: un brocado grueso negro con un borde dorado, así como un manto de piel blanco que parecía lo suficientemente pesado

como para anclarle al suelo. El hombre se apoyaba sobre su bastón, cada golpe sonando fuertemente contra el mármol. Mientras todo el mundo se callaba, el golpeteo se convirtió en el único sonido en la cámara. Para cuando el Primer Encantador alcanzó el centro del salón, tenía la atención de todo el mundo.

Miró alrededor, e inicialmente no dijo nada. El cansancio en su postura era tan pronunciado como en la oficina del Caballero Comandante.

—Me complace, —comenzó él, su voz apenas audible—, que todos ustedes hayan asistido a esta asamblea, y que estén bien. Son tiempos peligrosos, amigos míos, y no deseo vernos unidos al conflicto. Nuestros dones pueden hacer mucho bien, si tan sólo lo permitimos…

Descendió la voz a un silencio, cerrando los ojos. Nadie se atrevía a hablar, y los únicos sonidos en todo el salón fueron un par de toses incómodas. Cuando el hombre abrió sus ojos de nuevo, alzó una mano y asintió.

—Lo sé, lo sé. Soy mayor, y aquí me encuentro siendo su líder con tan poco que decir. Si fuera así podría hacerlo mejor. —Se volvió hacia las puertas—. Hay, sin embargo, alguien que puede que tenga las palabras que yo no tengo.

Todos los ojos se volvieron hacia las puertas. Una mujer mayor caminó dentro, pero mientras que el Primer Encantador había sido desgastado por sus años, ella llevaba los suyos con orgullo. Llevaba una túnica de seda azul y una regia capa blanca que barría el suelo tras ella. Su pelo gris estaba recogido en un moño de matrona, pero era fácil ver que una vez había sido una mujer hermosa. Ahora podría ser llamada atractiva, su cara cargando con la madurez preocupada de alguien acostumbrado al poder.

Esta mujer no necesitaba presentación, ya que cada mago del salón sabía de ella: Wynne, archimaga y heroína de la Ruina en Ferelden nueve años antes. Pese a esto, no recibió ninguna bienvenida de heroína. Hubo una pizca de aplausos educados, pero la mayoría de la multitud estaba aturdida en silencio. Fue ella, después de todo, la que había liderado el voto contra la independencia del Colegio de Encantadores de la Capilla antes de su cierre. Había muchos que eso la convertían en una traidora.

Rhys gruñó hacia dentro. De toda la gente que podría haber esperado ver caminar a través de esa puerta, ella era la última. Habría preferido que hubiera sido el Señor Buscador. Cualquiera salvo ella.

—¿Puedes creerlo? —le siseó Adrian al oído.

—No del todo, no.

Wynne ignoró la tensión en el salón, asintiendo en su lugar educadamente hacia el Primer Encantador mientras se retiraba. Su mirada fría barrió por la audiencia, quizás sopesándola o silenciosamente provocando a aquellos que se resentían de su presencia a que hablaran. Nadie lo hizo. Rhys pensó que sus ojos se detuvieron en él, y él hizo lo que pudo por evitar encontrar su mirada. Entonces ella alzó su bastón blanco bien por encima de su cabeza. Con un flash cegador, un arco de relámpagos salió de él hacia el techo abovedado. Fue seguido de un trueno que reverberó a través de la cámara, sacudiendo las ventanas de cristal tintado.

La audiencia jadeó, y muchos lanzaron sus manos sobre sus cabezas en anticipación a que el techo se desplomara sobre ellos. Nada sucedió. Wynne bajó su bastón, mirando a aquellos sentados con una expresión seria.

—Ese es nuestro poder, —entonó ella—. Podemos desatar una gran fuerza destructora, o podemos controlarla. Es una elección que debemos tomar sabiamente, ya que este poder puede traer un gran sufrimiento a otros.

Ella se detuvo, alzando su mano libre. Sus dedos se movieron en un patrón elaborado mientras ella lanzaba un hechizo, y lentamente un espíritu empezó a manifestarse. Tenía una forma vagamente humanoide, como si hubiera sido unido de hebras finas de luz. El espíritu flotó en el aire junto a ella, desconcertado, y Wynne extendió su mano hacia él. Sus dedos pasaron a través de su forma, dejando olas a su paso. Su expresión era tierna, casi maternal.

—Y entonces hay momentos en los que esa elección se nos arrebata. —Ella movió su mano y el espíritu parpadeó fuera de la existencia—. Hay espíritus mucho menos benignos que ese, y si se abrieran paso a la fuerza a vuestra mente, os convertiríais en una criatura del caos. —Ella dio un par de pasos hacia el lado de los aprendices del salón, mirando directamente a un chico que no podía haber tenido más de doce años. El chaval la evitó intranquilo—. Incluso los más inocentes entre nosotros podrían convertirse en un terror, y no hay forma de saber quién caerá.

La tristeza cruzó su cara, y ella se volvió. Encarando al resto de la audiencia de nuevo, su tono se suavizó.

—Si os digo cosas que ya sabéis, es porque olvidamos lo extraordinarios que somos. Olvidamos los motivos que los otros tienen para temernos, y que son buenos. Sólo vemos las duras restricciones que se nos ponen, y parecen muy injustas ciertamente.

Rhys escuchó los susurros enfadados a su alrededor. Junto a él, Adrian estaba lívida. Podía sentir del todo el rechinar de sus dientes mientras evitaba explotar. Sintió su propio temperamento atizarse también, tratando como podía de suprimirlo.

—¿Cuál es nuestra alternativa? —continuó Wynne. Ella esperó una respuesta, pero ninguna llegó—. ¿Debemos pedir vigilarnos a nosotros mismos, sin la ayuda de la Capilla? ¿Pedirle a la gente de Thedas que confíe en que no repetiríamos los errores de los magísteres de Tevinter, errores que han llevado al mundo al mismo extremo de la destrucción en más de una ocasión?

Ella alzó su bastón blanco enfrente de ella ahora, y un aura feroz estalló en vida a su alrededor.

—¿O debemos luchar? —El aura se intensificó hasta que brilló con tanta fuerza que Rhys se vio forzado a apartar la mirada. Otros hicieron lo mismo—. ¡Nos levantamos contra nuestros opresores y les mostramos nuestro error al subestimarnos! —La luz de repente murió, y todo el salón se quedó mortalmente en silencio—. ¿Con qué fin? —susurró ella—. Incluso si los pudiéramos matar a todos, no cambiaría nada.

—Aconsejo paciencia, ahora igual que hice hace un año en el Colegio de Encantadores. Sí, las cosas deben cambiar… pero si no nos mostramos dispuestos a doblegarnos, ¿cómo podemos esperar que aquellos que nos temen lo hagan?

—¡Paciencia! —gritó una nueva voz, los ecos sonando por el salón. Rhys estaba sorprendido de descubrir que era la suya propia. Estaba en pie, los puños apretados a sus lados, y ahora cientos de túnicas se movían mientras todos los ojos se volvían hacia él. Entonces, también, Wynne le miró con un curioso alzar de cejas.

—¿Tiene algo que añadir, Encantador? —preguntó ella.

Estaba harto de teatros. Esta mujer dándole lecciones como si debieran estar agradecidos por su tratamiento… le llenaba de ira. Incluso así, no había planeado hablar. Esta era la segunda vez que había dejado que su temperamento sacara lo mejor de él: una vez con el Señor Buscador y ahora esta. Si hubiera sido listo, murmuraría una excusa y se sentaría de nuevo.

Aún así. Eso significaría ceder.

—Lo tengo, —dijo finalmente. Adrian le miró aturdida, pero también entretenida. Era ella, después de todo, quien tenía una reputación de problemática. Apretando sus dientes, continuó presionando—. ¿Quién eres tú para aconsejar paciencia? Tú tienes más libertades que cualquiera de nosotros. Tú no estás encerrada en una torre, siendo arreada a tu cámara por las noches como un niño. Nadie te amenaza con el Rito de la Tranquilidad por salirte de la línea. ¡Es fácil ser *paciente* cuando no has pasado por lo que nosotros hemos tenido que pasar este último año!

Hubo una pizca de aplausos, más prominentemente de Adrian y los otros Libertarios, pero escuchó oposición también. Varias voces se alzaron en queja, mientras que otros discutían; el nivel general de ruido empezó a escalar. Wynne alzó una mano, y lentamente la charla se silenció.

—Yo tengo libertades, —admitió ella—. Fueron ganadas a través de años de servicio, y como recompensa por mi parte en derrotar a los engendros tenebrosos. Trabajé para ganarme la confianza de la Capilla; no esperaba que cayera en mi regazo.

—¿Y qué hemos hecho nosotros para que se nos niegue esa confianza, aquellos que hemos pasado todas nuestras vidas haciendo todo lo que se nos pedía? ¿Por qué somos todos señalados por los errores de unos pocos?

El aplauso fue más fuerte esta vez. El Primer Encantador apareció, aproximándose a Wynne con una mirada de preocupación, pero ella sacudió su cabeza.

—¿Qué harías que hicieran? —Preguntó a Rhys, hablando sobre el parloteo general—. ¿Discutir sobre los procedimientos mientras la torre cae a su alrededor? Todos estamos en el mismo barco, joven, y corresponde a todo el mundo remar, para que la corriente no nos aleje.

Rhys iba a responder, pero una mirada de advertencia del Primer Encantador le hizo cambiar de opinión. No importaba de todos modos. Los magos de ambos lados del salón habían saltado de sus sillas, abucheando o gritando enfadados. Otros estaban

determinadamente aplaudiendo en apoyo de Wynne, o discutiendo con sus detractores. Toda la cámara estaba estallando en una cacofonía de ruido.

Wynne miró la reacción con un aire de resignación. El Primer Encantador Edmonde le susurró algo al oído. Lo que fuera que le hubiera pedido, ella accedió reluctante y se volvió para marcharse. Todo el mundo estaba tan atrapado en sus discusiones que apenas se percataron de su partida.

Junto a Rhys, Adrian se levantó. No iba a tomar parte de las discusiones, y en su lugar se maravillaba de todo con una expresión encantada.

—No está mal, —comentó ella—. Yo misma no podría haberlo hecho mejor.

—Sí, bueno, aparentemente mi boca tiene vida propia.

—Me gusta tu boca. Debería hablar más por ti.

Rhys observó con disgusto mientras dos magos empezaban a empujarse los unos a los otros cerca. Uno era un Libertario, mientras que el otro era parte de la hermandad Lealista… “Defensores de la Capilla,” como a algunos les gustaba llamarlos, ya que abogaban por la obediencia a la Capilla y amargamente se oponían a todos los intentos de independencia. Se dobló del dolor cuando los hombres empezaron a golpearse sobre las sillas, atrayendo a otros a la refriega.

—Bueno, no mires ahora, pero la diversión está a punto de terminar. —Adrian señaló hacia las puertas principales, y él miró justo a tiempo de ver a los templarios irrumpir dentro. Había al menos una docena, espadas en mano, ya gritando sobre sus pulmones que todo el mundo volviera a sus cuartos.

Los aprendices más jóvenes, la mayoría de los cuales habían observado los acontecimientos con los ojos como platos, inmediatamente reptaron para obedecer. Los otros fueron más lentos en reaccionar, así que los templarios comenzaron a vadear hacia las gradas para forzar su punto. Agarraban a quien fuera que estuviera más cerca, bruscamente lanzándolos al área del suelo. Esto causó un caos general; los magos comenzaron a abandonar el área de asientos de una, algunos huyendo mientras que otros enfadados se arrimaban a los templarios en defensa de sus compañeros.

La tensión parecía a punto de convertirse en algo horrendo. Rhys contuvo el aliento, medio esperando que alguien lanzara un hechizo… una simple chispa de llamas, incluso un bastón apuntando en la dirección equivocada, y eso sería el fin. Los templarios se verían forzados a actuar, y habría derramamiento de sangre.

Pero no sucedió. Con una lentitud torturadora, el orden se restauró. Rhys permaneció donde estaba con un puñado de encantadores sénior, todos ellos observando los procedimientos con desesperación. Adrian sacudió la cabeza.

—¿Deberíamos irnos, antes de que nos templarios nos arrastren fuera también?

Él asintió. Más de ellos estaban llegando, y los magos estaban permitiendo ser llevados. Los gritos habían dado paso a un silencio aumentado, marcado únicamente por el ruido de los pasos en el mármol. Mientras Rhys y Adrian se abrían paso a través de la densa multitud ante las puertas, fueron interceptados por un Tranquilo mayor con túnicas grises.

—¿Encantador Rhys? —preguntó el hombre.

—Ese soy yo.

—El Señor Buscador ha solicitado su atención en su oficina. Voy a llevarle allí inmediatamente.

Rhys intercambió una mirada de alerta con Adrian. Eso fue rápido. Considerando que no había esperado salir de la celda, ser lanzado de vuelta allí —o peor— no era exactamente una perspectiva sorprendente.

—Voy a ir con vosotros, —juró Adrian. Podía decir por su tono que no habría discusión con ella.

—Será tu funeral.

El largo camino de vuelta hasta la oficina del Caballero-Comandante, ahora la oficina del Señor Buscador, se sentía más bien como una marcha fúnebre. Mientras ascendían hacia los niveles superiores las cosas se volvieron silenciosas, como si una mortaja hubiera descendido sobre toda la torre. La tensión era palpable. Ninguno de los templarios que pasaron dijo ni una palabra, y el Tranquilo se contentaba con liderar el camino en silencio.

Rhys se inclinó cerca para susurrarle a Adrian mientras caminaban.

—Si deciden castigarme, quiero que prometas que no tratarás de detenerles.

—¿Estás loco? Por supuesto que lo haré.

—¿Y darles una excusa para castigarte también? No puedes ayudarme, Adrian, y no puedes ayudar al resto de los magos del interior de las mazmorras.

Ella frunció el ceño pero no dijo nada, y evitó sus persistentes miradas de después.

No pasó mucho antes de que estuvieran en el recibidor de la oficina una vez más. Dos veces en una misma semana… eso tenía que ser un récord. La gran ventana estaba bien abierta esta vez, dejando entrar una brisa con olores acres de la ciudad de abajo. También admitía el frío del otoño tardío, haciendo temblar a Rhys.

Dos templarios estaban atentos fuera de la puerta de la oficina, tan tensos en su alerta que uno casi podía oler el miedo viniendo de ellos. El miedo al Señor Buscador, supuso Rhys. Apenas miraron al Tranquilo, que se inclinó y se deslizó de vuelta fuera sin una palabra.

—Se te espera, Encantador… solo, —dijo uno de ellos, y frunció el ceño hacia Adrian. Su respiración era visible en una fina niebla.

—No voy a irme a ninguna parte, —gruñó ella.

El hombre vaciló, y entonces se encogió de hombros. Evidentemente prefería que los magos sufrieran el descontento del Señor Buscador que arriesgarse él mismo, así que abrió la puerta y se hizo a un lado.

Entraron. Como antes, el Señor Buscador Lambert se sentaba tras el escritorio con Ser Evangeline a su lado. En la silla enfrente de él, sin embargo, se sentaba Wynne. La mujer mayor se levantó de inmediato. Su mirada era fría y apreciativa.

—Hola, Rhys, —dijo ella silenciosamente.

Por supuesto que ella estaría aquí. No debería estar sorprendido.

—Hola, Madre, —dijo él.

Si los ojos de Adrian pudieran haberse disparado algo más altos, probablemente habrían trepado hasta su pelo.

El Señor Buscador se aclaró la garganta, lanzando una mirada de desaprobación a Rhys.

—Se me ha informado de que ha causado una gran perturbación en el salón.

—¿No es por eso por lo que estoy aquí?

—No lo es. La Encantadora Wynne solicitó su presencia después de que la asamblea terminara. ¿Por qué pensó que se le permitió salir de su celda? —Rhys estaba abatido por eso. Ahora todo tenía sentido. El hombre miró a Adrian y frunció el ceño—. Ella, sin embargo, solicitó la asistencia de nadie más.

—Yo me he autoinvitado, —dijo ella desafiante.

—No es ninguna molestia, —interrumpió Wynne antes de que el Señor Buscador pudiera responder.

Se acomodó de vuelta en su silla, apretando su mandíbula en una furia silenciosa.

—Haga lo que vino a hacer, —dijo él a través de los dientes apretados.

Wynne asintió, satisfecha, y se volvió hacia Rhys una vez más.

—Me temo que no hay ningún sitio en el que ninguno de vosotros podáis sentaros, —comenzó ella, buscando por la habitación como si esperara que las sillas se materializaran de repente.

—Puedo quedarme de pie, —dijo él— ¿De qué va esto?

—Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —Rhys miró al Señor Buscador, y entonces a Ser Evangeline, pero sus expresiones de piedra no ofrecían ninguna iluminación—. ¿Para qué podrías necesitar mi ayuda? ¿Y por qué la ofrecería yo?

—¿Prefieres volver a las mazmorras? —intercedió el Señor Buscador.

Rhys no respondió. En su interior se irritó ante la amenaza.

Wynne meramente asintió, como si su respuesta no fuera más que la que ella esperaba.

—Un viejo amigo mío se ha convertido en una abominación, —comenzó ella—. Pretendo rescatarle, y eso significa ir al Velo para luchar por el control del demonio que le ha poseído. Es una tarea difícil, y una que no puedo hacer sola. Necesitaré que vengas conmigo para ayudarme a realizar el ritual.

El Señor Buscador dejó salir un gruñido enfadado y golpeó su puño contra el escritorio.

—¡No dijo *nada* sobre llevarse al Encantador Rhys de la torre!

—Ni necesitaba hacerlo, hasta ahora.

—¿Se ha olvidado del ataque contra la Divina? Este hombre está involucrado, y no puedo permitirle marcharse. No lo haré.

—Pensé que diría eso. —Ella extendió el brazo a un bolsillo de su capa blanca y sacó un pergamino de vitela, el sello de cera llevando el símbolo de la Capilla. El Señor

Buscador lo cogió con un fruncir de ceño. Rompiendo el sello, desenrolló el pergamino y lo leyó—. Como puede ver usted mismo, la Divina me ha dado total autoridad para realizar mi misión como yo vea oportuno. —Ella sonrió ligeramente—. Y veo oportuno llevarme al Encantador Rhys conmigo. Es un médium espiritual, después de todo, y por lo tanto sus habilidades demostrarán ser útiles.

El Señor Buscador la ignoró y continuó escaneando el documento. Cuidadosamente. Finalmente su fruncir de ceño se profundizó.

—¿De dónde ha sacado esto?

—De la Divina, obviamente. Una vieja amiga nos presentó.

Ella enrolló el pergamino de nuevo y lo lanzó al escritorio como si fuera en rechazo.

—Parece tener un gran montón de viejos amigos, —se mofó él—. ¿Y se supone que debo dejarle poner en peligro a un mago sólo para salvar a otro? ¿Qué hay de especial con este hombre?

Wynne lo consideró.

—Es un Tranquilo, —admitió ella.

Rhys casi escupe con sorpresa.

—¿Qué? ¡Eso es imposible!

El Señor Buscador también parecía sorprendido, y sus ojos se encogieron hacia Wynne con sospecha.

—El Rito de la Tranquilidad secciona la conexión de un mago con el Velo para siempre. No pueden ser poseídos por demonios; esa es toda la *finalidad*.

—Incluso así, ha ocurrido. —Ella miró a Rhys—. Tú has realizado investigaciones sobre demonios, de acuerdo a tu Primer Encantador. Mi amigo ha hecho lo mismo. Si él contactó con un demonio con extraordinarios poderes, necesitamos saber qué es y si esto puede ocurrir de nuevo. Si, sin embargo, esto es un fallo del Rito de la Tranquilidad…

—El Rito nunca ha fallado, —insistió el Señor Buscador.

—Si lo ha hecho, —dijo Rhys—, entonces todos tenemos que saberlo.

El Señor Buscador Lambert masculló la idea, poniendo una cara como si saboreara algo desagradable. Finalmente se despejó la mente.

—Absolutamente no, —dijo secamente—. No puedo permitir tal aventura de consideración enfermiza.

Wynne sonrió dulcemente.

—No le corresponde a usted decidirlo.

—Soy responsable de la seguridad de todos los magos dentro del Círculo.

—Si prefiere que la Divina se lo ordene en persona, eso puede hacerse.

El Señor Buscador la miró. Era la mirada peligrosa de un hombre que no olvidaría pronto el insulto que se le estaba haciendo. Wynne se negó a ceder, y una batalla silenciosa de voluntades tuvo lugar mientras los otros miraban con un silencio tenso. Rhys se preguntaba si iba a llegar a la violencia.

En su lugar, el hombre cedió.

—Ser Evangeline la acompañará, —dijo secamente—, y asegúrese de que el Encantador Rhys haya vuelto a la torre una vez que su tarea haya acabado.

Los ojos de la templaria se abrieron como platos, y su boca se abrió como si estuviera a punto de protestar, pero entonces lo pensó mejor. Wynne no tenía tal vacilación.

—No recuerdo solicitar una escolta, —dijo ella.

—No obstante recibirá una. —Miró a Evangeline, y ella asintió aceptando la orden—. Estoy seguro de que la Divina no objetaría ante que le provea una protección extra para esta misión suya, por no mencionar ciertas seguridades de que un peligroso mago no eluda misteriosamente nuestro agarre mientras está ausente.

—¿Ahora soy peligroso? —resopló Rhys.

—Sí. —Lambert le fijó con una mirada peligrosa—. ¿Cree que somos estúpidos? ¿Ser Evangeline le encuentra en las criptas, sin ninguna explicación de su presencia o su comportamiento? Sabe mucho más de lo que admite saber. Eso en sí mismo es un cargo que no ignoraré. —Lo último fue lanzado en un tono tan forzado que hizo a Rhys retirarse un paso.

—Tómelo, —ladró el hombre a Wynne—. Pero si su intención es evitarle la justicia a su hijo, no tendrá éxito. Incluso la Divina no le protegerá si nuestra investigación se ve interferida.

—Entonces ya veo. —Ella recolocó el pergamino en su capa. Entonces se sentó en su silla, alzando una ceja con curiosidad a Rhys—. ¿Estás dispuesto a ayudarme ahora? No te forzaré a venir, si no lo deseas.

Lo consideró. Negarse sin duda significaría un regreso a las mazmorras, pero no confiaba en los motivos de Wynne. Al menos aquí sabía qué esperar. Entonces pensándolo de nuevo, este amigo suyo investigaba demonios, al igual que lo había hecho una vez Rhys. ¿Y si el hombre poseía un conocimiento que le ayudaría con la maldición de Cole? Eso también demostraría la inocencia de Rhys en los asesinatos. Era una jugada arriesgada, pero podría ser la única oportunidad que tendría.

—Muy bien, —accedió reluctante, ya arrepintiéndose—. Pero por lo que sé de este ritual, necesitarás más que sólo nosotros dos. Necesita que haya tres magos… por lo menos.

—Es cierto, —se metió de repente Adrian—. Deberían llevarme.

Ella intercambió una mirada significativa con Rhys. Ella quería venir, eso estaba claro. No le preocupaba la idea de ponerla en peligro mucho más del ir él mismo… pero entonces pensándolo de nuevo, no podía pensar en nadie más con quien quisiera enfrentarlo. Sacarla de la torre también le evitaría convertirse en su reemplazo en las mazmorras.

—Sí, —accedió él—. Adrian debería venir con nosotros.

Wynne se permitió dar una sonrisa complacida.

—Ambos deberíais ir y prepararos, entonces. Nos vamos para la mañana, y es un largo viaje hacia la Sierra de Poniente. —Ella miró a Ser Evangeline—. Usted también, querida mía, aunque tendrá que proveer su propio caballo. Sólo he traído uno extra.

—Eso no debería ser un problema.

Nadie se movió. Después de un extraño minuto de tenso silencio, Rhys se giró poco ceremoniosamente y se fue caminando. No había realmente más que decir. Adrian siguió su paso.

—Me debes una explicación, —siseó en su oído tan pronto como salieron por la puerta.

—Apostaría a que sí.

Pasaron por el recibidor helado, ambos guardias estudiosamente ignorándoles, y de vuelta hacia el pasillo de fuera. Si había algo bueno sobre todo esto, pensó él, era que finalmente iba a salir de esta torre infestada de templarios. Incluso si el respiro no era nada más que una sentencia retrasada, flotando sobre su cabeza como el hacha de un verdugo, aún sería una oportunidad para el aire fresco. Los problemas del Círculo de Magos podrían ser dejados atrás, por un tiempo.

Como Cole. Ese pensamiento oscureció su humor considerablemente.

¿Qué demonios estás haciendo ahora, Cole?

Capítulo 6

Rhys se estaba marchando.

Cole nunca había pasado tanto tiempo en las plantas superiores de la torre. La presencia de tantos templarios hizo que su corazón se acelerara. Mientras pasaba cada uno, requería de todo lo que podía hacer para evitar presionarse contra la pared más cercana y contener el aliento, pese a la improbabilidad de que pudieran verle. Aún esperaba que lo hicieran. Rhys podía verle, después de todo, y había habido otros… ¿por qué no un templario? Un día una mano agarraría su hombro, y él se daría la vuelta y vería a uno devolviéndole la mirada, lleno de preguntas.

¿Qué haría entonces? ¿Matar al hombre? Cole había desenvainado su espada contra Rhys. No había tenido intención de hacerlo, pero Rhys había sido una amenaza. Cole había traicionado a su único amigo en el mundo, e incluso si tan sólo hubiera estado tratando de protegerse a sí mismo, eso aún así le dejaba sintiéndose más solo que nunca.

Encontró a Rhys fácilmente, pero incluso aunque estaba desesperado por hablar con el hombre, se quedó a una distancia. ¿Qué diría, después de todo? Las palabras nunca habían sido su punto fuerte. Incluso si Rhys se molestaba en escuchar, Cole no podía imaginar un argumento que apaciguara al hombre. Así que en su lugar se vio forzado a observar desde lejos, vacilando entre el miedo y la indecisión.

Vio a Rhys llevando una mochila, acompañado por la maga con pecas y la nube de pelo rojo. Adónde iban, Cole no tenía ni idea, pero todo el mundo al que escuchó por encima decía que se estaban marchando de la torre. Yendo a algún lugar secreto.

Había alguien más con ellos, también. Una alta mujer templaria con el pelo negro, la misma que había encontrado a Rhys en las criptas. La recordaba bien. Ella había estado ni a cinco pies de distancia, sus ojos cayendo directamente sobre él incluso aunque nunca lo supiera, antes de que finalmente se diera la vuelta. Él había suspirado de alivio cuando se marchó.

Cole la había visto antes. Había pensado en ella sólo como la Caballero-Capitán, ya que era como todos los demás la llamaban. La trataban con respeto, lo que significaba que era alguien importante.

Así que siguió a la Caballero-Capitán ahora, en su lugar. Quizás ella diría adónde iba Rhys, y si iba siquiera a volver. Eso significaba que Cole pasaría más tiempo en los niveles templarios de la torre de lo que lo había hecho nunca antes. Le dejaba sintiéndose expuesto, ¿pero qué elección tenía?

La Caballero-Capitán estaba ocupada. Primero pasó cerca de una hora en el patio hablando con uno de sus hombres, supuestamente sobre lo que debería hacer mientras ella no estaba. Cole apenas escuchó, excepto para oír que no sabía cuánto tiempo se iría. Una semana, quizás.

Entonces ella se encontró con otra mujer, esta una templaria también, para discutir lo que “ocurrió” en el gran salón. Cole no sabía que era. Había oído la conmoción incluso desde los niveles inferiores, pero sólo la curiosidad no había sido suficiente como para

atraerle allí arriba. Para entonces sólo había sabido que a Rhys se le había permitido salir de su celda.

Antes de que se hubieran llevado a Rhys, Cole se había sentado enfrente de esa celda durante horas. Había mirado la puerta, sabiendo que Rhys estaba dentro. Siguió preguntándose si debería abrirla, si sería mejor hablar con el hombre cuando no hubiera ningún sitio al que pudiera ir. Pero Rhys habría supuesto que Cole iba a matarle, ¿no?

Cole no podría haber soportado eso, ver la misma mirada en los ojos de su amigo que había visto en los otros. Preferiría morir.

Siguió a la Caballero-Capitán a varios otros lugares, y entonces finalmente hasta las plantas superiores, por encima de donde vivían los magos. Cole se estremeció mientras caminaba por aquellas escaleras… a esta parte de la torre raramente venía del todo. Todo tenía una sensación escueta, fría. Incluso los templarios parecían nerviosos cuando venían aquí.

Siguió cerca de la mujer, casi pisándole los talones cuando ella se detuvo para abrir una puerta. ¿Era este su dormitorio? ¿Era aquí donde los templarios importantes vivían? ¿Por qué alguien tan importante iría a ninguna parte con Rhys? ¿Estaba en problemas? ¿Era Cole la causa?

Se inclinó a preguntarle. Eso era lo que la gente normal hacía, y él vagamente recordaba una vida antes de venir a la torre, cuando podía preguntar a alguien una pregunta y esperaba recibir una respuesta. Ahora estaba condenado a preguntarse, inundado en un mar de silencio roto sólo por las visitas poco frecuentes de Rhys. Siempre se sentía peor cuando Rhys se marchaba de nuevo; hacía el silencio mucho más difícil de soportar.

La templaria caminó hacia la habitación y Cole la siguió, deslizándose dentro justo mientras ella cerraba la puerta. Ciertamente era un dormitorio, si acaso uno pequeño. No había mucho dentro salvo por un catre y un armero que ocupaba casi la mitad del espacio. Una pequeña ventana miraba fuera hacia la ciudad de abajo, y sobre su saliente había un número de diminutas figuritas talladas en piedra. Curioso, caminó hacia allí y cogió una. Eran de un gris moteado, pareciendo un poco como a un lobo sentado con gemas rojas siniestras en sus ojos. Extraño.

La puso de vuelta en la repisa, y el pequeño tap del contacto fue suficiente para hacer que la Caballero-Capitán se girara. Cole se quedó helado, maldiciendo su estupidez. Si atraía la atención hacia sí mismo, ella se percataría… sólo porque se olvidara más tarde no cambiaba el hecho de que le vería *ahora*.

Ella había estado deshaciendo las tiras de cuero de cada lado de su placa pectoral, y ahora se detuvo a mitad. Miró alrededor de la habitación, las cejas alzadas en confusión. Cole sintió un camino de sudor rodando vagamente por el lateral de su cara. Quería correr, pero no se atrevía. Entonces ella le vería seguro. Pero si ella daba un paso hacia delante…

No lo hizo. Frunciendo el ceño, la templaria volvió a la tarea de quitarse la armadura. Cole dejó salir lentamente la respiración. Eso estuvo cerca.

Silenciosamente la observó desvestirse. Había visto carne desnuda antes: los magos cuando copulaban en las esquinas oscuras, por ejemplo. Había visto a la gente bañarse en las grandes tinas de metal que llenaban de agua caliente, y se preguntaba por qué pasaban por todos esos problemas cuando había piscinas perfectamente buenas abajo en el Pozo. Solía observar a los magos también, fascinado con sus rutinas diarias, y eso incluía cuando se cambiaban de ropa y se preparaban para dormir. Finalmente perdía su atractivo. Le hacía sentir como un niño presionando su cara contra una ventana, espiando en una habitación cálida e íntima a la que nunca podría entrar.

La Caballero-Capitán se quitó la armadura por partes. La abultada placa pectoral primero, entonces los protectores de los hombros, luego los brazales de sus antebrazos. Tan pronto pateó las botas de metal para quitárselas estaba en su túnica manchada de sudor. ¿Por qué caminarían los templarios con tanto metal, día y noche? ¿De verdad esperaban ser llamados a la batalla en cualquier momento? ¿Contra gente que ni siquiera llevaba armadura? Otra pregunta más que nunca le podría hacer a nadie.

Ella suspiró de alivio mientras se quitó la túnica por la cabeza. Había una mesita de noche pequeña junto a su cama, sobre la cual había un bol de agua. Perforó la fina capa de hielo que flotaba en su superficie, y mojó una tela para limpiarse. Cole se percató de numerosas cicatrices en su cuerpo musculado, y se preguntó cómo había llegado a obtenerlas.

La mujer terminó de lavarse y abrió el armario, poniéndose una nueva túnica. Cole se percató de que sus ojos permanecieron sobre algo más que había dentro. Ella lentamente cogió un libro, un tomo polvoriento con el símbolo solar grabado en su cubierta de cuero. Lo que podía ser, Cole no podía imaginarlo. El cuero parecía tan desgastado y agrietado, que parecía que se desmoronaría a su toque.

La Caballero-Capitán lo manejó con cuidado. Pasó un dedo por la cubierta, su cara suavizándose con una mirada que era tanto gentil como triste. El lomo protestó fuertemente, y ella inhaló el olor del pergamino amarillento del libro.

Cole no lo entendía. ¿Qué había tan especial en un libro? Los archivos de los niveles inferiores estaban llenos de tantos, algunos mucho más viejos que este. Hacían poco más que acumular polvo, y no le suscitaban ningún interés ni a él ni a nadie.

Hubo un firme golpear en la puerta, y ambos saltaron. La Caballero-Capitán cerró el libro de golpe, y rápidamente lo recolocó en el armario.

—¿Sí? —gritó ella. Su voz sonaba un poco extraña… como si hubiera un bulto en su garganta.

No hubo respuesta, pero la puerta se abrió y un hombre entró.

No sólo cualquier hombre. Este llevaba una armadura oscura con una insignia extraña en su placa pectoral, y se movía con una fuerza de presencia que no dejaba lugar a dudas de que estaba al mando. Había una crueldad angulada en su cara que puso a Cole inmediatamente alerta. Pero era más que eso. Había algo en él que le hablaba a Cole como un susurro oscuro. Este hombre tenía poder, algo completamente diferente de los otros templarios.

Cole nunca le había visto antes, y estuvo inmediatamente aterrorizado.

—Señor Buscador Lambert, —soltó la Caballero-Capitán—. Podría haber ido a su oficina. No había necesidad de que usted…

El hombre alzó una mano. Sus ojos no la miraban a ella, sino que en su lugar buscaban por la habitación. Se encogieron con sospecha, como si de repente hubiera percibido que algo iba mal.

Entonces Cole se dio cuenta de ello. *Está buscándome*. Retrocedió tanto hacia el rincón como pudo, ocultándose tras el armario abierto. Incluso ese movimiento atrajo la atención del Señor Buscador. Miró en dirección a Cole, sin fijar su mirada del todo… pero el hombre sabía que había *algo* allí. Parecía como un ratonero entrecano buscando su presa cerca, esperando el momento de lanzarse y dar el golpe mortal.

—Algo va mal, —anunció el Señor Buscador.

Eso pareció alarmar a la Caballero-Capitán. Aceleró por la habitación hacia donde había dejado su armadura, agarrando su espada de su funda. La alzó preparada, y escaneó la habitación en busca de un enemigo. Su mirada pasó justo sobre Cole.

El hombre apenas se percató de ella.

—¿Qué estaba haciendo antes de que yo llegara? —preguntó él.

—Cambiándome la armadura.

—¿Nada más?

—Nada importante, mi señor.

Cole contuvo el aliento. Justo cuando estaba seguro de que el hombre iba a caminar hacia el rincón y agarrarle por el cuello, el hombre bajó su mano. Frunciendo el ceño con descontento, miró hacia la Caballero-Capitán.

—Esta torre me mantiene al límite. Pensé que había percibido… bueno, no importa.

Ella bajó su espada, pareciendo poco convencida.

—¿Hay algo que desee, Señor Buscador?

—Sí. —Él cerró la puerta tras él. Entonces sacó algo de un bolsillo de su cinturón… era un saco pequeño, envuelto en tela morada. La mujer lo cogió, y cuando abrió el saco reveló un trío de diminutos viales de cristal. Cada uno contenía una pequeña cantidad de líquido, brillando vívidamente de azul. Cole sintió el hormigueo familiar de la magia.

La Caballero-Capitán parecía saber lo que eran. Frunció el ceño, aún así, como si no fuera un regalo particularmente bienvenido, y rápidamente volvió a envolver los viales.

—Gracias, Señor Buscador, —dijo ella—, pero no tenía por qué traérmelos personalmente.

—No. —Él se acarició la barbilla, considerando sus palabras con cuidado mientras el silencio se volvía tenso—. Lo que tengo que decirle no puede abandonar esta habitación.

—Ya veo.

—Escribí a la Gran Catedral. No sé cómo la Encantadora Wynne fue capaz de conseguir tales privilegios extravagantes de la Divina, pero decía la verdad.

Su ceño se frunció.

—Y… eso es algo bueno, ¿no?

—Significa que procedemos como antes. —El Señor Buscador juntó sus manos tras su espalda y caminó. Cole pensó que parecía perturbado—. Tengo una sospecha, sin embargo, de que la Divina no está al tanto de todas las implicaciones de la misión de esta maga.

—¿Implicaciones?

—Podría no ser nada. Las sospechas de la Encantadora Wynne sobre este Tranquilo podrían ser incorrectas, o las circunstancias tan bizarras que nunca podrían ser repetidas. —Él dejó de caminar—. Pero si no lo son, si ha sido restaurado de algún modo y el Rito de la Tranquilidad demuestra tener alguna debilidad…

La Caballero-Capitán empalideció.

—¿Es tal cosa posible?

—Dije que no y lo creo. —El Señor Buscador miró por la ventana, sacudiendo la cabeza con disgusto—. Pero también soy lo suficientemente viejo como para saber que lo posible puede ocurrir y ocurrirá cuando la magia está involucrada. Si esta maga descubre *cualquier* posibilidad de que la Tranquilidad puede ser invertida, quiero que se asegure de que nunca alcanza otros oídos.

Ella abrió la boca para hablar, entonces lo reconsideró. Tras un momento lo intentó de nuevo.

—¿Y cómo propone que logre eso, Señor Buscador? Estaré viajando con tres magos, ninguno de ellos débil de poder.

El hombre caminó hacia ella, poniendo sus manos sobre sus hombros y mirándole directamente a los ojos. Su mirada era seria e intensa.

—Sabe lo que el Rito de la Tranquilidad supone. Difícilmente se puede llamar amabilidad, pero evita que los magos demasiado débiles resistan la atracción de los demonios de una alternativa más permanente. Si los magos del Círculo *creyeran* que es posible escapar de la Tranquilidad, tanto si es seguro o incluso sabio hacerlo, tendríamos caos. —Él apretó sus hombros—. Confío en usted para hacer lo que debe, Ser Evangeline, en nombre de la paz y el orden. De todas las decisiones que el Caballero-Comandante Eron hizo cuando lideraba la Aguja Blanca, está claro que su ascenso fue la más sabia.

Evangeline —que seguro que era su nombre, se dio cuenta Cole— se tensó y ajustó su mandíbula firmemente.

—Gracias, mi señor. —Ella asintió—. Veré que se haga, si llegamos a eso.

—Ruega por que no llegue.

Con eso, el Señor Buscador caminó fuera de la habitación. Cuando la puerta se cerró tras él, Evangeline se relajó. Se inclinó contra el catre, sus piernas como si pudieran ceder bajo ella. Ella lanzó el saco morado a un lado y exhaló un largo aliento.

Cole se estremeció en la esquina. Estaba aliviado de que el hombre terrorífico se hubiera ido, pero ahora estaba desgarrado. Si entendía lo que había transpirado, ¿estaba Rhys en peligro? Su primer impulso fue inmediatamente encontrar a Rhys y decírselo. ¿Pero y si Cole se equivocaba? ¿Y si Rhys no le creía?

¿Qué iba a hacer?

Rhys inhaló el aire fresco, y lo encontró mucho más dulce de lo que lo recordaba.

Estaban finalmente fuera de Val Royeaux con sus multitudes acumuladas, sus cubos de porquería siendo lanzados por las ventanas, y su hedor permanente de estiércol de caballo y pescado. Los guardias en las puertas de la ciudad habían dado a su grupo una mirada de reojo: tres magos, reconocibles por sus bastones aunque llevaran ropas de viaje, y un templario con armadura completa. Claramente no era algo que esos hombres vieran todos los días, pese a proteger una ciudad que contenía la Aguja Blanca. Estaban tan ansiosos de dejar pasar al grupo, que apenas presentaron ningún desafío.

Se había olvidado de cómo era no estar sólo fuera de la torre, sino fuera de la ciudad. Ocasionalmente, a los magos se les escoltaba a alguna parte por parte de los templarios, si se requería su magia, pero esto era diferente. Rhys se sentía liberado. Admiraba los poderosos robles que bordeaban el camino, sus hojas sombras de amarillo y naranja quemado en el otoño tardío. Sonrió ante los carros mercantes que pasaban incluso aunque los conductores evitaban mirarle. Se rió cuando un grupo de niños se reunió junto a la carretera, gritando por una *pequeña limosna*. Era una tradición Orlesiana, después de todo, y Rhys deseó tener monedas que lanzarles.

Adrian estaba mucho menos entusiasmada. Se sentó tras él en el caballo, sus brazos aferrados firmemente alrededor de su pecho, hablando sólo para quejarse del frío y su espalda destrozada. Nunca lo admitiría, pero Rhys sabía que tenía miedo de los caballos. La mirada recelosa que había dado a la bestia fuera de la torre había sido enormemente entretenida. Ella lo superaría, estaba seguro, pero sólo por pura determinación.

Evangeline permanecía en silencio también. Ni siquiera miró cuando pasaron por una aldea justo fuera del camino donde la música vívida podía escucharse. La gente estaba bailando en la plaza de la aldea, un trío de elfos tocando clavicémbalos en una tarima de madera. Cuando Rhys se preguntó en voz alta si podían ver lo que estaba sucediendo, la templaria arisca le recordó que no estaban en un viaje de placer. Durante la mayor parte, mantenía sus ojos en el camino por delante, su capa escarlata ondeando en la brisa helada, y no intentaba dar ninguna conversación.

Entonces estaba Wynne.

La vieja maga se quedaba atrás de los otros; incluso cuando Evangeline señaladamente mencionaba que necesitaban lograr un mejor tiempo, ella meramente sonreía y mantenía su paso como un paso ligero. Wynne había envuelto un chal grueso alrededor de sus túnicas azules, y parecía contentarse con rebuscar entre su mochila y leer mientras había luz del día. Cuando Evangeline trató de hacerle más preguntas acerca de su misión, las respuestas de Wynne eran vagas. Finalmente, la templaria abandonó.

Si había alguna presencia que pudiera enfriar el espíritu de Rhys, era la de Wynne. Imaginaba que debería estar agradecido por que le hubiera sacado de la torre, pero eso casi le había irritado más. Le golpeaba los bordes de su consciencia, reduciendo su alegría inicial hasta que estaba casi tan en silencio como los otros.

Finalmente, Evangeline gritó que se detuvieran ante la primera posada del camino que alcanzaron. Tales edificios eran bastante comunes en los caminos principales, especialmente en las Tierras del Centro. Eran estructuras fortificadas de piedra con tejados de pizarra azul fácilmente reconocibles desde la distancia, diseñados para ofrecer refugio a los mercantes y viajeros. Esta parecía en buena forma, el blasón Imperial colgando fuera de su puerta se mantenía pulido y el patio en el interior estaba abarrotado de caballos y carros.

Evangeline no parecía ansiosa por entrar, pero necesitaban suministros de viaje que no podían adquirir en la torre. Adrian declaró que debería unirse a la templaria, aunque Rhys sabía que no era por ningún deseo de Adrian de mantener su compañía. Ella quería bajarse del caballo.

Así que se quedó solo fuera con Wynne. Los dos sentados en sus caballos justo fuera de la puerta, el único sonido un soplo de viento que corría por los árboles cercanos. Un par de contraventanas en una de las ventanas superiores de la posada repetidamente se abrían y se cerraban de nuevo.

Wynne cerró su libro y suspiró. Estaba pretendiendo no darse cuenta de que Rhys la estaba mirando, y miró especulativa a las nubes.

—Puede que nieve, —comentó ella—. Eso sería bastante pronto, ¿no?

—Lo sería.

Su sonrisa enigmática se desvaneció en un ceño fruncido.

—Muy bien, Rhys, —suspiró ella—. Si tienes algo que preguntar, ahora ciertamente sería el momento.

—Tú lo has dicho —Se volvió en su montura para mirarla directamente—. ¿Por qué estoy aquí?

—Ya te conté mi misión.

—Pero no por qué me necesitas en ella, —soltó él—. Y no me sueltes eso sobre ser un médium de espíritus. Eres tan hábil con los espíritus como yo, si no más.

—Muy posiblemente.

—Necesitas un mago o dos para ayudarte con el ritual para entrar en el Velo. Podría haber sido cualquier mago. Así que la única razón para pedírmelo es porque…

—Porque eres mi hijo, —terminó ella por él.

Rhys se sintió a punto de decir algo brusco y apenas lo contuvo. Tenía que apartar la mirada. Sus ojos recayeron sobre una chica pequeña oculta en los arbustos ni a diez pies de distancia. No podía haber tenido más de diez años, mirándoles a los dos con ojos tan grandes como platos. Mirando a sus bastones, más bien. ¿No era extraño cómo los niños podían estar tan fascinados por la magia? Les llevaba tiempo y las lecciones de la Capilla aprender el auténtico miedo.

—¿Ese es el motivo, entonces? —preguntó él—. Ni siquiera supe de ti hasta hace casi diez años. Viniste después de la Ruina en Ferelden, y te presentaste… y entonces nunca te vi de nuevo.

—Quería conocer a mi hijo, —dijo ella—. Ver al hombre en que se había convertido sin ninguna guía por mi parte. Eso hice.

—¿Entonces cuál es tu interés ahora? No necesitabas que viniera en esta misión tuya. Ni siquiera necesitabas venir a la Aguja Blanca. Aún así lo hiciste.

—No vine a la Aguja Blanca buscándote, Rhys. Era la torre más cercana a mano después de reunirme con la Divina. —Ella envolvió su chal más firmemente alrededor de sus hombros, mirando en la dirección de la puerta de la posada como si esperara que Evangeline y Adrian aparecieran—. Cuando llegué, se me dijo que habías sido arrojado a las mazmorras… el sospechoso principal en una investigación de asesinato dirigida por los Buscadores de la Verdad. —Entonces ella le miró, sus ojos con dureza—. Hace diez años encontré a un hombre que no necesitaba nada de mí. Eso ya no es cierto.

—Yo no necesito tu ayuda, —gruñó él—. Yo no maté a nadie.

—De acuerdo con los templarios has hecho de todo para convencerles de lo contrario. —Ella resopló despectiva—. Y te has mezclado con los Libertarios, también. Suponía que tenías más sentido común.

—No todos los magos están interesados en rodar y hacerse el muerto como un perro mabari bien entrenado. No somos niños, aún así los templarios nos tratan como si lo fuéramos.

—Porque muchos de vosotros actuáis como si lo fuerais.

—¿Es eso lo que crees? —Sintió la rabia alzarse en su interior de nuevo, y esta vez no trató de luchar con ella—. ¿La poderosa archimaga nos da lecciones sobre responsabilidad? ¿Siquiera recuerdas cómo era vivir en una torre, o siquiera consideraste cómo debía ser para aquellos de nosotros que aún lo hacemos? Después de la rebelión en Kirkwall…

—¿Debemos repetir esta discusión? —interrumpió ella.

—Supongo que no. ¿Qué sentido tiene? —Se quedaron ahí en sus sillas de montar, sin decir nada mientras el viento ululaba por encima de sus cabezas. La insignia Imperial chirriaba mientras lentamente se balanceaba hacia atrás y hacia delante en su puesto. Se sentía frío. Wynne se sentía fría. Había un muro entre ellos construido por todas las cosas que no se habían dicho, cosas que él había estado almacenando en los años desde que la conoció. Lo sintió haciéndose más grande ahora.

La chica pequeña dejó salir un graznido de terror y corrió desde su escondite en los arbustos. Aceleró en la distancia, como si le estuvieran dando caza. Ninguno de ellos la observó irse, congelados como estaban en su tenso silencio.

—¿Por qué me ayudaste en cualquier caso entonces? —preguntó finalmente.

—¿Es eso importante?

—Lo es para mí.

—Si hubiera sabido que así es como reaccionarías, —ella suspiró—, entonces quizás te habría dejado en tu celda. Quizás es adonde perteneces.

Eso dolió. No sabía cómo responder, así que simplemente sacudió la cabeza.

—Has cambiado, —murmuró él.

—No me conoces lo suficientemente bien como para decir eso.

—Recuerdo a la mujer que conocí hace diez años, —dijo él—. Había supuesto que venía de una familia en Ferelden, y que había sido llevado siendo demasiado joven como para recordarles. Toda mi vida me he preguntado quién era mi madre, y entonces ella apareció de la nada. Ella era esta mujer cálida, amable… y era una heroína. Que ella fuera mi madre me hizo sentir orgulloso.

Wynne no dijo nada, sus ojos permanecían fijos en algún lugar lejano.

—Esa mujer me dijo que estaba aliviada por habernos conocido finalmente. Ella me dijo que volvería… y nunca la volví a ver. Aún me pregunto qué le ocurrió.

—Estoy justo aquí, —dijo tensamente.

—La mujer que conocí no se habría plantado en el gran salón y nos habría dicho que es mejor resistir que esperar mejorar. No habría sido la que convenciera al Colegio de Encantadores que rendirse es nuestra única opción.

—Entonces lamento decepcionarte.

Él se encogió de hombros. ¿Qué más podría pedirle? El Primer Encantador Edmonde le dijo una vez que esto a veces les sucedía a los magos. Vivían todas sus vidas separados de la humanidad hasta que finalmente se olvidaban de que eran parte de ella para empezar. La Wynne que recordaba había sido gentil y cariñosa, no distante e imperiosa; no parecía posible que la misma mujer estuviera frente a él ahora.

Pero quizás debería estar agradecido. Incluso si esto era sólo una pausa de su destino, era mejor que nada. Para lo que era importante, estaba fuera de la torre… por ahora.

Capítulo 7

Evangeline estaba empezando a encontrar la tensión cargante.

Tan incómodos como estarían esos magos con la idea de una compañera templaria, parecía que se desagradaban los unos a los otros mucho más. Adrian y Rhys se susurraban el uno al otro en sus caballos de vez en cuando, breves intercambios que claramente eran con la intención de que los otros no los escucharan, pero a la archimaga no le decían nada. La mujer mayor bien podría haber estado sola.

Hasta el momento en que Wynne y Rhys se habían saludado el uno al otro en la oficina del Señor Buscador, Evangeline no se había dado cuenta de que eran parientes. Ninguno de los templarios de la Aguja Blanca lo había hecho. Habían sabido que el hombre había nacido de una maga, y había sido criado en el orfanato de la Capilla hasta que fuera lo suficientemente mayor como para venir a la torre. Era una práctica lo suficientemente común, viendo que el Círculo no era un lugar para los recién nacidos. Cómo había llegado a conocer Rhys a su madre, sin embargo, era un misterio. Si se habían conocido, lo habían hecho en secreto, aunque evidentemente no uno oculto a los Buscadores.

Su relación no parecía unirles el uno al otro, sin embargo, le hizo pensar en su propia madre, que había fallecido antes de que ella se uniera a la orden. Habían discutido, particularmente porque Evangeline no había abrazado ninguna de las cosas que se esperaba de una joven mujer Orlesiana de pura cepa. No había disfrutado ni de la danza, ni de la música, ni de salir a la ciudad a buscar un marido apropiado. En su lugar había favorecido las enseñanzas de su padre, su juego de espada y sus habilidades marciales que había aprendido de sus años como un gentilhombre al servicio del Imperio.

Aún así cuando su madre murió Evangeline no había sentido nada salvo arrepentimiento por no haber sido más cercanas. Todos aquellos años pasados resintiéndose de una mujer que había deseado lo mejor para ella, y sólo temía que sus asuntos poco femeninos le llevaran a la infelicidad. No lo habían hecho, pero ella no imaginaba que su vida como templaria fuera lo que imaginaba su madre.

Sin un marido ni hijos, también significaba que los terrenos de su padre habían caído fuera de la familia tras su muerte. Ella aún recordaba el día en que un mensajero había llegado con las noticias. El Caballero-Comandante Eron le había preguntado si deseaba retirarse de la orden y aceptar su herencia. Habría significado matrimonio, con filas de familias nobles llegando a su puerta con hijos más jóvenes que no podían colocar en otra parte pero que asumirían que una solterona como ella estaría desesperada por aceptar. Incluso así, no había sido una decisión fácil. Lo último que había escuchado, su tío había perdido su fortuna apostando y había vendido los terrenos a un mercante Nevarrano. Esto la puso triste.

Así que la vida con la que se quedó era con la que había escogido, una vida de proteger al mundo de todo el daño que la magia podía hacer. Mientras que muchos de los magos se resentían de los templarios por ello, ella sabía que también había muchos

asustados de sus habilidades. ¿Qué harían sin el Círculo de Magos ahí para llevarles al campo, enseñarles lo que necesitaban saber?

El orden debía mantenerse, tal y como había dicho el Señor Buscador.

Habían pasado cuatro días desde que abandonaran la seguridad de la Aguja Blanca. Evangeline había llevado al grupo fuera de los caminos principales, prefiriendo en su lugar mantenerse en los caminos laterales que atravesaban todo el país, lejos de las ciudades. Aún así, estas eran las Tierras del Centro. Incluso aquellos caminos estaban llenos de tráfico. Pasaron mercantes, peregrinos de camino a la Gran Catedral en la capital, granjeros que llevaban sus carros al mercado, tasadores, trabajadores elfos buscando trabajo de fin de temporada… la lista era casi interminable.

Lo que no vio eran responsables Imperiales. Normalmente, los soldados con la insignia morada eran una vista común, incluso en los caminos laterales. Cualquiera que viajara podía esperar ser parado por una patrulla al menos una vez, pero no había habido señales de ninguna.

Había otras cosas, también. Al tercer día vieron una columna de humo negro en la distancia, y un par de mercaderes enanos que pararon les hablaron de los disturbios en la ciudad de Val Foret. Decían que las cosas estaban peor fuera de las Tierras del Centro también, contando una historia de bandidos errantes y patrullas de reclutamiento contratadas por los señores de las tierras para forzar a los plebeyos al servicio del ejército. Más tarde vieron un grupo desorganizado de refugiados, tipos de aspecto maltrecho llevando todas sus pertenencias a sus espaldas, que decían que estaban huyendo de una batalla al este. Ni siquiera sabían quién estaba luchando, sólo que los soldados estaban matando a todos a su paso.

Era perturbador oírlo. Las noticias en Orlais viajaban lentamente incluso en los mejores momentos, pero a ella le parecía que incluso aislada en la Aguja Blanca, debería haber oído tales cosas. La capital era un hervidero de cotilleos, y aunque había habido rumores de descontento contra la Emperatriz y la habitual charla de rebelión élfica en Halamshiral, no había habido ni un solo susurro de que se estuviera gestando una guerra civil.

Sólo para ser cuidadosa, Evangeline escogió no buscar alojamiento en ninguna de las aldeas por las que pasaban. Había comprado equipo de acampada en la posada de la carretera principal —de hecho, su caballo estaba cargando con él— y pese a las protestas de los magos, ella insistió en que durmieran fuera. Mejor dicho, fueron Rhys y Adrian quienes protestaron. Wynne sonrió cuando lo hicieron, y les recordó que había vivido todo el tiempo en un campamento durante la Ruina. Si ella podía resistirlo, ellos también.

Llovió la primera noche, una lluvia amargamente fría que mantuvo al grupo acurrucado en sus tiendas. La siguiente mañana había una fina capa de hielo cubriéndolo todo, aunque no duró mucho en el día. Sin embargo, un frío permeaba el aire, y, combinado con un cielo de nubes dispersas grises, les decía que el clima sería decididamente malo. Para cuando volvieran de la Sierra de Poniente, bien podría haber nieve en el suelo.

Adrian se quejaba constantemente. No en voz suficientemente alta como para que Evangeline discutiera con ella explícitamente, sino silenciosamente murmurando para sí misma y hacia Rhys. Era como una mosca enfadada zumbando en su oído, una que no desistiría sin importar cuánto le golpearan. La indignación santurrona de la mujer pelirroja le hizo sacar los dientes a Evangeline, y le hizo desear que lloviera incluso más de lo que lo hacía.

—¿Por qué estamos yendo por aquí? —exigió Adrian mientras cabalgaban, la tercera vez que lo había preguntado en varios minutos.

—Pretendo evitar Val Foret, —respondió Evangeline.

—¿Por qué? ¿Por lo que dijo ese vagabundo? Estaba borracho.

—De hecho lo estaba. Eso no le hace estúpido.

—Una vez conocí a un enano, —anunció de repente Wynne—, que estaba borracho más tiempo que sobrio. Aún así podía partir en dos a un engendro tenebroso con poco más que guiñar un ojo.

Adrian puso sus ojos en blanco.

—Eso está bien.

—Mi punto, —respondió la mujer mayor con serenidad—, es que algunas cosas no requieren la sobriedad. Como saber que tu aldea no es un lugar seguro en el que estar.

—Es extraño, ¿no? —preguntó Rhys. Miró interrogante hacia los otros—. Con todos los problemas de los que hemos estado escuchando, pensarías que el ejército Imperial estaría aquí a la fuerza. No puedo ni siquiera recordar la última vez que oí que hubiera tanto caos.

—Probablemente no… —empezó Adrian.

Wynne la interrumpió.

—Es la guerra, —dijo ella—. Si no me equivoco, creo que Gaspard está haciendo su movimiento.

—¿El Gran Duque? —soltó Evangeline, sorprendida.

—Por supuesto.

—Las únicas noticias en Val Royeaux eran de una rebelión en Halamshiral. Si el Gran Duque estuviera movilizándose contra la Emperatriz, todo el mundo en el palacio habría estado zumbando acerca de ello.

La mujer mayor se rió entre dientes ligeramente.

—Oh, no seas tonta, cariño. Gaspard no va a informar a la capital, donde Celene tiene a todos sus aliados. No, todo el punto fue atraerla fuera hacia el este con esa historia de una rebelión élfica.

Rhys asintió lentamente.

—Así podría emboscarla.

—Imagino que Celene no se llevó tantos soldados con ella para luchar contra los elfos como se habría llevado para enfrentarse a Gaspard. —Wynne se encogió de hombros—. Posiblemente él incluso tiene amigos entre los gentileshombres. En cualquier caso, cuanto más rápida y decisivamente actúe, más fuerte parece. Cuanto mayor sea el caos

que se muestre en el Imperio, más débil parece Celene y más desesperada se vuelve la Corte Imperial.

Tenía un sentido perturbador. Evangeline tuvo que preguntarse cuánto peor sería esto si el asesino hubiera logrado matar a la Divina aquella noche en el palacio. La mitad del Imperio habría alzado las armas. Lo cual… le hizo preguntarse si los magos serían inocentes después de todo.

Miró a Rhys y Adrian en sus caballos. La maga pelirroja tenía el ceño fruncido y era difícil de leer, pero Rhys parecía genuinamente perplejo. Evangeline tenía que admitir que si fuera a asesinar a alguien, sería inteligente hacer que pareciera como si el perpetrador fuera alguien que otros no cuestionarían. ¿Por qué los templarios dudarían que las facciones rebeldes dentro del Círculo estaban tratando de azotar a la Capilla?

Eso no explicaba los asesinatos, sin embargo. ¿Quizás los dos eventos no estaban conectados? El Señor Buscador Lambert insistía en una imagen mayor, y veía planes dentro de planes. Ella tenía que mirar con ojos más claros. Merecía la pena pensarlo algo.

—¿Cómo has llegado a saber esto? —preguntó a Wynne.

—Porque Gaspard trató de reclutarme.

—¿Reclutarte?

—Vine aquí desde Ferelden, lo cual significa que pasé a través de los Dales y las tierras del este. Evidentemente Gaspard se percató de mi presencia, ya que mandó hombres a recogerme en Jader. —La maga puso una mueca ante el recuerdo—. Fueron bastante insistentes. No sabía por qué Gaspard pensaría que tal tratamiento me inclinaría a asistirle. El hombre tiene la arrogancia suficiente como para creer que la noche es el día sólo porque él lo pronuncia así.

—¿Pero tú te negaste?

—Naturalmente. Trató de forzar el asunto, pero yo no me quedo corta en recursos. —dijo ella con apenas un encogimiento de hombros, como si no fuera nada importante, aunque Evangeline imaginaba que había mucho más involucrado. El Gran Duque Gaspard de Chalons era renombrado por su temperamento; ¿qué pensaría de una anciana que rechazara su oferta? Ella sólo podía imaginarlo.

—¿Entonces por qué no se lo contaste a nadie? —preguntó Adrian, aturdida.

Wynne se rió entre dientes amargamente ante eso.

—¿A quién se lo diría? Celene ya se había ido de la capital. Incluso si no hubiera sido el caso, dudo que se lo dijera a nadie.

—¿Qué? ¿Por qué no?

La vieja maga le sonrió fríamente.

—Porque soy Fereldeña, para empezar. No tengo ningún apego al Imperio Orlesiano, así que el pensar que se desmorone no me causa ningún estrés. Además, hay otros beneficios si hay guerra aquí.

—¿Beneficios? —resopló Adrian.

—Se refiere al Círculo, —dijo Rhys, frunciendo el ceño con amargura mientras lo considerara—. Si hubiera una guerra civil en el Imperio, vendrían a los magos a pedir nuestra ayuda.

Wynne parecía complacida por su visión.

—Así es. Sé que creéis que no deseo una mejora de las condiciones bajo las que vivimos, pero ese no es el caso. Una posición de fuerza sólo aumentará nuestro poder de réplica mientras avanzamos.

—Con tantas vidas inocentes perdidas, —murmuró Evangeline.

Wynne le dio una mirada de soslayo.

—Ya se están perdiendo vidas inocentes.

Ella no podía ofrecer mucha discusión. Era cierto, después de todo, que el Círculo probablemente fuera llamado si el Imperio caía en el caos. Los magos habían sido valiosos durante las Ruinas, luchando contra los engendros tenebrosos, y en las grandes Marchas Exaltadas de eras pasadas… y la cantidad de prestigio que el Círculo ganaba tras cada una de aquellas guerras no se le pasaba por alto a nadie. ¿Podía honestamente decirles a esos magos que deberían ser patriotas? ¿Que deberían preocuparse por gente que les temía e incluso les denigraba? No podía, aunque eso no significaba que le tuviera que gustar tal actitud mercenaria.

Estaba claro que a Rhys no le gustaba, tampoco. No dijo nada, pero le lanzó a Wynne una mirada oscura que decía volúmenes.

Continuaron cabalgando. Los cielos continuaron oscureciéndose, repiques distantes de truenos amenazando con un frío aguacero. Adrian sacó una manta de su mochila y miserablemente se acurrucó en su interior. Rhys trató de simpatizar con ella, pero consiguió poco más que gruñidos. Tan contenta como estaba Evangeline de que la mujer finalmente se callara, tenía que admitir que no estaba ansiosa por que el clima diera un vuelco a peor. Sólo iba a hacer más frío mientras se acercaran al sur hacia los baldíos.

Wynne se colocó junto a ella, la primera vez que se había movido desde la parte trasera de su grupo en todo el viaje.

—Quizás, —sugirió la mujer—, ¿deberíamos considerar pasar una noche fuera de la lluvia?

—Pensé que te gustaba acampar.

—*Gustar* es una palabra muy fuerte. Puedo tolerarlo, incluso aunque no sea tan joven como lo fui una vez. —Ella miró atrás al par tras ellos. Rhys estaba deleitando a Adrian con el relato sobre una aprendiz elfa que se había puesto increíblemente enferma tras quedarse fuera en la lluvia, y cuando el Caballero-Comandante decidió que estaba fingiendo su enfermedad ella procedió a vomitar por toda su armadura. Adrian parecía aburrida, y Rhys se rió entre dientes a sus expensas—. Creo, —continuó Wynne—, que podría correspondernos refugiarnos por el bien de los otros. Puede que no pase mucho antes de que estemos en la parte del país donde eso no sea posible, después de todo.

Evangeline lo consideró.

—Sé de una ciudad delante, no lejos de donde crecí. Quizás, si no hay problemas allí…

—Eso sería sabio. —El tono que utilizó fue lo suficientemente forzado como para recordarle a Evangeline que ella estaba acompañándoles en este viaje, no comandándoles. Entonces Wynne permitió a su caballo quedarse atrás una vez más, sin darle a Evangeline opción a discutir.

Continuaron por el camino durante varias horas más. Eran todo excelentes huertos de árboles frutales aquí y viñedos por las colinas más lejos hacia el oeste. Los hombres y mujeres que trabajaban la tierra lo habían hecho durante generaciones, la mayoría bajo el auspicio de un señor, pero había propietarios también. Eran los "terratenientes de los pobres," y su padre había sido uno de ellos. Él había mantenido apenas un título para adquirir sus tierras de una baronesa desesperada por conseguir dinero, y siempre había sido una fuente de orgullo en la que había trabajado bien.

Antes cuando ella era más joven solía merodear por los frutales de su padre. Amaba el rico olor del suelo, y había trepado por los manzanos hasta que su madre venía corriendo de sus dominios, la falda en mano, para gritarle. A menos de una hora de viaje hacia el este estaba el Lago Celestina, su superficie brillante lo suficiente como para arrebatarle el aliento a alguien en el calor del verano. Por supuesto, ahora era el otoño tardío y el lago estaría agitado y gris, sólo los pescadores se atrevían a ir a sus aguas.

Parte de ella se preguntaba si no debería ir a las viejas tierras de su familia. Evangeline probablemente podría sacar un pretexto que los otros creyeran. Quizás los nuevos dueños incluso podrían invitarla a entrar, dado que no se percatarían de que estaba siendo acompañada por magos. Ardía con una curiosidad mórbida por ver qué cambios habían hecho… incluso aunque todo lo que viera probablemente la pusiera triste. No, quizás era mejor que se mantuviera alejada.

La ciudad de Velum surgió a la vista a primera hora de la noche, justo mientras empezaba a llover. Los cielos prácticamente se abrieron, descargando sobre ellos con tal ferocidad que incluso Evangeline empezó a sentirse incómoda. La aldea parecía lo suficientemente normal, en realidad no muy diferente de aquellos días en los que se había sentado en el carro de su padre cuando iba al mercado. La única cosa que parecía fuera de lugar era la horca fuera de la carretera. Tres jaulas de hierro, cada una con un hombre dentro… o, mejor dicho, una tenía a un hombre y las otras dos tenían cadáveres pudriéndose. El hombre estaba bien de camino a unirse a sus compañeros, y estaba demasiado débil y desanimado como para hacer más que alzar la mirada mientras pasaban.

—Triste, —comentó Rhys.

—Ese hombre es un violador. Los otros dos eran ladrones.

—¿Cómo puedes saberlo?

Ella señaló.

—Las runas en el poste sobre sus jaulas.

—¿Son enanas? —Él encogió los hombros, tratando de averiguar los símbolos a través de la lluvia—. ¿Por qué no simplemente pusieron un letrero?

—Porque no todo el mundo lee.

El mago asintió, aunque estaba claro que no lo entendía realmente. Para alguien que había crecido en el Círculo de Magos, rodeado de libros, quizás era incomprensible pensar que todo el mundo pudiera ser así. La verdad del asunto era que a los magos se les daba una educación que pocos otros aparte de los ricos recibían.

Velun era poco más que una colección aleatoria de edificios rodeando la plaza central… en días de mercado sería un lugar bullente, ya que la ciudad se hinchaba varias veces su población habitual, pero esta noche estaba casi abandonada. Muchas de las ventanas estaban brillando cálidamente, sin embargo, indicando que todo el mundo estaba dentro. Pese al silencio, Evangeline se encontró alentada por la visión familiar. Esto casi se sentía como su hogar.

Un guardia solitario se agachaba bajo el saliente de una tienda, temblando de frío. Asintió cuando Evangeline y los otros cabalgaron hacia él, sus caballos haciendo fuertes ruidos de cascos sobre el suelo empedrado.

—Buenas noches, ser, —le saludó ella.

—Es tarde para los viajeros, —señaló él sin mucho interés, soplándose las manos.

—Ciertamente. ¿Está aún por aquí el Spriggan? No lo vi al entrar.

El guardia encogió los ojos hacia ella.

—¿Eres una local?

—Mi familia fue dueña de Brassard-manot.

Eso pareció iluminarle un poco. La gente de las provincias podía estar alerta ante los extranjeros. Sería aún peor cuando abandonaran las Tierras del Centro.

—El Spriggan se quemó hace varios años, —dijo el guardia—. El Viejo Lusseau construyó una nueva posada justo pasando la Capilla. Sólo busca la lámpara azul en el frente, no tiene pérdida.

Eso no estaba lejos. Evangeline sonrió dándole las gracias al hombre y llevó a los otros por la plaza en la dirección que él señaló. Se encontró mirando a alguno de los edificios y tratando de recordar si habían cambiado en los años desde que hubiera estado aquí por última vez. Era sorprendente cuántos no lo habían hecho. Así era el estilo de las ciudades pequeñas.

—¿De verdad vienes de aquí? —le preguntó mientras cabalgaban.

—No del propio Velun, pero las tierras de mi familia estaban cerca.

Él graznó con una sonrisa traviesa.

—Así que… ¿un miembro de la nobleza, después de todo?

—Si me estás imaginando con un traje vistoso, nunca ocurrió. Prefería una espada a un vestido para cuando pude sostener una en mi mano.

—Debes haberte visto bien en el baile regional, entonces.

Ella se rió entre dientes ante aquello, pese a tratar de evitarlo.

La tormenta estaba cogiendo fuerza, el viento ululaba hasta el punto en que se estaba volviendo difícil hablar. Así que cabalgaron en silencio hasta que la posada surgió a la vista. Como se anunciaba, una gran lámpara azul colgaba junto a la puerta, la patina habiendo convertido su metal en un azul brillante. El sonido de las risas venía de dentro, así como el aroma del humo y la carne cocinada. Evangeline encontró a su estómago respondiendo con un gruñido hambriento. Tras cuatro días de pan seco y fruta, sería bueno comer algo sustancioso.

La posada era del tipo que uno a menudo encontraba en las ciudades de la región por todo Orlais, poco más que una taberna glorificada que alquilaba habitaciones a viajeros cansados. El hogar en el centro de la habitación principal la llenaba de un brillo cálido y el aroma agudo a resina quemada. Pequeñas mesas estaban esparcidas alrededor, muchas de ellas llenas o de trabajadores locales o mercaderes viajeros. Se reunían en montones, brindando con sus jarras de madera y riendo felices. El lugar daba una sensación estrecha, acogedora. Amistosa y seductora.

O eso daba hasta que se percataron de quién había atravesado la puerta.

Todas las conversaciones se detuvieron, y una docena de ojos miraron hacia ellos en un silencio sorprendido. Evangeline puso una mueca. Sabía qué estaban mirando: su armadura, para empezar, y los bastones que llevaban los magos. Los cuatro se apelotonaron en la entrada, el agua cayendo al suelo de madera mientras continuaba el tenso escrutinio.

—¡Que el Hacedor sea piadoso! —declaró una voz jovial.

Fue lo suficientemente fuerte como para hacer que la mano de Evangeline se dirigiera hacia su espada, pero entonces vaciló mientras un hombre enormemente gordo caminaba fuera de la cocina. Llevaba un mandil manchado de amarillo de grasa vieja, y ocupado se limpió sus manos con una tela casi igual de sucia.

—¡Tuve que salir y ver si todo el mundo había muerto! —soltó el hombre y entonces se detuvo mientras se percataba de que sus clientes continuaban mirando—. ¿Qué? ¿Ninguno de vuestros traseros ha visto nunca tíos de la Capilla antes? ¡Volved a vuestras cervezas antes de que le diga a Amelda que rebaje la siguiente ronda más de lo habitual!

Hubo un murmullo de descontento. Varios de los hombres intercambiaron miradas oscuras, pero volvieron a beber… aunque con poco entusiasmo. Evangeline pilló a un par de trabajadores mirándola aún. Esos eran hombres de aspecto bruto, del tipo con vidas pequeñas y mentes más pequeñas. Era exactamente su clase la que le había llevado a evitar las áreas pobladas hasta esta noche.

El hombre gordo corrió hacia ellos, los brazos extendidos y con una sonrisa obsequiosa plasmada en su cara.

—¡Entrad, mis buenos amigos! ¿Confío en que la Capilla suministra a su gente con una abundancia de reales, como siempre?

Evangeline sacudió el monedero de su cinturón, dejando que las monedas en su interior le dieran la respuesta.

—Denos alojamiento y comida para la noche y será justamente compensado.

—¿Qué más puede pedir uno? —Barrió por la pequeña habitación hasta una mesa junto al hogar, tirando poco ceremoniosamente de la silla debajo de un compañero de aspecto ladino que la ocupaba. El hombre lanzó al posadero una mirada herida mientras corría a una mesa más pequeña en otra parte—. ¡Vengan! ¡Tomen asiento!

Normalmente Evangeline no habría escogido algo en medio de la habitación, pero *parecía* atractivamente cálido. Sonrió al posadero mientras tomaba su asiento, y él se volvió a la cocina lleno de propósito. Los magos se alinearon tras ella, mirando alrededor dubitativos a la taberna.

—¿De verdad vamos a dormir aquí? —preguntó Adrian.

—Si lo prefieres, —sonrió Wynne dulcemente—, podemos volver fuera y encontrar algún lugar que sea más de tu agrado.

—Err… no.

—Entonces este lugar tendrá que servir, ¿no?

Evangeline se percató de Rhys ocultando una sonrisa mientras se volvía y calentaba sus manos sobre la hoguera. Ella se sacó los guanteletes y los dejó en la mesa, y entonces se desató su capa. Estaba tan cargada de agua que parecía como si pesara mil libras. Tendría que escurrirla más tarde, y quitarse la armadura. Los magos no estaban mucho mejor. Tendrían suerte si no les pillaba la muerte.

Una chica salió de la cocina, llevando un mandil que no estaba en mejor estado que el del posadero. Su padre, supuso Evangeline. Compartían una nariz bulbosa, sino también un gusto por la comida; esta chica era castaña y delgada como un junco. Soltó un par de jarras a la vez en una de las mesas y entonces reluctante caminó hacia la suya.

—¿Puedo traeros algo? —preguntó ella.

—Vino, —dijo Rhys de inmediato.

Evangeline frunció el ceño.

—¿No recibiste demasiado de eso en el Círculo? Nuestros almacenes están prácticamente llenos de cajas de vino y poco más.

—Llenos porque nadie quiere beber ese pis.

Ella se rió entre dientes.

—Nosotros bebemos el mismo pis, que lo sepas.

Él mostró una sonrisa encantadora a la camarera.

—¿Por qué no nos traes una botella de algo que haya estado recogiendo polvo en vuestras bodegas? ¿Un añejo fino local, algo que los templarios ni soñaran en servirnos a los inferiores magos?

—Encantador, —dijo Wynne secamente. Ella alzó una mano para captar la atención de la camarera, que parecía completamente perdida en cómo responder—. Tráigales el vino a ellos si debe hacerlo. Yo tomaré algo un poco más fuerte. ¿Tiene cerveza enana?

—¡Debes estar de broma! —se rió a carcajadas Adrian.

—¿Por qué debería?

—¿Una mujer mayor como tú bebiendo cerveza enana? Tendríamos suerte de encontrarte con vida en tu cama por la mañana.

Wynne parecía molesta por eso.

—Adquirí un gusto por ella en Orzammar.

Adrian miró escéptica a Rhys.

—Está tratando de impresionarnos.

—En absoluto, —dijo Wynne. Arqueó una ceja a la camarera—. ¿La tienen o no? Tomaré whiskey Fereldeño si debo hacerlo, preferiblemente algo del litoral.

La chica asintió sin hablar.

—Padre guarda un barril para los mercaderes del gremio.

—Excelente.

—Tráeme algo a mí, también, —dijo Adrian. Le dio a la vieja maga una sonrisa retorcida—. Estoy dispuesta a apostar que puedo acabar con mi copa y la mayor parte de la tuya, y aún estarás bajo la mesa.

—Lo dudo.

—La… cerveza es muy cara, madame, —dijo la camarera cautelosamente.

Wynne extendió el brazo hacia su túnica y sacó un pequeño monedero y lo arrojó sobre la mesa. Empapado como estaba, era fácil ver que estaba lleno de monedas. Más de las que tenía Evangeline, de lejos.

—Creo que eso debería bastar. Si es estofado lo que huelo en la cocina, tráelo también. —Miró socarronamente a Adrian—. *Alguna* gente aquí va a necesitar algo en sus estómagos.

—Sí, madame. —La chica salió corriendo, aliviada por alejarse.

—¡Bueno! —Declaró Rhys, sonriendo a Evangeline mientras se frotaba las manos—. ¡Más vino para ti y para mí, entonces!

Ella mantuvo su beber en un mínimo, sorbiendo de su copa y dejando que Rhys se quedara con el resto de la botella. Sólo cogió un poco del estofado, también, pese a que estuviera tan delicioso como olía. El resto de la taberna estaba demasiado silenciosa para su gusto. Algunos de los hombres ya se habían escabullido, y aquellos que permanecían miraban a los magos más a menudo de lo que hablaban. Cuando hablaban, era en susurros. La alegría que habían oído antes de su entrada se había ido.

Evangeline no confiaba. Los magos, por supuesto, eran ignorantes. Bebían en silencio al principio, Rhys acunando su botella de vino polvoriento como si fuera algún tesoro perdido mientras que las dos mujeres se enfrentaban en un combate de voluntades. Cada uno de ellas bebía tanto del líquido negro turbio como podían aguantar para demostrar a la otra lo poco que les afectaba. Wynne estaba claramente mucho mejor, su fachada fría sin afectar, y eso sólo parecía agraviar más a Adrian.

Evangeline no sabía cómo podían aguantar esa cosa. La cerveza enana no era realmente cerveza… era algún tipo de mejunje hecho de hongos, o eso había oído. Normalmente sólo los enanos podían beberla sin ponerse enfermos. Quedaba por ver si ese sería el caso aquí.

—*Era* un dragón, —insistió Wynne. Su compostura estaba empezando a deslizarse aunque muy ligeramente, las palabras emborronándose en los bordes—. Lo enfrentamos

en la cima del Fuerte Drakon, donde había sido forzado a bajar. La última batalla para acabar la Ruina, y un único barrido de esa criatura podía habernos mandado a cualquiera de nosotros rodando a nuestra muerte. —Ella apuró el último trago de cerveza de su copa en buena medida, moviendo el brazo ausentemente hacia la camarera pidiendo más.

—¡Un dragón! —exclamó Adrian excitada. Acomodó su barbilla en sus manos, mirando a la maga vieja con unos ojos nublados, atónitos. Sus rizos rojos se habían secado en un conjunto desastroso y enmarañado de proporciones cómicas. Al contrario que Wynne, ella estaba completamente destrozada—. ¿Un dragón auténtico de verdad de la buena?

—Adrian aprecia a los dragones, —explicó Rhys con una sonrisa.

—Era un Archidemonio, —dijo Wynne—, un dragón emponzoñado por la corrupción, transformado en una cosa del mal sin rival en todo Thedas. —No podía contener la más pequeña de las sonrisas orgullosas—. Salvo por el Guarda, por supuesto.

—¡El Guarda! ¿El Héroe de Ferelden?

—El único e inigualable.

Adrian gesticuló inarticuladamente por un par de segundos antes de darse cuenta de que no podía darle palabras a su excitación. Entonces miró a Wynne como si un pensamiento increíble se le acabara de ocurrir.

—¿Te *dejaron* salir de la torre para hacer todo eso?

—No del todo. El Círculo de Magos de Ferelden había sido… deshabilitado.

—Oí acerca de eso, —comentó Evangeline.

—La mayoría de los magos habían sido superados por demonios, —continuó Wynne—. Sólo quedábamos un par de nosotros, en realidad, cuando el Guarda llegó.

—¿El Guarda os salvó?

—Ciertamente.

—¡Y te sacó de la torre!

—Mi ayuda era necesaria.

—Qué afortunada. —Adrian agarró su copa, decepcionándose otra vez por encontrarla vacía. Buscó a la camarera y, al no verla, trató de levantarse. Eso sólo logró casi hacerla caer contra la silla, por supuesto, y se tambaleó de vuelta de la manera menos grácil posible.

—Ten cuidado, Adri, —advirtió Rhys, agarrando su hombro preocupado. Ella le miró con una mezcla de sorpresa y afecto borroso.

—¡Oh! No me llamabas así desde…

Él intentó parecer indiferente pero fracasó.

—Estás borracha, —murmuró él. Adrian extendió el brazo y acarició su mejilla, su expresión de repente tan tierna y triste que Evangeline se sentía avergonzada de mirar. Rhys se sonrojó y suavemente apartó su mano, su sonrisa pesarosa.

—No me había dado cuenta de que vosotros dos erais… —Wynne dejó el pensamiento sin acabar, claramente insegura de cómo terminarlo. Rhys le miró, sus ojos resplandeciendo de molestia.

—No lo somos.

—Todo evidencia lo contrario.

—He dicho que no lo somos. —Él se tensó en su silla, ocupado llenándose otra copa de vino, la última de la botella, se dio cuenta Evangeline—. E incluso si lo fuéramos, realmente no veo cómo eso es asunto tuyo.

—¿Dije que lo fuera? —Ella se rió entre dientes alegremente—. No se me hace extraña la idea de que un mago busque la compañía de otros en el Círculo, Rhys. ¿Cómo te crees que naciste?

Él parecía inquieto.

—Yo… no quiero pensar en eso.

Wynne movió una mano quitándole importancia.

—Eres un hombre adulto, e incluso más que eso. Supondré que puedes soportar la noción de que alguien que apenas conoces haya yacido con un templario hace cuarenta años… incluso si resulta ser tu madre.

La vieja maga apuró el resto de su cerveza mientras los ojos de Rhys se abrían en shock. Inclinó su cabeza de forma extraña, como si no fuera del todo capaz de procesar estas noticias. Adrian parecía no tener tal problema. Ella golpeó su puño contra la mesa, graznando alegre con tanta fuerza que atrajo la atención de toda la taberna.

—¿Yaciste con un *templario*?

Wynne se detuvo, aparentemente dándose cuenta de lo que había revelado.

—Bueno, —vaciló ella—, *fue* hace mucho tiempo. —La mujer mayor miró indefensa a Evangeline, y suspiró cuando Evangeline simplemente apartó la mirada. No se iba a involucrar en esta conversación, sin importar cómo.

—¡Eso es maravilloso! —se rió Adrian.

Rhys parecía mortificado.

—No creo que esto sea maravilloso.

Wynne le sonrió pacientemente.

—Demonízalos todo lo que quieras, un templario es un hombre como cualquier otro. —La comisura de su boca se retorció mientras trataba de convertirla en una sonrisa traviesa. Tuvo éxito—. Confía en mí, —se rió entre dientes ella.

El hombre gruñó, y Adrian se rió tan estruendosamente que tuvo que golpear la mesa varias veces para puntualizar cuánto le encantaba todo aquello.

—Vosotros los túnicas parecéis bastante satisfechos con vosotros mismos.

La nueva voz era ronca, y cortó a través de la alegría al instante. Adrian dejó de reír y le miró. Evangeline se giró en su asiento para ver a un enorme hombre, fornido alzándose junto a su mesa. Su barba salía de su barbilla como un arbusto negro salvaje, y sus brazos eran gruesos como troncos de árboles. Este era un hombre tallado de la madera, probablemente uno de los propietarios locales o uno de sus trabajadores. La ira indignante ardía en sus ojos como fuego.

Adrian parecía como si estuviera a punto de responder, pero Rhys habló primero.

—Sólo somos viajeros que hemos venido a protegernos de la lluvia, —dijo amistosamente—. ¿Qué tal si te compramos una bebida, en agradecimiento por la buena hospitalidad de tu pueblo?

—¿Y por qué vamos a brindar? —Gruñó el hombre—. ¿Por vosotros los magos que tratasteis de asesinar a Su Santidad?

—Nosotros no tuvimos nada que ver con eso.

El hombre fornido golpeó con su puño contra la mesa con tanta fuerza que mandó las copas y la botella de vino chocando contra el suelo. Toda la taberna se quedó en silencio.

—¡Pero fuisteis vosotros y vuestra apestosa magia los que lo hicisteis! ¡Si Su Santidad estuviera en sus cabales, le habría dicho a todo el mundo que os colgaran! ¡Que quemaran vuestra maldición de este mundo de una vez por todas!

Wynne parecía calmada, pero Evangeline vio su mano agarrando su bastón. Rhys permanecía tranquilo, su sonrisa desvaneciéndose. Adrian, sin embargo, se lanzó borracha en pie, su temperamento claramente airado.

—¿Nuestra maldición? —ella escupió—. ¡Nuestra única maldición es tener que aguantar a patanes ignorantes como tú, como si vosotros los mundanos nunca hubierais hecho nada terrible en toda la historia!

—Historia. —El hombre repitió la palabra con disgusto, su labio superior curvándose—. No me importa la historia. Me importa Jean-Petit. Su granja fue quemada hace dos semanas, con él dentro. ¿Sabéis quién lo hizo? Su hija, una maliciosa cosita que los templarios tuvieron que llevarse a rastras antes de que asesinara a nadie más. —Se alzó más cerca—. ¿Creéis que vuestra magia me impresiona? ¿Qué impresiona a alguien?

Varias voces se unieron al hombre ahora, mientras otros se levantaban de sus sillas. El humor de rabia era denso. Estos hombres habían estado hirviendo, esperando a que alguien expresara lo que habían estado pensando todo el tiempo. El posadero gordo salió de la parte trasera, su mirada de preocupación convirtiéndose en miedo. Cuando su hija empezó a pasar junto a él, él la detuvo. Ambos se retiraron a la cocina.

Los ojos de Adrian se encogieron de odio. Ella alzó una mano enfrente de ella, un aura de llamas azules chisporroteando a su alrededor. El zumbido de su poder reverberaba por la habitación.

—No lo sé, —dijo ella, su tono bajo y oscuro—. Podemos ser muy impresionantes.

Evangeline saltó. Extendió una mano y agarró a Adrian por el cuello, canalizando su propio poder en la mujer tan rápidamente que interrumpió su magia. Las llamas desaparecieron con un resplandor. Antes de que Adrian pudiera hacer más que abrir sus ojos aturdida, Evangeline la empujó con fuerza. Ella se tambaleó contra la silla, cayendo al suelo y golpeando su cabeza contra el lateral de la hoguera.

Evangeline percibió, más que ver, al hombre fornido moverse. Ella agarró su grueso brazo antes de que pudiera tocarla, girándolo y empujándolo hacia atrás. Airado y apretando sus puños, hizo como para cargar hacia ella…

…y se detuvo. Su espada estaba fuera, y apuntaba a su garganta.

—No seas estúpido, —le advirtió ella.

Otros hombres se estaban acercando ahora, los puños cerrados a sus lados. Wynne se levantó, el bastón agarrado protectoramente, afortunadamente tuvo el sentido de no invocar más magia. Rhys se arrodilló junto a Adrian, ayudándola tanto como reteniéndola.

—¿Vas a matarnos? ¿Por estos magos? —Resopló el hombre—. Tú de todas las personas deberías saber lo que son.

—Estoy aquí para protegerles, y para protegeros a vosotros de ellos. Nada más.

—¡No merecen protección!

—Lo que no merecen, —afirmó firmemente—, es ser colgados por una muchedumbre furiosa. Sé que estáis enfadados. Lo que le pasó a Su Santidad fue imperdonable. Pero no condenareis a los inocentes por ello, no mientras yo siga en pie.

—¿Cómo son ellos inocentes? —gritó él. Se volvió para mirar a la multitud creciente, extendiendo sus manos hacia ellos en súplica—. No fue sólo Jean-Petit. ¡El año pasado fue el hombre de Val Bresins que se convirtió en un demonio en mitad de la plaza del mercado! ¡La bruja evasiva que hizo enfermar los cultivos de los Arlans! ¡El chico retorcido que hablaba con fantasmas… *sabes* que fue él el que estaba matando a nuestros pobres perros! —La multitud reunida murmuró de acuerdo—. ¿Cuánto vamos a dejarlo pasar y dejar que esta maldad se infeste? ¡El Hacedor no lo permitiría!

—¡El Hacedor lo ha hecho! —rugió Evangeline. Ella miró desafiante a la multitud, y muchos de ellos retrocedieron—. ¡Estos magos sirven a la Capilla, como yo! ¡No olvides que en las guerras pasadas fuimos *nosotros* los que nos alzamos entre las buenas gentes de Orlais y el olvido!

Adrian luchó por librarse de Rhys y se lanzó hacia delante.

—¡Sí! —Gritó ella beligerante—. ¡Todos deberíais estar agradecidos!

Evangeline giró hacia ella.

—¡Silencio, mujer estúpida! Eres tú la que deberías estar agradecida, agradecida de que tengas el lujo de preocuparte de cuán libre eres. ¿Honestamente crees que los magos son las únicas personas en este mundo que *sufren*?

Adrian dio un paso hacia atrás, sorprendida, y chocó contra la mesa. Por una vez, parecía haber perdido las palabras. Rhys caminó entre ella y Evangeline, una mirada enfadada en su cara.

—No, —afirmó él—. No lo creemos.

—Sí, sí lo hacéis, —soltó Evangeline—. Vivís en una torre de marfil, sin la más mínima pista de cuánto peor podría ser.

—Yo sé cuánto peor podría ser, —dijo Wynne. La mujer mayor frunció el ceño mientras se giraba para dirigirse a la multitud—. Por favor, buenas gentes de Velun. No pretendemos hacerles ningún daño a ninguno de ustedes. Déjennos en paz, y nosotros haremos lo mismo, se lo ruego.

Hubo un murmullo de descontento entre los hombres, pero ninguno de ellos parecía dispuesto a presionar más en el tema. Incluso el gigante fornido que comenzó la pelea hizo poco más que mirar. ¿Qué iba un hombre, incluso uno tan grande como él, a hacer

contra una guerrera armada y tres magos? Que una de los magos no pareciera ser más que una anciana le hizo salir el aire por sus fosas nasales.

—No sois bienvenidos aquí, —dijo a regañadientes—. Queremos que os vayáis.

—Nos iremos, —le aseguró Evangeline—. A su debido momento. Y no volveremos.

El hombre miró alrededor a los otros con desagrado. Finalmente, dejó salir un gruñido frustrado e irrumpió por la puerta. Evangeline le observó irse, manteniendo su espada preparada hasta que los otros en la taberna empezaron a seguirle. Se quejaban en silencio, asegurándose los unos a los otros que las cosas podrían haber ido muy diferentes. En unos minutos la habitación estaba casi vacía, salvo por un par de mercaderes dispersos que miraban intensamente a sus cervezas y pretendían estar en otra parte.

Wynne se aproximó a Evangeline.

—Eso estuvo bien.

—Lo hice para evitar que vosotros estúpidos borrachos utilizarais la magia para herir a esa pobre gente. No habrían durado ni un asalto.

—Estuvo bien, aún así.

—¿Así es como nos proteges? —soltó Adrian. Se lanzó hacia Evangeline, quedándose lo suficientemente cerca como para que el olor de cerveza en su aliento fuera demasiado aparente—. ¡Yo no era la que estaba buscando pelea! ¡Aún así les habrías dejado arrastrarme a la calle!

—Eso no ocurrió.

—¡Gracias a la generosa protección de los templarios! —dijo burlona—. ¡Nosotros los magos en nuestra torre de marfil y nuestras cabezas en las nubes, no sabemos nada de lo que significa alzarnos por nuestra cuenta!

—Adrian, —le advirtió Rhys. Él suavemente la guió apartándola del hombro, y ella se resistió sólo un segundo. Su mirada perduró, incluso mientras Rhys asentía a Evangeline—. Gracias, —dijo él—. Sé que no parecemos apreciativos, pero si esa muchedumbre hubiera presionado… no tendríamos elección salvo usar la magia. Nadie quiere eso.

No le dio tiempo a responder, llevando en su lugar a Adrian a la puerta delantera. El posadero sacó la cabeza un momento después, pareciendo vastamente aliviado de encontrar su taberna vacía de ningún derramamiento de sangre. Sonrió a Wynne y Evangeline, apretando sus manos nervioso.

—Cielos, eso fue… ¡inesperado! —declaró él.

—Tristemente no lo fue. —Evangeline sacó su monedero y le dio algunas monedas—. Esto debería cubrir las bebidas, y cualquier daño. No nos quedaremos en sus habitaciones, por si acaso aquellos hombres deciden volver. Si tiene un pajar, dormiremos allí y nos habremos ido por la mañana.

—Hay uno en los establos ahí atrás. —Él vaciló, obviamente dividido entre querer que la templaria y sus amigos magos se fueran y esperar más dinero—. Yo… sólo quiero

que sepan que Velun no es siempre así. Si hubiera sabido que los hombres serían tan incivili…

—Son tiempos extraños, —le aseguró Wynne.

Tuvo que satisfacerse con eso, y sólo pudo mirar con ansiedad mientras se iban.

La lluvia había frenado a una fina llovizna, empapando la piel de Rhys como el hielo. Temblaba incontrolablemente. Habría estado bien tener una cálida habitación en la cual secarse por completo. Tal y como estaban las cosas, se sentía como si nunca fuera a volver estar en caliente. Si hubiera sido sabio, se habría quedado en el pajar con todos los demás. No era el lugar más cálido en el que dormir, pero al menos estaba protegido de la lluvia.

Tal y como estaba, estaba reptando por las calles de la ciudad en mitad de la noche. Las ventanas estaban todas oscuras ahora y, salvo por el ocasional perro hambriento que vagaba hacia él con su cola agitándose esperanzada, todo estaba en calma. El guardia que se habían encontrado en el camino no estaba en ninguna parte visible, pero Rhys aún se aferraba a las sombras tanto como podía. No necesitaba responder preguntas extrañas, no del guardia y ciertamente no de sus compañeros.

Estaban durmiendo, gracias al Hacedor. Adrian había colapsado bajo una manta, aún herida por el incidente de la taberna y furiosa con Evangeline, pero demasiado borracha como para permanecer despierta aún así. Le sería imposible vivir con la mañana siguiente. Wynne se había retirado sin mucho más que una palabra. Evangeline se quedó despierta hasta casi una hora más, sin embargo, vigilando por cualquier señal de los pueblerinos volviendo para causar problemas.

Rhys había fingido dormir, vigilando por el rabillo del ojo hasta que finalmente ella se durmió. Había estado seguro de que el crujir de la vieja escalera le delataría, pero ella no se había levantado. Podría agradecer a sus estrellas de la suerte, por una vez.

Ahora estaba empezando a preguntarse por qué se había molestado. El silencio de la ciudad era impenetrable, y pese a toda su búsqueda, sólo estaba encontrando callejones vacíos y más sombras. Quizás debería abandonar y volver. Si alguien se despertaba, siempre podía explicar que había necesitado usar el excusado.

Entonces captó un vistazo de movimiento. Una silueta corrió hacia el callejón entre dos tiendas oscuras, y Rhys corrió hacia ella. Giró la esquina, medio esperando descubrir que era sólo su imaginación, pero en su lugar fue bienvenido por la visión de un hombre agachado junto a la pared. Parecía una rata mojada, el pelo rubio aplastado contra su cara y sus cueros negros empapados. Temblaba miserablemente, alzando la mirada a Rhys con una mezcla de miedo y alerta.

—Cole, —suspiró Rhys. Mantuvo la distancia, un firme agarre en su bastón sólo por si acaso el joven decidiera atacar… o correr, como lo había hecho la última vez. Rhys se había percatado ayer por primera vez de que alguien les estaba siguiendo, manteniéndose lo suficientemente atrás en el camino como para permanecer fuera de la vista. Tan pronto se dio cuenta de que Evangeline, alerta como estaba, no veía su sombra, supo exactamente quién debía ser.

—Lo siento, —gimoteó Cole.

—¿Nos has seguido todo el camino desde la torre? ¿Qué, en nombre de Andraste, estás haciendo aquí?

El joven se frotó los hombros, sus dientes temblando.

—Tenía que venir. Tenía que advertirte, pero tenía miedo…

—¿Advertirme?

—Vi a la Caballero-Capitán hablando con un hombre, un hombre terrorífico con una armadura negra. Le dijo que si averiguabais algo, nadie más podría saber de ello. —Cole alzó la mirada hacia él, su expresión llena de preocupación—. No podía dejar que te pasara nada; ¡Tú eres mi único amigo! Yo sólo… tenía tanto miedo de que nunca… —Enterró su cabeza entre sus rodillas, la miseria abrumándole.

Rhys le miró, inseguro de qué pensar. ¿Podría Cole estar mintiendo? ¿Quizás creando cierta historia para ganarse su buena gracia? Eso parecía improbable. Cole podía omitir la verdad, pero había pocas artimañas en él. De eso Rhys aún estaba seguro, si acaso fuera lo único.

—¿Has venido por todo este camino para decirme eso? —dijo él, sacudiendo su cabeza incrédulo.

—Sí, —dijo Cole—. Tenía tanto miedo de perderte de vista, y de no ser capaz de encontrar el camino de vuelta. Estaría perdido para siempre. ¡No me di cuenta de que sería tan *lejos*!

Pese a sus sentimientos, Rhys se sentía mal por el joven. Se arrodilló junto a él, suspirando. Cole se estremeció, y entonces se dio cuenta de que Rhys no iba a atacarle. Se agarró desesperadamente a Rhys y le abrazó firmemente.

Rhys le devolvió el abrazo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sí, Cole había matado a gente… pero no lo estaba haciendo por malevolencia. Nadie le había enseñado cómo controlar su magia, o le había dado una respuesta que pudiera entender. Estaba asustado y perdido, y una parte de Rhys entendía eso.

¿Pero ahora qué? No se llevaría a Cole con él, y la idea de abandonarle a sus propios designios no parecía más atractiva. Sería como abandonar a un niño en la espesura. Sólo el Hacedor sabía cómo se había estado alimentando Cole hasta el momento. Robando su comida, probablemente, sin que nadie se percatara… pero no habría ningún sitio del que robar una vez estuvieran en las tierras baldías.

—Cole, tienes que volver, —dijo él.

El joven se separó lo suficiente como para darle a Rhys una mirada herida.

—No puedo.

—Sí, puedes. Si encuentras uno de los caminos principales, debería llevarte directamente de vuelta a Val Royeaux. Es una ciudad difícil de pasar por alto.

—¡Necesito protegerte!

Rhys le dio unos golpecitos en el hombro al hombre simpáticamente.

—Es suficiente con que me hayas advertido. Puedo cuidar de mí mismo, Cole.

—No, no puedes. Te llevaron a las mazmorras, y nunca debería haberles dejado. ¡Debería haberte escuchado! Debería haber ido contigo; ¡Lo siento tanto!

—Podemos tratar con eso cuando vuelva a la torre.

—No. —Cole retrocedió y se levantó—. No voy a dejar que te pase nada. No dejaré que vuelvan a herirte—. Sin otra palabra, se giró y salió corriendo hacia la oscuridad.

Rhys le observó irse. Darle caza sería tan inútil como lo había sido la última vez, aunque no podía evitar tener recelos. ¿Qué iba a hacer Cole? ¿Trataría de herir a Evangeline? Puede que no se diera cuenta de cuántos más problemas significaría eso para todos ellos.

Aún así, fue un alivio ver una vez más un vistazo del joven que había conocido. Era perturbador pensar en Cole como un asesino, y el shock del descubrimiento aún permanecía. ¿Cuánto más había sobre Cole que no sabía? Si no encontraba una forma de ayudar al joven o de evitar que matara de nuevo, la sangre de sus víctimas estaría en las manos de Rhys. Tenía que recordarse a sí mismo que mientras que Cole no era un monstruo, eso no significaba que no fuera peligroso.

No había nada más que pudiera hacer ahora, sin embargo. Se levantó, suspirando, y lentamente se abrió paso de vuelta a la posada. Varias veces miró por encima de su hombro para ver si Cole le estaba siguiendo, pero no había nada. Rhys sólo esperaba que el joven no hiciera nada estúpido. Con suerte se daría la vuelta y volvería a la torre por su cuenta.

Rhys caminó alrededor del lateral de la posada, tanteando el camino en la casi oscuridad, hasta que estaba a la vista de los establos. La luna estaba casi completamente oculta por las nubes, pero había justo la luz suficiente como para ver a alguien en pie enfrente de las puertas del establo. Una mujer con una armadura templaria, cruzando sus brazos y esperando impaciente.

Demasiado pedir volver sin ser visto.

Evangeline le arqueó una ceja cuando le vio.

—¿Ya has vuelto de tu pequeña excursión? —preguntó ella.

—¿Llamada de la naturaleza?

—Qué divertido, entonces, que no estuvieras ni de cerca en el escusado… ni en ninguna otra parte alrededor de él. Debes haber buscado bien lejos privacidad.

Extendió sus manos y le sonrió.

—Me has pillado. Fui a juntarme con un demonio, por supuesto. Me dio la receta más encantadora para hacer un pastel de magia de sangre. Deberías probarlo.

La broma no le hizo efecto. El silencio se prolongó mientras Evangeline le miraba, perpleja.

—No eres muy bueno en permanecer con vida, ¿no?

Él se rió incómodo.

—Evidentemente no.

—Es bueno que seas encantador.

—*¿Oh?* ¿Crees que soy encantador?

Ella suprimió una sonrisa seca.

—Como es encantador un estúpido perro, quizás. —Entonces su expresión se endureció—. No soy estúpida, Rhys. ¿En qué estabas pensando? Aquellos hombres de la taberna podrían haberte visto, solo y lejos del resto.

—No lo hicieron.

—Esta es la segunda vez que te he pillado vagando por ahí. Pensé que eras más listo, había sospechado que estabas tratando de salir corriendo. ¿Qué estabas haciendo realmente?

Él se detuvo, recordando lo que Cole le había dicho. ¿Podía ser cierto?

—Tengo una pregunta para ti, en realidad. Si averiguamos algo con el amigo de Wynne que a la Capilla no le guste, ¿qué se supone que vas a hacer? ¿Qué ordenes te dio el Señor Buscador?

Los ojos de Evangeline se encogieron.

—¿Qué quieres decir?

—Es cierto, ¿no? Estás aquí para proteger los intereses de la Capilla.

Ella se apartó de la puerta, caminando hacia él con una mirada que decía que era serio.

—Hay más que nuestro propio interés en juego aquí. Haré lo que sea que debo hacer para proteger el bien mayor.

—¿Wynne sabe eso?

—Sería estúpida de no saberlo. —Ella suspiró infeliz, y por un momento Rhys vio a la mujer tras la máscara de la templaria. Había duda en sus ojos. Era bueno ver que no estaba tratando con ninguna criatura incondicional del Señor Buscador—. Lo admito, —dijo ella—, espero que lo que averigüemos sea intrascendental, una aberración con la que podamos tratar juntos. No tengo nada en contra de ti o los otros, pero haré mi deber.

—Incluso si eso significa tratar de matarnos.

Que hubiera dicho “tratar” no se le pasó por alto a ella. Una única templaria contra tres magos sénior no sería rival… suponiendo que estuvieran todos en el mismo bando.

—Deja de tratar de evadir la pregunta, —gruñó ella—. ¿Dónde has estado?

—No me creerías si te lo dijera.

—Ponme a prueba.

Lo consideró cuidadosamente. ¿Qué cambiaría si le contara sobre Cole ahora? Los templarios ya pensaban que Rhys era el asesino, y parecía inútil darle otra mentira más que no creería al instante. Si Cole de verdad pretendía escucharle ahora, entonces necesitaría ir ante los templarios finalmente. Y si no… no es que el destino de Rhys pudiera ir mucho peor.

—Muy bien, —dijo finalmente—. Ha habido alguien siguiéndonos desde que abandonamos la torre. Fui a encontrarle.

—He mantenido un ojo fijo sobre el camino.

—No, tú no le habrías visto. Es invisible.

Evangeline le lanzó una mirada escéptica, evidentemente tratando de decidir si la estaba tomando por estúpida.

—Invisible, —repitió ella—. ¿Es una broma?

—Este sería un momento increíblemente malo para bromear, ¿no?

—Desastrosamente malo.

Él alzó la mirada y suspiró.

—Sí, es invisible. Es… una habilidad especial, supongo que podrías llamarlo así. La mayoría de la gente no le ve, e incluso aquellos que lo hacen se olvidan de él. Yo puedo verle, y conozco algunos magos en la torre que lo han visto de reojo. Le han estado llamando el Fantasma de la Aguja, aunque no sé si un templario habría oído acerca de eso.

Su mirada de reconocimiento decía que sí. Incluso así, ella parecía tener sospechas.

—Estás diciendo que vive en la torre.

—Fue llevado allí por los templarios, sí, y nunca se ha ido… hasta ahora.

—*Podría* ser un demonio.

—Puedo percibir a los espíritus. Habría notado la diferencia.

—Los demonios son maestros del engaño.

—Eso lo sé también. —Rhys se encogió de hombros—. Le he estado visitando en los niveles inferiores de la torre desde hace ya casi un año, tratando de averiguar cómo ayudarle. No podía decírselo a nadie porque no me creerían.

Ella pensó en ello.

—¿Y es con él con quien estabas luchando cuando te encontré?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es… una larga historia.

Ella no le creía, justo como él había supuesto. Podía verlo en sus ojos, en la forma en que doblaba sus brazos de nuevo y empezaba a rodearle, como buscando una debilidad.

—¿Tienes alguna prueba de lo que estás diciendo? —exigió ella—. ¿Puedes obtenerla?

—Aún no. Está asustado de los templarios, y con buen motivo.

Evangeline le miró un momento más. Entonces asintió

—Puede que estés diciendo la verdad, o puede que estés bajo la influencia de un demonio… en cualquier caso tendré que vigilarte de cerca. No obstante, este no es el momento para esta conversación. Discutiremos esto más adelante cuando volvamos a la torre.

Dejó salir el aire lentamente.

—Pensé que me arrastrarías de vuelta ahora.

—Lo haría, —dijo ella—, pero dudo que Wynne viniera conmigo. Mi deber es ayudar en su misión. Lo que venga después es otro asunto. —Su mirada se volvió dura—. Y por tu bien, espero que estés diciendo la verdad, y este “hombre invisible” sea lo que crees que es. Que el Hacedor te ayude si no lo es.

Eso pareció ser el final. Evangeline se giró para irse, pero se detuvo cuando se percató de su expresión incrédula.

—Medio esperaba que me atacaras, sin importar lo que dijera, —admitió él—. No estás mal. Para ser una templaria.

Ella se rió, poniendo sus ojos en blanco.

—Vaya un halago de un hombre lleno de vino. —Con eso, ella volvió caminando a los establos.

Rhys permaneció fuera, observándola irse. Había definitivamente una mujer bajo toda esa armadura, y una de buen ver. Pero se reprendió por el pensamiento. *Debes estar borracho*, pensó él. *Ella te comería vivo*.

Suspiró, y sus pensamientos se oscurecieron mientras miraba alrededor una última vez en busca de Cole. Aún nada.

Vuelve, quería decirle al hombre. *Vuelve a la torre y espérame*.

No tenía sentido. Si Cole pretendía continuar siguiéndoles, no había nada que pudiera hacer. Esto resultaría como tuviera que hacerlo.

Que el Hacedor les ayude a todos.

Capítulo 8

La mañana siguiente fue la mejor desde que dejaran Val Royeaux. El grupo salió caminando de los establos para descubrir un cielo despejado lleno de rosa y oro mientras el sol salía por el horizonte. El suelo aún estaba húmedo, cubierto por una fina capa de escarcha que daba un mordisco al aire. Rhys lo habría llamado hermoso si el recuerdo de la fealdad de la noche anterior no perdurara, dejándole un mal sabor de boca. La gente del pueblo ya se estaba agitando, y por la forma en que miraban con tanta sospecha le decía que claramente se había corrido la voz.

Le recordaba al tiempo que pasó en el consulado Imperial en Teraevyn. De joven, había sido aprendiz de un mago elfo mayor llamado Arvin. Él recordaba al hombre como un viejo guante de cuero, todo fruncir de ceño y encoger de ojos. Arvin había sido un supervisor, sólo moviéndose a regañadientes para decir las cosas buenas cuando Rhys derramaba sudor y sangre para complacerle. Había sido un tiempo miserable, uno que Rhys había estado seguro que nunca terminaría. Había disfrutado mucho cuando Arvin le informó de una transferencia al consulado… y se había asombrado cuando el hombre le invitó a ir con él.

No tenía precedentes. ¿La oportunidad de no sólo dejar la torre durante más que la excursión más corta, sino de viajar a otra tierra completamente diferente? ¿Al Imperio de Tevinter, una tierra exótica y prohibida donde se decía que gobernaban los magos? Incluso aunque había estado seguro de que el Encantador Arvin sólo deseaba tener un lacayo que le trajera la comida y puliera sus botas, Rhys había estado encantado. Se quedaba despierto por las noches en el dormitorio, mirando al techo y casi temblando con la anticipación del viaje.

El mero hecho de que el encantador hubiera pasado por todo aquello para llevarse a Rhys parecía impensable en el momento. El hombre ni siquiera diría por qué, simplemente se aclararía la garganta ante la pregunta y exigiría que le trajera más sales de mascar de una tienda de la elfería de la capital. Hacía que su aliento oliera a pescado crudo, suficiente como para humedecer los ojos de Rhys cada ver que el hombre se inclinaba sobre su hombro para explicarle algo, pero para entonces Rhys había resistido cosas mucho peores como para evitar su incomodidad.

Aún recordaba llegar a Teraevyn. Incluso la grandeza de Val Royeaux, con todos sus palacios y edificios brillantes, no se comparaba con esta ciudad de Tevinter. Las señales de la edad estaban por todas partes: estatuas derrumbándose de dragones, los restos de templos antiguos, edificios decrépitos cubiertos de musgo. Era como si toda la ciudad estuviera construida con los huesos de lugares más antiguos, y aquellos lugares más antiguos eran construidos sobre unos más antiguos aún, con el pasado asomando la cabeza como la maleza y negándose a permanecer enterrado. El Encantador Arvin no estaba impresionado, pero Rhys estaba traspuesto.

Incluso el propio consulado había parecido especial. Columnas de mármol y el hedor acre del incienso que los Tevinteranos quemaban para enmascarar el olor de las aguas

residuales en las calles. Murales embaldosados tan decaídos que nunca podría averiguar contra qué estaban luchando aquellos guerreros sin cara. Había incluso una fuente en el Jardín del Verano, fabricada hacía tiempo con magia y no con bombas enanas. Al dragón de mármol le faltaban las alas y ambas patas delanteras, pero su cabeza parecía tan malévola que Rhys estaba seguro que representaba a un Viejo Dios.

Había esclavos también. Rhys había sido demasiado joven para entender lo que eso significaba, o por qué Arvin se enfadaba tanto cuando veía uno. Una elfa esclava ofreció una vez al hombre una bandeja de higos, y él la golpeó de sus manos y gritó hasta que el Cónsul vino corriendo. Rhys había leído acerca de cómo el Imperio de Tevinter conquistó las tierras de los elfos hacía tiempo, pero aquellas sólo eran palabras en una página. Los esclavos eran sólo otro rasgo exótico ante el cual admirarse y quedarse boquiabierto.

No fue hasta semanas más tarde que Rhys se había dado cuenta de que no era bienvenido. Los Orlesianos estaban constantemente tensos con el Imperio de Tevinter, y lo habían estado todos los años desde que la Capilla Imperial se había dividido de la Gran Catedral de Val Royeaux. Esa era la historia, pero la verdad se sentía muy diferente. Los locales tenían sospechas, y se volvían hostiles cada vez que Rhys revelaba su acento. Se encontró siendo evitado, engañado por los mercaderes… ni un solo local haría tanto como hablarle.

Era difícil vivir en tal aire de hostilidad. La novedad de la ciudad exótica se desgastó rápidamente, y él empezó a encontrarla apagada y fea en su lugar. Se sentía solo.

Finalmente hubo un incidente: de camino a examinar el bazar de Teraevyn en busca de sales de mascar, Rhys se encontró rodeado por tres chicos mayores. Eran aprendices de un magistrado, así como nobles, y claramente se sentían lo suficientemente superiores como para meterse con un Orlesiano. Le empujaron y le patearon, hasta que el temperamento de Rhys finalmente salió a la superficie y utilizó su magia. Abrasó la cara de uno de los chicos, y ellos respondieron igualmente. Había sido gravemente herido, y habría muerto si el tumulto no hubiera atraído la atención de los guardias de la ciudad que había cerca.

Si tan sólo eso hubiera sido el final. El incidente alcanzó los oídos del magistrado, que hizo una protesta oficial al consulado. Arvin le hizo sentarse y le dijo que no le había quedado elección. Rhys tendría que ser mandado de vuelta a la Aguja Blanca. Le dijo a Rhys que un joven talentoso como él no debería tomarse a pecho lo que había ocurrido; habría otras oportunidades, otras ocasiones para encontrar una vida que mereciera la pena, incluso bajo las restricciones del Círculo.

Fue el único cumplido que el hombre le había dicho nunca. Se había quedado sobrecogido; horas más tarde cuando se encontró a sí mismo en un carruaje con un compañero templario y dirigiéndose de vuelta a Orlais, se arrepintió de no tratar de responder de igual modo.

Escribió a Arvin un par de veces, e incluso vio al viejo una vez volvió a la Aguja Blanca para una breve visita. Finalmente, fue Arvin quien le avaló para obtener el rango de encantador sénior. No mucho después, le dijeron que Arvin había muerto. Los

templarios no dijeron exactamente cómo, pero Rhys había oído rumores de envenenamiento. Parecía ser que la posición de Arvin en el consulado había sido la de un espía y no realmente un “consejero” del todo. Era extraño cómo todo le había parecido tan inocente entonces.

Por lo tanto no objetó cuando Evangeline insistió en que evitaran más ciudades y que acamparan cerca del camino en su lugar. Tampoco lo hizo Wynne ni Adrian. No necesitaban una repetición de lo sucedido la noche anterior; sin disfrazarse y de algún modo esconder sus bastones, con seguridad se pondría peor cuanto más lejos viajaran hacia las Tierras del Centro.

Su tiempo en el camino pasaba rápidamente. Adrian permanecía en silencio, irritada por haber bebido la noche anterior, justo como él sospechaba que estaría. Al menos no se había quejado cuando la había despertado; estaba tan ansiosa por irse como todos los demás. Wynne permaneció contemplativa, comentando sólo que parecía haber poco tráfico. Era cierto; para todos los propósitos tenían el camino para ellos mismos. Con el sol brillando y la lluvia finalmente habiendo acabado, debería haber sido un placentero día de viaje.

Excepto por que no lo fue. Evangeline tersamente se negó a hablarle. Incluso Adrian, envuelta en la miseria como estaba, se percató y le lanzó a Rhys una mirada interrogante. Él suspiró y dijo que lo explicaría más tarde.

Y lo hizo. Tras montar el campamento la primera noche, Rhys le dijo a Wynne y Adrian que necesitaba hablar. Evangeline alzó una ceja pero no hizo ningún comentario, y escogió mantenerse ocupada en otra parte. Él les explicó todo: cómo había conocido a Cole, la extraña maldición del hombre, y cómo los había seguido desde la torre. La única cosa que no mencionó es que Cole había matado a los magos.

Evidentemente, no necesitó hacerlo. La expresión de Adrian se volvió más y más molesta conforme hablaba. Finalmente ella le interrumpió.

—Si es invisible, —dijo ella—, ¿cómo sabes que no es el asesino? Tú mismo dijiste que los templarios no habían visto a nadie.

Rhys vaciló al responder, y eso fue suficiente.

—¡Es él! —escupió ella—. ¡Y tú sabes que es él! ¿Por qué no dijiste algo?

—No lo averigüé hasta que fue demasiado tarde.

—¡Aún así podrías haberlo negado! ¡Ellos creen que tú eres el asesino!

—¿Y qué diría? Los templarios no serían capaces de encontrarle, y Cole no estaba dispuesto a aproximarse a los templarios. Está aterrorizado de ellos. No pude siquiera forzarle a ir. —Lanzó sus manos hacia arriba, frustrado—. Mirad, no apruebo lo que ha hecho. Lejos de ello. Pero hablarle a los templarios de él sólo les haría pensar que yo estaba bajo la influencia de un demonio.

—¿Cómo sabes que no lo estás? —preguntó Wynne.

Él la miró.

—Lo sabría.

—En mis viajes, he encontrado un gran número de cosas que desafiaban toda explicación. Hay más espíritus de los que entendemos, Rhys, y algunos de ellos son capaces de cosas que no podemos imaginar. Considerando tu investigación, deberías entender eso mejor que nadie.

—Lo hago, pero he pasado tiempo con Cole. No ha tratado de tentarme. No hay nada acerca de él que diga que es un espíritu de ningún tipo.

—Aparte del hecho de que no puede ser visto. —Ella alzó sus manos para anticipar su réplica—. Si fuera fácil saber que uno está siendo influenciado, muchos menos magos sucumbirían.

—Bueno, si él es un demonio, difícilmente podría ser el que está matando a los magos, ¿no?

—¿Estás seguro de que es él?.

—Él me lo dijo… —Rhys se cortó, suspirando—. No le vi matar a nadie, no. Pero Cole no es ningún espíritu inmaterial. Le he tocado, a no ser que imaginara eso, también. —Lo último lo añadió con una nota de amargura.

—Dijiste que su memoria era confusa. Puede que sea un espíritu que haya olvidado que es un espíritu. O puede ciertamente ser un joven, alguien a quien un espíritu ha poseído.

—Se convertiría en una abominación.

—No todos los magos poseídos se convierten en abominaciones. —Esto lo dijo un poco malhumorada, lo suficiente como para sorprender incluso a Adrian, que miró a la anciana con curiosidad.

—¿Qué sabes de eso? —preguntó él.

—Sé lo suficiente. —Con eso, Wynne arrojó los restos de sus provisiones al fuego y se levantó. Su actitud crispada había vuelto—. Sugiero que evites tratar con este joven y te ahorres muchos más problemas en el futuro. —Ella se fue caminando antes de que Rhys pudiera responder.

—Lo que quiero saber, —exigió Adrian—, es por qué no me lo dijiste *a mí*.

—Porque habrías intentado hacer algo al respecto.

La furia resplandeció en sus ojos.

—¡Maldición, y tanto que lo habría hecho! Si lo ves de nuevo, lo señalas. Alegremente lo mataré.

—Considerando lo que le ocurrió, me sorprende que no tengas más simpatía por él.

—Tengo toda la simpatía. —Ella se levantó, los puños apretados a su lado—. Si viera a un mago convertirse en una abominación, aún así lo mataría, sin importar cuánto simpatizara.

—Aún así estamos viajando para salvar a una abominación.

—No es mi elección, —dijo ella—. De algunas cosas no puedes volver. Recuerda que tu amigo es un asesino. —Con eso, ella también se fue. Rhys se quedó mirando al fuego. Adrian tenía algo de razón, por supuesto. Todos la tenían. Si hubiera conectado a Cole

con los asesinatos antes, o hubiera informado de él de inmediato… pero no lo había hecho. Estaba hecho, y no había nada que pudiera cambiar al respecto ahora.

No muy lejos, Evangeline alzó la mirada de limpiar su espada y le dio una mirada dubitativa. Se preguntaba cuánto había oído. Probablemente ya no importaba.

Pasaron los siguientes días haciendo un buen tiempo por los caminos del sur, moviéndose fuera de las Tierras del Centro hacia las Provincias. Ya se habían ido las colinas verdes y las granjas. En su lugar, la vegetación se aferraba a las rocas con algún tipo de desesperación. Todo estaba embarrado y marrón, algunas partes del camino tan inundadas que necesitarían navegar con cuidado para que sus monturas no tropezaran y cayeran. Había menos viajeros de lejos, y las pocas aldeas por las que pasaban estaban llenas de tipos de aspecto mezquino que parecía alegrarse de verlos irse.

El tono del grupo había cambiado considerablemente también. Adrian ignoraba a Rhys, su fría indiferencia hacia él magnificada por su amigable charla con Wynne. Ella presionaba a la anciana por detalles acerca de su pasado, detalles que no iba a recibir ahora que Wynne estaba sobria. Eso sólo volvía a Adrian más determinada, por supuesto; para el segundo día, estaba cabalgando tras Wynne en su lugar, las dos discutiendo sobre el Círculo. Mejor dicho, Adrian estaba discutiendo… Wynne se contentaba principalmente con escuchar, y responder sólo cuando la maga pelirroja se quedaba demasiado agraviada.

Evangeline, mientras tanto, mantenía sus ojos en el camino. Cada vez que veía a más de un único viajero alzaba su mano para advertir a los otros. Entonces le darían a quien fuera que vieran un amplio espacio, o se detendrían y esperarían a que pasaran. Considerando que todo el mundo que veían parecía igualmente alerta, la precaución de Evangeline no era sin motivos.

Una vez, cuando estuvieron justo al oeste de la ciudad de Montsimmard, el templario vio a un grupo de hombres sobre un peñasco agudo que sobrevolaba el camino. Hombres de aspecto rudo con cueros, quizás incluso bandidos. No había camino alrededor, y demasiados escondites entre las rocas, así que Evangeline vaciló al atravesarlo. Los hombres, mientras tanto, parecían satisfechos de esperar.

La fortuna les sonrió cuando los soldados Imperiales aparecieron. Adrian fue la primera en ver los estandartes morados, e incluso Rhys se sintió animado cuando bien cerca de unos cien hombres en armadura marcharon hacia ellos. Fueron llevados por un puñado de gentileshombres montados, guerreros en armaduras de plata ornamentadas con plumas doradas y verdes ondeando de lo alto de sus cascos. Incluso sus monturas estaban adornadas con bardos vistosos, algunos de los cuales parecían ser más para lucirse que para protección real. No obstante, la fuerza parecía encantadora. Tanto si estaban presentes para salvaguardar los caminos o no, los bandidos sobre el peñasco se desvanecieron rápidamente.

Lo cual fue afortunado, ya que los soldados Imperiales ni frenaron ni siquiera miraron en su dirección. Rhys pensó que parecían tener caras serias, como si estuvieran marchando a la guerra… ¿pero a qué guerra, se preguntaba él? No iban a llegar

respuestas. Evangeline guió al grupo fuera del camino para que no fueran arrollados, tan pronto los soldados pasaron ella les llevó ágilmente por el peñasco antes de que los bandidos tuvieran alguna idea de volver.

Por su parte, Rhys estaba de sobra ahora. Nadie deseaba hablar con él, y se preguntaba si debería arrepentirse de haberles hablado de Cole. De vez en cuando sus ojos vagaban por el camino tras ellos, mirando para ver si había alguna evidencia del joven. No había nada. Por qué se molestaría Cole en ocultarse cuando sólo Rhys podía verle, realmente no lo sabía.

Finalmente, Evangeline se percató de adónde estaba mirando.

—¿Tu amigo invisible está tras nosotros, supongo? —Era la primera vez que había dicho una palabra en dos días, su tono con una fina incredulidad velada.

—No lo sé. No le veo.

—¿No lo encuentras extraño?

—Puede que ya no nos esté siguiendo.

Ella le miró un rato más, su mirada especulativa. Entonces sacudió la cabeza y se giró.

—¿Estás tratando de decidir si estoy loco? —preguntó.

—No, —dijo ella—. Estoy tratando de decidir si debería hacer algo. Mi deber me impulsa a actuar si veo a un mago sucumbir a la corrupción.

—¿Y?

Ella no respondió. No estaba seguro de si debía tomárselo como una buena señal o no. Considerando que aún tenía su cabeza, escogió tomar un punto de vista optimista… pero aún se preocupaba por Cole. El no saber si el joven estaba aún siguiéndoles era enervante, como lo era el pensamiento de que podría llegar a ellos cuando menos lo esperaran. Como por la noche. El pensamiento le hacía estremecerse.

La tierra se volvió lentamente más seca mientras se movían hacia la Sierra de Poniente. Cómo recibió su nombre el área, Rhys realmente no podía imaginarlo. No había nada más lejos hacia el oeste aparte de estepas llenas de monstruos y bosques tan profundos y oscuros que los exploradores nunca volvían de ellos. Las tierras baldías no eran un lugar al que alguien iba. Como mucho, era algún lugar de donde *venías*. Huías, más probablemente.

De acuerdo a los textos que Rhys había leído, esta área fue el lugar de una de las grandes batallas de la Segunda Ruina. Hacía cientos y cientos de años, los engendros tenebrosos habían salido en enjambre de una gran sima y habían corrompido la tierra tan severamente que nunca se recuperó del todo. La sangre de demasiados hombres cayó sobre las arenas aquí, tratando de forzar a aquellas criaturas a retroceder antes de que se esparcieran por todo el mundo. Para aquellos hombres y mujeres debía haberse sentido como si los cielos se hubieran abierto y lloviera una muerte negra sobre todos ellos.

La Sierra tenía cierto tipo de belleza aún así. Era un desierto, pero no un desierto cálido con arena amarilla brillante. Era un desierto frío, moteado de morado como una magulladura sin sanar. Pilares rocosos sobresalían de la arena como huesos quebradizos,

retorcidos; había una sensación de que los vientos ululantes habían cubierto todo lo demás. Aún así, no parecía intimidatorio y horrible… sólo austero, y quizás incluso un poco triste. Era como si el mundo se quejara de una herida mortal infligida hacía tiempo.

—Ahí, —dijo Wynne. Señaló a una forma en la distancia, una alta torre de hierro apenas visible a través de la arena que soplaba—. Eso es lo que sirve de camino en estas tierras. Cuando alcancemos una, seremos capaces de ver la siguiente.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó Evangeline dubitativa.

—Entonces esperamos hasta que el viento amaine. No quieres vagar demasiado lejos en las arenas. No todo es estable, y muy poco es seguro.

—De eso no me cabe duda.

Adrian se protegió los ojos contra el viento, frunciendo el ceño.

—¿Por qué alguien siquiera viviría en este lugar olvidado por el Hacedor?

—La fortaleza Adamantio yace al borde de la sima, —explicó Wynne—. Una vez perteneció a los Guardas Grises, ya que deseaban asegurarse de que los engendros tenebrosos no se alzaban de sus profundidades como lo hicieron durante la Segunda Ruina. Finalmente los Guardas la abandonaron, pero algunos residentes han permanecido. La vida puede existir, incluso en tierras como esta.

—¿Y tu amigo? —le preguntó Rhys.

Ella frunció el ceño, negándose a mirarle directamente.

—El nombre de mi amigo es Pharamond. Él vivía… vive… en Adamantio porque el Velo es muy fino. Le ha ayudado con sus experimentos.

Ahora era el turno de Evangeline de ser curiosa.

—¿Experimentos?

—Pharamond es un Tranquilo. Se ha metido en la investigación a petición de la Capilla, creo. Sin su permiso, dudo que un Tranquilo poseyera la curiosidad para meterse en tal cosa.

—¿A petición de la Capilla?

—Eso tengo entendido.

—¿Estaba investigando el Rito de la Tranquilidad? —preguntó Rhys.

Wynne alzó sus manos.

—Nunca estuve al tanto de los detalles. Sólo averigüé lo que le había sucedido a Pharamond cuando visité la fortaleza hace un mes. Estaba buscando ayuda para una amiga, y en su lugar encontré a otro amigo en un apuro aún mayor.

—¿Lo viste? ¿Como abominación, quiero decir?

—Vi la fortaleza llena de demonios, y percibí lo que había sido de Pharamond. No le encontré mientras estuve allí. Si lo hubiera hecho, habría habido poca opción salvo matarle.

—Entonces en su lugar nos pones en riesgo a todos.

Wynne le miró.

—Me gustaría pensar, querido, que haría lo mismo por ti un día… o que tú lo harías por cualquier otro mago que te encontraras en una condición similar.

Procedieron hacia las tierras baldías. De acuerdo a Wynne, no quedaba un largo viaje para alcanzar Adamantio, aunque podría ser prolongado si los vientos eran malos. Para Rhys, viajar por la arena se sentía como si durara eternamente. Mantuvo su cabeza baja, escudando sus ojos, y trató de no dejar que el lento paso de los caballos le llegara. Si no fuera por la vaga forma de la torre lentamente aclarándose ante ellos, habría jurado que estaban cabalgando en círculos.

En un punto, Evangeline desenvainó su espada. Señaló con ella a un alto saliente que cortaba abruptamente por su camino no muy lejos, su superficie rocosa negra como la boca de un lobo y pulida casi hasta brillar por la arena que soplaba. Rhys miró de cerca, pero no podía ver más que figuras borrosas moviéndose sobre ella. Estaban demasiado lejos, y momentos más tardes se desvanecieron fuera de la vista por completo.

—Engendros tenebrosos, —dijo Wynne.

Evangeline se estremeció visiblemente.

—¿Atacarán?

—No hasta que oscurezca.

Eso les hizo acelerar, y alcanzaron la primera torre mientras aún había luz en el cielo. Era de al menos cien pies de altura, una monstruosidad de hierro oxidado que claramente había sido parcheada numerosas veces y aún así parecía preparada para caer. Alguien podría trepar por el lateral bastante fácilmente para alcanzar el diminuto nido, aunque Rhys sólo podía imaginar cómo serían los vientos allí arriba. La bandera Orlesiana oscilaba en su cima… o al menos él suponía que eso era, ya que estaba demasiado harapienta y desvanecida como para ser identificable.

Evangeline los presionó hacia delante, clamando que quería alcanzar la segunda torre antes de que cayera la noche. Sin duda tenía a los engendros tenebrosos en mente, y ninguno de los otros se quejó. Por la forma en que los caballos ocasionalmente se inquietaban y relinchaban, como si percibieran cosas en las arenas, les ponía a todos nerviosos.

Entonces el viento se detuvo de golpe. Era casi como si alguien lo hubiera apagado. Rhys había estado acurrucado en su montura, inclinándose contra el viento con su cabeza agachada, y justo a punto de caer de su caballo. Alzó la mirada con sorpresa.

—¿Qué ha sucedido?

—El aire se calma por las noches, —dijo Wynne.

Ese fue un eufemismo. Aún había una leve brisa, y ocasionalmente un soplo pasaría entre las rocas, azotando a un diablo de polvo que moría tan rápidamente como comenzaba… pero de otra forma era silencioso. El sol estaba cayendo ahora, incendiando los cielos grises con tonos de ámbar y bronce.

Entonces la vio. En la distancia, más allá de los pilares rocosos, parecía como si la tierra se hubiera separado en dos. Una sima irregular, fácilmente de una milla, extendida en cada dirección tan lejos como el ojo podía ver. Probablemente habían estado cerca durante horas, pero no podían ver a través de toda la arena que soplaba.

—¿Qué es eso? —jadeó Adrian tras él, sus ojos tan abiertos como los suyos.

—La Marca Abisal, —dijo Wynne—. Se vuelve mucho más grande hacia el oeste.

—¿Qué profundidad tiene?

—Nadie lo sabe. Algunos dicen que se extiende hasta los Caminos de las Profundidades, quizás incluso más lejos. Afortunadamente Adamantio está en esta cara.

—Vamos, —soltó Evangeline, aunque ella también miraba a la sima maravillada—. No queremos esperar a que esas criaturas salgan de su escondite.

La siguiente torre era ahora fácilmente visible, una fina capa de varias millas. Con la luz rápidamente desvaneciéndose, no lo sería por mucho tiempo. Corrieron hacia ella, dejando una nube de polvo a su paso. Rhys casi se preocupó de que la montura de alguien tropezara, pero para cuando toda la luz en el cielo se desvaneció a negro alcanzaron la torre.

Evangeline aceleró su caballo, y caminó alrededor tratando de controlar el corcel mientras escaneaba tras ellos en busca de señales de persecución. Rhys observaba también. Nada. Una cortina de sombras había descendido, y con ella un frío que calaba sus túnicas. Iba a ser una noche fría.

—Acamparemos aquí, —dijo la templaria, aunque no parecía convencida.

Adrian se bajó del caballo, doblándose y frotándose la espalda mientras golpeaba el suelo. Había una hoguera apagada junto a la base de la torre, rodeada de una pared de rocas apiladas de cerca de dos pies de altura. Incluso entonces, estaba medio enterrada en arena. Cuando empezó a coger las piezas de madera ennegrecida de dentro de la hoguera para ver si alguna era aún utilizable, Wynne movió su bastón.

—Querremos evitar el fuego.

—¡Pero hace un frío helado!

—Entonces prepara tus hechizos para el combate. Podemos combatir a la luz del fuego.

Adrian parecía menos que entusiasmada por eso, y arrojó uno de los troncos calcinados de vuelta a la hoguera apagada. Puso sus ojos en blanco a Rhys, y todo lo que pudo hacer era sonreír y encogerse de hombros. Parecía extraño que alguien creara una hoguera donde era peligroso, pero quizás la mayoría de viajeros que pasaban por las tierras baldías lo hacían en grupos armados. Mientras que un grupo de magos hábiles y una templaria serían capaces de luchar contra engendros tenebrosos, no le gustaba la idea de averiguar cuántos de ellos había ahí fuera.

La noche se volvió más fría con cada hora que pasaba. Rhys temblaba ante la comezón de su piel, el humo blanco de su aliento rápidamente succionado por el aire seco.

Debería estar de vuelta en el campamento.

Pero no lo estaba. Estaba al borde de la Marca Abisal, como Wynne la había llamado. La sima estaba mucho más cerca de lo que le había parecido, sólo a unos diez minutos de camino por la arena hasta que de repente estaba sobre la piedra desnuda y mirando a la negrura.

Podría haber caído, si el cielo no hubiera estado iluminado con extraños lazos brillantes de luz. Nunca había visto algo así antes… cada uno fluía como líquido hacia el siguiente, entonces se separaban y se multiplicaban o desaparecían en la nada. Era un baile lento, majestuoso por el cielo gris vacío que le dejaba traspuesto y le ofrecía la más leve iluminación al desierto. Justo lo suficiente como para ungir los pilares rocosos y los bordes de la sima con una capa plateada.

No escuchó ni un solo sonido. Rhys extendió sus manos sobre la sima que se abría bajo él y bebió de la tranquilidad. ¿Qué yacía ahí abajo? No podía ver nada dentro pero podía *sentir* su profundidad. Imaginaba dar un único paso desde el borde y caer a ese mar de sombras. Parecía que podría caer eternamente, siendo tragado por el silencio pacífico hasta que se perdiera en la eternidad.

El pensamiento era de algún modo tanto extrañamente atractivo como aterrador *porque* era atractivo. Le había recordado demasiado claramente las palabras de Cole cuando el hombre le hablaba de ahogarse. Quizás no era tan difícil entender el miedo de Cole después de todo.

—Ser Evangeline está completamente fuera de sí, —dijo una nueva voz tras él.

Frunció el ceño mientras Wynne se aproximaba, pero trató de controlar su molestia ante su intrusión a su soledad. Era fácil pretender que estaba solo aquí fuera en este vasto vacío, que todos sus problemas eran una pesadilla que era mejor olvidar, pero simplemente no era así.

—¿Es que ninguna de vosotras dormís? —musitó él.

—Te escabulles cuando gira la espalda. Habría venido a darte caza en persona si eso no hubiera significado dejarnos a Adrian y a mí sin protección. Dije que yo miraría. —Wynne tenía una manta envuelta alrededor de sus hombros, pero aún así temblaba ante el frío y se inclinaba con fuerza contra su bastón. Entonces sus ojos se abrieron con alarma mientras se dio cuenta de dónde estaba—. Rhys… ¿qué estás haciendo?

—Congelándome.

—No, ¿qué estás haciendo *ahí*?

Rhys suspiró, girándose para mirar abajo hacia la sima de nuevo. Había un leve hedor que subía desde abajo, acre y agudo como el azufre, pero no del todo desagradable. Levemente, se preguntó si el borde cedería bajo su peso. La roca calcinada parecía desgastada de las arenas que soplaban, quizás débil con el paso de los años, pero se sentía sólida bajo sus pies.

—Sólo admirando las vistas. Yo… no podía dormir. —Se alejó, aunque Wynne difícilmente parecía aliviada. Se aferró a su manta, mirándole con preocupación, y por un largo momento se quedó allí y aceptó su escrutinio en silencio—. ¿Estás enfadada conmigo? —preguntó finalmente.

Ella dejó salir un suspiro cansado. Mirando alrededor, vio una gran roca cerca y se acercó para sentarse en ella.

—Enfadada, —repitió ella insegura.

—Cuando te hablé de Cole…

—No estoy enfadada por eso.

—¿Entonces qué?

Ella lo pensó.

—Necesitas tener más cuidado, Rhys. Apenas te conozco, y aún así te veo acercarte a un terrible fin. ¿Qué crees que sucederá?

—Realmente no lo sé.

—Sí, lo sabes, —soltó ella, con la ira en aumento—. Si no hubiera intervenido, serías un Tranquilo. Este Cole… sea lo que sea, el hecho de que hayas continuado asociándote con él es lo que te ha llevado a este desastre. Sabes lo que ha hecho.

—Sí, pero no creo que esté en sus cabales. Necesita ayuda.

—Tú necesitas ayuda. Tú necesitas protegerte, ahora más que nunca.

—No puedo quedarme sin hacer nada.

—Eso es exactamente lo que deberías hacer. —Ella se detuvo, sacudiendo la cabeza—. Pero aquí estoy, discutiendo contigo de nuevo. Supongo que debería tener más simpatía por alguien propenso a las causas perdidas.

Rhys no podía evitar sonreír. Quizás parcialmente tenía la culpa por su rabia de aquella noche. Había cuestionado su disposición a ayudar a un amigo, pese a los riesgos, y esto después de acusarla de ser insensible. Ambas cosas no podían ser ciertas. De hecho, pese a todas sus protestas sobre lo contrario, parecía preocuparle su bienestar. Puede que no fuera el tipo de mujer mayor que había conocido hacía tantos años, pero esa persona no se había ido del todo.

Estaba a punto de decirlo cuando escuchó un leve sonido de silbido. Entonces algo golpeó su pecho. Bajó la mirada para ver que era una flecha, una cosa negra de aspecto malicioso imposiblemente sobresaliendo de él.

¿Esto no puede estar bien, no?

—¡Rhys! —gritó Wynne, saltando desde la roca.

Los engendros tenebrosos salieron de la nada. Las pálidas criaturas mostraron sus colmillos y sisearon, alzando burdas espadas sobre sus cabezas mientras cargaban. Rhys los miró con una incredulidad sorprendida… había sabido que estaban fuera en el desierto, pero verlo cerca parecía extrañamente irreal. Miró a la extraña negrura que sangraba de sus ojos y bocas, el odio vítreo de sus ojos. El tiempo se movía a paso de caracol.

Wynne alzó su bastón blanco; pulsó con poder, mandando un resplandor brillante que sacó a Rhys de su estupor e hizo que los engendros tenebrosos retrocedieran de dolor. La flecha aún estaba anclada en su pecho, y sólo ahora estaba empezando a sentirla… como una tirantez extraña que se volvía más intensa a cada segundo. Le hizo jadear mientras se sobreponía a su shock, y cuando trató de moverse sólo logró caer de rodillas. Cada movimiento suyo parecía demasiado lento, como si estuviera atascado en arenas movedizas.

Wynne giró el bastón a su alrededor, y de repente una gran tormenta de electricidad estalló a su alrededor. Arcos de electricidad corrieron por el aire, saltando de piedra a

piedra y de engendro tenebroso a engendro tenebrosos. El trueno amenazaba con hacer explotar sus oídos.

Observó mientras una de las criaturas moría de un golpe por un rayo, y gritaba de agonía mientras la energía la cocinaba desde dentro. Un engendro tenebroso rugió de furia y corrió hacia Wynne, y la anciana giró de nuevo. Alzó una mano enfrente de ella y la criatura de repente se quedó congelada, rodeada de un bloque de hielo sólido, antes de que se destrozara finalmente en mil pedazos.

Otra corrió hacia ella desde atrás. Rhys empezó a gritar una advertencia, pero no hubo tiempo para que reaccionara. Él invocó maná de su interior, ignorando el dolor palpitante que provocaba donde la flecha aún estaba anclada en su pecho, y *empujó*. Una oleada de fuerza surgió de sus manos y chocó contra el engendro tenebroso. Fue alzado de sus pies y lanzado de espaldas dentro de la sima, el chirrido de terror desgarrador de oídos mientras caía fue ahogado por el trueno.

Algo duro le golpeó en la nuca. Se tambaleó hacia delante, tratando de alejarse de lo que fuera que estuviera atacándole. Los resplandores de relámpagos eran demasiado brillantes, demasiado desorientadores como para que viera correctamente.

Su atacante agarró su hombro desde atrás. Garras afiladas se hundieron en su carne, y él gritó. Reaccionando al instante, Wynne alzó su bastón; un rayo al rojo vivo de energía fue lanzado hacia delante. Rhys lo sintió más que verlo golpear al engendro tenebroso tras él, y escuchó su gruñido de dolor.

Se retorció libre, cayendo al suelo. El asta de la flecha se partió bajo su peso, y una nueva sacudida de dolor se disparó a través de él. Las nauseas le invadieron, y su visión se nubló.

¿Cuántos había? El sonido de los truenos de repente parecía tan distante, como si estuviera escuchándolos a través de un tubo… Captó un vistazo de las túnicas azules de Wynne, sus botas enfrente de sus ojos. Vio el relámpago realizar su danza cegadora. Escuchó a otra de las criaturas gritar mientras era golpeada por una explosión mágica. Un charco de sangre negra de engendro tenebroso empapó la arena junto a sus manos, el olor enfermizamente dulce asaltando sus sentidos.

Rhys trató de invocar más de su magia. Cerró los ojos y tembló de la concentración; no iba a dejar a Wynne luchar sola. Pero el maná no vendría, el dolor era demasiado severo.

—¡Rhys, levántate! —Escuchó gritar a Wynne en su oído, pero no podía del todo localizar dónde estaba—. ¡Vienen más!

El olvido le agarró y le arrastró hacia su maravilloso abrazo.

Capítulo 9

Evangeline sonreía mientras observaba a Rhys sacudirse en su caballo. La forma en que parpadeaba confuso, sin comprender del todo dónde estaba o por qué se estaba moviendo, era un poco entretenido. Considerando por todo lo que les había hecho pasar la noche anterior, no podía evitar pensar que merecía un poco de incomodidad.

Adrian se sentó tras él, y le agarró antes de que se deslizara del caballo. Él tenía una capa gruesa envuelta a su alrededor para mantenerle cálido, y la maga pelirroja había estado más o menos apoyándole desde que abandonaron el campamento. Evangeline no quería arriesgarse a esperar hasta que se despertara para ponerse en marcha. Si llevaba demasiado, después de todo, acabarían pasando otra noche bajo aquella torre… y atraerían otro ataque.

—¿Dónde estoy? —jadeó Rhys.

—En un caballo.

Él la miró, sin darse cuenta de que estaba bromeando, y entonces finalmente ofreció una débil sonrisa.

—Está bien, sí, eso explica el olor… ¿pero qué hay de los engendros tenebrosos? Recuerdo…

Wynne se colocó junto a ellos. La anciana maga parecía pálida y cansada, y por un buen motive. Evangeline no podía ni empezar a imaginar el tipo de poder que había alcanzado. Había iluminado las tierras baldías con su magia, y cuando Evangeline había ido corriendo medio esperaba encontrar todo el lateral de la sima hundido hasta sus profundidades.

—Yo te sané, por supuesto, —dijo Wynne.

—¿Pero cómo sobrevivimos?

—Casi no lo haces. Si Ser Evangeline y Adrian no hubieran llegado a tiempo…

Él suspiró abatido.

—No debería haberme ido.

—Iba a decir eso, —dijo Evangeline. Cuando él le lanzó una mirada de culpabilidad, ella se rió entre dientes—. Estaría más enfadada, pero parece que viviste. Fácilmente podríamos haber sido atacadas en el campamento. ¿Quizás la atracción de una presa fácil les atrajo?

Él miró a Adrian, sonriendo torciendo la boca.

—¿Has oído eso? ¡Soy un héroe!

—Me despertaste, —gruñó ella.

—Rhys, —dijo Evangeline, su tono serio.

—¿Sí?

—No lo hagas de nuevo. —Cuando sus cejas se alzaron, ella añadió un poco más seriamente—. Recuerda que aún eres un mago del Círculo. Si te vas una vez más tendré que tratarte como un apóstata.

No hizo ningún comentario.

Los vientos habían cesado poco antes de que se alzara el sol, o lo que pasaba por sol en estas malditas tierras. La neblina gris en el cielo estaba lo suficientemente iluminada como para navegar a través de ella, y eso tendría que servir. Justo como clamaba Wynne, la sima se amplió conforme viajaban al oeste, y el otro lado ya no podía ser visto. Ahora parecía menos una grieta enorme y más el mismo borde del mundo.

Evangeline encontraba esas tierras frías y poco atractivas, y no por primera vez desde que llegaron se preguntó qué estaba haciendo aquí. Siguiendo órdenes, por supuesto, pero cómo se esperaba que lo hiciera cuando no podía mantener el rastro de los asuntos de un mago le incomodaba. Tenía un mal presentimiento sobre lo que iba a venir, pero mantuvo sus pensamientos para sí misma.

La fortaleza Adamantio estaba lentamente surgiendo a la vista, su vago perfil discernible a través de la arena que soplaba. No era grande pero, a través de su solidez y defensibilidad, claramente se había ganado su nombre. Altos muros de azabache, y una enorme puerta con atalayas a cada lado. Se posaba casi precariamente del borde de la sima, como un pájaro depredador esperando a balancearse hacia su víctima. Cualquier ataque contra el lugar sólo podía venir de una dirección… a no ser que viniera de la propia sima, por supuesto, y considerando su historia, eso no era implausible.

Mientras se acercaban, la fortaleza tomó un aire decididamente siniestro. Estaba completamente en silencio, para empezar. Las torres estaban sin personal, y la puerta estaba medio abierta. Una neblina negra salía del patio, como de un fuego que acabara de ser apagado. Evangeline podía oler algo también… incluso en el viento y la arena, el hedor a carroña era inconfundible.

Su caballo se alejó atemorizado y luchó contra la dirección; ella luchó por mantener el control hasta que se dio cuenta de lo que estaba evitando: cuerpos, medio enterrados en la arena. Había docenas de ellos, extendidos en todas direcciones desde la puerta abierta, ahora poco más que pilas sospechosas que sólo daban pistas sobre lo que yacía debajo: un brazo, una mano, el filo de una espada… todo aquello permanecía para decirles que estaban cabalgando a través de un cementerio.

Los labios de Wynne se cerraron con un ceño fruncido.

—Esos eran los habitantes de la fortaleza, —explicó ella—. Cuando llegamos, salieron corriendo a atacarnos. Cuerpos sin mente, poseídos por demonios.

Evangeline se estremeció. Se dirigió bien lejos, tratando de no percatarse de los mechones de pelo rubio de una de las cabezas expuestas, ahora ondeando al viento. Una joven en la plenitud de la vida, disecada y abatida por las tierras baldías. Si estaba muerta cuando atacó, lo estaba aún más ahora.

—¿Llegamos?

—No vine aquí sola.

Adrian señaló al suelo.

—¿Aún están aquí? Hay un montón de rastros, y no pueden ser tan antiguos. —Tenía razón. La arena estaba perturbada en muchos lugares cerca de la puerta, y con el viento

soplando como lo estaba haciendo, no les llevaría mucho a tales rastros ser cubiertos. Numerosos caballos habían llegado aquí, hacía un día o quizás menos.

Wynne parecía tener sospechas.

—Es demasiado. Aquí hay alguien más.

—Ahí. —Rhys señaló a la distancia con su bastón.

Un grupo de veinte hombres a caballo emergieron de los vientos arremolinados, lentamente cabalgando por el extremo de los muros de la fortaleza. Tenían armadura pesada, y le llevó un momento para encoger los ojos antes de que Evangeline se diera cuenta de lo que eran: templarios.

—¿Amigos tuyos? —preguntó Rhys.

—No tengo ni idea de por qué están aquí. —Ella advirtió a los otros que se quedaran atrás y urgió a su montura hacia delante. ¿Por qué estarían aquí los templarios, de todos los sitios? ¿Había una de las otras torres oído acerca de la abominación? ¿Llegaban demasiado tarde? No parecía probable… si los templarios ya hubieran tratado con la amenaza, se habrían ido hacía tiempo.

Mientras Evangeline se ponía al alcance, el templario a la cabeza del grupo la saludó. Ella frunció el ceño mientras se daba cuenta de que lo conocía: Arnaud, uno de los tenientes que el Señor Buscador había traído con él cuando había asumido el mando de la torre. El hombre era de lejos demasiado atractivo y arrogante, y claramente suponía que estaría tomando su posición en la torre en breve. Quizás tenía razón. En cualquier caso, no le importaba su aire de superioridad, y se había asegurado de hablar con él tan poco como fuera posible.

—¡Ser Evangeline! —gritó él—. ¡Finalmente llegáis!

Ella detuvo a su caballo y evaluó al grupo de Arnaud. Eran templarios de la Aguja Blanca, hasta el último.

—Ciertamente, —le dijo ella, con un poco más de frialdad en su tono de lo que había pretendido—. Tengo curiosidad, sin embargo, de por qué estáis aquí para recibirnos.

—Fuimos mandados por el Señor Buscador, por supuesto.

—¿Oh?

Él miró a los magos esperando a la puerta tras ella.

—Tal y como lo entiendo, puede que necesites cierta… asistencia. Si las cosas no van tan bien como esperas.

—Yo no espero nada. Estoy aquí para mantener a la Encantadora Wynne a salvo durante la duración de su misión, una aceptada por la Divina. En el caso de que descubra algo que demuestre ser nocivo, trataré con ello entonces.

—Y es por eso por lo que estamos aquí. Para ayudarte a tratar con ello.

Ella se erizó ante la idea. Sonaba casi como si el Señor Buscador *esperara* que Wynne averiguara algo nocivo. ¿Sabía él más de lo que había dado a entender, o meramente estaba siendo cauteloso? En cualquier caso, no iba a presionar las cosas en una dirección a la que no necesitaban ir.

—Entonces esperemos que vuestra ayuda no sea necesaria, —le dijo ella. Tiró de su caballo para dar la vuelta y empezó a cabalgar hacia la puerta—. Quedaos aquí hasta que volvamos.

—¿Y si no lo hacéis? —le gritó él.

Ella no respondió. Si no volvía, después de todo, entonces el asunto estaría fuera de sus manos… y Arnaud tendría que encontrar una forma de impresionar al Señor Buscador por su cuenta. Cuando volvió con los magos, ellos la miraban expectantes.

—Vienen de la Aguja Blanca, —les dijo—. A ayudar.

Adrian parecía tener dudas.

—¿Van a venir con nosotros?

—No. Se van a quedar aquí fuera.

Esperaba ella.

La puerta estaba abierta justo lo suficiente como para que sus caballos la atravesaran. Evangeline se percató de la cantidad de arena que se había acumulado dentro… la puerta requeriría un increíble esfuerzo para cerrarse de nuevo, si alguien se preocupaba de reocupar la fortaleza una vez su tarea hubiera sido completada.

Por lo que vieron en el patio, esa idea parecía improbable. La propia fortaleza parecía intacta, las puertas sobre las escaleras aún cerradas, pero todo lo demás era una ruina. Una batalla había sido luchada aquí. Los edificios que se alzaban dentro de los muros habían sido quemados hasta los cimientos, sus restos chamuscados ya sin proveer de ninguna pista de lo que habían sido una vez. Las marcas de calcinación estaban por todas partes, evidencias de combate mágico, y los adoquines alrededor de la cisterna destrozada en medio del patio estaban negros y cubiertos de cenizas.

Evangeline se percató de una pila de cuerpos, todos ellos habían sido recién quemados. Eran la fuente del humo que habían visto de lejos. Todo lo demás hacía tiempo que se había enfriado.

La única cosa que parecía fuera de lugar era la estatua que se alzaba en la base de las escaleras. Parecía burdamente construida, de cerca de siete pies de alta y hecha de piedra gruesa y cristales… una extraña elección para una estatua, ciertamente, y no del todo como las finas esculturas que ella esperaría ver en un castillo Orlesiano.

Entonces la estatua se movió. Su cabeza giró para encararles, las cuencas de los ojos brillando malevolentemente.

—¡Cuidado! —gritó ella, instantáneamente desenvainando su espada.

—¡Aguardad! —advirtió Wynne.

Evangeline observó, aturdida, mientras la anciana maga se bajaba de su caballo y caminaba hacia la estatua. Rhys saltó e intentó agarrarla, pero Wynne meramente se lo sacudió y continuó.

—La vieja maga se llevó su tiempo en volver, —se quejó la estatua. Su voz era estruendosa y grave, sonando como rocas moliéndose.

—Te dije que vinieras conmigo, ¿no?

—¿Y permitir a la criatura de dentro huir? Olvida eso. —Hizo un gesto hacia la pila de cuerpos quemados—. Me he pasado un tiempo limpiando. Como una sirviente. Qué placer volver a realizar tareas insignificantes para un mago.

Wynne se rió entre dientes ligeramente, entonces miró atrás mientras se percataba de los otros abriendo la boca ante ella.

—Esta es Shale, —dijo ella, señalando a la estatua—. Ella estaba conmigo cuando llegué. Estaba, de hecho, esperando que Pharamond fuera capaz de ayudarla con su… condición.

—Hay poca probabilidad de eso ahora, —se quejó ella.

—Lo siento de veras, Shale.

—¿Eso es… un golem? —preguntó Adrian.

—¿Has dicho *ella*? —Dijo Rhys—. No parece femenina.

La estatua parecía casi indignada.

—¡Ciertamente no lo soy!

Wynne suspiró.

—Es un golem, sí. Shale estaba con nosotros cuando luchamos contra los engendros tenebrosos en Ferelden. Descubrimos que poseía el alma de una guerrera enana colocada en este cuerpo de piedra hacía mucho tiempo, y ha estado tratando de recuperar su forma viva desde entonces. —Ella le dio unos golpecitos a la estatua en su gran brazo de forma simpática—. Hemos tenido pocos éxitos.

Parecía inmóvil.

—Las ventajas de un cuerpo de carne parecen dudosos como mucho.

Evangeline desmontó, manteniendo un ojo sobre el golem. Había oído hablar de tales criaturas… construcciones hechas por los antiguos enanos, un arte que habían perdido. Ya que los golems no envejecían, aún había muchos por encontrar, aunque tenía entendido que la mayoría estaban bastante locos. Ciertamente nunca había oído hablar de uno *parlante* antes. Le hacía tener sospechas, no menos debido a que Wynne no lo hubiera mencionado antes.

—¿Está domesticado? —preguntó ella.

El golem se giró para mirarle directamente, sus ojos resplandeciendo con molestia.

—¿Quizás la insolente templaria disfrutaría siendo aplastada hasta ser picadillo y descubrir la respuesta por sí misma?

—Eso no es necesario, Shale, —dijo Wynne. Se giró para estudiar las puertas de la fortaleza, encogiendo los ojos con concentración. Parecían sólidas para Evangeline. Si estaban cerradas, tardarían mucho tiempo en entrar—. ¿Percibes algo, Rhys?

Rhys cerró los ojos.

—Definitivamente hay un demonio dentro. Quizás más de uno. El Velo es aún más fino aquí que en la Aguja Blanca.

Ella asintió.

—¿Preferirías esperar aquí fuera, Ser Evangeline?

—Prefiero permanecer a vuestro lado.

—Como desees. —Ella miró expectante al golem. Suspiró, e irrumpió por las escaleras hacia las puertas, cada uno de sus pasos pesados haciendo un fuerte *estruendo* en el patio. En lugar de probar con las manivelas, hundió sus gruesos dedos directamente en la madera. Las puertas dejaron salir un gruñido torturador mientras los refuerzos de hierro se retorcían. Finalmente, con un gran gemido, el golem desgarró las puertas de sus goznes, grandes pedazos de madera y metal saliendo volando hacia el patio.

Evangeline se agachó fuera del camino, justo evitando por poco ser golpeada por uno de los trozos más grandes.

—¿Estás loca? —gritó ella.

El golem miró atrás, y se encogió de hombros.

—Es lo suficientemente ágil.

Nadie fue herido, al menos. Los otros parecían menos perturbados que Evangeline, y más interesados en la entrada ahora despejada hacia la fortaleza. Wynne caminó valientemente hacia el interior, y todos los demás rápidamente la siguieron. Evangeline no tuvo otra opción que hacer lo mismo.

La fortaleza era oscura y fría… más fría de lo que tendría que ser, incluso con el edificio habiendo sido construido en piedra. Aún peor, la poca luz que atravesaba la entrada ofrecía una pesadilla: una cámara de entrada manchada de sangre seca y violencia. Cubría los suelos, manchaba las paredes… el hedor era rancio, denso. No había cuerpos, pero en las sombras distantes podía escuchar cosas moviéndose. Cosas grandes, arrastrándose por el suelo. Su imaginación conjuró demasiadas imágenes.

Wynne golpeó con su bastón blanco en el suelo; un sonido hizo eco mientras empezaba a brillar. Las sombras parecían retroceder de la luz, revelando una gran escalera y pasadizos que salían de allí, pero no hizo que Evangeline se sintiera menos intranquila. Se sentía como una intrusa. El presagio se deslizó bajo su piel como una anguila fría.

—Hay algo escrito en la pared, —dijo Adrian con una voz queda.

Las palabras estaban escritas en sangre justo junto a la entrada. La mayoría eran garabatos ininteligibles, pero una frase estaba clara: “QUEREMOS SALIR.”

Evangeline frunció el ceño.

—Las puertas estaban cerradas desde el interior, ¿no es así? Si querían salir, ¿no podrían haberse… marchado? —Ella inmediatamente se arrepintió del volumen de su voz mientras hacía eco por la sala, y trató de no imaginar quiénes podían ser “ellos.” ¿Más cuerpos poseídos, o algo peor?

—No estaban cerradas, —gruñó Shale—, estaban selladas.

—¿Cómo?

—Es una suposición tan buena como la mía.

Rhys se alejó de las escrituras, pareciendo distintamente indispuesto. Evangeline se sentía igual.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella—. ¿Por las escaleras?

Wynne sacudió la cabeza.

—Abajo. Adamantio está construida en el lateral de la sima. Esta parte de la fortaleza son meramente los dormitorios. El laboratorio de Pharamond está abajo.

—Abajo, —repitió Rhys. Se estremeció, como si se librara de algo incómodo—. Por supuesto que estaría abajo, ¿no? Un día me encantaría encontrar a un demonio que disfrutara de los alrededores placenteros, bien iluminados.

—No será hoy.

—¿La vieja maga aún está ansiosa por encontrar a su amigo? —preguntó Shale.

—Sí. —La respuesta de Wynne no era confiada.

Se quedaron allí en la oscuridad, los vientos soplando fuera de la entrada con venganza. No había nada más que decir. Sería mejor que empezaran.

Rhys le había dicho a Cole que volviera a la torre, y había habido un momento en que Cole lo había considerado. Había observado desde las sombras mientras sus caballos cabalgaban fuera de la aldea, y él pensó en lo que Rhys había dicho. Podía retroceder sus pasos, encontrar la carretera adecuada, y volver por el camino a aquella ciudad enorme y terrorífica que era la suya. Podría ser una aventura.

Pero entonces se sintió solo. Nunca había sabido que estar fuera en el mundo, rodeado por una multitud de extraños, le haría sentirse más invisible que nunca. En cierto modo, volver a la torre sería una comodidad. Un lugar que conocía, y seguro. Pero Rhys no estaría allí. Rhys estaría en peligro, y podría no volver nunca. Cole estaría solo para siempre. Ese pensamiento le hizo ir hacia delante.

Así que les siguió. Durante días se mantuvo tan lejos tras ellos como se atrevió, preocupado por que Rhys se percatara de él y le forzara a marcharse. El hombre seguía mirando atrás desde su caballo, buscando, y cada vez que lo hacía, Cole flaqueaba. Se mantuvo fuera del camino y en los matorrales tanto como se atrevía, pero entonces un pensamiento le vino a la cabeza: ¿Y si Rhys *no podía* verle?

¿Y si era invisible para Rhys ahora también?

Ese miedo empezó a carcomerle, abriéndose paso hacia la boca de su estómago y asentándose allí como plomo frío. Se levantaba cada mañana, cubierto de rocío y temblando, agarrado por el miedo inmediato de que Rhys y los otros ya hubieran dejado su campamento. Corrió para encontrarles, su corazón palpitando, hasta que finalmente los veía durmiendo. Sólo entonces respiraba un suspiro de alivio, incluso aunque parte de él quería desesperadamente despertar a Rhys. Sólo para hablar con él. Sólo por escuchar otra voz.

A veces cuando seguía al grupo, caminaba en medio del camino, esperando que Rhys mirara atrás e hiciera *algo*. Pero no ocurrió. A menudo estaban tan lejos por delante que eran poco más que una mota en la distancia, y cada vez que desaparecían alrededor de una colina empezaba a preocuparse. ¿Y si se salían del camino y él no se daba cuenta? ¿Y si se perdía aquí para siempre?

Y entonces la tierra cambió. Se volvió seca, y luego nada más que viento y arena morada. Era una desolación extraña, como si todo el mundo hubiera muerto y sólo se hubiera marchitado. El viento era un aullido solitario que gritaba de dolor y abandono; la

tristeza tiraba del corazón de Cole. Nunca había imaginado que tal lugar pudiera existir, o por qué nadie querría ir allí.

El único beneficio era que Rhys y los otros eran más fáciles de seguir. Los caballos se movían más lentamente, e incluso aunque no podía verlos a través de toda la arena arremolinándose, dejaron un rastro para él. No duraba mucho en el viento, pero duraba lo suficiente.

Había criaturas en esas tierras. Cosas oscuras que acechaban tras las esquinas. Cole no podía verlas, y no quería. Se preocupó de que pudieran verle, aún así. Esa primera noche fue un horror, pasada ocultándose en una fisura rocosa y temblando de frío. La oscuridad era tan total que amenazaba con tragárselo.

Y peor aún, estaba la música. No sabía lo que era, pero parecía venir de muy, muy lejos. Le llamaba, pero no de una forma placentera… tenía una urgencia que aceleraba su corazón y hacía que le ardiera la sangre. Las oscuras criaturas, los acechadores, la escuchaban. No sabía cómo lo sabía, pero podía *percibirlas* ahí fuera, estirando sus cuellos, alzando las manos con garras hacia esa llamada.

Puso su cabeza entre sus rodillas y cubrió sus oídos. Cuando los otros sonidos empezaron, los sonidos de magia y pelea, tembló. En alguna parte en la distancia escuchó a Rhys gritar de dolor, pero Cole permaneció donde estaba. Se sintió como un cobarde. La oscuridad fuera de su escondite era demasiado sobrecogedora. Las criaturas estaban por todas partes. Si pudiera haber corrido de vuelta a la torre justo entonces, lo habría hecho.

En algún momento durante aquella noche, el cansancio le abrumó. No era sueño. Era un tormento de sueños extraños. Los recuerdos se avivaron en él, como viejas heridas desgarrándose y escupiendo podredumbre. Vio caras, pero no sabía por qué le aterrorizaban. Estaba escondiéndose, pero no estaba entre dos rocas… era otra parte, algún lugar oscuro y pequeño que yacía en el pasado distante. No quería otra cosa que salir. Y correr.

Y entonces se despertó. La música extendió un zarcillo en las aguas oscuras en las que se movía y le arrastró a la luz. Los vientos habían empezado de nuevo, y en lugar de preocuparse inmediatamente por lo que había sido de Rhys, su único pensamiento era *estoy vivo*. Se sentía aliviado… y completamente solo.

Cole se levantó de las rocas, tenso y lleno de mugre… y congelado. Una de aquellas criaturas estaba a menos de diez pies de distancia. Parecía un hombre, pero no lo era. Era un hombre que había sido comido por algún mal interior, comido hasta que la oscuridad supuraba y escupía al mundo. Y reaccionó. Se giró, mirando a Cole con unos ojos vidriosos terroríficos, una ventana a su existencia atormentada.

De todas las cosas que querría que le vieran, esta no era una.

Y entonces, aunque lentamente, la mirada de la criatura se movió. No estaba mirando a Cole después de todo… o mejor dicho, no le veía. Le *olía*.

Olfateó, y entonces dejó salir un siseo ajado. Dio un paso hacia las rocas donde estaba Cole. Él movió sus manos hacia la daga en su cinturón. No quería desenvainarla. Aún.

Un paso más y no tendría opción. Y entonces… entonces las otras criaturas vendrían. Lo sabrían.

Pero la música le salvó de nuevo. Se alzó de repente, al igual que el viento, y la mirada de la criatura se movió hacia arriba. La luz del sol logró abrirse paso a través de las nubes grises, sólo durante un momento, y la criatura retrocedió como adolorida. Reptó por las rocas y se fue… y en unos momentos ya se había ido.

No había sido fácil descubrir por qué camino se habían ido Rhys y los otros. Cole encontró el pequeño campamento en la base de la torre de metal, una aguja sobresaliendo de la arena como un dedo esquelético que le llamaba de lejos, pero el viento ya había borrado su rastro. Lo poco que podía encontrar mostraba que había habido todo tipo de movimientos por aquí, quizás la noche previa. Cole se sintió completamente indefenso.

Y entonces hizo lo único que pudo: siguió la sima. Era una herida en el lateral del mundo. Hacía tiempo, algo había dividido el suelo y había dejado salir algo oscuro, algo que salía como humo tras un fuego. La visión de la sima le dejó asombrado, empequeñecido por su inmensidad, y se sintió nervioso por estar tan cerca. Pero no tenía otra opción… Rhys había estado dirigiéndose en esta dirección hasta ahora; Cole tenía que suponer que continuaría.

Y ahí es cuando encontró el castillo que se posaba sobre el mismo borde de la sima. Había templarios fuera en caballos, esperando y riéndose de bromas mientras bebían de cantimploras. Reconoció a algunos de ellos. Nariz Grande estaba allí. Por qué, no tenía ni idea. No habían venido con Rhys, después de todo.

Los ignoró, y se abrió paso ágilmente a través de los escombros en el patio. No le gustaba este lugar. Había una… presencia aquí. La música se había marchitado a la nada durante el día, pero ahora un susurro la había reemplazado. Le decía palabras al oído, demasiado débiles para ser discernidas pero lo suficiente como para ponerle de los nervios. La muerte llenaba este lugar, y era más que la pila de cuerpos calcinados que no quería ver. El terror estaba impreso en las piedras, tan claro como si lo hubieran escrito ayer.

¿Por qué vendría aquí Cole?

Había caballos en el patio, lo cual significaba que Rhys había ido a la fortaleza… ¿pero hacía cuánto? Cole entró, estremeciéndose mientras pasaba a través de la entrada. Los susurros eran peores dentro. Le decían que tuviera miedo, y lo tenía.

Peor aún, no había rastro que seguir aquí dentro, tampoco. Ninguna voz, ningún sonido de pasos, nada. Cole esperó, frotándose los brazos bruscamente para calentárselos.

—¡Rhys! —gritó él.

Los ecos le respondieron: *¡Rhys! ... ¡Rhys!*

—¿Estás aquí? ¡Soy Cole!

¡Cole! ... ¡Cole!

Nada.

Siguió esperando a que alguien caminara hacia la cámara de la entrada, cualquiera que pudiera luego seguir más adentro. Lo que no quería hacer era irse a explorar por su

cuenta. Pero se había quedado sin opciones, ¿no? ¿Arriba? ¿Abajo? ¿Uno de los pasadizos laterales?

Escogió subir. Abajo parecía demasiado… sólo iría abajo de esas escaleras oscuras si de verdad tenía que hacerlo.

Las escaleras estaban amontonadas de extrañas cosas, como si algún animal hubiera estado ocupado arrojándolas por alrededor: trozos de ropa sangrientos, muebles rotos, la muñeca de una niña. Aquí había vivido gente. Este castillo era el hogar de alguien, o lo había sido.

Durante una hora merodeó por los pasillos de las plantas superiores. Había dormitorios, o al menos podrían haber sido eso alguna vez. Las camas estaban demolidas, los muebles destrozados. La sangre estaba por todas partes, pero no había ni un sólo cuerpo. Todo estaba tranquilo. Las pocas ventanas que existían tenían barrotes, y la leve luz que admitían hacía poco más que mostrar densas nubes de polvo colgando en el aire. Todo olía a estancado, y extrañamente carnoso.

El corazón de Cole comenzó a palpitar. ¿Y si Rhys no estaba aquí después de todo? Gritó varias veces más, pero aún no había respuesta. ¿Y si Rhys no podía escucharle? Cole podría estar desvaneciéndose, incluso ahora, al igual que siempre había temido.

Se detuvo en un pasillo oscuro y se inclinó contra una pared, el sudor lentamente bajando por su cara. Se sentía como si estuviera ardiendo, pese al frío. ¿Qué iba a hacer? Había estado dando vueltas y vueltas por aquellas habitaciones abandonadas, pero quien fuera que hubiera estado aquí hacía tiempo que estaba muerto o se había ido.

Y entonces se detuvo.

Había alguien cerca. Lo sabía, del mismo modo que sabía cuando los templarios llevaban a alguien a la torre… alguien que le vería.

Lentamente caminó alejándose de la pared y se agachó, sacando la daga de su cinturón. Sus sentidos se sentían vivos, y extendió el brazo en la oscuridad para encontrar dónde se estaba escondiendo esta persona. *Casi. Casi…*

Ahí.

Cole se movió a través de la oscuridad. Podía escuchar su corazón palpitar, como una atracción insistente atrayéndole. Podía *sentir* su desesperación. En el silencio era como la llamada de un clarín. ¿Cómo podía no haberlo escuchado antes?

Subió las escaleras de nuevo hasta el nivel superior de la fortaleza. Bajó por un pasillo oscuro casi desprovisto de basura y sangre. Lo que fuera que hubiera sucedido apenas tocó este lugar. Había sangre seca en la pared, un par de manchas en el suelo… pero algunas de las habitaciones estaban casi intactas. Una habitación por la que pasó parecía como si hubiera sido una guardería, una cuna tallada en madera justo esperando pacientemente a que volviera su bebé.

Y entonces ahí estaba él. Algún tipo de sala de estar, quizás. Nunca había visto una habitación como esta en la Aguja Blanca, así que no tenía nada con lo que compararla. Alguien rico podría haber vivido aquí, una vez. Había una silla de aspecto vistoso con un

cojín de cuero rojo, una hoguera fría, una estantería enorme que cubría toda una pared… y toda ella intacta. Incluso los libres estaban aún donde se suponía que debían estar.

Pero alguien había muerto aquí. Una alfombra arrugada cubierta de patrones de rojo y dorado yacía en el centro de la habitación, y en medio había un charco grande y horrendo de sangre. Negra y seca. Habían luchado con fuerza, pensó él… había grandes manchas de sangre junto a la pared cercana, y una gran salpicadura en la estantería. La mancha saliendo de la alfombra decía que habían sido arrastrados.

Otra puerta llevaba más allá, pero eso no importaba. La persona que percibía estaba aquí dentro. Reptó por la habitación, tratando de escuchar. El leve zumbido de moscas, nada más. Pero estaban *aquí*. Él lo sabía.

De repente Cole saltó hacia la alfombra y la retiró. Fue recompensado con la visión de una trampilla de madera oculta debajo. Ésta, también, estaba manchada de sangre… pero alguien estaba al otro lado. Se arrodilló y tiró de ella para abrirla, sus goznes chirriando con fuerza.

Un cubículo oscuro fue revelado, y una figura gritó de miedo y se acobardó. Era una mujer joven, y trató de liberarse de debajo de la apertura de la trampilla… sin éxito. Él la miró: la piel tensa y fina sobre sus huesos y el pelo negro despeinado de miedo. Sencilla, vestida sólo con un vestido sucio. Cubierta de suciedad de pies a cabeza. Rodeándola había evidencias de que había estado ahí dentro un tiempo: trozos de comida seca, una manta manchada, y el abrumador hedor a orina.

Había visto a gente que nunca dormía, mantenida en las mazmorras de la torre hasta que sus mentes alcanzaban el punto de ruptura. Ella estaba así. Temblaba tanto de cansancio como de miedo.

Y podía verle. La sensación de alivio que sintió fue palpable.

Pasó un tiempo antes de que mirara desde debajo de sus manos. Sus ojos rápidamente se lanzaron hacia su daga y entonces de vuelta a su cara.

—¿Vas… a matarme? —preguntó ella, su voz apenas un susurro.

—¿Quieres que te mate?

Ella no respondió.

—Puedo hacer que todo pase, si quieres. Puedo hacerlo rápido.

Ella le miró a los ojos; centímetro a centímetro, su temblor se aligeró. No había nada salvo silencio entre ellos, y él se dio cuenta de que ella lo entendía. Sabía lo que le ofrecía: una salida del dolor y el miedo. Pero no podía lograr decir las palabras.

Cole pasó su pulgar por el borde de su hoja. Ella no podía moverse. Él era el guardián sobre el precipicio entre la vida y la muerte, nadie más. Ya sentía esa agitación familiar dentro de él, ese antiguo miedo exigiendo que luchara por permanecer en este mundo. *Nunca abandones*, decía. *No te desvanezcas en la noche*.

¿Pero qué diría Rhys?

Él diría que Cole estaba loco, que no debería escuchar a esa agitación. Que matar a alguien no le ayudaba, ni le hacía más real. ¿Pero era cierto? Bajando la mirada a esta chica, sabiendo por lo que había pasado… ¿sería mucho mejor dejarla como estaba? Cada

una de aquellas personas que había encontrado en la torre había accedido a la liberación, a su modo. Luchó con la idea, dándole vueltas y vueltas en su cabeza.

—No voy a matarte, —dijo finalmente.

La joven empezó a sollozar. Al principio él pensó que debía haber sido la decisión equivocada, pero entonces se dio cuenta de que sus lágrimas eran de alivio y nada más. Ella se cubrió la cara y lloró tan fuerte que temblaba. Cole se sintió triste por ella, y decidió que era mejor si la dejaba sola. Se dio la vuelta.

—¡No! —gritó ella. Entonces, más vacilante—: Por favor… no te vayas.

Él se detuvo. Ella continuó mirándole, pero aún no se movió del agujero.

—¿Has visto a Rhys? —preguntó él.

Ella parecía confundida.

—No sé quién es ese.

—¿Cuánto has estado ahí dentro?

—Yo… salgo a veces, para conseguir comida. Pero tengo que ocultarme por las noches.

—¿Por qué?

Sus ojos se oscurecieron.

—Porque ellos vienen a por ti por las noches.

Así que había otros. En alguna parte. Cole sabía donde, por supuesto: abajo. El lugar al que no quería ir, pero tendría que hacerlo ahora. Se levantó para marcharse.

—¡Por favor! —gritó ella, entonces cubrió su boca con horror ante su volumen. Lentamente se sentó en el cubículo, sacando su cabeza por el borde y mirando por la habitación con los ojos como platos. Su respiración era rápida y fuerte.

Esperó, y finalmente ella salió hacia el suelo, alerta ante el más ligero sonido. Cuando él comenzó a moverse hacia la entrada, ella corrió tras él y agarró su hombro. Sus uñas se hundieron en su brazo.

—¿Adónde vas? —rogó ella.

—Tengo que encontrar a Rhys.

—¡Ellos te matarán!

Cole no podía pensar en una buena respuesta para eso. Si quienes fueran de quienes ella hablara iban a matarle… entonces iban a matar a Rhys también. Eso le preocupaba. ¿Y si Rhys ya estaba muerto? Su único amigo perdido, y él había recorrido todo este camino y ni siquiera había sido capaz de protegerle. La Caballero-Capitán podría haberle matado también. Quizás era por eso por lo que todos los templarios estaban aquí.

Su cara estaba a unos centímetros de la suya. Parecía como si fuera a meterse bajo su piel si pudiera hacerlo, pero él trató de no darle importancia. Había pasado… tanto desde que alguien le hubiera tocado. No podía ni siquiera recordar la última vez. Se sentía bien. Como si fuera real. Merecía la pena incluso el olor.

—¿Tienes un nombre? —le preguntó ella en silencio.

—Cole.

—Soy Dabrissa.

Trató de recordar lo que la gente hacía cuando se conocía. ¿Sacudir las manos? Pero ella ya estaba tocándole. Así que él se encogió de hombros de forma extraña. ¿Quieres marcharte, Dabrissa?

—No puedo. La fortaleza está sellada.

—Pero la puerta está abierta.

La chica se alejó de él, mirándole con sospecha. Entonces corrió hacia el pasillo. Cole permaneció allí por un momento, inseguro de si debía seguirá… ¿pero a dónde más tendría que ir? La encontró sobre las escaleras, bajando la mirada a la planta principal donde la entrada bien abierta estaba visible.

—¿Ves? —dijo él.

Dabrissa sacudió la cabeza incrédula.

—Había… tanto ruido. Pensé, *¡Algo está sucediendo! ¡Debo esconderme!* Pero podría haberme marchado. Podría haber… —Más lágrimas se acumularon en sus ojos; ella enterró su cara entre sus manos.

Cole extendió el brazo y extrañamente le dio unos golpecitos en el hombro. Parecía como un gesto inútil, impotente. No tenía ni idea de cómo reconfortar a alguien, ni estaba seguro de por qué sentía la necesidad de hacerlo.

—Hay hombres fuera, a caballo. —Lo pensó un momento—. Puede que te ayuden. No lo sé. —Tenía sus dudas. ¿Cuándo habían ayudado los templarios a alguien? Ella no era una maga, pero él no estaba seguro de que eso siquiera importara.

Aún así, las noticias parecieron animarle.

—¿Vendrás conmigo?

—No. Tengo que encontrar a Rhys.

Ella asintió, aceptando su misión incluso aunque no la entendiera. Empezó a moverse hacia la entrada, pero antes de dar un par de pasos se detuvo y se volvió hacia él.

—Me has salvado. —Ella sonrió. Era una sonrisa taimada, pero llena de gratitud—. Te recordaré por siempre.

—No. No lo harás.

Él no la miró, y finalmente la escuchó caminar por las escaleras. Dos pasos tentativos al principio, y luego voló por la puerta tan rápido como podían llevarle sus piernas. Y no volvió.

Él tocó su hombro donde ella le había agarrado, sintiendo los primeros susurros de su vacío volver. Si iba a encontrar a Rhys, sería mejor que fuera para abajo. Las profundidades oscuras de la fortaleza le llamaban.

Capítulo 10

—Al menos no estamos en esos estúpidos caballos.

Los pasadizos angostos se tragaban la voz de Adrian. Se habían ido los ecos, reemplazados por una sensación sofocante de claustrofobia cuanto más descendían. Rhys miró a Adrian, y vio que estaba nerviosa y pálida. Ella saltaba a cada sombra ejercida por el bastón brillante de Wynne.

—Está bien, —le susurró—. Cálmate.

—No, no está bien. ¿Qué estamos *haciendo* aquí?

—Te ofreciste voluntaria, ¿recuerdas? —Le dio su mejor sonrisa.

No ayudó.

—No me lo recuerdes.

Shale se giró para mirarles, la luz en las cuencas de sus ojos brillando en rojo.

—¿Quizás los dos magos deseen cesar su parloteo, a no ser que quieran atraer atención indeseada? A mí no me importa, pero las criaturas suaves y carnosas deberían cuidar mejor de sus entrañas.

Rhys fue tentado de señalar que los pasos pesados del golem más o menos ya anunciaban su presencia. Incluso intentando moverse lentamente, era una letanía constante de *bum bum bum*. El golem no parecía estar de humor para tal recordatorio, sin embargo… si se podía decir que una estatua andante tuviera "humor." Rhys recordó las solemnes estatuas de los templarios en los salones de los magos, y se preguntó cómo sería si de repente se levantaran y empezaran a caminar.

De algún modo dudaba que fueran de cerca tan impertinentes.

Evangeline se puso al frente, alerta manteniendo su espada preparada.

Era por un buen motivo: los sonidos que habían escuchado antes eran más fuertes ahora. Había cosas que se estaban moviendo, pero por la forma en que los pasadizos funcionaban nunca podría decir lo lejos que estaban. A veces parecía como si estuvieran girando la siguiente esquina, o justo tras él. Era enervante.

Tras bajar las largas escaleras, primero pasaron a través de lo que podría haber sido una antecámara. Estaba vacía salvo por la sangre que cubría el suelo y las paredes. Trozos de ropa sangrienta, parte de joyería. Parecía como un osario. Aún así sin cuerpos, sin embargo.

—Les concederé esto, —murmuró él—. Esta gente realmente sabe cómo redecorar.

—Es muy acogedor, —estuvo de acuerdo Evangeline sin humor.

—¿Quizás la Aguja Blanca debería considerar una temática similar?

—¿De dónde sacaríamos toda la sangre?

—¿Con una torre llena de magos? Esa no es una pregunta seria.

—Cierto.

Adrian le miró incrédula. No podía decir si era porque estaba de broma, o porque estaba bromeando con Evangeline. Conociéndola, probablemente eran ambas. Rhys cerró el pico, pero sólo le ponía más nervioso. El silencio, puntualizado por aquellos sonidos

deslizantes distantes, era casi insoportable. Habría gritado hasta que algo mostrara la cara, sólo para superarlo, si pensaba que pudiera ayudar. En cualquier caso lo dudaba.

De repente había más escaleras, y pasillos que se ramificaban saliendo de la planta inferior. Wynne confiada dirigió al grupo en la dirección correcta: la derecha, luego a la izquierda. Bajando un juego de escaleras, luego girando una esquina. Era mareante… si Rhys tuviera que encontrar el camino de vuelta, no estaba seguro de que lo lograría. El lugar era mucho más grande de lo que había imaginado.

—¿Cuánta gente vivía aquí, de todos modos?

—Varios cientos, según recuerdo, —respondió Wynne.

—Pero hay sitio para mil.

—Como dije, este una vez fue el hogar de los Guardas Grises. En la cúspide de la Segunda Ruina muy probablemente había más de mil hombres… y grifos.

Eso alzó el interés de Evangeline.

—¿Grifos?

—Por supuesto. Los antiguos weyrs se abrían hacia la sima. Están sellados ahora, pero entiendo que aún están ahí abajo. En cualquier caso, este lugar se ha alzado casi vacío durante siglos.

—Pero si había cientos de personas aquí…

El pensamiento quedó sin respuesta. Había habido, como mucho, dos docenas de cuerpos en el patio. Eso dejaba un montón de gente sin registrar. Toda la sangre dejaba poco a la imaginación de lo que había sido de ellos, ¿pero cómo habían muerto? Y dónde estaban sus cuerpos?

Procedieron a través de varias habitaciones más, una vez utilizadas para el almacenamiento. Las cajas parecían como si hubieran sido destrozadas por animales, dejando una mezcla de grano y comestibles esparcidos. Estaban por todas partes, algunos mezclados con sangre, muchos pudriéndose. Las moscas llenaban la habitación como una nube.

Y había ruido viniendo desde la habitación del otro lado. Estaba oscuro del todo allí, sólo el umbral iluminado por el bastón de Wynne… pero podían ver la sombra de movimiento. Escuchó un bajo sonido monótono, y el sonido de varias cosas moviéndose. Cientos de cosas.

Evangeline se tensó, mirando hacia la oscuridad.

—Armaos, —susurró ella.

Rhys esperaba que no fuera tan malo como sonaba, pero eso parecía improbable. Hizo que su bastón cobrara vida, lentamente canalizando magia hasta que crujió con energía blanca. Adrian hizo lo mismo. Vio el sudor cayendo por su ceño.

Wynne silenciosamente lanzó un hechizo, moviendo sus manos en patrones arcanos hasta que rayos finos de energía aparecieron y se acomodaron en cada uno de ellos. Su piel se erizó, y podía sentir la protección que estaba ofreciendo su magia.

—Shale. —Indicó ella al golem—. Ve primero. Ser Evangeline estará justo detrás de ti.

—Las criaturas de carne son tan fácilmente pulverizadas, —estuvo de acuerdo ella. Apretando sus enormes puños de piedra, Shale cargó hacia la habitación. Los otros siguieron su paso, Wynne haciendo que su bastón se inflamara tan brillantemente que Rhys al principio retrocedió. Se cubrió los ojos, y tuvo que parpadear para recuperar su visión.

Tan pronto lo hizo, deseó que se fuera de nuevo.

La habitación podría haber sido una vez una barraca de algún tipo, pero ahora había sido convertida en una madriguera espantosa. En la luz brillante, podía ver una enorme multitud de gente… o lo que había sido gente una vez. Ahora eran criaturas retorcidas, agachadas y devorando restos humanos. Reptaban sobre pilas de huesos e incluso los unos sobre los otros como bestias primitivas, luchando por los despojos. Regodeándose en la sangre. Su piel estaba cubierta de sangre y mugre, poco más que harapos de las ropas que hubieran llevado alguna vez.

Y sus ojos. Mientras giraban para mirar a los intrusos, sus ojos brillaban como balizas malevolentes. Era como si alguna fuerza oscura saliera de dentro de ellos. Mientras mostraban unos dientes afilados y sangrientos en sus siseos enfadados, adoptaron una apariencia decididamente demoníaca.

Rhys nunca había estado tan aterrorizado en su vida.

—¡Cuidado! —gritó Evangeline. Corrió hacia delante mientras las criaturas más cercanas corrían hacia ella. La primera la partió casi por la mitad con su espada, pero las otras saltaron sobre ella y casi la perforan. Ella se lanzó con un gran movimiento. Uno saltó inmediatamente hacia atrás, siseando fuertemente, y ella le decapitó.

Shale ya estaba delante de ella. El golem cargó hacia delante, cada paso haciendo un estruendo que hacía temblar la tierra. Agarró a varios de los hombres y mujeres poseídos en sus brazos y los lanzó por la habitación. Aullaron mientras navegaban por el aire, cayendo contra otros y tumbándolos a todos.

Ya otros estaban trepando sobre Shale. Mientras partía a uno, otro lo reemplazaba. Share decidió ignorarlos, balanceándose con sus puños mientras las criaturas trataban de llegar a los magos. Cada uno que golpeaba era mandado volando por el impacto.

Pero más estaban viniendo. Una avalancha de ellos corrieron hacia la habitación, aullando y gritando sedientos de sangre. Wynne le dio a Rhys y a Adrian una mirada desesperada.

—¿Estáis preparados?

Ambos asintieron.

Rhys era el primero. Luchó contra su miedo y se concentró, centrándose en su lugar en el poder que se alzaba dentro. Crecía más y más fuerte hasta que tembló, hasta que se sintió preparado para explotar. Entonces extendió una mano, dirigiendo la energía hacia fuera.

La excitación mientras la magia surcaba por su cuerpo era increíble. Una bola de energía negra estalló desde la punta de sus dedos y se lanzó por la habitación. Voló pasando a Shale y a Evangeline, y cuando golpeó la pared opuesta se expandió. Se volvió

un vórtice succionador, atrayendo a las criaturas más cercanas hacia él. Desaparecieron en sus profundidades, gritando. Y entonces creció, su poder volviéndose más inmenso. Una corona de energía azul lo rodeaba, succionando el aire y los escombros y todo lo demás hacia su núcleo. Las criaturas que no estaban lo suficientemente cerca como para ser atraídas dentro fueron frenadas. Como si luchara contra un poderoso viento, se doblaron y lucharon para dar incluso el más ligero paso.

Adrian fue la siguiente. Cerró sus ojos y cogió aliento profundamente, y Rhys sintió el calor radiando de ella. Cuando abrió sus ojos brillaron rojos con llamas. Ella alzó una palma y una bola arremolinada de fuego se fusionó sobre ella. Entonces la lanzó, y mientras volaba se volvió más grande y más caliente. Golpeó a un grupo de criaturas y explotó en un infierno. Emitieron aullidos desgarradores de oídos mientras las llamas les envolvían.

Wynne disparó rayos desde la punta de su bastón. Mientras cada rayo golpeaba a una criatura matándola al instante, la energía se arqueaba a otra cerca. Aún más de las criaturas lograron llegar junto a Evangeline y Shale, y mientras corrían hacia Wynne ella desató una oleada de frío. Todo el grupo se quedó congelado donde estaba.

Aún otros corrían alrededor de sus camaradas congelados, ignorándolos por completo. Wynne estalló varios, pero uno saltó alto en el aire. Descendió con los colmillos desnudos, golpeándola contra el suelo.

—¡Wynne! —gritó Rhys.

El pánico se apoderó de él. Lanzó un rayo mágico de su bastón, golpeando a la criatura justo mientras estaba a punto de hundir sus colmillos en su cuello. Explotó, y mientras reptaba por ponerse de nuevo en pie Wynne la hizo estallar con un hechizo de hielo. La criatura se congeló, y entonces se destrozó en mil trozos de hielo.

Wynne le dio a Rhys una mirada de gratitud, pero justo entonces algo le golpeó desde el lateral. Cayó con fuerza, y se giró para ver la cara de la criatura a centímetros de la suya. Era una mujer… su piel moteada y enferma, el pelo rubio colgando en mechones desaliñados desde su cuero cabelludo. Siseó, mostrando los colmillos empapados de saliva negra y sangre.

Él desesperadamente trató de empujarla, pero ella era más fuerte de lo que habría pensado nunca. Justo mientras ella estaba a punto de ganarle, algo le golpeó en el lateral de la cabeza. Un bastón. Adrian se alzaba sobre ellos, la cara retorcida por el terror, y golpeó a la criatura de nuevo. Saltó de encima de él, y giró para sisearle a Adrian, y ella disparó un chorro de llamas a la criatura. Fue lanzada atrás hacia las sombras, gritando.

—¡Hay demasiados! —gritó Adrian, aunque él apenas podía escuchar. Cada rayo que Wynne disparaba llenaba la cámara de truenos. Eso, combinado con los gritos de las criaturas mientras enjambraban a Evangeline y al golem, lo hacía diáfano.

—¡Lo sé!

Adrian miró a la masa de criaturas. Rhys hizo lo mismo. Ya, más empujaban junto a Shale, que poco más que gateaba con ellos. Incluso aunque el golem estaba hecho de piedra, eran aún lo suficientemente fuertes como para lentamente hacerle pedazos.

Evangeline estaba herida también, la sangre supurando de una herida en su frente bajando por su cara y sobre su armadura. Wynne estaba presionada… todos estaban sudando, y no sería capaz de mantener el ritmo mucho tiempo.

—¡Voy a invocar la tormenta! —Adrian se concentró, presionando sus palmas juntas y formando un núcleo de llamas rojas, que lentamente empezó a crecer de intensidad.

—¡No! ¡Matarás a Evangeline!

—¡Es o eso o todos estamos muertos!

Él saltó, con precaución por el viento. Varias criaturas cargaron hacia él. Invocó el poder que pudo y lo desató como una oleada de pura fuerza, y fueron mandados volando. Corrió hacia Evangeline, que balanceaba su espada en arcos salvajes. Las criaturas la tenían rodeada, y su expresión sombría le dijo a Rhys que sabía que estaba a punto de caer.

—¡Evangeline! —gritó, tan fuerte como pudo. Ella no le escuchó. Corrió hacia ella, golpeando a varias de las criaturas más cercanas. Giró mientras se acercaba, sólo evitando partirle en dos en el último segundo, mientras se daba cuenta de quién era.

Ella le miró aturdida, su cara cubierta de sangre.

—¡¿Qué estás haciendo?!

—¡Al suelo! —Rhys la placó, llevándolos a ambos al suelo. Ella luchó, tanto de rabia como de miedo de las criaturas que ahora corrían hacia ellos.

Y entonces comenzó la tormenta de fuego.

Las llamas barrieron el techo, bailando como remolinos en un viento huracanado. Las gotas de fuego bajaban en picado con un gran rugido, corriendo por los grupos de las criaturas y convirtiéndolas casi al instante en cenizas. Rhys podía ver a Adrian, sus manos extendidas y rodeada por una corona de fuego aunque permanecía sin recibir daños. Ella flotaba sobre el suelo, los rizos rojos volando, una diosa terrible y vengativa.

Rhys enterró su cara contra Evangeline, y ella cubrió su cabeza. El calor era abrasador. El rugido alcanzó una fuerza que era casi física. Golpeó a Rhys y le presionó contra el suelo, amenazando con destrozarle. Trató de gritar, pero nada salió. Apenas podía respirar.

Y entonces, casi tan pronto como comenzó, se acabó. La tormenta de fuego se desvaneció, seguida de un silencio espeluznante. Ningún chirrido, ningún trueno o rugir de llamas, sólo un leve sonido de siseo acompañado del olor a carbón y carne quemada.

Alzó la cabeza. Evangeline hizo lo mismo, y le miró con una expresión aturdida. No había palabras que decir… se sentía mareado, extrañamente vacío. Rhys mandó energía a su bastón, y mientras el brillo azul se expandía, vio que la batalla había acabado. Los cuerpos calcinados rodeaban la habitación de un extremo al otro, el humo negro aún alzándose de sus cuerpos. Shale estaba no muy lejos, irritablemente limpiándose la ceniza de su piel de piedra.

—Los magos ocasionalmente son útiles, —admitió a regañadientes.

Tanto Wynne como Adrian yacían en el suelo no muy lejos. Ninguna se movía. Rápidamente Rhys saltó y corrió hacia ellas, tosiendo tanto por el hedor como por el

humo. Wynne parecía quemada y desaliñada, pero no obstante estaba ilesa, y le hizo alejarse con una mueca. Adrian estaba mortalmente pálida, apenas respirando.

Él tocó sus mejillas: frías.

—¿Adri? —susurró él, el temor aferrándose a él.

Lentamente ella abrió los ojos, sólo un poco.

—¿Estoy muerta? —gimió ella.

Él se rió en un alivio exhausto.

—No, aún no.

—Qué lástima…

Evangeline caminó hacia allí, envainando su espada. Cubierta de sangre y hollín, parecía en cada centímetro la guerrera endurecida por la batalla.

—No parece haber más. Estamos a salvo, al menos de momento.

Wynne iluminó su bastón de nuevo, asintiendo con aprobación cuando vio que Shale no tenía daños, y miró alrededor.

—El pasadizo al otro lado lleva al laboratorio de Pharamond. Él está dentro.

Evangeline parecía incrédula.

—¡No puedes pensar que aún está vivo!

Wynne le dio una mirada seria.

—Lo creo.

Se sentía extraño considerar simplemente proceder con su misión, como si la batalla no hubiera sido más que un obstáculo. Estas criaturas habían sido inocentes, poseídos por demonios; si los experimentos de Pharamond habían provocado esto, Rhys se preguntaba si deberían estar tratando de salvarle del todo. Pero permaneció en silencio. ¿Qué otra cosa podían hacer salvo seguir en movimiento? Y Wynne tenía razón. Ahora que la lucha había acabado, podía sentir esa oscura presencia de nuevo. Lo que fuera que hubiera ocurrido aquí, el corazón de ello estaba en la siguiente habitación.

No se sentía particularmente ansioso por descubrir lo que era.

La primera cosa que le chocó a Rhys mientras entraban fue el tamaño del laboratorio. Tenía múltiples niveles, y parecía ser algo entre una biblioteca y un taller… y eso sólo eran las partes que podía ver a la luz del bastón de Wynne. La mayor parte estaba envuelta en oscuridad. Más extraño, estaba totalmente intacto por el caos presente en todas partes en la fortaleza. Los libros permanecían en sus estanterías, las mesas del taller estaban llenas de papeles y extraños instrumentos. No parecía distinto a los talleres que uno podría en la Aguja Blanca.

La excepción era el hombre elfo sentado en una silla lujosa en medio de la habitación.

O lo que una vez había sido un hombre. Ahora parecía deforme, su carne maliciosamente retorcida en su constitución. Sus brazos eran demasiado largos y delgados, sus dedos terminaban en garras, sus labios retraídos tras sus dientes en una mueca perturbadora. El único motivo que Rhys podía encontrar para decir que siquiera fuera un elfo eran sus orejas puntiagudas, aunque ahora parecían cuernos. Sus ojos, sin

embargo, parecían completamente claros… y él los observaba desde su silla con un aire de fascinación calmada sin levantarse.

La presencia que Rhys percibía estaba dentro de él. Un demonio ardía en cada fibra de su ser, pulsando con una malevolencia que infectaba la habitación.

Wynne estaba no lejos del hombre, Shale junto a ella. Al principio él se preguntó por qué no estaba haciendo nada, pero mientras entraron ella alzó una mano de advertencia y entonces hizo un gesto hacia el suelo. Fue entonces cuando Rhys las vio: runas, inscritas en un círculo alrededor de la silla. Había una magia poderosa en ellas; el cosquilleo familiar en su piel le decía eso.

—*Saludos a todos*. —El demonio se inclinó flagrantemente en su silla, toqueteando con las garras su brazo. Rhys encontró que su voz era extrañamente cultivada, aunque el timbre sobrenatural le hacía estremecerse—. *He esperado tanto tiempo invitados. Tendrán que disculpar a mis hermanos menores. Se vuelven muy… excitables… tras pasar a través del Velo*.

—¿Eres Pharamond? —preguntó Wynne con cuidado.

—*¿No puedes saberlo?*

—Creo que una vez fuiste Pharamond. Ahora eres otra cosa.

—*Pobre Wynne.* —Sus labios se retrajeron aún más de sus dientes, en algo similar a una sonrisa—. *Has vivido eventos que habrían hecho que un humano inferior rogara piedad… ¿y qué tienes para mostrar por tus esfuerzos? Debe ser estresante para alguien tan favorecida por el destino descubrir que no tiene nada más que ofrecerle.*

Ella frunció el ceño pero no respondió. Evangeline dio un paso hacia delante, manteniendo un ojo alerta sobre el demonio y su espada preparada.

—No lo entiendo, —susurró a Wynne—. ¿Cómo sabe tu nombre? ¿Por qué simplemente está ahí sentado?

—Esas runas forman un círculo de unión. El demonio no puede cruzarlas, y sugiero que permanezcamos en este lado. En cuanto a cómo sabe mi nombre, está leyendo mis pensamientos… o utilizando los recuerdos de Pharamond.

La sonrisa del demonio se amplió más.

—*Maga lista.*

Evangeline se arrodilló, estudiando las runas más de cerca.

—Estas son runas de encantamiento. Del tipo que utilizan los Tranquilos.

Wynne asintió, pero ahora Rhys habló.

—¿Así que Pharamond creó el círculo de unión? Eso significa que él…

—Él hizo esto a propósito. —Evangeline completó su pensamiento—. Creó el círculo de unión y se colocó dentro. El demonio no es ningún accidente.

La idea requirió un momento para calar. Todo lo que habían visto en la fortaleza eran acción de demonios, espíritus oscuros que habían sangrado a este mundo desde el Velo… y aquí había evidencias de que Pharamond los había traído aquí. Quizás no había sido su intención, pero había conocido suficientemente el riesgo como para crear un círculo de

unión. Quizás incluso había sido él el que había sellado las puertas de la fortaleza. Si eran precauciones, claramente no habían sido suficientes.

Las únicas preguntas que perduraban eran cómo… ¿y por qué?

Evangeline se levantó y miró a Wynne.

—Confío en que has visto suficiente. Lo que fuera que tu amigo estuviera investigando, lo hizo a través del uso de demonios. Ningún bien puede venir de esto.

—No he determinado eso aún.

—¿Qué queda por determinar? ¡Esto es un disparate!

Wynne encajó su mandíbula tercamente.

—Vine aquí a salvar a Pharamond, una meta que tiene todo el apoyo de la Capilla.

—La Capilla cambiaría de opinión si supiera lo que estaba haciendo.

—Y lo hará. —Wynne miró a Evangeline—. No tenemos aún todas las respuestas, y no saltaré a las conclusiones. Eres libre de ayudarme o no, como decidas.

El demonio se reía entre dientes entretenido, atrayendo su atención. Lentamente se levantó de la silla, su piel estirándose con un sonido agrietado de cuero. Shale dio un paso agresivo hacia el círculo, sólo detenida por Wynne. El demonio sonrió de nuevo, extendiendo ampliamente sus brazos.

—*Por supuesto, criatura. Ven al círculo y destrúyeme, si te atreves*.

—Déjame aplastarle, —gruñó Shale.

Wynne sacudió la cabeza.

—No. No es eso por lo que estamos aquí.

—*Sé por qué estás tú aquí, Wynne.* —El demonio extendió un largo brazo hacia Evangeline, que alzó sus cejas pero no se movió—. *¿Pero sabes por qué está aquí la templaria? ¿Por qué te urge a desistir en tus esfuerzos?*

—¿Qué quieres decir?

—*¡Ah! ¿Entonces Rhys no te lo ha contado?*

Wynne miró atrás a Rhys, y él se sintió culpable. Le había hablado a Wynne y Adrian sobre Cole, sí, pero no lo que había sabido sobre el auténtico propósito de Evangeline. Ahora deseaba haberlo hecho.

—Está aquí para averiguar lo que Pharamond estaba investigando, —dijo vacilante—. Y si ese saber dañaría a la Capilla.

Adrian se alejó de Rhys de un empujón. Se balanceaba de la debilidad, pero aún tenía suficiente presencia de mente como para mirarle con sospecha.

—¿Qué quiere decir eso? —exigió ella—. ¿Y si no le gusta lo que averigüemos?

—Entonces se queda aquí, —dijo sombríamente Evangeline—. Sin importar qué.

—Lo cual quiere decir que nos matarás. —Los ojos de Adrian se abrieron al darse cuenta—. Es por lo que los otros templarios están aquí, ¿no es así? Admítelo.

Wynne retrocedió de Evangeline, sus ojos mirando peligrosamente.

—¿Es cierto? —Shale dio medio paso enfrente de ella, alzándose protectoramente como si la templaria estuviera a punto de atacar.

Evangeline permaneció quieta, una mano en la empuñadura de su espada, pero no hizo ningún movimiento. Ella miró en guardia a los otros, y entonces asintió.

—Yo no les pedí que vinieran. Pero sí, es por lo que están aquí.

—¡Lo sabía! —Escupió Adrian—. Pese a vuestras charlas sobre que nos protegéis, estáis haciendo lo que los templarios siempre hacen… ¡protegeros a vosotros mismos!

—Se temía que la Divina no hubiera sido del todo consciente de las implicaciones de vuestra misión, —dijo Evangeline firmemente—, y veo que era cierto. Estoy aquí para observar, y decidir. No me complace hacer esto, pero haré mi deber.

—¿Y qué hay de tu deber de hacer lo que pide la Divina? —preguntó Wynne.

—Estoy operando bajo las órdenes del Señor Buscador, que es la mano de la Divina. No me corresponde cuestionar su juicio.

—¿Así que sólo sigues órdenes? —siseó Adrian. Extendió sus manos y una corona de llamas empezó a formarse, curvándose a su alrededor. Rhys trató de retenerla, preocupado de que estuviera sobresforzándose, pero ella se alejó de un salto.

—¡Y tú! ¡Te callaste esto! ¿Por qué harías eso, Rhys?

—Oh, no lo sé, —él suspiró—. ¿Quizás porque eres tan predecible?

Esa fue la respuesta incorrecta. Ella se alzó, los ojos encendidos de ira.

—¿Debería estar *agradecida* por que una templaria haya sido mandada para matarnos? ¿Hay *otra* reacción que se supone que tenga? —Ella se volvió hacia Evangeline, el fuego alrededor de sus manos brillando más—. ¿De verdad crees que te dejaremos salirte con la tuya con esto?

La templaria parecía impávida.

—¿De verdad crees que hay un conocimiento que merezca la pena aquí? Salvando al hombre o no, su investigación fue lo suficientemente peligrosa como para condenar a cada alma inocente en esta fortaleza a muerte. Es magia prohibida contra la que he jurado proteger el mundo, hasta mi último aliento.

—¡Magia prohibida! —Adrian se rió con desdén—. ¡Es lo que vosotros los templarios llamáis a cualquier cosa que no entendéis!

—¿Qué más hay por entender?

—¿No quieres saber cómo un Tranquilo pudo ser poseído? —Adrian sacudió la cabeza, como si la disgustada Evangeline pudiera haberlo olvidado—. ¿No es ese todo el motivo por el que estamos aquí? ¡A quién le importa cómo logró hacerl… ha sido hecho!

—*Oh, yo puedo ayudar con eso,* —intercedió el demonio.

Wynne le miró con sospecha.

—¿Eso es así?

—*Hay sólo dos posibilidades*. —Sonrió, tocándose el mentón como si tratara de pensar en el asunto—. *O soy tan poderoso que incluso la mente de un Tranquilo no se me resiste… o el hombre que veis ante vosotros logró invertir su condición. Ya no es un Tranquilo.*

—Eso no puede hacerse, —objetó Evangeline.

—Aún así aquí estoy. Pregúntate a ti misma qué posibilidad es más probable. —Se rió entre dientes ante su expresión sombría—. *Ah, sí. Si el Rito de la Tranquilidad puede deshacerse, los templarios tendrían que vigilar a los Tranquilos así como a los magos. De repente nadie está a salvo.*

Ella parecía perturbada, pero antes de que pudiera responder Adrian corrió hacia Wynne.

—Detenla, —exigió ella—. No va a importar lo que averigüemos, y lo sabes. No quieren que tu amigo sea salvado, y si lo que el demonio dice es cierto preferirán morir a dejar que cualquiera sepa que su preciado rito es inútil.

Evangeline se giró para encararlos, enfadada.

—¿Y vosotros creéis que ese saber sería de beneficio? ¿Para alguien?

—Sí, lo creo. —Adrian era desafiante—. ¡Todos aquellos magos que los templarios han mutilado, convertido en sirvientes o peor! ¿Por qué no saltaría ante la oportunidad de deshacer el daño que habéis provocado?

La cara de Evangeline se endureció.

—Hablas de aquellos que no tienen la fuerza para comandar sus dones. Hay poca otra elección, salvo observarles convertirse en presas de demonios contra los que no podrían esperar luchar.

—¿Y cómo los juzgáis? ¿Les lanzáis un demonio en una prueba a muerte, donde su única alternativa es someterse a vuestro ritual? ¡Es barbárico!

—¿Qué preferirías que hiciéramos? ¿Ejecutarles?

—¡Sería más honesto! ¡En su lugar lográis pretender que no sois todos asesinos, como si nos estuvierais haciendo un favor!

—Eres una chica estúpida. —Evangeline sacudió la cabeza.

Adrian gritó de ira, volando hacia Evangeline con sus manos extendidas para arañar los ojos de la templaria. Evangeline alzó su espada, pero antes de que pudieran colisionar Rhys se interpuso. Adrian trató de rodearle, pero él la agarró. Ella luchó, resoplando furiosa, y cuando se dio cuenta de que era inútil le abofeteó.

—¡Para! —gritó él—. ¿No te das cuenta de que esto es exactamente lo que quiere el demonio?

Eso le hizo detenerse. Miró a Evangeline.

—Incluso cuando los demonios no mienten, —dijo él—, manipularán la verdad para obtener los resultados que quieren. No le escuches.

Wynne, que hasta ese punto había observado la confrontación con una mirada peligrosa, lentamente asintió. Incluso Adrian asintió reluctante, aunque su ceño fruncido indicaba que no le gustaba. En todos los años que la había conocido, ella siempre podía apartarse de una auténtica furia hablando… pero esta había sido una cosa cercana.

—Gracias, —dijo Evangeline.

—Sí, lo has hecho heroicamente, —el demonio le aplaudió, sonriendo—. *Quizás deberías decirle a tus compañeras por qué no las informaste de la misión de la templaria, Rhys. Puede que no piensen que eres tal héroe entonces.*

—¡No se lo dije porque sabía que esto sucedería!

—*¿Oh? ¿No fue porque buscabas el favor de la templaria? ¿Protección del destino que te espera a tu regreso a la torre?*

—¡No!

—*Ya veo.* —Él asintió—. *Entonces quizás es meramente a la templaria a la que deseabas proteger. Es una cosita hermosa, ¿no?* —Se rió disfrutando.

Adrian se separó de sus manos, pero evitó su mirada y se quedó en silencio.

—Adrian, —dijo él en silencio—. Recuerda lo que he dicho. El demonio sólo está tratando de provocarnos con mentiras.

—*No necesito mentir, no cuando la verdad es mucho más deliciosa.*

Rodó sobre él, airado, e invocó maná para su comando. No quería otra cosa que borrar esa sonrisa retorcida de su cara, reventarla a cenizas.

Wynne golpeó con su bastón el suelo, con fuerza, interrumpiéndole. Todos los ojos se volvieron hacia ella.

—Escucha tu propio consejo, —ordenó ella—, e ignora al demonio. —Entonces se volvió hacia Evangeline—. Vamos a continuar con el ritual, y yo iré al Velo y me enfrentaré al demonio allí. ¿Pretendes detenerme?

Evangeline lo consideró.

—No, —dijo ella finalmente.

—*Excelente*, —estuvo de acuerdo el demonio engreído. Se sentó en la silla, acomodándose como un rey saludando a sus súbditos—. *Por supuesto, ven al Velo y enfréntate en mis propios términos. Yo, después de todo, no tengo ningún otro sitio al que ir.*

Un silencio tenso le siguió. Fue el golem el que finalmente lo interrumpió.

—¿Eso significa que la discusión finalmente ha terminado? —suspiró—. Realmente es bastante deprimente de escuchar.

—Sí, ha acabado, —soltó Wynne.

—Hasta que traigas de vuelta a Pharamond, —añadió Adrian. Ella miró despectivamente a Evangeline, que mantuvo su expresión deliberadamente neutral. Sus ojos se encontraron con los de Rhys sólo un segundo, y él apartó la mirada. Se sentía avergonzado. ¿Qué debía pensar de él ahora? Era atractiva, era cierto. Más que eso, si fuera algún juez de carácter creería que era honesta e incluso noble… rasgos raros en una templaria.

Ella aún era una templaria, sin embargo, y él aún era un mago. Cualquier otra cosa era imposible, e incluso aunque toda la idea no pareciera mancillada ahora. Trató de ignorar el rubor que trepaba por su cara.

Wynne movió su bastón hacia él.

—Toma posición al otro lado del círculo de unión. Tú también, Adrian.

—¿Qué hay del Velo? —Preguntó Rhys—. Es fino aquí, peor que en la Aguja Blanca. No quise invocar ningún espíritu antes porque tenía miedo de qué otra cosa podría atravesarlo. Si cometemos un error…

—Haremos lo que debamos hacer. —Ella miró a Shale—. Será cosa tuya protegernos, vieja amiga. ¿Recuerdas cuando hicimos esto en Risco Rojo?

El golem puso sus ojos en blanco.

—No me he vuelto senil, al contrario que la anciana maga.

—Bien. Entonces confío en que no te duermas.

—Si durmiera, podría ser tentador.

Adrian frunció el ceño mientras se erguía junto al círculo, alternando entre mirar al demonio y mirar a Evangeline. Rhys tomó posición al otro lado, y simplemente se alegró de pasar por debajo en esto. El silencio era torturador. Casi deseaba los truenos y rugidos del combate en el que habían estado sólo unos minutos antes.

—¿Estás segura de que eres lo suficientemente fuerte para esto, Adrian? —preguntó él.

Ella no le miró.

—Estaré bien.

El demonio movió su cabeza alrededor, mirando apreciativo a Rhys con sus ojos demasiado humanos. Trató de no enfrentar su mirada. Durante el curso de sus experimentos, había interaccionado con un número de espíritus, algunos de ellos demonios… ninguno de ellos tan poderoso como este. Estar en la misma habitación que él, tenerlo ahí sentado tan calmado, era más que un poco surrealista.

—*Por supuesto, ella estará bien,* —se rió entre dientes—. *No hay nada en absoluto que temer.*

—Cállate.

—*Sólo estoy ofreciéndote otra oportunidad más para entablar un discurso con un demonio, Rhys. Estoy sorprendido de que tu compañera templaria permita esto.*

Podía ver a Evangeline frunciendo el ceño. Bajó la mirada, toqueteando la empuñadura de su espada. ¿Quizás estaba considerando matarles mientras intentaban hacer el ritual? Si era así, sólo tenía el golem para detenerla. Aún así, dudaba que lo intentara.

Un nuevo pensamiento se le ocurrió. Miró con sospecha al demonio.

—¿Qué quieres decir con “otra oportunidad más”? ¿Sabes algo sobre Cole?

Wynne hurgó en su mochila, sacando una gran botella llena de un líquido azul brillante. Lirio puro, sin refinar. Incluso desde aquí, Rhys podía escuchar su leve canción, una melodía que sonaba en su cabeza y bailaba en su piel.

—No le hables, Rhys, —le advirtió ella—. Cualquier cosa que te diga será una mentira.

Adrian resopló desdeñosa.

—Aún no nos ha mentido.

—¿Pero y si sabe lo que es Cole? —Rhys se sentía indefenso, atrapado entre su alerta y la leve posibilidad de que el demonio fuera capaz de decirle algo útil. No creía de verdad que Cole fuera un demonio. Podía percibir a este, justo enfrente de él… ¿Por qué Cole iba a ser diferente? ¿Pero y si lo era?

—Depreda tus dudas, —dijo de repente Evangeline—. Pon tu mente en calma. Si llegan respuestas, no serán de mano de esta criatura. —Ella miró a Rhys con una preocupación inesperada, y se encontró a sí mismo relajándose un poco. Tenía razón. Él asintió hacia ella agradecido.

Wynne se levantó.

—Comencemos.

Ella abrió la botella, con cuidado de no dejar que nada del líquido azul cayera sobre ella. El lirio crudo era peligroso para un mago. Incluso para una persona corriente podría causarle locura. Los contrabandistas de lirio de las tierras enanas a veces enfermaban y morían, gritando a tormentos invisibles. El shock de absorber tanto maná, sin embargo, podía matar instantáneamente a un mago.

Observó ansiosamente mientras ella vaciaba el lirio en un pequeño bol de latón. Tan pronto tocó el metal empezó a burbujear, mandando un pequeño estallido de energía que hizo que se le erizara la piel. El demonio observó con fascinación clínica, casi emocionado con deleite mientras una nube de vapor azul se alzaba del bol.

Wynne cerró los ojos, concentrándose. Empezó a mover sus manos alrededor del vapor, persuadiendo y tentando sin siquiera tocarlo. Se ramificó como una cepa creciente, mandando zarcillos hacia Adrian. Ella extendió sus manos para recibirlo, y el vapor lentamente se arremolinó a su alrededor.

Rhys extendió sus manos también, concentrando su mente en la música. Estaba volviéndose más fuerte ahora, un coro de poder que emocionó su alma. El vapor reaccionó como si estuviera vivo, ondulándose hacia él, rodeando su cuerpo. Donde se acercaba a su piel, sentía una extraña carga, como electricidad. Hacía que sus pelos se pusieran de punta.

Todo fue ahogado por la música, ese insistente sonido que parecía sacarle de su cuerpo. El vapor azul lentamente vagó de vuelta hacia Adrian, y cuando conectó con los zarcillos de vapor enfrente de ella, el circuito se completó. Un anillo de poder ahora rodeaba al demonio y empezaba a aumentar de intensidad, a aumentar de urgencia hasta que fue todo lo que Rhys pudo soportar.

Era demasiado. Demasiado. Cerró los ojos, la música tan abrumadora que se sentía como si estuviera a punto de vibrar fuera de la existencia. Violentamente sacudió la cabeza, pero sólo se volvió peor.

No… puedo… esto es…

Y entonces el Velo se abrió desgarrándose.

Capítulo 11

La mente de Cole se revelaba.

Esa música, al principio tan extraña y diferente de lo que había sentido cuando vio la criatura emponzoñada en las tierras baldías, se había convertido en una pesadilla. Le invadía, le llenaba y entonces le desgarraba… y no se detenía ahí. Recordaba caer al suelo, cubriéndose los oídos y tratando de gritar. Pero no había ningún otro sonido en absoluto, sólo una tortura que le alzaba y le hundía en la oscuridad.

Y ahora… ahora había silencio. Pero estaba en otra parte.

Estaba fuera, en medio de una ciudad poco familiar y en medio de una guerra. Los edificios ardían, la gente estaba corriendo y gritando. El caos estaba por todas partes. Una oscuridad siniestra llenaba el cielo, como si algún mal podrido se hubiera extendido e infectado el mundo. Peor, todo estaba *mal*. Se sentía como si estuviera mirando a través de cristal tintado, todo real y aún así completamente irreal al mismo tiempo. El mundo era demasiado vívido, demasiado centrado, aún así todo parecía emborronarse en los bordes de su visión.

Cole quería agarrar a alguien, hacerles verle y exigirle saber dónde estaba. ¿Qué era esa montaña que dominaba el horizonte? Nunca había visto una montaña antes. ¿De qué estaban huyendo? ¿Por qué todo estaba en llamas? Pero estaba demasiado aterrorizado, y todo estaba ocurriendo demasiado rápido.

Corrió hacia el lateral del camino, saliéndose del paso de un grupo de elfos huyendo —familias arrastrando a sus niños llorando y llevando sus posesiones mundanas— y tomó refugio en la entrada de alguna tienda quemada.

Había cuerpos calcinados dentro. No quería mirarlos. Toda la ciudad apestaba a muerte y humo. Su corazón no dejó de latir en su pecho, y quería gritar. *¿Qué está ocurriendo?*

Y entonces los vio. El mismo tipo de monstruos que había visto en las tierras baldías, cosas con una carne pálida y corazones emponzoñados. Corrieron a la vista, llevando espadas burdas y gritando su sed de sangre. Pero había algo mal en ellos, también. No escuchaba la música, esa insistente melodía con sus zarcillos extendiéndose hacia él. Eran cascarones y nada más.

Pero veían a Cole. Le llevó un momento registrar que los monstruos le señalaban. Rugieron y golpearon el suelo con sus espadas, y entonces cargaron.

El primero lo cortó por la garganta con su daga. Ni siquiera se había dado cuenta de que la había desenvainado; reaccionó instintivamente, y ahí estaba. Icor negro salió disparado de su cuello, y gorgoteó mientras caía junto a él dentro de la tienda. El segundo balanceó su espada y falló, la hoja chocando contra el marco quemado de la puerta y anclándose ahí. Cole cortó su brazo, forzándole a dejar ir su arma, y entonces giró con suficiente fuerza como para clavar la daga en su esternón.

Colapsó con un grito bestial, pero ya otros llegaban. Demasiados. Cole se giró y corrió. Se lanzó a través de la tienda, saltando sobre los cuerpos muertos y escapando de una sección colapsada de la pared trasera.

No tenía ni idea de adónde iba. Escuchó el grito de aullidos de las criaturas tras él mientras le daban persecución, y eso sólo le hizo correr más rápido. Cargó a través de callejones sinuosos, a través de un humo negro asfixiante, y pasando a gente asustada que se acobardaba de él mientras pasaba.

Finalmente Cole salió a algún tipo de plaza, manchada de sangre y vísceras. Una batalla había ocurrido aquí… cuerpos de soldados muertos yacían dispersos, la mayoría de ellos humanos y todos ellos llevando colores que no reconocía. Sus gargantas estaban cortadas, sus extremidades arrancadas. Un hombre no mucho mayor que él yacía cerca, su lengua hinchada y morada, los ojos horrorizados mirando a la nada. El olor hizo a Cole querer vomitar.

Un grito de terror en el callejón tras él le forzó a moverse. Por la plaza estaba la apertura a una calle más grande, una que no estaba completamente ahogada con las llamas. Eso podía ser una salida. Cole se abrió paso por la plaza, caminando entre los cuerpos tan rápidamente como podía.

Estaba sólo a mitad de camino cuando escuchó el grito salvaje del descubrimiento. Se volvió y vio a las criaturas saliendo del callejón ahora, docenas de ellas cargando hacia la plaza con un abandono salvaje.

No había forma de lograrlo a tiempo. Cole agarró su daga firmemente, el sudor acre cayendo por su cara. Miró a los soldados muertos, preguntándose si debería coger uno de sus escudos… ¿o quizás una espada? Nunca había usado ninguno, y aquellas cosas no parecían haber ayudado a los soldados.

Muere como un hombre. La orden se abrió paso por su cabeza. ¿De dónde venía? La había oído en alguna parte, y ahora le hacía apretar los dientes. Se tensó y esperó. Las criaturas corrieron hacia él casi lentamente, como si corrieran a través de un agua lodosa, pero no era cierto. Él era el que estaba ralentizado.

Y entonces hubo una explosión.

Cole miró con una incredulidad asombrada mientras una gran explosión de fuego mandaba volando a las criaturas. Navegaron por el aire, los brazos moviéndose, y golpearon el suelo con fuerza. Todas estaban ardiendo, gritando horriblemente.

—¡Cole!

Se volvió hacia el sonido de la voz… y vio a Rhys corriendo hacia la plaza. Las otras magas estaban con él, la anciana y la pelirroja, y la Caballero-Capitán también. Una gran estatua hecha de piedra y cristales cojeaba tras ellos, algo de lo que Cole normalmente se habría sorprendido de ver. Ahora sólo era una pieza más de extrañeza para apilar sobre las otras.

—¿Rhys? —preguntó silenciosamente.

Rhys le miró, la boca abierta con shock. La Caballero-Capitán miraba también, aunque su expresión era mucho más de alerta. Alzó su espada preparada, como si

estuviera preocupada porque Cole corriera hacia ellos y atacara. Era la última cosa en su mente.

Las otras dos magas caminaron hacia las criaturas que aún estaban en pie. Sostenían sus bastones y desataron rayos de poder. Las explosiones destrozaron a los pálidos monstruos, y fue entonces cuando el coloso de piedra corrió junto a los magos. Golpeó el suelo con ambos puños, con la suficiente fuerza como para mandar una onda de choque de tumbó al resto de monstruos al suelo.

Un par de rayos de fuego y relámpagos más y los monstruos finalmente huyeron. Cogieron sus armas y abandonaron a sus camaradas muertos, desapareciendo de vuelta en el callejón. Cole los observó irse, sin haberse movido del centro de la plaza. En el silencio que siguió, puntualizado sólo por los distantes sonidos de fuego y gritos, se dio cuenta de lo que todos estaban mirando. A él. Todos podían verle.

Rhys dio un paso más cerca, pero la Caballero-Capitán extendió el brazo y le detuvo.

—¿Cole, qué estás haciendo aquí? —preguntó Rhys, perplejo.

—Sé que no querías que te siguiera…

—No, ¿cómo llegaste *aquí*?

Cole se sentía nervioso. No estaba acostumbrado a tener a tanta gente mirándole, y no estaban *haciendo* nada. Desesperadamente quería abrazar a Rhys, rogar el perdón del hombre… Había imaginado esta reunión de formas tan diferentes, pero nunca así.

—Había música, —dijo silenciosamente—. Era tan fuerte, me llenó y me trajo aquí. Pero no sé dónde es aquí.

—Esto es el Velo, —dijo la mujer mayor. Nunca la había mirado de cerca antes. Habría parecido una amable abuela si no fuera por esos ojos agudos. Miraban justo a través de él y le agarraban, y había algo más… algo tras ellos que hacía estremecerse a Cole. No le gustaba. Casi deseaba ser invisible de nuevo—. El reino de los espíritus, —continuó ella—. Y esto es un sueño, de algún modo. Creo que podría ser mío.

La maga pelirroja frunció el ceño.

—¿Tu sueño?

—Denerim. Esta es la capital de Ferelden, y estamos en medio de la Ruina. Esta es la batalla en la que el Archidemonio fue masacrado y los engendros tenebrosos al fin fueron desperdigados.

—Pero eso es algo bueno.

La cara de la anciana se hundió, y por un momento pareció cansada.

—Mira a tu alrededor, Adrian. Esto fue una pesadilla. La victoria llegó a un precio terrible, y me ha embrujado desde entonces.

Miraron alrededor, a los edificios ardiendo y la negrura terrible enturbiando el cielo. Los gritos hicieron a Cole estremecerse. No quería quedarse en esta plaza, en pie entre tantos cuerpos muertos. Si esto era un sueño, ¿por qué no podían simplemente despertarse?

La estatua andante cojeó hacia ellos, su cara de piedra se retorció en un ceño fruncido.

—La vieja maga me ha llevado al Velo de nuevo. No me gustó la primera vez.

Anciana asintió, suspirando.

—No fue intencionado, Shale. Parece que todo el mundo fue atraído a través del Velo, en lugar de sólo yo.

La estatua volvió sus ojos brillantes hacia Cole.

—¿Y a este también? ¿Debo aplastarlo ahora? Parece incómodo.

Rhys de repente salió de su estupor.

—¡No! —gritó él—. ¡Déjale en paz!

—No sabemos lo que es, —dijo la Caballero-Capitán—. Piénsalo, Rhys. Nadie puede verle, ¿pero de repente está en el Velo? ¿Justo donde tú estás? No seas estúpido.

—*No* es un demonio.

—No lo sé, —dijo Anciana insegura. Ella caminó hacia Cole, y él retrocedió. Aún sostenía su daga, y ahora empezó a preguntarse si necesitaría utilizarla—. No percibo que sea un espíritu, ¿pero qué significa eso aquí en el Velo? No percibí a aquellas criaturas dándole caza como espíritus tampoco, pero ciertamente no eran engendros tenebrosos.

Un momento de silencio tenso pasó, y Cole miró a Rhys.

—¿Todavía… estás enfadado conmigo? Sólo quería protegerte.

—No puedes protegerme, Cole. Es por eso por lo que te dije que volvieras.

—No podía.

Pelirroja miró hacia Cole enfadada, aunque hasta donde podía decir ella siempre parecía enfadada. Su voz penetró como cuchillos.

—¿Por qué no podías? —exigió ella—. ¿Tienes *alguna idea* de lo que le has hecho a Rhys?

Él retrocedió otro paso, pero ella le persiguió.

—No pretendía hacerle nada a Rhys, —dijo él en silencio.

—¿Y qué hay de los magos que asesinaste? ¿No pretendías hacer eso?

Cole sintió como si un agujero se estuviera abriendo bajo él. ¿Cómo podría explicárselo a ella, cuando apenas era capaz de explicárselo a Rhys? Ella no conocía a aquella gente que había matado, los atormentados en sus jaulas, y ella no le conocía a él.

—Este es el asesino. —Fue la Caballero-Capitán la que dijo eso. Ella no parecía sorprendida, sino en su lugar decepcionada. Ella miró a Rhys—. No mencionaste eso.

—Yo… pensé que lo habías escuchado.

—Deberías habérmelo dicho tú mismo.

—¿Para que pudieras hacer qué? —Exigió con dureza—. Apenas me creíste tal y como estaban las cosas. Habrías pensado que te estaba mintiendo, para parecer inocente.

Ella le miró, y entonces lentamente asintió.

—Tienes razón. —Entonces se volvió hacia Cole y desenvainó su espada—. Demonio o asesino, sólo hay una solución.

Cole saltó hacia atrás, agachándose. No quería salir corriendo hacia la ciudad de nuevo, donde aquellas pálidas criaturas con seguridad estaban al acecho, pero tampoco quería dejar a Rhys tras pasar tanto tiempo buscándole. La Caballero-Capitán era guapa,

y parecía buena para ser una templaria, pero él sabía por qué estaba aquí. No le dejaría hacerlo, no más de lo que le dejaría matarle.

—¡Para! —Rhys corrió y agarró a la Caballero-Capitán por el hombro.

Pelirroja sacudió su cabeza hacia él.

—No lo hagas, Rhys. ¿De qué otra forma crees que va a acabar esto? ¿Por qué defenderías a un asesino?

Rhys parecía incapaz de responder. Por su mirada de incertidumbre, la forma en que miraba a Cole con esa pregunta alargada en sus ojos, estaba claro cuál sería su respuesta. Cole desesperadamente quería defenderse, demostrar que Rhys aún era el amigo del hombre, pero no sabía cómo. Nada se había sentido nunca tan doloroso como observar a Rhys lentamente liberar el hombro de la Caballero-Capitán ahora.

—Creo que el asunto está claro, —dijo ella, volviéndose con una expresión sombría hacia Cole. Él se preparó, afirmando el agarre sobre su daga.

Y entonces el mundo se sacudió.

Un rugido diáfano sonó desde el cielo, tan fuerte que golpeó hacia Cole como una fuerza física. Ahogó todo. Él cubrió sus oídos y se dobló, su cabeza amenazando con explotar del dolor. El sonido parecía continuar eternamente, y sólo cuando finalmente se detuvo se atrevió a alzar la mirada.

Cole había visto dibujos de dragones antes… había un mural desgastado en los archivos de la Aguja Blanca, y mostraba a un dragón rodeado de un grupo de caballeros con grandes lanzas y redes. Parecía luchar contra sus atacantes, pero estaba gravemente herido y perdiendo la batalla. Cole siempre había pensado que parecía noble, una bestia erróneamente perseguida por hombres que se negaban a ver su belleza salvaje.

Ese dragón no era para nada como este. El dragón que llenaba el cielo oscuro era un coloso, y no tenía un cuerpo cubierto de escamas lisas. Era todo músculo y nervio, comido por gusanos que marchitaban justo debajo de la superficie. Como si alguien hubiera cogido carne podrida y hubiera construido un dragón con ella.

—¡El Archidemonio! —gritó Anciana con horror.

No había tiempo de reaccionar. El dragón descendió hacia la plaza con la fuerza de un terremoto. Cole trató de hundirse fuera del camino, pero las alas enormes de la bestia aletearon una vez y mandaron un viento huracanado barriendo la plaza. Fue levantado, junto con muchos de los soldados muertos, y voló por el aire. Golpeó con fuerza una pared de piedra.

El mundo giraba a su alrededor. Cole se encontró a sí mismo en el suelo, jadeando por aliento y doblándose del dolor que recorría su cuerpo. Se sentía desorientado. Había gente gritando, pero no podía decir dónde estaban. Alguien gritó.

—¡Salid de la plaza! ¡Rápido! —pero no tenía ni idea de quién.

El dragón rugió de nuevo, más fuerte esta vez. Era poco más que una masa negra gigante para Cole, el humo siendo succionado hacia la plaza por sus alas aleteando casi demasiado denso como para ver a través de él. Trepó para ponerse en pie con pánico, contento de no haber perdido su daga, y miró alrededor en busca de Rhys.

Ahí. Tres figuras apenas discernibles en túnicas corrían por el otro lado de la plaza. El dragón se extendió hacia arriba, su cuello serpentino curvándose. Entonces se lanzó hacia delante, eructando una explosión de llamas negras de su boca. Cole observó con horror mientras los magos eran atrapados, y por un momento pensó que seguro que estaban muertos. Entonces mientras el humo se despejaba vio a Rhys arrodillado… el hombre había alzado un escudo brillante de magia, y eso les había protegido. Incluso así, el escudo estaba cayendo bajo el esfuerzo. Rhys se derrumbó contra el suelo.

Anciana y Pelirroja salieron corriendo enfrente de él. Extendieron sus bastones, una disparando un rayo de relámpagos y la otra un estallido de puro poder. Los truenos sacudieron la plaza mientras ambas golpeaban al dragón en su pecho. Incluso aunque parecía intacta, la bestia extendió sus alas con furia.

Entonces la estatua andante apareció, como de la nada. Cole la observó mientras cargaba contra el dragón, aplastando ambos puños en su flanco.

—Lo maté una vez, —bramó la estatua—, ¡y lo mataré de nuevo! —El golpe fue lo suficientemente fuerte como para tambalear a la bestia, y parecía como si fuera a caer. Pero entonces se giró, golpeando a la estatua como si fuera una mosca molesta.

La estatua se lanzó como una bala hacia uno de los edificios de piedra cerca de Cole. Aplastó la pared con un estruendo, haciendo caer todo el edificio. Una nube de polvo salió, ahogando a Cole y forzándole a reptar a salvo.

Los siguientes movimientos fueron un borrón. El dragón giró, y Cole apenas vio la cola oscilar hacia él mientras saltaba a un lado. Por el rabillo del ojo, vio a la Caballero-Capitán balancear su espada ancha a una de las piernas de la bestia. La espada cortó profundamente en la carne podrida, la sangre negra saliendo. Reaccionó violentamente, girando una vez más. La Caballero-Capitán se hundió fuera del camino al igual que Cole.

Entonces el aire estalló en relámpagos. Sintió su carne ponerse de punta en respuesta a la magia, escuchó el siseo de los rayos aleatoriamente golpeando las cosas a su alrededor. Varios se acercaron, y Cole danzó saliendo del camino… sólo para ser confrontado por el dragón alzándose sobre él. Dos ojos negros malignos bajaron la mirada, llenos de malevolencia y profundos como la eternidad. Sus labios se curvaron alrededor de los colmillos tan grandes como su brazo, y con un resoplido desdeñoso las mandíbulas abiertas se lanzaron hacia él.

Pareció suceder tan lentamente. Vio su lengua bífida, la saliva goteando, las rugosidades de carne negra perfilando el interior de su boca. Zarcillos de corrupción se extendían por cada diente. El aliento del dragón apestaba a descomposición.

Alguien lejos gritó su nombre. Casi instintivamente rodó a un lado, sobre los escombros y cuerpos muertos, y escuchó las mandíbulas cerrándose con un terrible sonido de rechinar justo tras él. El mordisco le habría partido en dos, estaba seguro. El dragón balanceó su cuerpo, pero Cole ya estaba en movimiento. Esprintó tan rápido como pudo, el mundo a su alrededor vivo de resplandores de relámpagos, pero para él se sentía como si estuviera corriendo a través del agua.

El aire se movió, y él se agachó. Una de las manos de la criatura pasó justo sobre su cabeza, cada garra curvada y de un negro brillante. Vio a la Caballero-Capitán no lejos delante de él, volviendo a ponerse en pie. Había sangre en su cara, y por un único momento sus ojos se encontraron. En su expresión horrorizada vio lo que estaba a punto de ocurrir a continuación.

Cole se giró y vio al dragón inhalar.

Una bola de fuego le golpeó desde atrás, explotando en un infierno. De nuevo estaba ileso, pero la fuerza de la explosión fue suficiente como para distraerlo. Cole aprovechó la oportunidad y se hundió bajo la propia bestia.

¿Qué estás haciendo? Una pequeña voz en su cabeza seguía preguntándole eso. *¿Por qué no corres?* Trató de decirle que se callara, pero no se iría.

La tripa del dragón se deslizó justo sobre su cabeza. Estaba seguro de que la criatura le aplastaría, o que uno de esos pies moviéndose alrededor le desgarraría en pedazos. Tenía que seguir reptando, las rocas arañando su estómago. Sin pensarlo apuñaló hacia arriba con su daga, el metal desgarrando la carne coriácea, y cortó mientras se movía. La sangre salió bajando hacia él, caliente y nauseabunda.

Tuvo una reacción. El dragón se tensó y saltó con tal fuerza que Cole casi fue succionado hacia arriba con él. Alzó la mirada y vio a la criatura alzarse pasando la nube de relámpagos, las alas negras extendidas bien amplias sobre toda la plaza. Bramó un desafío al cielo.

Cada impulso hacia debajo de sus alas mandaba vientos gritando en cada dirección. Las rocas volaban, los cuerpos salían desperdigados, un par de edificios colapsaron. Caos total. Cole jadeó cogiendo aire y se agarró a un trozo más grande de mampostería por su vida. Vio a la anciana de pelo gris caer junto a él, el bastón blanco arrancado de sus manos, pero no había nada que pudiera hacer.

Y entonces el dragón aterrizó de nuevo al otro lado de la plaza, con tal fuerza devastadora que el suelo se hundió bajo él. Cole gritó de terror mientras se sentía siendo alzado. Antes de que pudiera empezar a tambalearse hacia la bestia, reptó hacia atrás. Una enorme grieta yacía entre él y el terreno seguro, rápidamente haciéndose más grande y alejándose más.

Cole saltó. Voló por el aire, los brazos moviéndose, bajo él un hueco que bajaba hacia la oscuridad. Era como la sima que dividía el frío desierto, llena de nada salvo un vacío frío. Y entonces estaba cayendo en ella. Desesperadamente se agarró al otro extremo. Sus dedos encontraron agarre, pero la roca derrumbándose empezó a ceder. Con un estallido de fuerzas tiró de sí mismo hacia arriba hacia terreno sólido.

El dragón rugió de nuevo. El humo estaba por todas partes, y sus ojos le escocían. Escuchó a la Caballero-Capitán gritar, y el estallido de hechizos. Entonces alguien agarró su brazo.

Él alzó la mirada. Rhys estaba sobre él, su túnica ensangrentada y quemada de mala manera.

—¡Cole! ¡Sal de aquí! ¡Corre!

—¡No voy a abandonarte!

Justo entonces, Cole vio al dragón saltar por la plaza hacia ellos. Descendió rápidamente con las garras extendidas.

—¡Cuidado! —gritó él. Agarró a Rhys y le apartó de un tirón, la criatura aterrizando justo donde él había estado un momento antes. El impacto los mandó a ambos al suelo.

Rhys se volvió a poner de pie, furiosamente volviéndose para encarar al dragón. La energía mágica se arremolinó de repente a su alrededor, tan brillante que Cole casi fue cegado. El poder aumentó hasta que Rhys gritó del esfuerzo, y lo liberó en un torrente.

El dragón retrocedió, la magia chisporroteando por su pellejo y quemando donde tocaba. Aulló de ira, pero antes de que pudiera actuar un peñasco gigante voló por el aire y chocó contra su cabeza. Cole vio a la estatua andante emerger de una pila de escombros. Estaba frunciendo el ceño, y empezó a coger más rocas y a lanzarlas.

Entonces en cohete de llamas blancas le golpeó desde detrás. La maga pelirroja estaba sobre una gran roca, maltrecha pero sombríamente determinada. El fuego surgía de su bastón y se volvía más y más fuerte.

El dragón se retorcía de lado a lado bajo el asalto combinado, incapaz de sostenerse mientras era golpeado por rocas y estallado a hechizos. Dejó salir un último aullido desafiante que resonó por los cielos, y saltó alto en el cielo.

El golpe de viento por debajo mandó tanto a Cole como a Rhys al suelo y deslizándose hacia el borde de la plaza. Rhys se agarró a un saliente de escombros, pero Cole no pudo encontrar agarre en ninguna parte. Se golpeó contra el suelo, la agonía punzándole mientras rodaba hacia uno de los callejones.

Entonces se deslizó hasta detenerse. Cole yacía quieto, respirando ajadamente mientras alzaba la mirada hacia las paredes a cada lado. Una de ellas empezó a caer. Miró confundido, observando las grandes grietas recorrer su lateral, sin darse cuenta del peligro hasta que una pieza gigante de mortero empezó a descender hacia su cabeza. Con un grito de alarma, rodó fuera del camino y los escombros chocaron contra el suelo.

Todo el edificio estaba colapsando.

Cole saltó. Se volvió para correr de vuelta a la plaza, pero un trozo gigante de pared aterrizó justo enfrente de él. Entonces algo le golpeó la cabeza; ni siquiera vio lo que era. Mareado, retrocedió. Una reacción en cadena empezó mientras el edificio enfrente de él también empezaba a caer. Más mortero llovió, llenando el callejón mientras rápidamente se retiraba.

Alcanzó una intersección, y miró las ruinas ante él. Su corazón palpitó en reacción. Lo peor parecía haber acabado.

Entonces escuchó un gruñido bajo. Girándose, vio una de las pálidas criaturas al otro extremo del callejón. Alzó su espada, mirando a Cole con un hambre ansiosa en sus ojos muertos. Más de lo mismo apareció tras ella.

No tenía su daga. ¿La había soltado?

—¡Rhys! —gritó. El terrible trueno del combate anterior había sido reemplazado por un silencio intranquilo, pero no hubo grito de respuesta. Por todo lo que sabía, Rhys podía estar muerto.

Corrió.

Rhys lentamente se levantó del suelo. Su cabeza le daba vueltas, y se sentía completamente drenado. *Podría dormir durante una semana… salvo porque técnicamente ya estoy durmiendo, supongo*. Había pasado mucho tiempo desde que había utilizado magia en el Velo. Había olvidado el puro poder que ofrecía, y cómo le dejaba seco y adolorido después.

La plaza era una ruina. Una gran grieta la partía en dos, el otro lado casi completamente perforado. La mayoría de los edificios habían desaparecidos, y ahora una capa de polvo flotaba sobre todo. Estaba siniestramente silencioso. Incluso los gritos distantes y los sonidos de guerra parecían haberse desvanecido. Con las nubes negras aún rulando por encima parecía extraño, como si estuviera atrapado en estasis. Un momento único, horrible, perteneciente a un lugar en el que nunca había estado.

—¿Estás herido?

Alzó la mirada y vio a Evangeline ofreciendo su mano. La sangre manchaba su cara, y estaba cubierta de polvo de mortero, pero de algún modo aún conseguía actuar como una guerrera orgullosa. También una guerrera descontenta. Su mirada de descontento era mordaz. Esperaba que no fuera dirigida hacia él.

—Viviré. —Él le cogió la mano y se levantó. Entonces el pensamiento le golpeó: ¿Dónde estaban todos los demás? Mirando alrededor en pánico, se alivió de ver a una Wynne de aspecto maltrecho siendo ayudada a ponerse en pie por Shale, y Adrian limpiándose el polvo al otro lado de la plaza… pero Cole no estaba en ninguna parte a la vista. El callejón por el que se había deslizado estaba ahora lleno de escombros.

Corrió hacia él, en pánico.

—¡Cole! —gritó. Desesperadamente empezó a quitar las rocas, dándose cuenta incluso mientras lo hacía de que era inútil. Si Cole estaba ahí abajo, estaba muerto. Si no lo estaba, no había forma de que fuera a ser capaz de despejar un camino.

Adrian caminó hacia él. Parecía maltrecha y sangrienta, como Wynne. El pelo gris de la mujer mayor estaba despeinado, su túnica azul desgarrada y cubierta de tierra. Estaba cojeando, siendo ayudada por el golem.

—No está muerto, —dijo ella firmemente.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque le vi correr cuando los edificios colapsaron.

—Entonces tengo que encontrarle.

—No hay tiempo. Tenemos una misión que completar.

Evangeline caminó hacia delante, su cara descompuesta con pura ira.

—Vuestra misión, —dijo entre dientes—, es lo que nos ha puesto en este dilema. Esto es cosa tuya, Encantadora, y no te permitiré arrastrarnos descuidadamente a mayores peligros.

Los ojos de Wynne se abrieron.

—¿No me lo *permitirás*?

—Es correcto. —Evangeline se detuvo mientras Shale daba un paso hacia ella, alzándose por encima de su cabeza de un modo amenazante. Estaba resuelta—. Voy a acabar con tu misión. Ahora.

Rhys intercambió una mirada nerviosa con Adrian, pero encontró poca simpatía allí. Sin duda estaba tan aterrorizada como él de encontrarse en el Velo, pero después de la escena en el laboratorio carecía de simpatía tanto por Rhys como por Evangeline. Ella apartó la mirada, frunciendo el ceño.

Wynne se irguió. Pese a su apariencia desaliñada, la imperiosa mujer que Rhys vio en el gran salón hizo un regreso repentino, ahora erizándose de rabia.

—No tienes derecho a hacer eso, Caballero-Capitán.

—Tengo todo el derecho. ¿Cuántas vidas deseas poner en riesgo, todo por el bien de un hombre que aparentemente se buscó su destino? —Ella desenvainó su espada, un acto que hizo que los ojos de Shale resplandecieran peligrosamente. Evangeline lo ignoró—. No estoy preparada para participar en esto, ni estoy tampoco preparada para permitir que tú ni nadie más aquí haga lo mismo.

Wynne tocó el codo del golem, y él retrocedió… aunque no permaneció menos alerta.

—¿Crees que realmente sostienes esa espada en tus manos? —preguntó ella—. La hoja puede cortar, pero sólo porque crees que lo hará. Los templarios son maestros en muchos lugares, pero no aquí en el Velo. —Su sonrisa era sombría—. Los demonios se sienten atraídos por nosotros porque damos forma a la realidad a nuestra voluntad. Esa es nuestra maldición, pero aquí… aquí es nuestro poder.

Evangeline frunció el ceño, y lentamente bajó su espada. No retrocedió.

—No puedo forzarte, es cierto. ¿Es tu intención, entonces, ponernos en mayores peligros?

—No sabemos nada de las circunstancias que llevaron a este acto. Preferiría esperar hasta que él esté libre del demonio antes de juzgarle. Así que, sí, pretendo terminar lo que empecé. Nunca clamé que esta tarea estuviera libre de riesgos, y no pedí tu compañía. Estás aquí ahora, sin embargo, así que sería mejor si permaneciéramos juntos. —Wynne miró atrás a Rhys y a Adrian con un ceño interrogante.

—No voy a ir, —dijo Rhys firmemente.

Adrian volvió su cabeza hacia él, su expresión aturdida.

—¿Qué quieres decir con que no vas a ir? ¿Adónde más irás? —Entonces se detuvo, dándose cuenta—. ¿Aún quieres buscarle? ¿A ese asesino?

—Me salvó la vida. Ese dragón me habría matado.

—Eso no cambia lo que hizo, —dijo Adrian.

Evangeline sacudió la cabeza.

—No importa. No vas a irte corriendo por tu cuenta, Rhys… no de nuevo. No apruebo esta misión mucho más que tú, pero mi deber aún está claro.

—¿Y qué hay de tu deber hacia Cole? —Ella le miró a él, confundida, y él tuvo que controlar la ira de su voz—. Sé perfectamente bien lo que ha hecho. También sé que ha estado perdido y aterrorizado en la torre desde que los templarios le llevaron allí. Tienen un deber de protegerle, de proteger a todos de lo que su magia podría hacer, y él se les escapó entre los dedos. —Apuntó a la placa pectoral de Evangeline con un dedo enfadado—. Y ahora puedes verle. No me creíste antes, pero aquí está. En lugar de tratar de ayudarle como juraste hacer, prefieres juzgarle a él. Y a mí.

Evangeline frunció el ceño, pero no respondió. Adrian, sin embargo, caminó junto a él. Apenas llegaba a su barbilla, pero alzó la mirada hacia él con una ferocidad que era abrumadora.

—Estás siendo un idiota, Rhys, —soltó ella—. Sé que tus intenciones son buenas, pero necesitas empezar a pensar en ti mismo. Te vas a quedar con nosotras, y vamos a encontrar a Pharamond y luego a salir del Velo.

Él vaciló. ¿Qué esperanza tendría de encontrar a Cole por su cuenta? Incluso si el dragón no reaparecía, ¿quién sabía qué otras criaturas podían manifestarse?

—Podría utilizar tu ayuda, Adri.

Pero no necesitaba siquiera haberlo preguntado. Cualquier esperanza que tuviera había muerto cuando ella fríamente sacudió la cabeza.

—No, —dijo ella—. No voy a hacer eso.

—Yo iré con él.

Rhys estaba sorprendido, y tuvo que mirar dos veces para darse cuenta de que era Evangeline la que lo había dicho. La templaria frunció el ceño sombríamente pero parecía determinada. Ni siquiera tuvo ocasión de expresar su shock, ya que Adrian se le adelantó.

—Debes estar de broma, —resopló ella.

—Pero él tiene razón, —dijo Evangeline a regañadientes—. Si este Cole ciertamente era un mago llevado a la Aguja Blanca… entonces somos responsables de él, y sus acciones, al menos en parte. —Ella miró a Rhys, su expresión suavizándose a vergüenza—. Sea lo que sea, un hombre que se arriesga por otro no puede estar más allá de la redención. Como Pharamond, podemos preocuparnos de su culpa una vez estemos a salvo.

Rhys se sintió aliviado. Sonrió agradecido hacia ella, pero no sabía qué decir.

Wynne frunció el ceño. Por un largo momento ella le miró… ¿estaba decepcionada? ¿Enfadada? No podía decirlo.

—¿De verdad es lo que deseas hacer? —preguntó ella.

—Puedes venir conmigo. Podríamos encontrar a Cole primero, y luego buscar a Pharamond juntos.

Su sonrisa fue tenue.

—Tú tienes tu amigo que buscar, y yo tengo al mío. —Con eso, ella alzó la mirada a Shale… que miraba desinteresadamente a la distancia—. ¿Espero que *tú* vengas conmigo al menos?

—¿Oh? ¿Ha acabado el parloteo? Pensé que estábamos esperando a que volviera el dragón.

Wynne sonrió.

—¿No es este el punto en que me dices que no tienes miedo del Archidemonio, porque te tragaría entera y aún así pasarías a través de sus entrañas sin sufrir daños?

El golem casi palideció.

—Esa no sería mi primera elección.

—Bueno, bien. ¡Entonces podemos irnos!

Mientras Wynne y el golem se marchaban, Adrian empezó a seguirlas… y luego se detuvo. Miró a Rhys dubitativa.

—Sólo vigílala, —advirtió ella. Le llevó un momento darse cuenta de que se estaba refiriendo a Evangeline—. Encuentra a este mago, o lo que sea que sea… recuerda que ella aún es una templaria. No está aquí para protegernos. —Ella se marchó sin esperar una respuesta.

Rhys y Evangeline se quedaron solos. Él la miró de reojo y se aclaró la garganta incómodamente.

—Gracias.

Ella no sonrió.

—No me lo agradezcas aún.

Capítulo 12

Evangeline miró al mundo a su alrededor, su piel erizándose de intranquilidad. No hacía ni un momento antes, ella y Rhys se habían estado abriendo paso a través de las ruinas de la ciudad… y entonces abruptamente cambió. Ahora estaban en lo que parecía ser un campo de cultivo desolado. La tierra había sido recientemente quemada, hasta donde el ojo podía ver, y ahora estaba en brasas. El humo acre flotaba en el aire, hiriéndoles los ojos.

En la distancia había una choza. No el orgulloso hogar de un terrateniente, sino el tipo de chabola que uno esperaba ver en las provincias. Gente desesperada vivía allí, apenas subsistiendo del suelo sobreexplotado, y la casa lo reflejaba: tablones grisáceos, pintura pelándose, y una sensación de soledad que arrastraba el viento.

—¿Estás seguro de que es esto? —preguntó a Rhys.

Él asintió, su expresión sombría. Un pequeño orbe de luz flotaba junto a su cabeza; un espíritu que había conjurado, que le había dicho que les llevara con Cole. Ella estaba recelosa de cualquier espíritu, incluso unos tan pequeños, y le preocupaba que les hiciera perderse. De acuerdo a Rhys, tales espíritus apenas tenían una voluntad propia, y conocían el Velo mucho mejor que ningún ser mortal pudiera esperar nunca. Ella esperaba que tuviera razón.

Ahora que estaban fuera de la ciudad, o la pesadilla —lo que fuera que hubiera sido— el cielo emponzoñado había sido reemplazado con un vacío que se abría sobre sus cabezas. En lugar de estrellas y nubes allí había islas flotantes y extrañas bandas brillantes de luz. Fluctuaban de verde a dorado, a veces afilándose y otras veces extendiéndose como un miasma enfermiza para llenar el vacío.

En la distancia, apenas visible a través de la neblina, había una isla que daba la impresión de ser más grande, y sobre ella se extendía una ciudad envuelta en oscuridad. La Ciudad Negra, una vez el hogar del Hacedor y ahora un testamento de la estupidez humana. Ella había leído sobre ella en libros, y se le había dicho que era el único rasgo constante en el Velo, visible desde cualquier punto… pero ella nunca había pensado en verlo personalmente.

Se estremeció. Qué extrañamente fuera de lugar parecía todo. Los magos clamaban que los hombres venían al Velo cada noche, a soñar, y meramente no recordaban su viaje. Para ella, se sentía como si los vivos no pertenecieran a este lugar.

Caminaron lentamente a través del campo, nubes de cenizas alzándose con cada paso. No había indicaciones de que nadie estuviera en la choza. La puerta delantera estaba abierta, golpeando rítmicamente con el viento. Una cuerda de lavandería colgaba, las sábanas manchadas de negro por el humo y la mitad de ellas habiéndose caído al suelo. Todo el lugar apestaba a abandono.

—¿Qué es este lugar? —dijo ella.

—No lo sé. El hogar de Cole, quizás.

—¿Qué sabes de él?

—Nada. Dijo que no recordaba de dónde venía. —Miró alrededor—. Supongo que hay una parte de él que sí lo hace. Este es un recuerdo al que él ha huido.

Evangeline no necesitaba preguntar si era un buen recuerdo o no. No parecía haber nada bueno en este lugar. Se detuvieron justo fuera de la puerta, buscando cualquier evidencia de movimiento dentro. No había nada salvo oscuridad. Un gato sarnoso reptó de debajo de las escaleras, una de sus orejas cercenada de mala manera, y maullaba lastimeramente hacia ellos.

Ella se arrodilló y extendió una mano a la criatura. La olfateó vacilante y entonces, dándose cuento que no había comida que conseguir, redobló sus gritos desesperados. Incluso aunque parte de ella sabía que sólo era parte del paisaje del sueño, no podía evitar sentirse mal por él. No había nada que ofrecer, sin embargo.

—Es fácil, —dijo Rhys. Se arrodilló junto a ella, y en sus manos había un pequeño trozo de carne cruda. El gato saltó sobre él extasiado, agarrando la carne de su mano con gusto y mascándola—. Recuerda, sólo tienes tu espada porque crees que la tienes.

—¿Así que puedes cambiar cualquier cosa aquí?

—No cualquier cosa, no.

Ella sacudió la cabeza, confusa.

—¿El Velo siempre es así?

—Los espíritus ven el mundo en nuestras mentes, y tratan de emularlo. No entienden que lo que están viendo no es realmente como es. Está mezclado con recuerdos y emoción… pero creen que es real, y lo encuentran fascinante. Se sienten atraídos hacia él. Pero no todos los sueños son creados por espíritus.

Evangeline asintió como si lo entendiera, aunque no lo hiciera realmente. Todo esto era la región de los magos, y ella tendría que confiar en él. Y lo hacía, en cierto modo. Tan imbécil como era Rhys, de verdad creía que tenía buenas intenciones.

Se aclaró la garganta de forma extraña.

—Mira, sobre lo que dijo el demonio…

—Este no es el lugar para discutirlo.

—Sólo es que no quiero que pienses…

—Encontremos a tu amigo. —Ella se levantó, observando al gato arrastrar su premio de vuelta bajo las escaleras. Rhys sólo asintió con tristeza. ¿Qué más había por decirle? Las palabras del demonio obviamente eran para abrir una sima entre él y Adrian… y lo había hecho, hasta donde ella podía decir. La chica estaba demasiado dispuesta a creer lo peor de todo el mundo.

En cuanto a si había o no una verdad tras lo que había dicho… bueno, eso no importaba, ¿no? Rhys era un mago, y ella una templaria. Pese al encanto del hombre, ella dudaba que él la mirara de esa forma, y no debería tampoco.

Caminaron por las escaleras chirriantes y a través de la puerta abierta. Estaba mucho más oscuro dentro de lo que era natural. Nada de luz del exterior parecía penetrar más que centímetros pasando la entrada. También había un frío estremecedor en el aire, su aliento apareciendo en finas columnas de niebla.

Evangeline desenvainó su espada, intercambiando una mirada alerta con Rhys. Él extendió su bastón, y el cristal sobre él empezó a brillar. Mostró una habitación casi desierta de muebles. Un par de sillas, una de ellas rota. Varias mantas sucias. Botellas de vino yacían dispersas, y algunas de ellas habían sido reventadas contra la pared. Todo ello estaba cubierto de una fina capa de escarcha.

—¿Qué ocurrió aquí? —susurró ella, sin atreverse a hablar demasiado alto.

Rhys claramente no lo sabía mejor que ella. Lo que fuera que fuera, el recuerdo se aferraba a la habitación. Se sentía como el terror. Ella lo había visto antes en los magos que eran llevados a la torre, gente tan atemorizada de su don mágico que se prostraban y rogaban que se les pasara por la espada. El puro borde de su miedo la tocó entonces como lo hacía ahora.

Una pequeña cocina yacía hacia un lateral, llena de pequeñas alacenas y platos rotos. Un gran charco de sangre congelada yacía en el suelo, esparcida de tal forma como para sugerir que un cuerpo había estado allí hasta sólo recientemente.

El pequeño espíritu flotando alrededor de Rhys se agitó, y él le hizo ruidos tranquilizadores.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella.

—No estoy seguro. Está… percibiendo algo inusual.

—No hay mucho en todo esto a lo que llamaría usual.

Pero él parecía distraído. Quizás estaba comunicándose con el diminuto espíritu; no podía decirlo. Se arremolinó alrededor, vibrando y luego pulsando en secuencias de alarma. Ella agarró su espada nerviosa. A no ser que fuera su imaginación, la choza se había vuelto mucho más fría.

Entonces escuchó algo, un sonido que venía de una de las alacenas. Un sollozo. Ella se volvió, tratando de detectar de dónde venía… pero justo entonces, un grito hizo eco a través de la casa.

—¡*COLE*!

Rhys saltó, y el espíritu se encogió de terror y se fue fuera de la vista. Evangeline alzó su espada, alerta de que el frío se había intensificado aún más. Rhys estaba temblando, y la escarcha se estaba formando en su armadura.

—¿De dónde viene eso? —preguntó ella.

—Del sótano, creo.

—*¡Cole, pequeño bastardo! ¿Crees que puedes esconderte de mí por siempre?*

Pasos pesados subieron las escaleras. Evangeline salió de la cocina, observando una pequeña puerta en la parte trasera de la choza moverse sobre su marco.

—¿Qué hacemos? —exigió ella nerviosa.

—Luchar con él. Es un demonio, manteniendo a Cole atrapado aquí.

La puerta se abrió. Tras ella había un hombre como un tonel, canoso y calvo y llevando una pequeña camisa manchada de rojo de sangre fresca. La impresión de una mano claramente podía verse en ella. La cara del hombre era demacrada y pálida, la carne moviéndose de su cráneo como la de un cuerpo empezando a pudrirse.

—*¡Sal y muere como un hombre!* —Gritó él, saliva saliendo de sus labios—. *¡Sabes cuál es el castigo!*

Ella cuidadosamente avanzó hacia el hombre. Algunos demonios tenían magia, y si pudiera interrumpirla podría evitar que la criatura ganara una ventaja.

—Vete, —advirtió ella—. Hemos venido a por Cole, y nada más.

El hombre la miró de arriba a abajo.

—*Eres inútil,* —se mofó él—. *Un error que debería haber corregido hace tiempo. Tienes el mal en ti, chico, pasado por tu madre. Pagarás el precio al igual que lo hizo ella.*

Evangeline se lanzó hacia él con su espada, canalizando tanto poder a través de la espada como se atrevía… y entonces se quedó helada a mitad del golpe. La espada se detuvo a menos de centímetros de la cara del demonio. No podía mover ni un solo músculo.

Se inclinó más cerca, el hedor a descomposición rancio en su aliento.

—*¿Qué te dije?*

—¡Déjala en paz! —rugió Rhys. Corrió junto a ella, golpeando al demonio con su bastón. Cuando el orbe lo tocó, una luz poderosa resplandeció y el demonio gritó de agonía. Cayó atrás, sacudiéndose salvajemente, y justo apenas captó el lateral de la entrada antes de caer por las escaleras del sótano.

—*¡Que el Hacedor se os lleve a ti y a tu estúpida magia!*

Su boca bien abierta, extendiéndose del todo hasta su pecho, y una ventisca helada eructó hacia delante. El golpe azotó dolorosamente la cara de Evangeline, y ella habría gritado si hubiera sido capaz. Rhys retrocedió, pero al mismo tiempo invocó una barrera mágica que les ahorró lo peor.

Rápidamente la agarró de la cintura, arrastrándola como una estatua de vuelta a la cocina. Ahí cayó al suelo. Respirando con fuerza, tocó con una mano su frente. Sintió el hechizo recorriéndola, expulsando la parálisis de golpe.

Ella jadeó por respirar.

—¡Cuidado! —gritó ella.

El demonio aulló mientras saltaba sobre Rhys desde detrás. Fue tirado al suelo, y hundió sus dientes en su hombro mientras aterrizaban. La sangre salió a borbotones, y Rhys gritó de agonía. Luchó, tratando de forcejear con el demonio para apartarlo de su espalda, pero era demasiado fuerte.

Evangeline saltó en pie. Alzó su espada en alto con ambas manos y la hizo caer sobre el demonio. La hoja golpeó, hundiéndose profundamente en su espalda, y su poder interrumpió su magia.

Liberó el hombro de Rhys, alzando una sangre azulada que salía de sus heridas. Unos ojos siniestros miraron a Evangeline.

—*¡No has aprendido nada, retorcida imbécil!*

—¡Que el Hacedor se lleve tu mal! —soltó ella. Con un gran balanceo de su espada, arrancó la cabeza del demonio.

La cabeza se desintegró antes de golpear el suelo. Mientras el cuerpo se caía de espaldas, las manos agarrando a ciegas el aire, una energía negra rugió desde el muñón sangrante. Y entonces su cuerpo empezó a colapsar, disolviéndose en una pila salobre hasta que finalmente no hubo nada.

Ella respiró con fuerza, su corazón acelerado en reacción. Rhys alzó la mirada hacia ella desde el suelo, agarrando su hombro herido.

—Yo… creo que eso debería funcionar, —dijo él.

—Esperemos que sí.

—Buen golpe, en cualquier caso.

Ya la habitación estaba cambiando. El frío perforador se había ido, y el charco de sangre en el suelo se había ido, pero la oscuridad permaneció. Estaban en una granja oscura y vacía, como un lugar hace tiempo abandonado… cualquier señal de que algo terrible había pasado se había ido, pero ella aún podía sentir el mal empapando cada tablón del suelo.

Evangeline miró alrededor, manteniendo su espada preparada justo por si acaso.

—¿Por qué no se ha ido todo? Pensé que dijiste que el demonio había creado esto.

—El demonio mantuvo a Cole atrapado aquí, pero la pesadilla es suya. —Rhys empezó a lanzar un hechizo, su luz azul calmante hundiéndose en su hombro y uniendo la carne de vuelta—. Ahora sólo necesitamos encontrarle, antes de que otro demonio entre. Son muy territoriales.

A ella no le gustaba como sonaba eso. Parte de ella había esperado que el demonio fuera el del laboratorio, pero aparentemente no lo era. Ese demonio indudablemente estaría donde fuera que estuviera Pharamond. La idea de que pudiera estar en dos lugares a la vez la abofeteó… pero pensándolo bien, ¿no lo estaba ella? Su cuerpo estaba en el mundo real, y el resto de ella estaba aquí en el Velo.

Mientras Rhys se sanaba, buscó a Cole. Inicialmente consideró el sótano. Ahí fue de donde el demonio había ascendido, y le golpeó como el tipo de lugar en el que un demonio —y, ciertamente, un padre— trataría de atrapar a alguien.

Cuando Evangeline abrió la puerta, sin embargo, encontró que bajaba a una oscuridad total. Un miedo crudo pulsaba ahí abajo, algo que hablaba de terrores de la infancia y largas horas sumergido en la desesperanza. Ella cerró la puerta rápidamente, su corazón acelerado, y se reprendió por tal estupidez. Era una guerrera. Su padre había alzado una mano contra ella sólo cuando ella lo merecía, nada más. Esos miedos no eran suyos.

Y aún así parecían tan reales.

Y entonces otro pensamiento se le ocurrió. ¿Por qué el demonio habría venido buscando a Cole si ya estaba en el sótano? La sospecha le irritó… hasta que recordó el sollozo que había escuchado en la cocina.

—¿Algo va mal? —preguntó Rhys mientras ella volvía a caminar dentro.

Ella no respondió, y en su lugar escuchó cuidadosamente. Nada. Lentamente empezó a abrir las puertas de la cocina una a una. Cada una estaba vacía, conteniendo sólo polvo y evidencias de un largo abandono.

—¿Qué estás buscando? —Preguntó Rhys de nuevo, molesto.

Y entonces abrió la última puerta. Dentro estaba agachado un joven sucio, quizás de doce años con el pelo rubio despeinado sobre sus ojos. Su cara estaba llena de puro terror, los ojos abiertos habiéndose secado de lágrimas que ahora manchaban sus mejillas hacía tiempo… y lo peor de todo, una chica pequeña estaba apretada ahí dentro con él. Ella tenía la mitad de edad que él, contenida en un agarre fuerte, con una mano sobre su boca como para mantenerla en silencio.

Sólo que ella estaba muerta.

El joven empezó a temblar, luchando contra sollozos que amenazaban con abrumarle.

—Por favor no se lo digas, —rogó a Evangeline en un gimoteo tembloroso—. Mamá nos dijo que nos escondiéramos. Tenemos que escondernos.

—¿Cole? —Rhys se aproximó tras ella, horrorizado.

Evangeline no sabía qué hacer. El chico pequeño temblaba incluso más profusamente, nuevas lágrimas inundando sus ojos… pero no hizo ni un sonido. Ella no estaba segura de que siquiera supiera quienes eran… o quién era él.

Ella extendió el brazo y quitó la mano de Cole de la boca de la niña.

—Conejito estaba llorando, —explicó con una voz diminuta—. Mamá nos dijo que nos calláramos. Yo sólo quería que se callara.

Suavemente Evangeline cogió a la chica de sus brazos, y él sólo reluctante la cedió. Ella casi no pesaba nada, sólo piel y huesos y la más ligera voluta de un vestido amarillo. El tipo de niña que uno habría estado orgulloso de poseer, algo que ella habría pensado que era hermoso. La chica muerta se disolvió en la nada en el momento que abandonó el armario.

Ella miró indefensa a Rhys. Él suavemente la apartó y se agachó junto al armario.

—¿Cole? ¿Sabes quién soy?

El niño le miró, el terror visiblemente luchando con alarma. Sus respiraciones se volvieron rápidas y ansiosas. Rhys extendió el brazo para tocarle, pero entonces se detuvo… una daga había aparecido en las manos del chico. La daga de Cole. El chico la sostuvo en una amenaza obvia, una ira desesperada lentamente apoderándose de su cara.

—No dejaré que hieras a Mamá más, —siseó—. Te detendré.

Evangeline casi tiró de Rhys hacia atrás. No tenía ni idea de si podía ser asesinado en el Velo, pero no estaba ansiosa por averiguarlo. Pero Rhys simplemente alzó sus manos ante el chico rindiéndose.

—Shhh, —susurró él—. No estoy aquí para herirte a ti, ni a nadie.

La daga temblorosa lentamente se alzó, la punta tocando el cuello de Rhys. El niño la sostuvo ahí, alternando entre sollozos agudos y gimoteos asustados. Sus ojos eran increíblemente intensos.

Y entonces el temblor del chico se detuvo.

—¿Rhys? —preguntó con un reconocimiento repentino, su voz tan lastimera y esperanzada que era descorazonadora.

Rhys asintió.

La daga chocó contra el suelo, y de una vez el niño salió del armario. Sólo que ya no era un niño. Era el joven que Evangeline había visto antes en la plaza de la ciudad, mayor y vestido en cuero salpicado de sangre.

Enterró su cabeza en el pecho de Rhys, sollozos agonizantes desgarrando desde alguna parte profunda de su alma, y Rhys simplemente le sostuvo. Dijo cosas tranquilizadoras, y eso hizo que el joven llorara aún más.

Y entonces la choza se fue. Evangeline miró alrededor, y vio que estaban de vuelta en el campo quemado. Estaba completamente vacío, como si la granja nunca hubiera existido. Pero había existido, una vez. Profundamente en su corazón, sabía que para Cole había pasado de ser una pesadilla a un recuerdo… un recuerdo horrible que el Velo había sacado de algún lugar oscuro y terrible donde debería haber permanecido enterrado.

Ella se quedó allí, observando extrañada mientras Rhys cogía al joven, y su corazón se rompió.

Mientras Adrian caminaba a través de la ciudad con Wynne y el golem a su lado, se percató de que todo se había vuelto extrañamente vacío. La ciudad ya no ardía, y las calles parecían abandonadas. No había gente huyendo, ningún engendro tenebroso desmadrado… sólo ventanas oscuras y un viento solitario que soplaba la capa blanca de Wynne. De hecho, parecía como si los propios edificios hubieran cambiado también. La arquitectura era diferente, más como los techos en pico y la piedra lavada que esperaría ver en Orlais. No fue hasta que vio la blanca torre alzándose en la distancia que se dio cuenta de que esto era Val Royeaux.

—¿Estamos en la capital? —preguntó incrédula.

Wynne asintió.

—La versión de alguien de ella. Quizás la de Pharamond.

Adrian había estado fuera de la torre lo suficientemente a menudo como para conocer las calles de Val Royeaux bastante bien… aún así no reconocía dónde estaban. Era como una impresión de la ciudad, o una pintura creada por alguien que nunca hubiera estado allí pero se le hubiera sido descrita, y hubiera olvidado añadir una única señal de que estuviera habitada por alguien.

Era extrañamente inquietante.

Una voluta invocada lideraba el camino, aunque la verdad sea dicha ya era obvio que se estaban dirigiendo hacia la Aguja Blanca. El truco, como resultó ser, era navegar a través de la ciudad. Las calles de Val Royeaux eran amplias e incluso a veces confusas en la vida real; aquí en esta versión del Velo eran literalmente un laberinto. Varias veces ha se habían encontrado en callejones sin salida y habían sido forzadas a dar la vuelta, Wynne frunciendo el ceño irritada ante el retraso.

—¿Y si hubieras venido aquí sola? —Le preguntó abruptamente Adrian—. ¿Qué habrías hecho si no hubiéramos estado aquí para ayudarte?

—Habría muerto, —dijo Shale.

Wynne le lanzó al golem una mirada molesta.

—El demonio está escondiéndose. Ha creado todo esto para nuestro beneficio, forzándonos a cazarlo. Si no hubiéramos sido arrastradas a través del Velo, podría haber sido lo suficientemente valiente como para enfrentarse a mí directamente.

—¿Y entonces qué habrías hecho? —insistió Adrian.

—Habría muerto, —se rió Shale.

—*No* habría muerto, —le corrigió Wynne con aire de superioridad—. Lo habría derrotado, como debo hacer cuando finalmente le alcancemos.

—¿Al igual que derrotaste al Archidemonio?

—Técnicamente hablando, yo creé al Archidemonio.

—Técnicamente hablando, vi a la anciana maga siendo reventada por la plaza.

—Sabes bien, Shale, que los demonios no lo crean todo en el Velo. Montan el escenario, como era, y nosotros lo llenamos con nuestros propios sueños y pesadillas.

—Quizás debería probar a tener pesadillas menos potentes.

—Siempre podríamos haber acabado en *tu* pesadilla, Shale, y encontrar a una paloma gigante en lugar de un Archidemonio. ¿Eso te habría complacido más?

—Habría disfrutado de la pelea más.

—Lo tendré en mente para nuestra próxima visita. El Hacedor sabe que todos existimos para complacerte.

Adrian observó mientras las dos continuaban. Eran claramente viejas amigas, acostumbradas a las debilidades de la una y la otra y sin miedo a señalarlas. Estaba también claro que Adrian era una extraña. Por la forma en que caminaban sólo un poco más rápido que ella, sutilmente excluyéndola de su compañía y conversación, era suficiente como para que ella se diera cuenta incluso aunque no lo comentaran. Le hacía echar de menos a Rhys aún más.

Los pensamientos sobre Rhys hicieron que su corazón se encogiera un poco. Debería haber ido con él, lo sabía ahora. En el momento quería castigarle, no por lo que el demonio clamaba sino porque era obvio que no confiaba en ella. No había parecido que hiciera tanto tiempo desde que fueran confidentes. ¿Pero ahora? Ahora guardaba secretos. ¿Cuántas oportunidades había tenido para contarle sobre Cole, y aún así permaneció en silencio? Él había sabido la verdad sobre la misión de Ser Evangeline y no dijo nada. Eso le decía que o pensaba que no podía guardar un secreto o que no poseía el juicio para no empeorar las cosas.

Sí, tenía sus defectos, pero también Rhys. Su temperamento era casi tan malo como el de ella, y él confiaba demasiado fácilmente. Ella estaba constantemente mirando sus intereses porque él se negaba. A veces se preguntaba si pretendía morir. Ciertamente no podría hacerlo más eficientemente si lo hiciera.

Adrian tenía pocos amigos dentro de los Libertarios aunque los lideraba… en realidad, si era honesta al respecto, no tenía ninguno. Los otros magos la veían como útil, el tipo de persona que decía lo que pensaba incluso cuando ellos eran demasiado tímidos. Rhys siempre la había apoyado, sin embargo. Estaba a su lado y creía en las mismas cosas que ella, creía que el Círculo era un lugar de opresión, y que los magos necesitaban

ser libres. Con él, lograr un cambio parecía posible. Sin él, simplemente ella se sentía sola.

Y ahora ella le había abandonado, posiblemente cuando él la necesitaba más. Todo lo que Adrian realmente quería saber era por qué consideraba a este Cole más importante que cualquier otra cosa… y por qué protegía a una templaria. El pensamiento de que de verdad pudiera perderle, para siempre, la llenó de temor.

Adrian aceleró para caminar junto a Wynne. La anciana hizo un mal trabajo ocultando su ceño fruncido. Un buen agradecimiento, pensó Adrian, por continuar ayudando incluso después de que todos hayan sido arrastrados involuntariamente al Velo. Por qué Rhys pensaba cualquier cosa en absoluto sobre la mujer, no podía imaginarlo. Era una de las magas más prominentes del Círculo, cierto, pero ella no era para nada como él… y no podía pensar en nadie menos maternal.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Adrian, molesta.

Wynne parecía sorprendida por la pregunta.

—¿Rescatar a Pharamond?

—Podrías haber ido con Rhys. En su lugar escogiste rescatar a… ¿qué? ¿Un amigo? ¿Por encima de ayudar a tu propio hijo? ¿Y si algo le sucede?

—Si estás preocupada por la seguridad de Rhys, entonces deberías haberle acompañado.

—Pero estoy aquí contigo, y creo que merezco una explicación. ¿Haces este tipo de cosas por todos tus amigos? ¿Son más importantes para ti que tu familia?

Wynne apretó la mandíbula, resoplando airada.

—No conoces nada acerca de mí.

—Pero conozco a Rhys, —insistió Adrian—, y sé que merece tu ayuda.

—Ya le he ayudado.

—Y ahora va a correr tras ese mago invisible, o lo que sea que sea… porque quiere ayudar al hombre, no porque demostraría su inocencia. Pero creo que sólo empeorará las cosas para él, especialmente con esa templaria allí.

Wynne sonrió entretenida.

—Por la forma en que dices “esa templaria”… realmente no te importa ella, ¿verdad? Personalmente, quiero decir.

—¿Hay algún motivo por el que debería? Ya escuchaste lo que dijo Ser Evangeline. Ella hará su deber, sin importar qué. No creo que Rhys entienda lo que eso significa.

—¿Y tú sí? —La mujer se encogió de hombros de una forma condescendiente que irritó a Adrian—. Hice una promesa a la Capilla. Eso es importante para mí. Es sólo que ocurre que Pharamond también es mi amigo, y me niego a verle abandonado a su destino.

—¿Incluso después de lo que ha hecho?

Wynne se detuvo. Ella se volvió y lanzó una mirada fría a Adrian.

—Para ser una Libertaria que clama tener los intereses de todos los magos en su corazón, pareces señaladamente dispuesta a dejar a un lado a aquellos que fracasan en alcanzar tus estándares. Parece que los templarios no son los únicos rápidos en juzgar.

Adrian fue abatida, insegura de cómo responder a eso sin meterse en otra discusión. Wynne pareció tomarlo como una aceptación, sin embargo, y sabiéndolo asintió.

—Como pensaba, —dijo ella—. Si es a mí a quien quieres juzgar, ciertamente puedes hacerlo. Te sugeriría considerar el hecho de que yo, al menos, tengo una misión así como un amigo al que ayudar. Tú no tienes ninguna de esas cosas. Si hay alguien a quien deberías estar haciéndole estas preguntas, es a ti misma.

Con eso la mujer aceleró su paso y se marchó. Adrian se quedó de pie en medio de la calle, desconcertada, con el golem mirándola. Los puntos de luz brillantes donde sus ojos deberían estar hacían difícil decir qué pensaba, pero Adrian imaginaba que estaba entretenida por el espectáculo.

—Debería ser más cuidadosa, —anunció el golem.

—¿Oh? ¿Por qué?

—La maga anciana la aplastará como a un insecto si la enfada.

Adrian resopló.

—Puede que tenga más experiencia, pero yo soy una encantadora sénior por un muy buen motivo. Nadie va a aplastarme.

—Hay cosas que no sabe sobre la maga anciana, —insistió.

—¿Como qué?

El golem se negó a elaborarlo, sin embargo, y en su lugar se marchó para alcanzar a Wynne. Adrian se quedó allí, frustrada. La anciana era una maga poderosa, pero ciertamente no había derrotado al Archidemonio de manos cruzadas, ¿no? ¿Cómo podía estar tan confiada como para esperar caminar directamente hasta el demonio que gobernaba esta porción del Velo y derrotarlo? ¿Qué se estaba perdiendo Adrian?

Procedieron a través de las calles vacías de la ciudad durante un tiempo, la voluta infaliblemente guiándoles. Las entradas abiertas punteaban los edificios por los que pasaban, y Adrian preguntó por qué no utilizaban alguna de ellas para alcanzar la torre. Una entrada en el Velo, después de todo, era simplemente una transición… podía ser utilizada para alcanzar casi cualquier parte que uno deseara. Wynne tenía sospechas, sin embargo, y clamaba que podían ser una trampa dejada por el demonio. Así que siguieron a pie.

No todo era desconocido. Adrian se percató del Palacio Imperial lejos en su colina, pareciendo tan resplandeciente como ella lo recordaba. Pasaron por las calles de la Belle Marché, pero donde normalmente habrían estado bulliciosas con mercaderes y entretenimientos de toda variedad, aquí simplemente estaba vacía. La plaza del mercado nunca estaba vacía, tal y como ella lo recordaba. Incluso por la noche estaba llena de gente, las tabernas llenas de festividad.

La Aguja Blanca se alzaba cada vez más grande cuanto más se acercaban a ella, la pálida torre disparándose directamente hacia el cielo como una lanza, casi como si fuera a alcanzar las islas flotando a lo lejos o incluso más allá. No era ni de cerca tan grande en la vida real, se dio cuenta Adrian. Esto era el producto de alguien para quien la Aguja

Blanca —quizás todo el Círculo de Magos— dominaba su paisaje mental. Ella simpatizaba.

Finalmente, como si la ciudad hubiera abandonado de tratar de confundirles con sus giros y cruces, la entrada a la torre apareció. La puerta forjada de hierro cubierta de enredaderas estaba abierta, como lo hacían las enormes puertas que llevaban al gran salón. Donde normalmente habría habido templarios protegiendo el complejo, o al menos visibles mientras viajaban dentro y fuera de la torre, el área parecía completamente abandonada.

—Parece que somos bienvenidos, —comentó Wynne.

El golem miró a la puerta y frunció el ceño.

—Va a cerrarse tras nosotras, ¿verdad? ¿Desea la anciana maga que la desgarre de sus goznes?

—¿Qué sentido tendría? Lo que buscamos yace en su interior. —Ella movió su mano hacia la voluta flotante y se movió grácilmente antes de parpadear fuera de la existencia. Se quedaron solas, el único sonido el leve silbar del viento entre los edificios tras ellas.

—No me gusta, —se quejó Adrian.

Wynne suspiró.

—Hay muy poco que pueda gustar de nada de esto.

Caminaron hacia dentro. El gran salón parecía justo como debería: el suelo de mármol a cuadros, los vastos arcos, las ominosas ventanas de cristal tintado. Al contrario que cualquier otra parte de la ciudad, esto parecía exactamente correcto. Casi esperaba que las puertas interiores se abrieran volando, y una horda de magos se pusieran en fila para su asamblea. Ninguno vino. El golem siguió mirando cada esquina de la cámara, apretando sus puños tan firmemente que Adrian podía oír el rechinar de la piedra. Le ponía más nerviosa de lo que ya estaba.

Vieron su primera persona viva mientras se movían hacia la planta principal de la torre. Los templarios deberían estar entrenando en el patio interior o al menos estar presentes en los pasillos. Esas primeras plantas eran sus barracas principales, después de todo; deberían estar por todas partes. Pero fue un único mago quien les saludó. Entonces Adrian vio las túnicas grises y se corrigió: este no era ningún mago, sino un Tranquilo.

El hombre caminó hacia ellas y se inclinó. Su sonrisa plácida era la misma que la mayoría de Tranquilos asumían, no porque estuvieran complacidos por nada sino porque sabían que tranquilizaba a los otros. Adrian lo encontraba repulsivo. De hecho, encontraba todo sobre ellos repulsivo. La idea de que esto pudiera serle hecho a ella tan fácilmente era a la vez tanto incómodo como ultrajante.

—Les saludo a todos, —dijo el Tranquilo—. ¿Hay algo que busquen aquí?

Wynne le estudió cuidadosamente. Ella alzó una mano para evitar que Shale atacara, sin mirar en la dirección del golem. Shale se enfadó, pero se quedó quieta.

—Estoy buscando a Pharamond, —dijo Wynne—. ¿Dónde podría encontrarle?

El hombre asintió, como si esperara esto, y señaló hacia arriba. El significado estaba claro: la cima de la torre. De algún modo Adrian no estaba sorprendida.

—¿Y quién podrías ser tú? —le preguntó Wynne.

—No soy nadie importante, meramente uno que ahora está contento.

La forma en que lo dijo, tan tranquilamente y con convicción, hizo que Adrian se estremeciera.

—¿Cómo sabemos que este no es el demonio? —le susurró a Wynne.

—No lo es. Lo percibiría. —Wynne no parecía segura, sin embargo.

El hombre sólo sonrió pacientemente.

—Lo entiendo si no confían en mí. He vivido toda mi vida como un peligro para los otros, y aunque ese tiempo ha pasado no me sorprendería saber que hay algunos que aún albergan sospechas.

—¿Qué quieres decir con que "ese tiempo ha pasado"? —le preguntó Adrian.

Hizo un gesto a la torre a su alrededor.

—¿No lo ven? Este lugar se alza como un monumento a una era hace tiempo olvidada. El Círculo de Magos ya no es necesario. Los templarios hace tiempo que se fueron, y aquellos de nosotros que permanecemos lo hacemos únicamente porque lo deseamos.

—No lo entiendo.

—Vengan, se lo mostraré. —Él les hizo un gesto, y se dirigió subiendo las escaleras. Shale hizo como para agarrarle, pero Wynne sacudió su cabeza en negación. Ella dio un golpe con su bastón en el suelo, iluminando la punta con un aura de poder. Intercambiando una mirada con las otras de que deberían estar alerta, le siguió.

Vieron a más gente mientras ascendían, hombres y mujeres merodeando sedados por los pasillos. Ninguno de ellos hablaba, y el único sonido que Adrian podía escuchar era el leve roce de sus túnicas grises. Algunos se detenían y asentían placenteramente mientras pasaban, pero no había ninguna sensación de preocupación o peligro.

No fue hasta que alcanzaron el nivel ocupado por los magos que empezó a entender su aprensión en aumento. Los salones interiores estaban abarrotados, al igual que Adrian los había visto antes. La gente estaba en montones, hablando de cosas en susurros calmados. Ninguno de ellos eran magos, aún así. Eran todos Tranquilos. Todos ellos.

—¿Lo ven? —les preguntó el hombre. Él parecía casi complacido mientras señalaba a la multitud. Algunos de ellos miraron en su dirección, aunque ninguno de ellos sonreía—. Como dije: los templarios ya no son necesarios. El orden ha sido restaurado en el mundo.

Un escalofrío de horror recorrió a Adrian. Esta era la pesadilla de Pharamond, entonces… y en muchas formas reflejaba la suya propia.

Wynne caminó hacia los salones interiores, sus ojos buscando entre la multitud. Sus labios presionados juntos en una sombría desaprobación, pero no parecía ni de cerca tan afectada por la escena como Adrian. Todo el mundo estaba tan *calmado*. El aura de paz que penetraba en la torre era como una mortaja, y Adrian no quería otra cosa que salir corriendo de ella gritando.

—¿Dónde está Pharamond? —exigió Wynne.

Todas las conversaciones cesaron. Cada ojo en la habitación se volvió hacia ellas, y Adrian sintió los pelos de su nuca erizarse. En el completo silencio que siguió, se volvió muy consciente de que estos *no* eran realmente Tranquilos. Eran parte del sueño, quizás incluso demonios, y podían volverse hostiles en un instante. Considerando cuántos había, eso sería muy malo ciertamente.

Shale caminó junto a Wynne, los puños apretados.

—¿Debo aplastarlos?

—Aún no.

—Lo que sea que vayáis a hacer, —murmuró Adrian—, sugiero que lo hagáis pronto.

La multitud partió de una vez, dando paso a un nuevo Tranquilo. Era un elfo, con pelo blanco largo y un aire de dignidad. Le llevó un momento a Adrian darse cuenta de que era el mismo elfo que habían visto en el laboratorio, pero sin ser retorcido por la posesión demoníaca. La única cosa igual eran sus ojos azules, radiando gentileza mientras asimilaba el grupo.

—*Ah, Wynne, has venido*. —Él sonrió.

Su expresión sombría no se suavizó. Un aura de poder blanco radió de su bastón, Adrian podía percibir el maná siendo invocado dentro de la anciana, incluso aunque no hiciera ningún movimiento para atacar. Sería prudente comenzar a preparar sus propios hechizos, sólo por si acaso. La tensión en la cámara era palpable.

—Tú no eres Pharamond, —dijo Wynne.

—*¿No lo soy? Somos uno, ahora y para siempre jamás.*

—Te expulsaré.

Él se rió entre dientes ligeramente, e hizo un gesto a los Tranquilos a su alrededor.

—*Mira a tu alrededor, Wynne. ¿Por qué luchas tanto? Este es el futuro que te espera. Yo lo sé, Pharamond lo sabe, y también lo sabes tú.*

—Este *no* es nuestro futuro, —insistió ella.

—*¿Y qué has hecho para evitarlo? ¿Todos esos años extra que te han sido concedidos, y qué has logrado salvo hacer que tus esfuerzos se te escapen entre los dedos como demasiada arena?*

Adrian observó asombrada mientras sus palabras hacían daño. La expresión de Wynne se arrugó con la duda.

—Yo… estoy haciendo lo que puedo, —murmuró ella.

Él se rió de ella.

—*¿Y qué es eso, exactamente? Dime, gran heroína de la terrible Ruina. Veo a una mujer cuya alma se ha marchitado, sin importarle otra cosa que un propósito que ahora se le escapa*. —El elfo atractivo caminó cerca y rozó su barbilla con su mano. Ella no se resistió—. *Estarías más feliz como una Tranquila, querida Wynne. Tu vida ha sido un error, y un desperdicio de todo lo que se te ha dado.*

El sudor se perló en su frente. La luz emanando de su bastón empezó a atenuarse, y sus rodillas flaquearon. Había una contienda invisible de voluntades entre Wynne y el demonio… y ella estaba perdiendo.

Shale se dio cuenta al mismo instante que Adrian. Con un grito furioso el golem cargó. Apartó de un golpe al elfo con un puño de piedra, mandándole volando lejos de Wynne con apenas un sonido. La anciana colapsó en el suelo, dejando caer su bastón.

De una vez los Tranquilos irrumpieron en acción. Surgieron hacia Shale y Adrian, sus caras aún plácidas y completamente en silencio mientras se aferraban a ellas con fuertes manos. Adrian trató de retroceder, horrorizada, y sintió que le tiraban del pelo. Estaba rodeada de cuerpos, y alguien estaba tratando de arrancar su bastón de su agarre.

—¡Basta! —gritó ella. El maná salió de ella en una corona de llamas, quemando a todo el mundo a su alrededor. Gritaron de agonía y se encogieron. Ella apretó sus dientes, recordándose a sí misma que no eran realmente personas… eran ficciones de un sueño. El demonio era el auténtico objetivo aquí.

Se concentró, perforando aún más en el pozo de su poder. Las llamas se intensificaron, y las empujó hacia donde vio el demonio justo volviendo a ponerse en pie. Una bola de fuego blanco surcó hacia él, todo lo que ella había metido en ella, y cuando le golpeó explotó en un infierno.

Él fue atrapado, así como los Tranquilos más cercanos a él. Aullaron mientras se encendían, tratando fútilmente de huir corriendo. Toda la habitación estaba llena de humo y olor a carne quemada. Adrian cayó de rodillas, drenada. Apenas vio a Shale a través de la feroz neblina, sacudiendo sus puños, mandando cuerpos a izquierda y derecha.

Y luego el demonio… salió caminando de las llamas. Estaba intacto, y sonreía entretenido.

—*¿Pensáis desafiarme en el corazón de mi heredad? Fuisteis estúpidas por siquiera venir*. —Él alzó una mano como atrayéndolas, y toda la torre empezó a sacudirse. El corazón de Adrian se encogió.

Y entonces Wynne se levantó.

Algo había cambiado en su interior. Se había ido la anciana; en su lugar una fuerza radiaba de su interior. Se irguió alta y desafiante.

—*Te equivocas, criatura del Orgullo*. —Su voz sonó con un poder sobrenatural que empujó atrás la oscuridad. Adrian la sintió pasar a través de su alma como un viento purificador—. *Lees mi mente, pero hay un lugar que no pudiste ni puedes alcanzar… y eso es lo que temes*.

La actitud fría del demonio se desvaneció. Se agachó ahora, mostrando sus dientes en un siseo furioso. Adrian vio sus rasgos cambiar, sutilmente cambiando del elfo atractivo que presentaba a algo feo y malvado, como si lo que yaciera bajo la piel estuviera ahora hirviendo hacia la superficie.

—*¡No perteneces aquí, espíritu!* —gritó él—. *¡Él es mío y no puedes arrebatármelo!*

Wynne caminó hacia él… no, no caminó. Se deslizó. Sus túnicas se habían transformado en una plata diáfana, fluyendo en el aire mientras su aura de poder se volvía incluso más brillante.

—*Ya lo has perdido*, —dijo ella. Su mano atrapó al demonio por el cuello y lo alzó del suelo. Él luchó, agarrándose inútilmente a sus brazos, y luego empezó a gritar. Se

formaron grietas por su piel, una luz blanca saliendo de ellas. Ardió, hasta que la luz le eclipsó…

Adrian escuchó la música.

Estaba por todas partes. La acogió y la temió al mismo tiempo, y en un único momento se la llevó. Arriba hacia el cielo fue llevada, lejos de la torre, del fuego, y los gritos agonizantes de los Tranquilos… su gloria exquisita se agudizó hasta que quiso llorar para que se detuviera.

Y entonces se despertó.

Capítulo 13

El mundo volvió a la claridad lentamente, y le llevó a Rhys varios minutos antes de darse cuenta de que estaba en el suelo del laboratorio. Los otros estaban dispersos a su alrededor, algunos de pie, pero todos ellos parecían aturdidos. Fue como si una neblina se alzara de su mente, pero al mismo tiempo se sentía como si esto fuera el sueño y el mundo que hubiera dejado atrás fuera la realidad.

La magia vibraba en el aire como electricidad. El Velo estaba desgarrado, como si una ventana invisible se hubiera quedado abierta, y un viento acre estaba ahora soplando. Se estremeció en reacción, desesperadamente queriendo arañar cualquier parte que la magia tocara.

Miró alrededor. Todo por el laboratorio estaba sin cambios: el aire igual de tranquilo, la oscuridad igual de opresiva. La única cosa diferente era el demonio. Se había ido la abominación retorcida, reemplazada por un elfo mayor con pelo largo blanco. Su cara estaba pálida, con las ropas maltrechas empapadas de sudor, y él agarró los brazos de la silla tan firmemente que sus nudillos se volvieron blancos.

—¿Esto… esto es real? —preguntó a través de respiraciones ajadas.

Todos los ojos se volvieron hacia él, como si el sonido de una voz hubiera destrozado la calma antinatural. Wynne se puso de rodillas y reptó más cerca, pero permaneció fuera del círculo de unión.

—¿Pharamond? —Susurró ella, su voz cargada de preocupación—. ¿Estás…?

El elfo la miró incrédulo. Las lágrimas inundaron sus ojos azules cristalinos, y empezó a temblar… y luego de repente estalló en una carcajada. Saltó en pie, mirando alrededor a cada esquina de la habitación con una sonrisa estúpida incluso mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡Soy yo! —gritó—. ¡Soy realmente yo!

Pharamond dejó salir un grito jocoso y corrió hacia la sorprendida Wynne, arrastrando sus pies. Extendió sus manos firmemente, abriendo la boca varias veces como si fuera incapaz de formular las palabras que necesitaba. Entonces la aplastó con un abrazo firme.

—Gracias, Wynne, —sollozó él—. Gracias, oh, no puedo siquiera empezar a contarte…

Rhys se dobló del dolor mientras se levantaba, sus huesos doloridos. No había forma de decir cuánto tiempo había yacido allí. El tiempo en el Velo no era el mismo que en el mundo real. Podría haber pasado un día, un par de horas, o incluso un par de minutos. Se sentía una eternidad. Probablemente tendrían suerte de haber matado al resto de los demonios antes de que el ritual se realizara. Si no lo hubieran hecho, probablemente todos estarían muertos. Atrapados en el Velo eternamente, inconscientes de por qué no podían abandonar la tierra de los sueños hasta que finalmente se olvidaran de que siquiera necesitaban hacerlo.

Vio al golem en pie cerca, su ceño pedroso arrugado en consternación. Adrian estaba junto a él, frotándose los hombros. Parecía poco característicamente silenciosa, observando a Wynne con una mirada de desconfianza. Qué estaba pasando por su cabeza, no podía siquiera imaginarlo… ¿había ocurrido algo con Wynne después de que se hubieran separado? Evangeline, mientras tanto, estaba acabando de ponerse en pie. Se dio cuenta de su intención incluso antes de que desenvainara su espada.

—Aléjate de él, —ordenó Evangeline a Wynne. La espada estaba apuntando no a ella, sino a Pharamond.

El elfo la miró, su expresión volviéndose instantáneamente desde la alegría al puro terror.

—¿Qué estás haciendo? —tartamudeó él. Se retiró, casi tropezando con su prisa, pero Evangeline mantuvo el paso. Su espada no se movió.

—Creo que está claro lo que estoy haciendo.

Wynne se interpuso entre los dos. Ignoró el hecho de que la punta de la espada estaba a poco más que centímetros de su pecho.

—No permitiré que le mates, templaria, —dijo ella firmemente. Shale se irguió junto a ella, alzándose peligrosamente en una escena reminiscente de lo que acababa de pasar en el Velo.

—¿Eso es así? —Evangeline ignoró al golem, sus ojos permaneciendo fijos en Pharamond. —¿Puedes siquiera estar segura de que ya no está poseído? Su apariencia ha cambiado, pero sabes que eso no significa nada. Podría ser un truco.

—No es ningún truco. —Wynne hizo un gesto hacia el círculo de unión, las runas de sangre ahora dispersas. Su significado era obvio: Pharamond había cruzado el umbral de su propio acuerdo.

Evangeline miró las runas, la verdad percollando, y reluctantemente ella bajó su espada. Ella no la envainó, sin embargo.

—Muy bien, —dijo ella. Vaciló antes de dirigirse de nuevo a Pharamond—. Tú, sin embargo, tienes mucho por lo que responder.

—¿Por lo que responder? —parecía genuinamente perplejo.

—Tus acciones han llevado a la muerte de cada inocente en esta fortaleza.

Las palabras parecieron golpearle como un trueno. El elfo se encogió, mirando a Evangeline con los ojos como platos… y cuando Wynne trató de aproximarse a él preocupada él retrocedió de ella también.

—No puedes referirte… —empezó él, su voz desapareciendo mientras la revelación se alzaba. De repente salió corriendo hacia la puerta del laboratorio.

—¡Aguarda! —gritó Evangeline. Se detuvo lo suficiente como para mirar acusadoramente a Wynne antes de correr tras él. Los otros siguieron rápidamente su rastro.

Pharamond no había ido lejos, aún así. Le encontraron en la cámara exterior, hundiendo sus rodillas de horror. Toda la habitación aún estaba amontonada de cuerpos quemados, la neblina humeante llevando el hedor de la carne podrida y chamuscada.

Estaba casi demasiado oscuro para ver, y por eso el estómago revuelto de Rhys estaba agradecido.

—Yo nunca… —Pharamond estaba abrumado, sacudiendo su cabeza en negación. Cogió aliento profundamente—. Pensé que les tenía protegidos de…

—Sellaste las puertas, —señaló Evangeline.

—¡Una precaución! —objetó él—. ¡Sugerencia del Señor Mayor!

—¿Sabían de esto?

Él asintió lentamente.

—Ellos… me apoyaron. Creyeron en mí. En el momento pensé que era lógico, pero nunca… —Mirando alrededor a los cuerpos muertos, el elfo empezó a temblar. Un gemido de dolor se escapó de sus labios mientras empezó a sollozar—. Los maté, ¿verdad? Soy responsable.

Rhys observó incómodamente mientras el elfo rompió a llorar. Este no era un dolor normal, sino más como un dolor retorcido extraído a la fuerza del hombre. Todo su cuerpo se convulsionó con sollozos, y se cubrió la cara mientras se mecía atrás y hacia delante en el suelo.

Wynne vaciló sólo un momento antes de correr a arrodillarse a su lado, una mirada dolorida en su cara mientras reconfortantemente sostenía sus hombros.

—Pharamond, —murmuró ella—, sé que esto te perturba enormemente, pero no podemos quedarnos. Debes recomponerte.

Alzó la mirada de sus manos, sus ojos vidriosos y rojos con lágrimas.

—¡No puedo! —gritó él—. Yo… ¡puedo sentirlo todo ahora, y no puedo parar! ¡Oh, que el Hacedor me ayude!

Pharamond colapsó en el suelo, marchito de dolor. Gritó como un niño lo haría, manoseando las cenizas del suelo. Wynne trató de ayudarle, pero no podía ser movido. Ella miró a los otros alarmada… y a Rhys específicamente.

Seguro que esto era peor que ser Tranquilo… ¿no sentir nada en absoluto durante tanto tiempo, y luego sentirlo todo a la vez? El hombre estaba a merced de sus emociones, en tal dolor que era como ver a un animal atrapado. Parte de Rhys gritaba que debería tratar de ayudar, pero aún se quedó congelado en el sitio.

Finalmente, Evangeline caminó hacia delante. Wynne alzó una mano en objeción, pero la templaria la ignoró. Ella tiró de Pharamond por el hombro… y luego le abofeteó de lleno en la cara. Fue un golpe duro, mucho peor por sus guanteletes de metal, y el elfo sucumbió con apenas un sollozo.

—Yo podría haber hecho eso, —resopló el golem.

Wynne se alzó, su cara retorcida con furia, pero se detuvo antes de que se dijera ni una palabra. Pharamond ya estaba levantándose del suelo. Parecía que el golpe había demostrado ser efectivo: sus sollozos habían cesado. Ahora se frotaba la mejilla, una rojez formándose, y miró alerta a Evangeline.

—Dime lo que hiciste, —exigió ella.

Pharamond se detuvo, mirando a Wynne como pidiéndole permiso. La anciana asintió, un gesto que a Evangeline no se le pasó por alto.

—He estado estudiando la naturaleza del Rito de la Tranquilidad durante muchos años… cómo secciona a uno del Velo de forma que ya no puede soñar, por qué evita que sufran posesión demoníaca, y si una alternativa era siquiera posible. Ha sido… el trabajo de mi vida.

—Los Tranquilos no hacen nada que no se les pida.

—¡Eso no es cierto! Tenemos libre voluntad. Sólo es que… no deseamos nada, no luchamos por nada. —Se detuvo, mirando a la distancia—. Pero no importa. Se me *pidió* hacer esto. Fui comisionado para realizar mi investigación por parte de la Capilla.

—¿La Capilla? —Evangeline frunció el ceño—. ¿Sabían de esto? —Ella miró acusadoramente a Wynne, pero la anciana meramente sacudió la cabeza. Evidentemente no sabía acerca de esto tampoco.

—Por supuesto que sabían de esto, —dijo Pharamond, casi ultrajado—. ¿De qué otra forma habría estado yo aquí? ¿Por qué otra cosa habría siquiera venido?

—¿Pero ellos sabían lo que estabas haciendo? —Evangeline hizo un gesto a la carnicería a su alrededor—. ¿Sabían que pretendías invocar un demonio?

—¡Yo no lo invoqué! —Se detuvo, considerando sus palabras—. Me di cuenta pronto de que la Tranquilidad no era reparable desde este lado del Velo. Necesitaba hacerse desde el otro lado. Un espíritu tenía que hacer de puente en ese hueco… y sólo podía hacerse si sabía exactamente dónde mirar. El Rito deja a los Tranquilos invisibles a los espíritus.

—No sólo son invisibles, son inmunes…

—¡No inmunes! —El elfo se excitó, del modo que lo hacía un erudito hablando de su tema favorito—. ¡Indeseables! Un demonio busca poseer a un hombre porque desea experimentar la vida. Para ellos un Tranquilo no es mejor que un objeto inanimado. Peor, ya que un Tranquilo se resistirá. Si va a cruzar ese puente para poseer a un Tranquilo, necesita ser *atraído*…

Wynne frunció el ceño confundida.

—¿Así que buscaste ser poseído a propósito? Pharamond, ¿qué esperabas siquiera obtener?

Él suspiró.

—No pretendía ser poseído. Sólo necesitaba el puente a cruzar, para ver si podía hacerse. Vine a un lugar donde el Velo era fino, donde un espíritu podía ser encontrado y te pudieras comunicar con él.

Pharamond se arrodilló junto a uno de los cuerpos chamuscados, su expresión llena de dolor. Extendió una mano como para tocarlo, pero no pudo. Retiró su mano rápidamente, cerrando sus ojos de golpe para luchar contra las lágrimas renovadas.

—Esta gente era tan agradable. Como una familia. Creyeron que fui dañado, y quisieron sanarme. Estaban dispuestos a aceptar el riesgo, y lógicamente yo creí… —él se atragantó.

Evangeline sacudió la cabeza enfadada.

—Los mataste a todos por nada. Lo que fuera que hayas obtenido es inútil.

Él sacudió la cabeza.

—No lo es, en realidad.

Ahora Adrian caminó hacia delante, su expresión curiosa.

—¿Qué quieres decir con que no lo es?

—Creía que era necesario que un demonio intentara poseerme, que el acto de intentarlo por sí mismo restauraría mi conexión con el Velo. —Abrió sus ojos y miró con intensidad a Adrian—. Pero no fue para nada eso. Sólo necesité que el demonio alcanzara ese hueco y tocara mi mente, nada más. En el instante en que ocurrió, fui curado. La posesión vino… después.

—Pero cualquier espíritu podría hacer eso, —señaló Rhys. Cuando Evangeline le miró incrédula, él lo repitió—: Cualquier espíritu podría hacerlo, suponiendo que sean lo suficientemente fuertes. No tiene por qué ser un demonio.

Pharamond asintió.

—Requeriría que un médium espiritual coaccionara a uno.

—*Yo soy* un médium espiritual.

La habitación estaba en silencio mientras eso calaba. Adrian asintió con aprobación, pero Evangeline se negó a ser movida.

—Debéis estar locos, —resopló ella—. Ninguno de vosotros puede honestamente pensar que esto debería intentarse de nuevo. ¡Mirad a vuestro alrededor!

—¿Y en su lugar deberían haber muerto por nada? —Exigió Adrian—. Este hombre ya no es un Tranquilo. ¡Si su trabajo puede utilizarse sin repetir lo que ocurrió aquí, merece la pena perseguirlo!

—Invertir la Tranquilidad no es de beneficio para nadie. —Antes de que Adrian pudiera responder, Evangeline hizo un gesto a Pharamond—. ¡Mírale! ¿Su condición es mucho mejor? ¿Y si nunca mejora?

—¿Y si lo hace?

—¿Y si todo el motivo por el que fue convertido en Tranquilo en primer lugar aún es válido? No utilizamos el Rito sin causa. Este hombre podría ahora ser un peligro, para sí mismo así como para otros... como para la gente de esta misma fortaleza.

Pharamond asintió con tristeza.

—Es cierto.

—¡No la escuches! —le ordenó Adrian. Cuando vio a Evangeline alzando su espada, ella saltó entre la templaria y Pharamond—. ¡No te dejaré hacer esto! La Tranquilidad no es una respuesta… Pharamond ya sabe más sobre ello de lo que a cualquiera le gustaría averiguar. ¡Se le debería permitir encontrar otra solución!

La expresión de Evangeline era sombría.

—Hay sangre en este conocimiento, como lo habría en cualquier cosa que salga de él. Darías falsas esperanzas a aquellos que merecen algo mejor. —Logró moverse alrededor de Adrian, su espada preparada, pero Adrian la interceptó.

—¡No! —gritó ella. Miró indefensa a Rhys—. ¡Esto es de lo que los Libertarios siempre han hablado! ¡Los templarios no tienen derecho a hacer esto! ¿No lo ves? ¡Esta es nuestra oportunidad para deshacer lo que el Círculo nos ha hecho durante siglos!

Por supuesto que eso es de lo que esto iría, para ella. Rhys no estaba tan seguro él mismo. Incluso si pudiera repetir el ritual de Pharamond a salvo, ¿debería? Evangeline no se equivocaba.

—Adrian, yo…

Ella le abandonó y se dio la vuelta para mirar a Wynne.

—¡Este es tu amigo, el que estabas determinada a salvar! ¡No es posible que dejes que sea condenado por esto!

Wynne no dijo nada al principio, meramente mirando a Adrian inescrutablemente. Rhys no podía creer que Wynne estuviera tan calmada acerca de esto.

—Admitiré, —dijo finalmente—, que no me da ningún placer ver a Pharamond atormentado, y me desagradaría la noción de que pudiera ser castigado de inmediato. Pero él *invitó* al demonio a entrar. Esto no fue ningún accidente.

—¿Y qué diferencia hay? —Exigió Adrian—. ¡Tú *de todos* deberías saberlo!

Wynne se levantó, el agarre en su bastón firme mientras miraba a Adrian.

—Sí, creo que yo *de todos* sé exactamente la diferencia.

—¡Hipócrita!

Rhys estaba confundido. Había una tensión entre las dos que había ido más allá de la hostilidad habitual de Adrian. Habría intervenido si Evangeline no hubiera interrumpido.

—Hemos acabado de hablar de esto, —dijo brevemente. Miró a Pharamond, alzando su espada—. Has empleado magia prohibida y pagado un precio terrible de los inocentes. Este crimen no puede pasarse por alto. En nombre de la Orden de los Templarios yo por la presente…

Adrian gritó ultrajada, disparando un estallido mágico de su bastón. Golpeó a Evangeline directamente en la placa pectoral, mandándola volando de espaldas. La templaria cayó al suelo en medio de varios cuerpos, dejando salir un gruñido de sorpresa. La espada no abandonó su mano.

—¡Adrian! —Gritó Rhys—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Lo que deberíamos haber hecho cuando llegamos!

Él se volvió hacia Wynne con alarma, pero permaneció donde estaba, frunciendo el ceño mientras observaba desplegarse la escena. Ella no hizo ninguna señal de que fuera a intervenir. Shale se movió más cerca para protegerla.

Evangeline se volvió a levantar, limpiándose la marca de calcinación dejada en su armadura. Su expresión era temible de soportar; claramente había acabado de ir de buenas.

—Eso fue un error, —gruñó ella. Mientras asumía una postura de combate, la energía blanca cursó a través de su espada… el poder de un templario preparado para luchar contra un mago. Adrian invocó maná, una bola de llamas rojas ya formándose en su mano.

—¡Esperad!

Rhys se dio cuenta de que el grito era suyo. Una vez más, su boca había actuado con mente propia. *Estúpida boca*, se dijo a sí mismo. *¿Por qué siempre debe ser la que habla?*

Evangeline vaciló, e incluso adrian miró en su dirección. La tensión en la habitación era densa, y parecía como si todo lo que requiriera fuera una chispa y no hubiera vuelta atrás. Rhys se lamió los labios, de repente al tanto de lo secos que estaban. Su corazón rápidamente estaba palpitando.

—Hay otra opción, —dijo él lentamente. Cuando nadie respondió, se movió para erguirse entre los dos. Ambos le miraron cuidadosamente. Adrian en particular parecía llena de furia muda. Sus ojos decían. *Tú deberías estar ayudándome*, pero sabía que no podía hacer eso, sin importar cuánto quisiera que lo hiciera.

—¿Qué otra opción? —preguntó Evangeline, su tono escéptico.

—La Capilla pidió a Pharamond hacer su investigación. Quizás no sabían lo que pretendía hacer, ¿pero no es posible que consideraran que sus hallazgos fueran importantes, incluso así? —Él se detuvo, pero Evangeline no respondió. Sus ojos permanecían fijos en Adrian, su alzamiento sin abatir—. ¿Por qué no llevarle a la Capilla y dejar que ellos decidan? ¿Por qué debes dictar sentencia aquí?

—Tengo mis órdenes, —afirmó ella.

Wynne caminó junto a él, su interés de repente afectado.

—Tus órdenes vienen del Señor Buscador, ¿pero de dónde vienen las suyas? Mi misión fue aprobada por la Divina en persona. Si alguien tendría un interés en esto, sería ella.

Adrian se erizó ante la cháchara, el fuego mágico curvándose de camino por sus brazos. Quería luchar, Rhys podía ver eso. Evangeline, sin embargo, parecía considerar la idea. Su espada aún chispeaba de energía, pero en lugar de mirar a Adrian, ella estaba mirando pensativa a Pharamond.

—¿Aún quieres ser la que decida esto? —preguntó Rhys.

Lentamente ella bajó su espada, y su poder se desvaneció.

—No, —dijo ella—. Tengo un deber con la Orden Templaria… pero tengo uno con la Capilla también. Al final su decisión puede que sea la misma, pero no puedo negarles la oportunidad de tomarla.

Adrian casi parecía decepcionada. Ella liberó la llama mágica y retrocedió. Una única mirada a Rhys le dijo lo que pensaba de su interferencia.

—Entonces está resuelto, —dijo Wynne—. Volvemos a Val Royeaux, y mandaré un aviso por delante para que la Divina espere nuestra llegada. Dejemos que resuelva este asunto.

—¿Y qué va a ser de Pharamond, entonces? —Exigió Adrian—. ¿Y si a la Capilla no le gusta lo que escucha?

—Ya lo veremos.

—Esa fue tu respuesta antes.

—Y sigue siendo cierta.

Evangeline asintió y envainó su espada, aunque la habitación parecía no menos tensa por su acuerdo. Ella y Adrian intercambiaron una mirada seria que decía que finalmente habría un ajuste de cuentas entre las dos. Rhys no entendía por qué Adrian seguía presionando… si Evangeline hubiera deseado ser irrazonable, lo habría sido. En su lugar escogió confiar su decisión a una autoridad mayor. ¿Seguro que eso tenía que contar para algo?

Wynne ayudó a Pharamond a ponerse en pie. El elfo parecía confuso, inseguro de si el asunto estaba ahora realmente decidido. ¿Se marcharía? ¿Le salvarían la vida? Rhys podía entender su vacilación. Como el suyo mismo, el destino de Pharamond probablemente era uno pospuesto. Mientras tanto, sin embargo, el derramamiento de sangre fue evitado.

Pharamond miró tristemente a los cuerpos que le rodeaban, sus ojos vacíos. Una vez se fueran de este lugar, estaría tan muerto como la tierra que lo rodeaba. ¿Alguna vez alguien vendría a ocupar el lugar de aquellos que habían vivido aquí, sabiendo lo que les había ocurrido? Parecía improbable; la fortaleza se convertiría en una tumba.

Un monumento digno, quizás, a la búsqueda del conocimiento prohibido.

Cole se ocultaba en las sombras de la cámara de entrada superior de la fortaleza. Era una pesadilla fuera. Podía ver la luna en el cielo claro a través del par de ventanas. Eso significaba que el lugar estaba benditamente oscuro, lo cual estaba bien. No quería verlo. No quería que se le recordara lo que había sucedido aquí. Mucho peor era el silencio que ahora se acomodaba sobre todo, un silencio tan total que era abrumador.

No hacía mucho tiempo, no había estado ni de cerca tan silencioso. Se había despertado ante el sonido de gritos enfadados. Lentamente se había abierto paso a través de los pasillos negros como el carbón hasta que encontró la fuente: Rhys y los otros discutiendo en una cámara llena de muerte y humo, la luz de sus bastones ofreciendo una pista de la batalla que había ocurrido aquí… cuerpos retorcidos y quemados, dispersos entre las cenizas de una forma no muy distinta a la de los soldados que recordaba de la plaza de la ciudad.

No estaban discutiendo acerca de los cuerpos, sin embargo. Esto tenía algo que ver con el extraño elfo con las túnicas maltrechas, alguien a quien Cole no había visto nunca antes. La Caballero-Capitán quería matarle. Pelirroja se negaba a dejarle. A nadie parecía importarle lo que quisiera el elfo. Incluso desde una distancia, Cole podía ver la desesperación en sus ojos. Quería muerte. Si dependiera de él, la habría abrazado felizmente y habría dejado que le bañara en ese olvido oscuro y pacífico.

Pero no fue asesinado. Cole estaba acurrucado al borde de la habitación, manteniendo una mano en su daga por si acaso Rhys le necesitaba, y observó la tensión formarse… y luego finalmente llegó a un fin. Nadie parecía contento con el resultado, aún aunque Cole no estaba seguro de cuál era. El menos feliz de todos era el elfo.

Cole se sintió mal por él, arrodillándose allí tan desesperanzado y solo.

Ahora no sabía que debería hacer después. Los recuerdos del mundo de los sueños le plagaban. Muchos de los detalles ya se estaban desvaneciendo, como lo hacían a veces los sueños, pero la esencia perduraba. Los recuerdos habían bullido como alguna cosa podrida enterrada, y su hedor perduraba en las fosas nasales.

Había una vaga recolección de sentarse sobre el pecho de su padre. La sangre saliendo a borbotones de la boca del hombre. Cole sostenía la daga enfrente de sus ojos, le dejó mirarla. Quería que el hombre supiera que era Cole quien estaba acabando con su vida, evitando que hiriera a nadie más. Recordaba a su padre tratando de hablar, e imaginaba que el hombre habría rogado por su vida, pero nada salió salvo más sangre.

La satisfacción de hundir la daga en el corazón de su padre estaba impresa en su alma. La daga de su madre. La única pieza de la gente de la espesura que ella había guardado, y cuando su padre trató de venderla ella la había enterrado en el campo. Cole había observado, y ahora recordaba haber desenterrado la daga, aferrándose a la tierra con los dedos desnudos mientras las lágrimas herían sus ojos.

Recordaba a su hermana, también. Demasiado bien. El pensar en ella le hizo doblarse del dolor, y quiso borrar los pensamientos de su mente. Volver a olvidar. Pero los recuerdos se negaban a marcharse, y cada vez que cerraba los ojos veía imágenes involuntarias ahí, esperando.

—¿Estás bien?

La voz era sorprendente, principalmente porque Cole pensaba que había estado escuchando. En su lugar había estado tan envuelto en sus propios pensamientos que no se había percatado de Rhys entrando en la habitación. La luz azul-plateada de su bastón rechazó las sombras un poco, al menos de momento, y se sintió agradecido.

—No me necesitabas, —admitió Cole avergonzado—. Recorrí todo este camino porque pensé que te herirían, pero no lo hicieron. Debería haber vuelto cuando me dijiste que lo hiciera.

Rhys no dijo nada. Tenía la mirada de siempre cuando venía a ver a Cole en la torre, una de lástima y preocupación. Era difícil para Cole mirarle cuando hacía eso. Miró al suelo en su lugar, y trató de no flaquear cuando Rhys se sentó en las escaleras junto a él.

Durante varios minutos no dijeron nada, el único sonido el leve zumbido emitido por el bastón de Rhys. Finalmente Rhys rompió el silencio.

—Esa casa en el Velo, —comenzó él vacilante—, ¿era tu hogar? ¿Es de ahí de donde vienes?

—No lo sé. Sí.

—¿Y ese hombre era tu padre?

—Sí.

Otra pausa, y luego Rhys asintió lentamente.

—Siento que eso te ocurriera, Cole. Yo nací en el Círculo, así que no sé cómo es para los magos que no lo han hecho… pero escuchas cosas. La mayoría no quiere hablar de ello.

Cole no sabía cómo responder. Nunca había hablado con ningún otro mago. Era cierto que nunca había oído a nadie hablar sobre sus antiguas vidas. Había pensado que era porque no querían pensar en lo que no podían tener. ¿Pero quizás querían olvidar también?

Rhys le miró. Tras un momento, Cole alzó sus ojos y encontró su mirada. Se sintió extrañamente incómodo, como si Rhys hubiera expuesto algo privado, algo que Cole no podía asimilar. Fue extraño sólo porque Cole nunca había sabido que siquiera existía antes de haber ido a ese reino de los sueños… pero ahí estaba ahora, esta extraña cosa yaciendo entre ellos.

—No eres responsable de lo que le ocurrió, Cole.

Y ahí estaba. Cole apartó la mirada, sintiendo el rubor alzándose en sus mejillas. Quería llorar, o gritar, o… algo. Un grumo oscuro en la profundidad de su interior se apretó, algo que había estado ahí todo el tiempo, pero a lo que se había acostumbrado. Silenciosamente mascándolo.

—Ni siquiera la recuerdo, —murmuró él.

—Eso no es cierto.

Él se movió incómodamente en las escaleras.

—No pretendía hacerlo.

—Lo sé.

—Sólo estaba tratando de mantenerla callada, de forma que Papá no nos oyera. Pensé que estaba siendo tan buena, también, tan silenciosa… —Se atragantó, incapaz de continuar.

—Lo sé. —Rhys puso su mano en el hombro de Cole. Un gesto tan simple, aún así tan reconfortante.

También se encontró alegrándose increíblemente porque Rhys no estuviera ya enfadado con él. Desde la pelea en la cripta, había estado preocupado porque Rhys nunca quisiera verle de nuevo. Y se lo había merecido, también, después de la forma en que había apartado a Rhys. El alivio fue tan insoportable que sintió las lágrimas venir. Se abrieron paso a empujones como un manantial, y antes de saberlo estaba sollozando.

Rhys puso un brazo a su alrededor y le abrazó firmemente, y enterró su cara en el hombro del hombre. No podía recordar la última vez que había llorado. Se sentía como si nunca lo hubiera hecho, como si estuviera tan seco dentro que esas lágrimas fueran una cosa extraña e incómoda. Pero se sentía bien al igual que se sentía desgraciado.

Y entonces Cole se quedó helado mientras se daba cuenta de que alguien más estaba en la habitación.

Rhys se dio cuenta de ello, también, y se detuvo para mirar hacia la entrada de la cámara. La Caballero-Capitán estaba allí, mirándoles. Había una marca de calcinación horrenda en su placa pectoral, justo donde la insignia de la marca solar estaba. Parecía como si alguien la hubiera señalado.

—Siento haber dudado de ti, Rhys, —dijo ella.

Él se aclaró la garganta.

—No me di cuenta de que me habías seguido.

—Los otros están ayudando a Pharamond a recoger sus cosas. Me di cuenta de que te habías ido… otra vez. No fue difícil imaginar a quién habías ido a buscar.

—¿Puedes… verme? —preguntó Cole.

—Puedo. —Ella caminó hacia delante, pero se detuvo cuando él se levantó alarmado—. ¿Podría ser que tu maldición se haya roto?

—No lo sé.

—Es posible que el verlo en el Velo cambiara algo, —dijo Rhys—. Pero no tenemos ni idea de si eso durará. Fácilmente podrías olvidarle de nuevo.

Era cierto. El pensamiento perturbó a Cole, pero al mismo tiempo estaba siendo visto por alguien con quien no había tenido que esforzarse por interactuar. Y ella le *recordaba*. En el mundo de los sueños eso no parecía tan real, ¿pero aquí? Aquí lo era todo.

La forma en la que ella le miraba era extraña, sin embargo. Era como si no pudiera creer del todo que estuviera allí, o como si esperara que se transformara en otra cosa. Un insecto, quizás. O un demonio.

—¿Vas a matarme? —preguntó finalmente.

Rhys miró a la Caballero-Capitán con alarma. Entonces ella sacudió la cabeza, una expresión perturbada en su cara.

—No. Creo que ya he hecho suficientes amenazas hoy.

Ella caminó hacia él de nuevo, más lentamente esta vez, y se arrodilló a los pies de las escaleras no muy lejos de allí. Escrudiñó a Cole con sus hermosos ojos.

—Yo estuve ahí, —dijo ella—. Vi lo que te ocurrió. Lo *sentí*. No puedo decir que no serás juzgado por tus crímenes, pero no será por mí.

Él no sabía qué decir.

—Vuelve al Círculo con nosotros, —continuó ella—. Si Rhys va a ser liberado de las sospechas del Señor Buscador, necesitará evidencias. Si tu maldición no se ha roto, le haremos verte al igual que yo te he visto. Lo que ocurra después de eso… Hablaré en tu defensa. Eso es todo lo que puedo ofrecer.

Rhys le sonrió agradecido, pero ella no miró hacia él. Los ojos de la Caballero-Capitán permanecieron intensamente sobre Cole. Había honestidad allí. Cole la creía.

—¿Por qué me defenderías?

—Porque el primer deber de los templarios es proteger a los magos. Rhys me dijo que te habíamos fallado, y tiene razón. Si hay alguna posibilidad de que el Círculo pueda ayudarte, creo que deberíamos intentarlo.

—Probablemente le conviertan en un Tranquilo, —dijo Rhys—. Lo sabes.

Su expresión se llenó de compasión.

—¿Sería eso tan terrible?

Una vida sin sueños, y sin recuerdos. Sin el terror de ser tragado por la oscuridad y desvanecerse para siempre.

—No, —murmuró Cole—. No sería tan malo.

La Caballero-Capitán le extendió su mano… y él la tomó.

Capítulo 14

Rhys trató de no pensar en lo que le esperaba en la Aguja Blanca mientras el grupo viajaba de vuelta a Val Royeaux. No fue fácil. La tensión vibraba justo bajo la superficie en el grupo, preparada para derramarse en hostilidad si cualquiera hacía tanto como decir la palabra equivocada, y por lo tanto todo el mundo se las reservaban para ellos mismos. Eso le dio demasiado tiempo para pensar.

Trató de observar de cerca a Cole. Era fácil decir que el joven estaba teniendo dificultades para pasar tanto tiempo en la compañía de aquellos que podían verle, y cada mañana cuando se despertaban se sorprendía una vez más de descubrir que no sólo aún era visible, sino recordado.

Por todo el mundo salvo Pharamond, es decir. Tan descorazonador como era observar la revelación de Cole de que su maldición aún le afectaba, también era interesante observarla en marcha. Durante el tiempo en que Rhys había conocido al joven, nunca había tenido la oportunidad de ver qué ocurría cuando estaba en compañía de alguien durante un periodo extendido. Pharamond nunca veía del todo a Cole salvo que se le llamara la atención hacia él, y cada vez que pasaba el elfo se sorprendía de nuevo de encontrar a un “extraño” de repente entre ellos. Apenas recordaba las presentaciones hechas previamente, y en unos minutos Cole se le escaparía de su atención de nuevo.

¿Qué tipo de magia podía hacer esto? Antes de entrar al Velo, Rhys había hablado a los otros sobre Cole y nunca olvidaron su nombre despueś. ¿Por qué Pharamond sí? ¿Era sólo porque Cole estaba presente? Si conocerle en el Velo era lo que había permitido a los otros verle y recordarle, ¿era la solución para acabar la maldición de una vez por todas? Era un puzle, y muy probablemente uno que Rhys nunca tendría ocasión de solucionar.

Adrian no estaba haciendo las cosas más fáciles. Parecía estar enfadada con todo el mundo. Evangeline, decía ella, iba a traicionarles, y no ponía reparos en darle voz a sus sospechas. Echaba humo en presencia de Wynne, haciendo comentarios ácidos sobre cómo la mujer debería haberla apoyado —comentarios sin duda intencionados para Rhys también— y discutía con ella sobre la importancia de la investigación de Pharamond. Creía que les esperaba un enfrentamiento en el momento en que volvieran a la Aguja Blanca, y la negación de Wynne sólo la ponía más furiosa. A Cole le evitaba como a la peste, mirándole acusadoramente si se acercaba demasiado.

A Rhys no le decía nada en absoluto. El silencio helado era enervante, aún más porque ella se sentaba tras él ahora que Pharamond cabalgaba con Wynne. Podía sentir sus ojos perforando su nuca, y ella se agarraba a su pecho tan tensa que se sentía extraño. Parte de él se preguntaba si alguna vez recuperaría a su amiga. La otra parte se sentía un poco enfadada por que, una vez más, todo el mundo tuviera que ver las cosas como ella.

Evangeline se concentraba en mantenerles en movimiento. Había dicho poco desde que abandonaran la fortaleza. Él suponía que tenía algo que ver con los templarios de fuera. Ella los había echado a un lado, y en un punto parecieron discutir acaloradamente

con su líder. Las advertencias susurradas de Adrian de que deberían prepararse para luchar no parecían tan lejos de la realidad.

Pero luego se acabó. El líder de los templarios hizo un gesto a sus hombres para rendir un caballo a Evangeline, junto con alimento y suministros. Ellos cumplieron, aunque con seriedad, y una vez acabaron, el líder se volvió hacia Evangeline. Rhys no podía averiguar qué decía el hombre, pero la expresión de disgusto en su cara decía mucho. Los templarios se fueron cabalgando sin decir otra palabra.

¿Habían esperado atacar? ¿Les había disuadido Evangeline? Ella no lo diría cuando volviera, y tensamente ordenó al grupo seguir en marcha… tan rápido como fuera posible. Se apresuraron en hacer justo eso.

Mientras pasaban por las tierras baldías, Shale se volvió arisca. *Más* arisca, mejor dicho. La golem se quejaba constantemente de la lenta velocidad de los caballos a través de la arena y del viento que soplaba. La primera noche cuando finalmente se detuvieron a descansar, gruñó durante una hora… una larga letanía de ofensas por "suaves" humanos, el cansancio sin ser la última de ellas.

El grupo resistió las quejas de la golem, aunque Rhys pilló a Evangeline poniendo sus ojos en blanco de cuando en cuando. Pharamond parecía contento con encontrarse con un golem de verdad, sin embargo, y atosigaba a Shale con todo tipo de preguntas. Las respuestas de Shale eran, en su mayoría, sarcásticas. Cuando le preguntaba de qué tipo de rocas consistía, Shale respondió "desechos de nug petrificados." Cuando le preguntó cómo fue creado, Shale respondió con una larga explicación de madres golems y padres golems que Pharamond creyó durante cinco minutos enteros. Cuando le preguntó cómo podía ver a través de aquellos puntos de luz en sus cuencas oculares, Shale comentó que realmente prefería arrancar los ojos de las criaturas de carne y utilizarlos en su lugar… los de elfos en particular.

Eso, al fin, hizo detenerse a Pharamond.

Shale empezó la siguiente mañana comentando los ruidos que todo el mundo hacía mientras dormían. Luego más observaciones sobre lo lentos que atravesaban la que fue la peor tormenta de viento desde que llegaran a las tierras baldías. Muchas de las bromas entretenidas de la golem iban dirigidas a Wynne, con palabras como "decrépita" y "oxidada" surgiendo.

Finalmente Wynne le dio la vuelta a su caballo. Con una sonrisa reluciente preguntó si Shale no sería tan amable como para liderar el camino en su lugar. Era un desafío que la golem estaba demasiado contenta de aceptar, y realmente funcionó bastante bien. El camino por el que viajó a través de la arena era mucho más fácil de seguir. La golem sólo se desvaneció en un agujero una vez, requiriendo una hora de esfuerzo para que los caballos la sacaran.

Poco después de abandonar las tierras baldías y de que la hierba verde apareciera en las colinas, Wynne hizo la sugerencia de que Shale mandara un mensaje al Círculo de Magos de Montsimmard. Era el más cercano, y los magos de allí podían utilizar la piedra de envíos para contactar con la Aguja Blanca. Los envíos no se hacían a la ligera, dijo

ella, pero considerando el interés de la Capilla podría ser una buena idea hacerles saber de su esperada llegada… y la necesidad urgente de una audiencia con la Divina. Montsimmard, sin embargo, estaba bien fuera de su camino.

Evangeline parecía casi aliviada de estar de acuerdo. Shale suspiró al ser reducida al nivel de mensajera… ¿Wynne esperaba que le cogiera asiento, después? ¿Quizás preferiría colocarle una silla en su espalda y montarla a ella en lugar de a su caballo? Una mirada marchita de la anciana fue suficiente para silenciar a la golem. Aceptó su carta y se fue.

Rhys tuvo un momento divertido imaginando a la golem apareciendo a las puertas del Círculo de Montsimmard. Suponía que debía, de hecho, hacer que la carta de Wynne fuera mucho más convincente. ¿Cuántos más mensajeros golem podía haber, después de todo, especialmente unos con tal actitud poco afectuosa?

Después de que se marchara Shale, las cosas fueron silenciosas de nuevo. Evangeline les llevó por los mismos caminos secundarios que tomaron al llegar allí, dándoles tanta prisa como se atrevía. No se encontraron con ni un alma hasta más tarde al tercer día de viaje, cuando un mercader enano en una pequeña carreta se encontró con ellos yendo en dirección opuesta.

El hombre casi no se detuvo, y miró de pleno la insignia de la Capilla en la armadura de Evangeline con sospecha. Cuando se le preguntó, dijo que estaba planeando tomar el camino largo hacia Montsimmard debido a toda la inquietud desde que comenzaran las batallas. Sus cejas alzadas le hicieron reírse entre dientes entretenido. ¿No lo habían oído? Había guerra en el este. Quién estaba luchando con quién era el tema de rumores rampantes, pero la inundación de ciudadanos huyendo de las Tierras del Centro había vuelto el país del revés. Tendrían suerte de alcanzar la capital, dijo él.

Se quedaron allí, aturdidos, mientras el enano urgía a sus caballos hacia delante. ¿Una guerra civil, entonces? ¿Pero no había habido ninguna reunión de los gentileshombres, ninguna llamada a las armas bajo el estandarte Imperial? ¿Qué había ocurrido mientras ellos estaban en las tierras baldías?

Eran malas noticias del peor tipo. ¿Una guerra civil entonces? ¿Habían sido reunidos los gentileshombres, o se había hecho una llamada a las armas bajo el estandarte Imperial? ¿Qué había ocurrido mientras estaban en las tierras baldías? Rhys observó a Evangeline mirando pensativa a la distancia, como si pudiera de algún modo discernir lo que les esperaba en la capital. El viento ululaba a través de las colinas mientras el grupo la esperaba para que les liderara, pero no dijo nada.

—¿Ser Evangeline? —preguntó Wynne vacilante.

La templaria se quedó en silencio.

—Ser Evangeline, aún nos queda una hora de luz.

—Si viajamos de noche podríamos alcanzar Velun, —sugirió Rhys—. ¿Quizás podríamos pedir noticias allí?

Eso pareció captar su atención.

—No, —dijo ella firmemente—. Nos alejaremos de cualquier asentamiento. Si hay anarquía, estamos más en riesgo ahora que nunca. —Se volvió en su silla y escaneó al resto, frunciendo el ceño mientras sus ojos caían sobre Pharamond.

Rhys casi podía leer los pensamientos recorriendo su cabeza. Lleva al elfo a un área poblada y la probabilidad de que se pueda ir corriendo se vuelve aún mayor. ¿Haría eso? Rhys no podía saberlo seguro… pero salvo por Evangeline gastando cada momento vigilando a Pharamond, por no mencionar a Cole, no había forma de asegurarse de que no tuviera ocasión.

—Acamparemos ahora, —dijo ella. Estaba lloviendo. Rhys no pensaba que echaría de menos la lluvia, pero tras ese viaje a través de las tierras baldías se sentía casi glorioso ponerse en pie a cielo abierto y disfrutar de las gotas heladas que golpeaban su piel. El sonido del trueno en la distancia parecía bienvenido más que ominoso.

Todo el mundo había sucumbido finalmente al cansancio nervioso en el campamento, dejando sólo a Evangeline montando guardia. No podía unirse a los otros en su sueño, y por lo tanto se sentó en silencio junto a los restos ardientes del campamento. Él había ofrecido dejar que Evangeline durmiera algo, pero ella apenas había respondido salvo sacudiendo la cabeza. Quizás pensaba que él intentaría correr, también. Ciertamente él tenía motivos para hacerlo.

Cole estaba acurrucado junto a él, tan cerca como podía del fuego sin quemarse. Ni siquiera se agitó mientras la lluvia caía sobre él, aunque Rhys vio movimiento tras sus párpados. Pesadillas. Considerando todo por lo que había pasado el joven, no podía culparle por querer olvidar. No podía entender por qué Cole sentía el impulso de matar, y no podía permitirse olvidar lo que era Cole, pero no es que estuviera sin simpatía.

Apartó un bucle húmedo de pelo rubio de los ojos de Cole, y rezó en silencio por que el Hacedor le diera un par de días de descanso pacífico antes de que llegaran a la torre. El Hacedor le debía eso, por lo menos.

—Puede que no nos escuchen, —dijo Evangeline de repente.

Rhys alzó la mirada, sorprendido. La templaria se erguía junto al fuego, observándole con una expresión pensativa. Su armadura plateada brillaba por la lluvia, su capa escarlata oscura y empapada. Incluso con su pelo negro húmedo y aplastado contra su cara, era preciosa. No quería admitirlo para sí mismo, pero ahí estaba.

—¿Los templarios? —soltó él.

Ella asintió.

—No conozco bien al Señor Buscador Lambert. Creo que es un hombre justo, si acaso duro, pero hay guerra en la tierra…

—Crees que pueda no estar inclinado a escuchar.

—Creo que puede ver nuestro deber como mantener el orden como más importante que averiguar la verdad. Convencerle de que Cole no es un demonio será… lo suficientemente difícil. —Ella se detuvo, considerándolo—. Y los templarios con los que hablé… volverán con el Señor Buscador con su propio relato. No tengo control sobre eso,

y ciertamente cualquier defensa que ofrezca podría ser considerada subjetiva. Ojalá pudiera decir otra cosa.

Pensó en ello, y luego dejó salir un lento susurro.

—¿Qué otra opción tenemos?

—Podríais correr. —Él estaba sorprendido, y miró a Evangeline mientras se arrodillaba junto al fuego. Ella cogió un palo y atizó las ascuas, levantando chispas y humo denso hacia la lluvia—. Yo tengo que llevar a Pharamond a la torre. Tú, por otra parte, no eras objeto de esta misión. Puedes coger a Cole y huir. A Ferelden, si te atreves a cruzar los Prados con esos rumores de guerra, o al norte a Tevinter.

Tragó saliva. ¿Era una prueba?

—Sólo sería cazado, —dijo él.

Ella buscó en su capa y sacó un pequeño vial de cristal. Brilló con un rojo profundo y siniestro, algo dentro de él haciendo que se le erizaran los pelos de la nuca. Magia, pero algo más también.

—Esta es tu filacteria, —explicó ella—. La utilizaría para rastrearte si escaparas. Si tú me superaras y la rompieras, sin embargo…

—¿Por qué harías esto?

La pregunta le hizo detenerse. Ella miró a las ascuas, un ceño fruncido serio se apoderó de su cara.

—No me gusta que me fuercen a escoger entre mi deber y lo que está bien. El Caballero-Comandante Eron solía decir que el deber de un templario debería siempre ser cuestionado, y que en el momento que dejáramos de hacerlo sería cuando dejáramos de ser templarios.

—Él… suena como un buen hombre.

—Lo es. Donde sea que le hayan mandado, espero que se le trate justamente.

Ella volvió a mirar a Rhys, sus ojos intensos.

—Me salvaste la vida, Rhys. Podrías haberme dejado morir cuando Adrian lanzó ese hechizo en la fortaleza, pero no lo hiciste.

—Oh, dudo que hubieras *muerto*.

—No lo creo.

Sonrió, avergonzado.

—No pensé en ello. Sólo sabía que tenía que advertírtelo… aunque a decir verdad ambos deberíamos haber sido quemados.

Evangeline le observó con cuidado. Quizás estaba tratando de determinar si estaba simplemente siendo modesto; no podía saberlo. Tras un momento asintió, como si llegara a una decisión.

—Me equivoqué contigo. Eres un buen hombre, y si hubiera alguien capaz de resistir a un demonio serías tú. Dejarte ir no sería poner a nadie en peligro.

—¿Y qué hay de Cole?

—Enséñale. Mantenle a salvo. Merece una segunda oportunidad.

—¿Incluso después de lo que ha hecho?

—No juzgaré a Cole, no después de lo que he visto. Le dejaré eso al Hacedor.

Ambos se quedaron en silencio durante un largo tiempo, sólo el lento siseo de las ascuas y el ocasional trueno arriba para hacerles compañía.

—Podrías venir con nosotros, —dijo en silencio.

—Tengo que llevar a Pharamond a la torre.

—¡Maldito sea Pharamond! Que Wynne se lo lleve de vuelta. Fue su misión todo el tiempo, no la tuya. Si vuelves con él aún vivo y conmigo desaparecido…

Evangeline le sonrió, levemente. Ella reemplazó el vial en su capa, y luego sacó un pequeño saco de seda morada. Sin hablar, lo colocó en el suelo y lo desenvolvió. Había cinco diminutos viales dentro. Cuatro parecían vacíos, pero uno de ellos tenía una pequeña cantidad de líquido azul brillante dentro. No necesitaba escuchar la música en su mente para saber qué era.

—Lirio, —jadeó él.

Ella asintió.

—No somos magos, Rhys. Nuestro entrenamiento no sería suficiente como para tratar con la magia a no ser que usáramos lirio, estoy segura que sabes esto.

—¿Pero qué…?

—Sólo queda un vial. —Cuidadosamente ella volvió a envolver los viales en la seda y apartó el saco—. Una vez que se acabe, tendré quizás una semana antes de que empiece a sentir los efectos. En un mes, quizás dos, me volveré loca.

—Eres adicta.

—Y no hay nada que hacer al respecto. La Capilla controla el suministro de lirio, y por lo tanto controla a los templarios. No hay vuelta atrás de la orden una vez que estás dentro. —Ella se encogió de hombros—. Mi rumbo está fijo. El tuyo no necesariamente.

Él pensó en ello. Tras un rato, se levantó. Sólo era que no había forma en que pudiera sentarse allí con ella mirándole y pensar en esto racionalmente. Se volvió para abandonar el campamento, esperando que le dejara solo. Ella simplemente le sugirió correr, después de todo, así que el que le discutiera que no debería dejar el campamento no parecía probable

Ella no lo hizo. Rhys caminó a la distancia, lo suficientemente lejos como para que la leve luz de lo que quedaba de la hoguera se hubiera ido. La luna estaba oculta por las nubes de lluvia, y por lo tanto la oscuridad parecía casi completa. Caminó hasta la colina más cercana, maravillándose del lodo de la hierba húmeda y del olor fresco y agudo del aire.

Cuando llegó arriba, miró al horizonte. No podía ver lejos… más colinas estaban en la distancia, con sólo una niebla brillando levemente plateada bajo la luz de la luna. El golpeteo de la lluvia era casi hipnótico. Calmante. Cogió aliento profundamente y dejó que el aire frío le calmara.

Huir. Eso le convertiría en un apóstata, por supuesto. Incluso sin una filacteria, los templarios aún le buscarían. Estaría a la fuga, con Cole a su cuidado… suponiendo que

Cole estuviera siquiera dispuesto a unirse a él. ¿Y adónde irían? Cualquier parte sería más segura que la torre, pero aún así parecía desesperanzado.

Pensándolo bien, había prometido ayudar a Cole. Ahora que había visto que era imposible para la gente recordar al hombre, realmente podría ser capaz de hacer algo. Podría continuar su investigación en los espíritus, algo que no había sido capaz de hacer durante el último año. Quizás podría encontrar alguna localización remota, algún lugar en el que los locales no fueran tan inquisitivos, montar un taller… y acabar exactamente como Pharamond.

Ese no era un pensamiento animado. Tanto como le disgustaba la supervisión constante de los templarios, su vigilancia significaba que no podía herir a nadie. Sin ellos, todo lo que requeriría era un error, un encuentro con el demonio equivocado, y condenaría a mucha más gente que a sí mismo.

—No vayas, —dijo alguien tras él.

Se dio la vuelta. Adrian estaba allí, húmeda y embarrada y abrazándose mientras la lluvia caía. Tan miserable como parecía, sin embargo, su expresión era determinada. Su mandíbula estaba tensa, y él sabía lo que significaba *eso*.

—Estabas escuchando a escondidas, —él suspiró.

—Estabais hablando justo junto a mí.

Rhys se dio la vuelta, mirando sobre el valle y tratando de recapturar la serenidad que había sentido sólo un momento antes. Se había desvanecido en el viento, evidentemente.

—No quiero discutir, Adrian. ¿Y por qué no quieres que me vaya, de todas formas? Has dejado perfectamente claro lo mucho que me odias.

Ella alzó las manos.

—No te *odio,* —suspiró ella irritada—. Odio que no estés haciendo nada para detener a los templarios antes de que te maten. Odio que estés dejando que una bonita templaria te convierta en un idiota.

—Entonces esto es acerca de Evangeline.

Adrian frunció el ceño. Ella caminó hasta la cima de la colina y se irguió junto a Rhys, mirando al valle oscuro debajo de donde estaba.

—Bien, estoy celosa, —admitió ella—. ¿Es eso lo que quieres oír?

—Evangeline es una buena persona. Ya escuchaste su oferta.

—La escuché decirte que pasaras el resto de tu vida a la fuga, que le dieras a la orden templaria un motivo más para creer que los magos son exactamente quienes creen que son. —Ella sacudió la cabeza con desesperación—. Necesitas enfrentarte a ellos, Rhys. Por ti, y por todos nosotros.

—¿Y qué querrías que hiciera, exactamente?

Adrian le agarró el brazo, volviéndose para encararla. Su mirada era intensa.

—Vuelve a la torre. Deja que se nieguen a ver la verdad. Deja que traten de hacer un ejemplo de ti. Muéstrales lo que son.

—¡Por el aliento del Hacedor, Adrian! ¿Quieres que me convierta en un mártir?

—Los magos te conocen, Rhys. Se alzarán para defenderte.

Él retrocedió, tratando de no parecer tan enfadado como se sentía. Era fácil mandar a otros a luchar sus batallas, ¿no? ¿Dejarles morir por la causa, mientras ella estaba en la línea lateral haciendo demagogia? Pero quizás no era justo. Sabía cuánto le importaba a Adrian… demasiado, quizás. Desde que la conocía, siempre había mantenido sus ojos en la meta. Era lo que siempre había admirado de ella.

—¿Y qué hay de Cole? —preguntó él.

—¿No has hecho suficiente por él?

—No, no creo que nadie lo haya hecho.

Adrian frunció el ceño. Podía decir que estaba luchando por encontrar las palabras, unas que no le molestarían. Era un esfuerzo que normalmente no hacía.

—Si de verdad quisieras ayudar a Cole, —dijo ella cuidadosamente—, no le llevarías a la torre. Sabes que los templarios no van a tratar de ayudarle. —Ella le cortó antes de que pudiera interceder—. Y, sí, sé que Ser Evangeline dijo que ayudaría. Pero no puede, y ella lo sabe. Es por lo que sugirió que corrierais.

—Y por lo tanto quizás debería hacerlo.

Ella le dio una mirada de comprensión.

—Cole logró vivir justo bajo las narices de los templarios durante años. Imagino que no está en peligro de ser perseguido. Tú, por otra parte, lo serías. No es una mejor opción

—¿Crees que no lo sé?

—No estás actuando como normalmente lo haces. —Ella puso una mano en su hombro, mirándole con sinceridad—. Si las noticias de lo que Pharamond aprendió salen, recordarán a todo el mundo lo desesperados que están los templarios por mantener el poder sobre nosotros. Cuando traten de castigarte, será igual que en Kirkwall. Esta es nuestra oportunidad, Rhys. Esto es lo que los Libertarios han estado esperando.

—Y yo soy el cordero a sacrificar; eso es genial. —Él suspiró, frotándose una mano sobre su pelo húmedo. La lluvia estaba empezando a aminorar, aunque de algún modo parecía que estuviera cayendo más fuerte que nunca. Esperaba tormentas, relámpagos, el cielo abriéndose arriba de él. En su lugar, todo lo que recibió fue empaparse—. No todo el mundo vive en un mundo de blancos y negros como tú, Adrian, —dijo él—. No tiene por qué terminar en rebelión. Hay otras opciones.

—¿Como cuáles?

—Mi madre, por ejemplo. Me niego a pensar que ella…

La cara de Adrian se endureció, y ella retrocedió.

—Sé que Wynne es tu madre, —dijo ella—, y sé cuánto significa eso para ti. Pero no puedes poner tus esperanzas en ella. No puedes confiar en ella.

—Tú no confías en nadie.

—No es eso. —Ella lo consideró cuidadosamente, mirando a Rhys de una forma que sugería que no iba a gustarle lo que tenía que decir—. No pude decir nada antes, no enfrente de Ser Evangeline.

—Ahora me estás poniendo nervioso.

Adran se tranquilizó.

—Cuando alcanzamos el demonio, Wynne lo derrotó… ella sola, sin ninguna ayuda mía. No creo que ni siquiera me quisiera allí.

—¿Y eso es malo?

—Es *cómo* lo hizo. Rhys, hay un espíritu dentro de ella, uno poderoso. Lo vi emerger. No fue un hechizo, y ella no lo invocó. Creo que estaba ahí todo el tiempo.

Él la miró, aturdido.

—¿Estás diciendo…?

—Creo que Wynne es una abominación.

A la mañana siguiente, justo mientras el sol empezaba a subir por el horizonte, el campo se revolvió. Rhys había pasado el resto de la noche agitado y sin sueño, y finalmente convenció a Evangeline de que durmiera algo. Cómo logró montar guardia cada noche y no sucumbir al cansancio, no tenía ni idea. ¿Un efecto del lirio, o un sentido de la vigilancia?

Había sido extraño, sentándose allí en el campamento silencioso y observando las caras durmiendo de los otros. De Wynne, en particular. Incluso durmiendo, ella parecía cansada y pálida. Una mujer mayor que escogía viajar a través de medio Imperio y dormir bajo la lluvia. Ciertamente no parecía poseída… las abominaciones eran cosas retorcidas, maliciosas como esa en la que se había convertido Pharamond. Incluso cuando un demonio no retorcía el cuerpo de su huésped, debería aún haber alguna evidencia de su presencia. Debería ser capaz de percibirlo.

¿Podía equivocarse Adrian?

Todo el mundo se puso en pie torpemente, limpiándose las ropas y frotándose vigorosamente para librarse del frío. El cielo del amanecer estaba despejado, bullente de rojo y naranja, y Rhys podría haber pensado que era hermoso si no hubiera estado tan preocupado.

Mientras Evangeline recogía las monturas de donde estaban pastando, Rhys la llamó.

—Deja una aquí, —dijo él—. Me gustaría hablar con Wynne. A solas.

Wynne dejó de cepillarse el cabello y alzó la mirada sorprendida. Los otros similarmente tenían curiosidad, pero nadie dijo nada. Evangeline meramente asintió.

—Iremos lentamente. Alcanzadnos tan pronto podáis. —Sólo podía imaginar lo que ella pensaba que estaba planeando. No le había preguntado nada desde que él y Adrian habían vuelto al campamento.

Todo el mundo montó silenciosamente y se fue cabalgando, dejando a Rhys y Wynne atrás. Cole fue el único en mirar atrás. Parecía preocupado. ¿Quizás pensaba que Rhys estaba planeando abandonarle? Reluctantemente, el joven se volvió hacia el camino por delante… y en unos momentos se fueron.

Wynne siguió cepillándose como si no pasara nada. Cogió varias agujas de su túnica y se las puso en el pelo en un moño, mientras tanto no miraba en dirección a Rhys. Estaba confuso de por dónde debería empezar. Había pasado la noche esperando este momento, pero todas las cosas que había ensayado se evaporaron de su mente. ¿Cómo acusas a alguien de ser una abominación?

—Ella te lo dijo, —dijo Wynne.

Él la miró, su boca bien abierta. No había sido una pregunta, simplemente una observación. Wynne se sentaba con las manos plegadas en su regazo y le miró con una expresión alerta.

—Yo… supongo que sí, sí, —murmuró él.

—Cierra la boca, cariño. Es impropio.

Su boca se cerró de golpe con un clic audible.

—Supongo que esto era inevitable, —suspiró ella.

Él casi no quería preguntar.

—¿Es cierto?

—¿Qué si es cierto que he sido poseída por un espíritu? Sí, eso es cierto. —Antes de que pudiera hacer otra pregunta, sin embargo, alzó un dedo y sonrió pacientemente—. No, no es lo que crees lo que me ha cambiado. El espíritu estaba conmigo cuando nos conocimos.

—Pero eso fue…

—Hace muchos años, sí. —Ella frunció el ceño pensativa, mirando a las cenizas del campamento—. Morí, ya ves. Ocurrió al principio de la Ruina. La Torre de Magos en Ferelden había sido tomada por abominaciones, y yo fui asesinada en la batalla. Mientras permanecía en el precipicio entre la vida y la muerte, un espíritu vino a mí. No un demonio, no nada horrorífico ni egoísta, y me ofreció una segunda oportunidad.

Esperó, ya que parecía que había más en la historia, pero Wynne no dijo nada. Ella continuó mirando, y se preguntó qué estaba pensando. Esto se sentía como una confesión.

—¿Una segunda oportunidad para hacer qué? —preguntó él.

Wynne se encogió de hombros.

—Ojalá lo supiera. Años atrás pensé que se me acababa el tiempo, que se me había dado sólo una tregua temporal. Estaba viva por algún propósito mayor, y una vez eso se hiciera moriría como estaba destinada a hacerlo. —Ella sacudió la cabeza con tristeza—. Luché para evitar que el Círculo colapsara, para evitar una guerra que habría costado incontables vidas… y nada. Aún vivo.

Lo que fuera que Rhys hubiera esperado que surgiera de esta conversación, no era esto. Caminó alejándose un par de pasos, frotándose la frente como si eso hiciera que su cerebro funcionara, y entonces se volvió atrás. Wynne aún estaba ahí sentada, mirándole expectante. Él se sentó en la hierba, un poco demasiado de repente.

—¿Estás segura de que no es un demonio? —preguntó él—. Quiero decir… nunca he oído acerca de un espíritu benevolente poseyendo a nadie. Pueden tener curiosidad acerca de nuestro mundo, pero no se salen de su camino para entrar en él como lo hacen los demonios.

—Los demonios y los espíritus no son tan diferentes los unos de los otros. Son dos lados de la misma moneda. En cuanto a por qué este espíritu escogió venir a mí… —Su voz se encogió, y ella se volvió contemplativa—. No lo sé. Sucedió tan rápidamente.

Creo que siempre había estado conmigo antes, y simplemente escogió ese momento para actuar.

—¿Pero no sabes por qué?

—No hablamos. Yo… lo siento venir, como un brillo cálido extendiéndose a través de mi cuerpo. Me proveyó la chispa de la vida que estaba desvaneciéndose de mí, y creo que es donde permanece. Una parte de mí, mi alma.

—¿Es por eso por lo que no puedo percibirlo?

—Eso creo. El espíritu y yo no estamos separados.

—Pero Adrian dijo que lo vio aparecer.

Wynne se permitió una sonrisa privada.

—Puede que haya parecido así. En el Velo tengo el poder del mismo modo que el espíritu lo tiene. Si no lo mostré antes, es porque no deseaba mostrarle mi mano al demonio.

Rhys se mordió el labio y lo consideró, mientras Wynne se entretenía empacando. Había tantas preguntas que debería estar haciendo, aún así lo que él había enfrentado era simplemente demasiado grande como para pensar en cualquier otra cosa. Recordaba su rabia cuando salió el tema de salvar a Pharamond, antes cuando le había hablado a ella y Adrian acerca de Cole. Ahora tenía sentido.

Me gustaría presentarte a mi madre, la abominación.

¡Oh, qué encantadora! No parece tan retorcida como la mayoría.

No, ella parece estar bastante bien para ser una muerta, ¿no?

Dejó salir el aliento lentamente.

—¿Así que ahora qué?

Wynne se detuvo, cerrando su mochila.

—Es una pregunta excelente. En cierto modo, esto es muy conveniente. Había esperado hablar contigo lejos de Ser Evangeline, pero nunca había una excusa conveniente.

—¿Qué quieres decir?

Ella le miró con intensidad.

—Quiero que aprendas el ritual de Pharamond.

—¿Tú… quieres que yo qué?

—La Divina está tratando de cambiar el Círculo, Rhys. Lo que Pharamond ha aprendido será el primer paso hacia ello. Este conocimiento no puede morir con él, y si lo que Ser Evangeline trató de hacer en la fortaleza es alguna evidencia, eso bien puede llegar a pasar.

Él saltó en pie, su rabia saliendo a la superficie mientras varias revelaciones se combinaban a la vez. Saber que estaba poseía o muerta… la verdad sea dicha, de eso no entendía nada, pero *esto* era algo que él entendía.

—¡Sabías todo el tiempo lo que él estaba haciendo!

—Conocía su meta.

—¿Y… simplemente ibas a dejar a Evangeline que le matara? ¿Después de todo eso?

Ella movió su mano rechazándolo.

—No le habría dejado llegar a eso. Shale habría intervenido. Tal y como sucedió, el estallido de Adrian lo hizo innecesario. Aún pienso que fue estúpido por parte de Pharamond llegar tan lejos… sólo un Tranquilo podría racionalizar un intento de posesión… pero el propósito de la Divina está muy claro, como el mío propio.

—Así que todo esto, ayudar a un amigo en una gran necesidad, todo eso sólo fue un ardid.

—Para el beneficio de los templarios, sí. He estado visitando a Pharamond durante varios años, esperando que su investigación diera frutos. Y lo ha hecho.

—Podrías habérmelo contado.

Ella se rió entre dientes con remordimientos.

—¿Cómo tú fuiste tan rápido en contarme acerca de Cole? ¿O de la auténtica misión de Evangeline? Debo proteger mi propósito, así como la participación de la Divina. —Cuando irrumpió enfadado hacia el caballo, ella saltó en pie y le persiguió. Atrapándole del brazo, tiró de él—. Escúchame, Rhys: los Libertarios como Adrian creen que el Círculo debe ser destruido. Yo creo que puede hacerse mejor. A los templarios se le debe mostrar la verdad.

—¿Y por qué la Divina no ordena simplemente a los templarios que hagan lo que ella pide?

—Porque no es tan simple. La Divina debe tratar con siglos de tradición, y hay algunos en la Capilla que se resisten. ¿O *de verdad* crees que un solo mago logró escaparse de la Aguja Blanca e infiltrarse en el baile en el Palacio Imperial, por su cuenta?

Eso le hizo detenerse.

—No querrás decir…

—Por supuesto que sí. Los templarios son bestias salvajes. Deben ser llevados al agua; no se les puede forzar a beber. Hasta que lo hagan, debemos protegernos. —Wynne vaciló. Ella acarició la mejilla de Rhys en un momento de ternura inesperada—. Y tú debes ser protegido. Aprender el ritual te convertiría en la única persona aparte de Pharamond que lo conoce y puede usarlo. Eso tendrá un valor que la Divina no podrá pasar por alto… ni tampoco puede hacerlo el Señor Buscador.

Rhys frunció el ceño, extendiendo el brazo hacia arriba y apartando su mano.

—Sabías que un médium espiritual podía aprenderlo. Es por lo que me trajiste.

—Sabía que esto podría salvarte.

Él se volvió hacia el caballo. Tomando las riendas, se subió a la silla. Wynne permaneció donde estaba, observándole sin decir ningún comentario. Él pensaba que la había calado, pero claramente no había estado ni cerca.

—Eres toda una obra. —Sacudió la cabeza—. No eres mejor que Adrian. Ninguna de vosotras puede ver más allá de vuestra causa, a quién afecta.

Ella suspiró pacientemente.

—Rhys, estoy tratando…

—Tratando de justificar por qué un espíritu escogió traerte de vuelta a la vida. Porque no podía ser un acto aleatorio, algo sin significado. Necesitabas ser una cruzada. Lo pillo.

Sus palabras fueron más agudas de lo que había pretendido, pero la silenciaron sin embargo. Quizás su intención era buena. La de Adrian era buena también. De algún modo coger a cole y correr no parecía una idea tan mala.

—Sube al caballo, —murmuró amargamente—. Mantendré tu secreto. Y aprenderé el ritual.

Ella asintió lentamente.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque correr no ayuda a nadie. Es hora de que me pare.

Capítulo 15

Estaban a un día de distancia de la capital. Es lo que la Caballero-Capitán les había dicho, y Cole aceptó las noticias con una mezcla de ansiedad y aprensión. Se sentía extrañamente desnudo fuera bajo el cielo abierto, en lugares a los que no pertenecía. Sería bueno estar de vuelta en la torre, caminar por los pasillos oscuros donde no necesitaba ver para saber adónde llevaban. Era sólo el pensamiento de ser llevado ante los templarios lo que le asustaba. Le juzgarían, y le encontrarían culpable.

Sólo no en una celda, rogó en silencio. *Cualquier cosa salvo una solitaria celda de mazmorra.*

Era aún peor estar con gente que podía verle. Lo había deseado tanto tiempo, y aún así ahora sentía sus ojos sobre él incluso cuando no estaban mirando hacia él. Le hacía erizarse, y no podía evitarlo. Cada vez que hablaba y ellos respondían, saltaba. Así que trataba de hablar tan poco como fuera posible.

Habrían estado en la ciudad antes, si no fuera porque la Caballero-Capitán —*Evangeline*, se corrigió a sí mismo mentalmente— los había apartado del camino principal hacía dos días. Ella dijo que sería mejor permanecer fuera de la vista, viajar a través de áreas rurales, y aproximarse a la ciudad desde el oeste en vez de desde el sur. Todo el mundo parecía preocupado cuando lo dijo, pero nadie objetó. Ni siquiera Pelirroja, que objetaba contra casi todo.

Imaginaba que tenía algo que ver con el ejército que habían encontrado. Bueno… no un ejército, en realidad. Había habido quizás una docena de hombres en el camino, pero Evangeline dijo más tarde que probablemente habría más cerca. Cientos más. Un hombre mayor con una capa vistosa morada había desmontado para hablar con ellos. Su casco tenía un mechón de plumas blancas saliendo de él… Cole nunca había visto nada tan tonto. El hombre habría parecido rico si no hubiera sido por todas las manchas de barro y óxido.

Había hablado con Evangeline y Anciana. Una charla aburrida, amistosa que Cole no había escuchado. En su lugar, había desmontado y había caminado hacia donde los otros soldados estaban agrupados, justo bajo el camino. Rhys había hecho un ruido ahogado cuando hizo eso. Probablemente habría tratado de detener a Cole si no significara llamar la atención hacia ambos.

Pero no lo hizo. En cierto modo era extrañamente cómodo caminar entre aquellos hombres y que no miraran siquiera en su dirección. Sus caballos se percataron, sin embargo. Vio sus grandes ojos negros moverse, y hacían ruidos de relinche cuando se acercaba demasiado. Nunca había estado cerca de un caballo antes de todo esto, que pudiera recordar. Serían más impresionantes si no olieran todos a boñigas polvorientas.

Eran los soldados lo que le interesaban más, sin embargo. Eran hombres grandes, de aspecto brutal que llevaban sus armaduras como si no les pertenecieran. A Cole le disgustaba la forma en que miraban por el camino, o cómo nerviosamente toqueteaban

sus armas. No era miedo lo que les había agitado, no obstante. Era anticipación. Casi podía oler la sed de sangre.

Uno de ellos dijo:

—¿Cuánto hasta que lleguen aquí los otros?

—Pronto, —respondió otro—. Esperemos que los retenga lo suficiente.

Eso fue todo lo que necesitaba escuchar. Cole corrió de vuelta con Rhys y rápidamente se lo dijo, y entonces Rhys cabalgó hacia delante y lo susurró al oído de Evangeline. Cuando le dio la despedida a Capa Morada, todo cambió. Su sonrisa se volvió forzada. Cole no pudo escuchar las palabras, pero entendía lo que estaba ocurriendo lo suficientemente bien cuando Capa Morada le hizo una señal a los soldados y ellos cabalgaron hacia ellos a máxima velocidad, sus armas desenvainadas.

Y entonces se detuvieron, debido a la cortina brillante de magia que bloqueaba su paso. Eso era cosa de Rhys; Cole podía ver su bastón levantado, brillando tanto como el sol. También escuchó lo que dijo Rhys después muy claramente: Somos exactamente lo que parecemos ser, Barón. Sugiero que coja a sus hombres y se vaya… a no ser que quieran ser sapos; no le juzgaré.

La cara de Capa Morada se puso blanca como el papel, y tuvo prisa por retirarse con sus hombres, todos ellos gritando maldiciones mientras se iban cabalgando. Evangeline les llevó fuera del camino de inmediato, diciendo que los hombres volverían con más. Cole se sintió vagamente decepcionado. ¿Podía realmente Rhys convertirles en sapos? Quería ver eso.

Huyeron ágilmente por un valle herboso, saltando la valla de un granjero y pasando a través de un bosque pequeño. Finalmente se detuvieron, los caballos sudando y necesitando ser alimentados. Evangeline parecía convencida de que cualquier persecución había sido eludida. Cuando Cole preguntó por qué Capa Morada había querido atacarles, fue Anciana quien contestó:

—Por un rescate, —dijo ella—. Pensaba que estábamos viajando disfrazados, pretendiendo ser templarios y magos de forma que nadie se metiera con nosotros.

—¿Quería dinero? —preguntó Cole, perplejo.

—Si podía conseguirlo, de cuales fueran las familias a las que perteneciéramos. Y si no podía lograrlo, imagino que un par de nosotros habríamos acabado en el mercado de esclavos.

—El Imperio se está desmoronando. —Rhys sacudió la cabeza, asombrado.

Evangeline estuvo de acuerdo.

—Primero bandidos, luego disturbios errantes de campesinos hambrientos si las cosas empeoran. Podríamos esperar ver grupos de presión también, si la nobleza está reuniendo ejércitos. Val Royeaux podría ser un caos cuando lleguemos.

Los otros parecieron digerir esas noticias como si supieran amargas. El elfo estaba preocupado y ansioso, hasta el punto en que Anciana necesitó hablar con él con palabras amables hasta que se calmó.

Cole no sabía qué hacer. ¿Grupos de presión? ¿Qué presionarían? Podría haber preguntado, pero probablemente se habría excedido en su permiso para hacer preguntas estúpidas. Así que en su lugar permaneció en silencio mientras Evangeline volvía al caballo, y él continuó por su vida mientras trataban de recuperar el tiempo perdido.

Eso fue hacía dos días. Ahora estaban acampando dentro de un granero de heno viejo, medio cayéndose con el campo crecido en exceso con lavandas. Había morado por todas partes por donde miraba, flores suavemente meciéndose a la brisa de la noche junto con un aroma que era tanto placentero como de algún modo demasiado dulce. Cole no veía ganado, y Evangeline dijo que sospechaba que la granja vieja en la distancia podría estar abandonada, pero no quería arriesgarse a comprobarlo.

A Cole no le importaba. La granja parecía solitaria. Observó desde el borde del campo, preguntándose quién habría vivido una vez allí. Las ventanas oscuras sobre la puerta le devolvían la mirada como un par de ojos malévolos. *Hay secretos en esta casa*, decían, *secretos en el suelo y las paredes que permanecerán hasta que sean polvo y se hayan ido.*

Él se estremeció y se dio la vuelta. Acampar entre las flores era preferible. Además, el cielo estaba despejado. El día había sido cálido, y la noche no lo era menos. Si había algo que disfrutar acerca de estar fuera a campo abierto era esto.

Podría no tener elección muy pronto.

Anciana —Wynne, como seguía recordándose— estaba en el estable, remendando un desgarrón en su túnica. Escuchó pacientemente mientras Pelirroja se quejaba del mismo tema del que siempre hablaba: libertad. Cole no entendía realmente a qué tipo de libertad se refería, pero tenía la sospecha de que ella tampoco lo entendía. Lo que fuera que ella pensara que era, estaba determinada a tenerla.

Esa discusión continuó por lo que parecieron horas, hasta que finalmente Pelirroja se marchó y pasó su tiempo cepillando a los caballos. Le gustaban los caballos. Les hablaba con una voz calmante y les dio nombres. Cuando la maga diminuta estaba con los caballos, se volvía hermosa, toda la rabia y las arrugas de su cara se disolvían. Cole sugeriría que hiciera más de eso si no pensara que le fuera a gritar por ello.

Evangeline se había marchado hacía horas. Había una pequeña aldea cerca, dijo ella, donde pretendía comprar comida. Eso dejaba a Rhys y al elfo, Pharamond, sentados y hablando entre las flores. De lo que hablaban, no tenía ni idea. La gente dejaba de hablar cuando podían verte allí. Nunca se le había ocurrido realmente que alguien pudiera no querer ser escuchado.

Incluso entre un grupo de gente que podía verle, Cole aún se sentía como un extraño. Quizás se suponía que fuera así. Quizás esa era parte de su maldición.

Rhys dijo que podía haber una forma de acabar con ello, que el que la gente recordara a Cole tras verle en ese mundo de los sueños podría ser la clave. Cole no le había mencionado a Rhys que ya había empezado a notar cambios. Había visto la mirada perpleja en la cara de Evangeline cuando le miraba en la mañana, como si no pudiera del

todo ubicar quién era. Pelirroja seguía quejándose de que Cole se le apareciera cuando había estado junto a ella todo el tiempo.

Todos estaban empezando a olvidar, y no eran siquiera conscientes de ello. Cole era consciente. Era como si el suelo lentamente se estuviera volviendo arenas movedizas bajo sus pies, mientras que todos los demás seguían caminando, ignorantes a su hundimiento. Se estaba desvaneciendo, ese sentimiento familiar reptando como el frío sobre sus huesos.

—¿Algo va mal, Cole?

Era Evangeline. Estaba caminando hacia él desde lejos, una silla de montar sobre un hombre. Su capa escarlata al viento tras ella. La luna estaba alzándose sobre el horizonte, y la bañaba de una luz plateada que hizo flaquear su corazón. Por la forma en que la templaria le miraba, como si supiera cosas sobre él que ni siquiera él sabía, le ponía nervioso. Pero no de una mala forma, en cualquier caso.

—Yo… ¿pensé que ibas a la aldea? —tartamudeó él.

—Iba, —dijo ella. Cuando ella llegó a los restos podridos de la valla de pasto junto a la que estaba dejó caer la silla al suelo con un gruñido aliviado—. Afortunadamente me encontré con un granjero volviendo del mercado con un carro lleno. No hay problemas, dijo él. Lo que fuera que esté pasando, no ha tocado esta parte de las Tierras del Centro aún.

—Eso es bueno.

—Para nosotros sí. —Ella miró hacia donde estaban sentados Rhys y Pharamond, y luego miró a Cole con curiosidad—. ¿Por qué no vas y hablas con ellos? Pude verte mirarles triste desde el otro lado del campo. Estoy seguro de que no les importa.

El elfo estaba riéndose de algo que dijo Rhys, tan estruendosamente que estaba rodando por el suelo. Así es como el elfo se reía de todo, al parecer. La señal más leve de diversión y rugiría con entretenimiento, y seguiría así hasta que todos los demás se miraran incómodos. El hombre estaba bañado en un mar de sentimientos, empujado por cualquier corriente que se lo llevara.

—Yo… no puedo. —Cole sacudió la cabeza, sintiendo un rubor avergonzado alzarse en sus mejillas. Imaginaba que debía parecerle algún tipo de niño tímido, raro a Evangeline. Un niño que no sabía nada.

Ella se inclinó contra la valla y le escudriñó mientras deliberadamente evitaba su mirada.

—Déjame que te haga una pregunta, —dijo ella finalmente—. ¿Cómo sabías de mi misión?

—Oí al hombre de armadura negra decírtelo.

—¿Al Señor Buscador? Hubo un momento en mi cuarto en que percibió… algo. ¿Ese eras tú?

—Sí.

—¿Estabas allí antes de entonces?

—Sí, —respondió vacilante.

—Cuando estaba desvistiéndome.

No era una pregunta. Recordó observar a Evangeline quitarse la armadura, y evitó su mirada, sintiendo el rubor arder aún más. Todas las veces había observado a la gente en la torre, y nunca ni una vez había considerado que pudieran objetar… hasta ahora.

—¿Haces eso a menudo? —preguntó ella.

Sacudió la cabeza vigorosamente.

—Te estabas llevando a Rhys. ¡Tenía que saber por qué! Todo lo que quería era… —Mirando a los ojos de Evangeline, no podía continuar. Por la forma en que ella le estudiaba tan intensamente, su ceño hundido, estaba claro que estaba molesta. Considerando lo amable que había sido con él, desesperadamente no quería otra cosa que recuperarla.

—Lo siento, —dijo lastimeramente.

Estuvieron junto a la valla un tiempo, un silencio extraño entre ellos. Evangeline bajó la mirada a la silla, golpeándola con el pie. Parecía que estuviera tratando de decidir algo.

—¿Qué había en el libro? —preguntó finalmente.

Ella alzó la mirada, sorprendida por la pregunta.

—¿Qué libro?

—En tu habitación. Cogiste un libro… parecía gustarte un montón.

La expresión de Evangeline cambió. Se volvió más suave, casi triste, al igual que la recordaba cuando sostenía el libro.

—Era… de mi padre, —dijo ella, su voz de repente densa. Ella apartó la mirada—. El Cantar de la Luz. Solíamos leer los versos juntos. ¿Sabes… algo del Cantar?

—No.

Ella asintió, como si su respuesta fuera de esperar. Luego le dio una sonrisa avergonzada.

—Te habría gustado mi padre. Era un buen hombre. —Con eso, ella suspiró con remordimientos y sacudió la cabeza como si dispersara malos pensamientos. Luego se inclinó y besó a Cole en la frente.

—Ve, —dijo suavemente—. Habla con Rhys. No te culpa por nada.

Con eso, ella cogió la silla y caminó hacia el granero de heno. Él la observó irse, frotándose la frente con confusión. Le hormigueaba por donde le había besado, y lo sintió bajar hasta sus pies.

También le puso triste. Evangeline iba a olvidarle. Después de una semana, o un mes, él sería el único que recordaría esto.

Cole caminó hacia donde Rhys y Pharamond estaban sentados. El bastón de Rhys estaba sobre el suelo, brillando para darles luz. Un libro yacía abierto entre ellos, uno de varios de los que el elfo llevaba con él, y ambos estaban estudiándolo.

Se quedó a varios pies de la pareja, observando con tristeza y esperando en secreto que no se percataran del todo de él.

No hubo tanta suerte.

—¡Oh, hola! —Exclamó el elfo con sorpresa, viendo a Cole—. ¿De dónde has salido?

Rhys sonrió.

—Este es Cole, —explicó él… por décima vez desde que se fueran de la fortaleza—. Te lo he mencionado antes, ¿recuerdas?

Pharamond arrugó su ceño, claramente confundido.

—¿El tipo que la gente olvida? No pensé que lo conocería tan pronto. Más bien pensé que nadie sabía que estábamos aquí fuera. —Entonces sonrió, y estalló con una risa entretenida—. A no ser que sea yo, ¿No es así? ¡Ha estado aquí todo el rato y soy yo el que se olvida! ¡Oh, qué maravilloso!

El hombre continuó riéndose hasta que se limpió las lágrimas de los ojos. Cole frunció el ceño, y Rhys le dio una mirada seca que decía *Sé paciente*. Así que Cole lo intentó.

—¿Qué hay de maravilloso en eso? —preguntó él.

La sonrisa de Pharamond se desvaneció en puños y sobresaltos, y luego desapareció por completo. Igual de rápido, el elfo se volvió contemplativo. Bajó la mirada tristemente hacia el libro ante él, pasando un dedo por sus páginas.

—No sería tan malo, —dijo él—, hacer que se olviden de tus deudas. Mejor aún olvidarlas tú mismo.

—Nadie recuerda nada de lo que hago.

Se rascó la barbilla, y miró a Rhys.

—¿Qué hay con escribirlo? ¿Si hay un registro escrito del joven, podría eso refrescar la memoria?

Rhys se encogió de hombros.

—No lo sé. No pude encontrar ningún registro relacionado con Cole, y busqué. Por todo lo que sé, las palabras en la página podrían desaparecer.

—¡Remarcable! —El elfo miró a Cole con aquellos extraños ojos azules, como si fuera algún tipo de puzle que resolver. El escrutinio le hizo encoger los ojos—. Dime, joven, ¿eres capaz de hacer magia?

—No lo creo.

—Hmm. ¿Desarreglo arcano, quizás?

Rhys intercambió una mirada confusa con Cole.

—¿Qué tipo de desarreglo?

—Un término acuñado por el Magister Allineas allá por la Era de las Torres. Él afirmó que el talento mágico es como un río fluyendo. Apropiadamente canalizado, encuentra su camino hacia el océano… magos como tú mismo, poseyendo la habilidad de lanzar hechizos. —Hizo un gesto hacia Cole—. Abandonado a sus propios designios, sin embargo, podría fluir en una dirección diferente e inesperada. Pero ese talento se *expresará* de algún modo.

Rhys frunció el ceño.

—Estás diciendo que él es un mago encubierto.

—Un término despectivo, uno creado por la Capilla. Antes del Círculo, el talento mágico se expresaba de muchas formas, a menudo guiadas por la tradición antigua.

Algunos de estos “magos encubiertos,” como los llamas, poseían poderes que ningún hechizo del Círculo podían replicar. Lo impredecible de ello hacía que se le considerara una amenaza.

—Haces que suene como algo bueno.

El elfo extendió sus manos rindiéndose.

—Sólo cito los antiguos textos. Diré que el término “desarreglo” no fue accidental, sin embargo. Esos talentos salvajes eran más que impredecibles; eran caóticos. Allineas menciona que esa gente comulga con espíritus, son atraídos a caminos más oscuros… muchos se vuelven locos. Pocos vivían largas vidas.

Cole inclinó su cabeza. Eso era, entonces. Como pensaba, no había cura para lo que él era pese a lo que Rhys esperara. Se volvió y se alejó caminando, y escuchó a Rhys sisear algo enfadado. El elfo saltó y persiguió a Cole, atrapándole por el brazo.

—¡Qué estúpido soy! —exclamó—. ¡Hablé sin pensar! ¡Por favor, no me escuches!

—Pero es cierto.

—¡Palabras en una página! —Sus ojos estaban inquietos, y habló con pura emoción—. Si hay algo que lo que he hecho demuestra, —dijo él—, es que las teorías y asunciones pueden ser erróneas. Que no se te olvide nunca, joven.

Cole se preguntaba si no tenía más en común con este elfo de pelo blanco de lo que había pensado. Pharamond se había hundido en ese olvido, e incluso después de trepar fuera de él aún no era real. Una versión delgada como el papel de sí mismo preparado para salir volando al más leve soplo de viento. Cole podía sentir la sombra extendiéndose sobre el corazón del hombre con tanta seguridad como sobre el suyo propio.

—¿Cómo es ser un Tranquilo? —preguntó de repente.

Pharamond se apartó como si hubiera sido golpeado. Cerró sus ojos, luchando contra una oleada de lágrimas. Rhys se levantó, una mirada preocupada en su cara.

—Cole, no creo que esto sea algo…

—No, —dijo el elfo, su voz densa. Se sacudió por el esfuerzo por controlarse—. Dijiste que un joven estaba volviendo a la torre para absolverte de aquellos asesinatos. Ese es él, ¿no es así? Bien puede acabar enfrentándose a la Tranquilidad… así como tú. —Rhys asintió tristemente—. Así como yo, —terminó Pharamond. Se estremeció como si pensara que era demasiado horrible de contemplar.

Cole pensó que no continuaría, pero luego Pharamond asintió, tranquilizándose.

—Encuentro irónico que el Rito de la Tranquilidad corte a uno de la tierra de los sueños, porque un sueño es exactamente cómo se siente. Todo en un sueño es como debería ser, nada está fuera de lugar… aún así parte de ti sabe que algo no está bien. Este no es tu hogar, esta no es tu vida… este no eres tú.

—Aún así uno no puede actuar aparte de lo que le permite el sueño. Sigue su curso, y tú lo sigues creyendo que nada es real. Girarás la esquina y te despertarás, sano y salvo. Aún así nunca lo haces. En su lugar lentamente eres ahogado en un silencio claro como el cristal que no tiene significado.

Los tres estaban allí, un viento lentamente meciéndose a través del campo de flores moradas, y nadie dijo nada. Por primera vez desde que abandonaran la fortaleza, Cole comenzó de verdad a sentirse asustado.

—Esa es una visión sombría.

Evangeline tuvo que estar de acuerdo con Rhys. Se estaban aproximando a Val Royeaux desde las colinas occidentales, y ahora podían ver con sus propios ojos aquello de lo que habían estado oyendo hablar. Durante gran parte del día se encontraron enjambres de gente en la carretera que se dirigían en dirección opuesta, todos los cuales decían lo mismo: la capital estaba en caos.

Las noticias de guerra en las provincias del este habían golpeado la ciudad como un relámpago, llevando a un éxodo en pánico por parte de la nobleza. Luego un rumor había circulado de que la Emperatriz estaba muerta, el primero de docenas de relatos salvajes que ponían la ciudad en llamas con la especulación… y cuando el Canciller Imperial instauró el decreto de la llamada de alistamiento de los campesinos, los disturbios empezaron.

Parecía imposible que tanto hubiera sucedido en dos semanas, y cada historia que habían escuchado en el camino había sido más salvaje y menos creíble que la anterior… pero aquí, al menos, había pruebas de que no se equivocaban del todo.

Un ejército estaba reunido fuera de las puertas de la ciudad, un auténtico mar de tiendas. Fácilmente diez mil hombres acampados allí, imaginaba ella. El humo de todas las hogueras estaba apagado por el hecho de que media ciudad estaba en llamas, o lo había estado recientemente. El cielo era un manto de cenizas, su hedor llenando las fosas nasales y empeorado sólo por el olor a humanidad de los campamentos.

El palacio en su colina no podía ser visto a través de la neblina humeante. Incluso en la Gran Catedral distante estaba perdida en medio de la extensión de edificios que conformaban la ciudad más grande del Imperio. La única cosa aún medianamente visible era la Aguja Blanca. Se alzaba sobre los otros edificios como una baliza brillante de normalidad.

—Las puertas de la ciudad están cerradas, —señaló Adrian.

Y tenía razón. Las Puertas del Sol eran una maravilla de construcción, hechas de acero y cubiertas de una fachada dorada que representaba el alzamiento del Emperador Drakon. A plena luz del sol, se decía, brillaban tan brillantemente que cegarían a un ejército atacante. Una superstición estúpida con seguridad, pero los Orlesianos contenían las puertas con cierta reverencia. *Antes o después todo el mundo en Orlais pasa a través de las Puertas del Sol,* como decía el viejo dicho. Pero eso no era cierto hoy. La última vez que Val Royeaux había sido sellada, había sido atacada por dragones… un evento terrible que había requerido años para que se recuperara. Por suerte esto no era ni de cerca tan malo como aquello.

—¿Está aquí el ejército para un asedio? —preguntó Rhys.

Wynne sacudió la cabeza, y señaló a la masa de tiendas.

—¿Ves el estandarte rojo con la cabeza de venado? Pertenece al Marqués de Chevin, uno de los aliados más cercanos a Celene. También veo a Ghyslain, Morrac, la Condesa d'Argent… el Marqués ha reunido las huestes del norte.

—¿Entonces por qué cerrar las puertas?

—Imagino que no quieren que la gente huya hacia los cultivos para evitar deserciones. O eso o es una plaga… creo que esa fue una historia, ¿no?

Evangeline movió su mano rechazándolo.

—¿En dos semanas? La mayoría de esa gente nunca siquiera entró en la ciudad. Tendremos que verlo nosotros mismos… si nos dejan entrar.

Ella lideró el camino, cabalgando por el camino escalonado que llevaba directamente al corazón del campamento del ejército. Podían evitarlo viajando todo el camino alrededor de la Puerta de la Noche más pequeña, pero eso requeriría cruzar el río. En teoría no debería haber problemas. Eran esperados.

Aunque eso también le preocupaba.

Se movieron a través del campamento del ejército lentamente. Había un montón de caras preocupadas, hombres y mujeres vestidos con el mínimo de armadura si llevaban alguna, hambrientamente sacudiendo gachas mientras se sentaban junto a sus hogueras. Contrastaban agudamente con los gentileshombres: caballeros con trajes de combate completo, cada uno adornado con un blasón familiar colorido. Cabalgaban por las filas, gritaban órdenes, y salían corriendo de tienda a tienda como abejas que zumbaban. Ni uno solo parecía estar quieto, y desde la perspectiva de Evangeline parecían más nerviosos que el rango y la fila.

El aire estaba lleno de expectación. Le hacía preguntarse si había un ejército marchando sobre Val Royeaux. ¿Estaban estos hombres preparándose para marchar? También le daba curiosidad si la Orden Templaria estaba planeando tomar parte. Lo habían hecho en el pasado, en nombre de la Capilla. Si lo hacían, podría encontrarse marchando con esos hombres.

También parecía haber un gran número de gente que no era del todo parte del ejército. Vio niños corriendo, y mujeres que o eran seguidoras del campamento o del todo pretendían convertirse en ello. Había cocineros, elfos corriendo erráticamente, mercaderes tratando de vender "encantamientos" protectores a los hombres, incluso pícaros de aspecto nervioso deslizándose entre las sombras.

Un grupo de guardias de la ciudad estaba enfrente de las puertas de la ciudad… un gran grupo, de hecho. Al menos veinte de ellos mantenía un ojo sobre varios de cientos de suplicantes, viajeros que evidentemente pretendían esperar hasta que las puertas se abrieran finalmente. Era un barrio de chabolas improvisado lleno de gente desalentada que se sentaba sin nada mejor que hacer que mirar a los guardias como si pudieran abrir las puertas por pura fuerza de voluntad.

Evangeline y los otros claramente eran lo suficientemente inusuales como para eludir la atención. Mientras cabalgaban, un número de campistas saltaron en pie, quizás

percibiendo una oportunidad. Así, también, uno de los guardias dio un paso al frente, extendiendo su pica en advertencia.

—¡Ey ahí! ¡Las puertas de Val Royeaux han sido selladas por orden del Lord Canciller!

—¿Y nadie puede entrar? —preguntó ella—. Tenemos asuntos en la Aguja Blanca.

—¡Espere! —gritó una voz desde detrás del hombre. Un guardia de aspecto más experimentado caminó hacia delante, un compañero de pelo entrecano llevando una túnica Imperial sobre su armadura. Claramente un comandante, o al menos alguien de rango—. ¿Supongo que tiene un nombre, templaria? —exigió él, mirándola alerta.

—Supone correctamente. Mi nombre es Ser Evangeline de Brassard.

Él frunció el ceño y escupió en el suelo.

—Suponía que aparecería en mi rotación. Casi estaba preparado para retirarme a la taberna, también.

—¿Eso significa que abrirá la puerta?

—Sí, pero no va a entrar hasta que el Señor Buscador llegue. Tengo que informarle de que usted está aquí… en persona… y usted no debe moverse de este punto. El hombre fue muy específico. —El comandante irritado apartó de un gesto al guardia de aspecto confundido con la pica y marchó de vuelta a la caseta de la puerta, desapareciendo en el puerto de salida.

—¿Así que qué se supone que significa eso? —preguntó Rhys una vez se fue.

—Significa que el Señor Buscador está enfadado.

—¡Oh cielos! —exclamó Pharamond. Ansiosamente tiró del cuello de su túnica, flaqueando mientras un grupo de viajeros empujaban junto a ellos para acercarse a las puertas. Estaban ansiosos, y claramente eran conscientes de que algo estaba sucediendo—. ¡Me había olvidado de cuánto solían disgustarme las multitudes!

Adrian parecía similarmente descontento.

—Quizás no deberíamos quedarnos aquí.

—¿Tienes algún otro sitio donde necesites estar? —preguntó Evangeline.

—Pregúntame eso una vez tus templarios nos hayan lanzado a prisión.

Finalmente la multitud fue dirigida hacia atrás, pero no hasta que un par de mercaderes ruidosos de Tevinter fueron derrotados severamente. Un matón de aspecto duro que Evangeline suponía que era un contratado por los mercaderes desenvainó su espada, y fue rápidamente atravesado por la pica de uno de los guardias. Eso pareció hacer perder el interés de la multitud, y retrocedieron de las puertas tan rápidamente que casi tropiezan los unos con los otros en su prisa.

Evangeline y los otros estaban a salvo en sus caballos, aunque las monturas se pusieron nerviosas por toda la tensión. Se pusieron aún peor cuando los truenos sonaron en las nubes sobre sus cabezas. Podría ser algo bueno si llovía… quizás algo de las cenizas y el hedor podía ser lavado del aire. Aunque las nubes amenazaban con un aguacero, sin embargo, nada llegó. En su lugar flotaban al borde de la expectación.

Pasó cerca de una hora. Había entrado bien la noche cuando llegaron, y la espera resultó difícil.

Evangeline se sentía tensa. ¿Quién sabía lo que Ser Arnaud podría haberle dicho al Señor Buscador? Había estado menos que complacido de ver al grupo emerger de Adamantio vivo, y más que un poco furioso cuando Evangeline le ordenó que rindiera sus suministros y luego se fuera. Imaginaba que su informe sería menos que amable. No es que el Señor Buscador necesitara más en su contra de lo que ya tenía. Tratar de explicarle dónde pensaba que yacía su auténtico deber sin duda sería como discutir contra una pared. Habría una consecuencia para la decisión que había tomado, y llegaría para saludarla ahora.

Cuando el sonido de los engranajes sonó, Evangeline saltó. El efecto de los viajeros taciturnos era electrizante. Muchos inmediatamente saltaron ante el ruido repentino, alzando un grito y aullido a sus compañeros, y empezaron a correr hacia las puertas. Evangeline vio a muchos coger sus paquetes, claramente suponiendo que su oportunidad para entrar a la ciudad finalmente había llegado.

El comandante salió caminando del puerto de salida al mismo tiempo, su ceño fruncido profundizándose mientras asimilaba la actividad.

—¡Retenedlos, por el amor de Andraste! —Ladró a los guardias—. ¡Cortad a cualquiera que trate de sobrepasaros!

Cuando las grandes puertas finalmente se separaron con un ominoso sonido de estruendo, lo hicieron rápidamente. Por un momento, hubo una luz cegadora. Evangeline escudó sus ojos y parpadeó, y luego observó mientras todo un regimiento de templarios cabalgaba fuera. Treinta caballeros, todos llevando antorchas. En cabeza estaba el Señor Buscador Lambert, impresionante en su armadura negra y cabalgando en la misma carga enorme en la que le había visto llegar a la torre hacía tantas semanas antes.

El arrebato de viajeros se detuvo en seco. Se hundieron con miedo, ni uno solo enfrentándose a los guardias que le amenazaban, y antes de que pasara mucho el grupo de Evangeline fue el único cerca de la puerta. Todo se volvió tranquilo y silencioso.

La cara del Señor Buscador estaba rígida de furia. Ella podía verlo en la tensión de su mandíbula, en el resplandor de sus ojos grises, casi lo escuchaba en la forma en que aplastaba las riendas de cuero en un agarre fuerte. Eso no pintaba bien.

—Señor Buscador Lambert. —Le saludó ella con un asentimiento tan cálido como pudo lograr—. Me alegro de verle de nuevo.

—Supongo que debería estar agradecido de que lo hayan logrado, —dijo él, cada palabra crispada—. ¿Ningún evento inesperado en el camino? ¿No fueron asaltados por bandidos? Se han vuelto muy comunes en los días recientes.

—Ninguno que no pudiéramos evadir, mi señor.

—Ya veo. —Urgió a su caballo a ir hacia delante, cabalgando junto a Wynne y Pharamond. Wynne le miró con una sonrisa placentera, pero el elfo graznó con terror obvio—. ¿Y este es el sujeto de su rescate?

—Lo es, —respondió Wynne—. La investigación de Pharamond ha…

—Estoy ya bien informado de su investigación, —interrumpió el hombre. Volvió una sonrisa helada hacia Wynne—. *Alguien* dispersó la palabra a través de las piedras de envío. La Aguja Blanca simplemente está zumbando de especulación. —Se volvió hacia los templarios que esperaban, haciéndoles un gesto para que se acercaran—. Escoltadlos a la Gran Catedral. No os retraséis, y no permitáis que ninguno de ellos se escape de vuestra vista.

Wynne parecía confundida.

—¿No vamos a volver a la Aguja Blanca?

—La Más Sagrada ha ordenado una audiencia inmediata. —Cada palabra que hablaba estaba marcada con desdén—. Evidentemente tiene una piedra de envío en su posesión también, aunque estoy seguro de que usted sabía eso. Estoy aquí para facilitar la reunión.

En unos momentos, el grupo de Evangeline estaba rodeado. Los templarios no desenfundaron sus armas, y las expresiones que tuvieran estaban ocultas tras sus cascos. Aún así, no hubo discusión ton ellos. El grupo lentamente cabalgó con ellos hacia las puertas.

—Tú no, Ser Evangeline, —llamó el Señor Buscador—. Tú vienes conmigo.

Ella detuvo su montura, tratando de no dejar que se mostrara su desesperación. Los otros continuaron hacia delante. Rhys miró atrás, captando su mirada y silenciosamente expresando su simpatía. Tras él, Cole estaba haciendo lo que podía por esconderse. Tanto el Señor Buscador pudiera o no haberse percatado del joven no parecía importar… Cole claramente habría estado mucho más feliz si pudiera haber reptado dentro de la túnica de Rhys y desaparecer.

En unos momentos se habían ido.

—Cabalga conmigo. —fue todo lo que el Señor Buscador dijo mientras volvía su montura y los seguía. Evangeline mantuvo el paso, y tan pronto atravesaron las puertas los engranajes empezaron a girar una vez más. Un minuto más tarde las grandes puertas se cerraron de golpe, el sonido estruendoso llenó todo con tal finalidad que le heló los huesos.

Cabalgaron en silencio a través de la Avenida del Sol. Durante el día este sería un lugar abarrotado, la amplia calle rodeada de mercaderes de todo tipo así como de “saludadores” que coaccionaban a los viajeros a que les siguieran a una tienda especial, una casa de putas, una pensión… todo el mundo sería bombardeado con gritos en el momento que entrara en Val Royeaux. Por la noche era más silenciosa, y los saludadores mucho más sórdidos en su propósito.

Esta noche estaba desierta. Las lámparas brillantes, instaladas en grandes expensas por la avenida y mantenidas por los Tranquilos, ejercían un velo de color zafiro sobre el área que era casi tenebroso. Tanto humo flotaba en el aire que ella sabía que sería peor en los barrios pobres. Había suficientes guardias de la ciudad patrullando las calles como para hacerla creer que había sido instaurado un toque de queda.

—Quizás no fui claro en mis órdenes, —dijo finalmente el Señor Buscador.

—No lo creo.

—¿Entonces puedes decirme por qué esta gente está aquí? Mandé un grupo de templarios experimentados para que te asistieran por si sucedía lo inevitable. Los rechazaste. Aún así aquí estoy enfrentado ante el espectro del mismo caos que debías prevenir.

—Mi señor, yo…

—No sólo has permitido que se marchen de las tierras baldías con el Tranquilo, ¡les dejaste ir al Círculo de Magos para que se corriera la voz! —La miró con el ceño fruncido—. Un envío es visto por los magos antes que nadie más, dejándome sin ninguna capacidad de evitar que la palabra se esparza, ¡e incluso si hubiera deseado evitar estas noticias a la Divina no importaba! ¡Ella recibió su propio envío!

Se detuvo en su queja, claramente esperando que hablara ahora.

—Mi Señor Buscador, —dijo ella tensa—, había circunstancias que…

—*Circunstancias*.

—Sí, mi señor. La Más Sagrada tiene un interés personal en los resultados de la misión de la Encantadora Wynne. Decidí que era mejor permitirle la oportunidad de que decidiera que debía hacerse con respecto al asunto.

—Tú decidiste. —Repitió la palabra con desagrado y sacudió la cabeza. Cabalgaron en silencio, y él miró la calle por delante. ¿Quizás ponderaba qué hacer con ella? Ella lo dudaba… era mucho más probable que decidiera qué hacer con ella antes de que siquiera se acercara a la capital—. Te di una orden, Caballero-Capitán. ¿Eso no significa nada?

—Tomé un voto de servir a la Capilla, —insistió ella. Internamente estaba desesperada ante el agujero que estaba cavando para ella misma, pero una parte de ella estaba empezando a enfadarse—. Tenemos una responsabilidad con la Divina, así como con los magos que protegemos… no sólo con mantener el orden. Con todo el debido respeto, mi señor.

—No veo respeto aquí. Veo a una mujer que no me ha dejado ninguna oportunidad de tratar con este asunto de una forma que no lleve a más turbulencias. ¿Es esto lo que pretendías?

—Hice lo que juzgué mejor, y si me permite la oportunidad de explicarme por completo, espero que esté de acuerdo.

—Y aún así no hay tiempo para explicaciones, ¿lo hay? Cabalgamos hacia la Gran Catedral, nuestro rumbo fijo. —El Señor Buscador apretó la mandíbula, negándose a mirarla—. Cuando volvamos a la Aguja Blanca, informarás a Ser Arnaud. Él te relevará como Caballero-Capitán.

—Sí, mi señor. —Evangeline aplacó su ira. Era cierto que le había dejado pocas opciones, habiendo permitido que el asunto fuera por encima de su cabeza, pero estaba cada vez más segura de que era para bien. No iba a dejar que el miedo de perder su posición evitara que hiciera lo que era correcto.

Las calles les llevaron brevemente a través del distrito del mercado. Aquí podía ver evidencias de los disturbios que la capital había sufrido. Edificios enteros quemados hasta los cimientos, algunos lo suficientemente recientes como para estar ardiendo aún, y

suficientes desechos amontonaban los adoquines como para hacerle pensar que una batalla había ocurrido. Incluso en la luz tenue de la noche las manchas de sangre oscuras eran inconfundibles.

El Señor Buscador Lambert claramente había acabado con su conversación, pero ella no podía dejarlo así.

—Hay otro asunto, —dijo ella reluctante—. Tengo nueva información sobre los asesinatos.

—¿De verdad? —Su tono era ácido—. Es extraño cómo no ha habido ningún asesinato más desde que el Encantador Rhys nos abandonó.

—Por mucho que así sea, él no es responsable.

—¿Entonces quién lo es?

—Eso… requerirá ciertas explicaciones.

Él volvió su silla para lanzarle una mirada incrédula. Ella trató de no apartar la mirada. Sabía que lo de Cole sería difícil de explicar, incluso bajo las mejores circunstancias, pero eso no significaba que no debiera intentarlo.

—Será interrogada en la Aguja Blanca, —afirmó él—. Puede hacer sus explicaciones entonces, Ser Evangeline. Hasta entonces, tenemos una audiencia con la que tratar.

El Señor Buscador parecía molesto por la perspectiva, pero le dio esperanzas a Evangeline. La Divina que recordaba del asesinato fallido en el palacio le pareció una persona justa e imparcial. Todo lo que podía hacer Evangeline era rezar silenciosamente al Hacedor porque a Su sagrada sierva se le concediera la sabiduría para verles lograr esto.

Era una pequeña esperanza, pero se aferró a ella con todo su poder.

Capítulo 16

Rhys había estado en la Gran Catedral sólo una vez antes. Poco después de su ascenso a encantador sénior, había sido llevado con Adrian y varios otros que habían sido ascendidos con él para conocer a la Divina Beatrix III. Una cortesía, en realidad, y Rhys recordaba estar allí en el calor tenso durante varias horas antes de que la Más Sagrada hiciera su aparición.

Había sido menos de un año antes de su muerte, y en el momento no se habría sorprendido si hubiera muerto en el sitio. Recordaba una anciana apergaminada siendo ayudada a entrar en la cámara por no menos que cuatro asistentes, todos colapsando bajo el peso de sus túnicas escarlata. El grueso medallón dorado colgando alrededor de su cuello parecía tirar de su cabeza hacia el suelo, y su gran tocado colgaba torcido.

Cuando alcanzó el Trono Solar, la Divina había parpadeado y mirado alrededor confundida.

—¿Dónde estamos? —Había preguntado, Rhys percatándose de que no le quedaban más que tres dientes en la boca—. ¿Es hora ya de romper mi ayuno? Les dije que no tenía hambre. ¡No más gachas, he dicho!

Una de las asistentas se inclinó más cerca.

—Los magos, Más Sagrada.

Los ojos vidriosos de la mujer se abrieron como platos.

—¡¿Magos?! —Ella buscó por la habitación, casi cayéndose en su agitación—. ¡¿Por la gracia de Andraste, estamos bajo ataque?!

Había requerido la ayuda de los asistentes, así como de un par de templarios cercanos, para calmar finalmente a la Divina y asegurarle que, no, los malvados magos no estaban aquí para atacar a nadie. La sentaron, una pila de alfombras sentadas en un trono que la empequeñecían tanto en tamaño como en majestuosidad, y luego inmediatamente procedió a quedarse dormida. Rhys y los otros habían sido “presentados” uno tras otro, todo el mundo pretendiendo no darse cuenta de los ronquidos estruendosos de la anciana.

Nunca había considerado que él mismo fuera uno de los Andrastianos más fieles. Quizás era el ser criado por la Capilla, o simplemente ser un mago y por lo tanto estar menos impresionado por los eventos que algunos llamarían milagrosos. Aún así, recordaba sentirse decepcionado. Toda aquella preparación, y la vasta humildad que había sentido caminando hacia aquella cámara, sólo para descubrir que la persona más exaltada de todo Thedas era simplemente… humana.

Ahora aquí estaba, siete años después, y la Gran Catedral parecía exactamente igual. La estructura estaba en un complejo amurallado al otro extremo de Val Royeaux, una vez habiendo estado fuera de la capital hasta que la ciudad literalmente creció a su alrededor. Era una fortaleza imponente de piedra gris y arcos que parecían alcanzar el cielo. Pese a la belleza del despliegue, las estatuas doradas y las ventanas de cristal tintado coloridas que se extendían desde un extremo de la estructura hasta el otro, el lugar poseía una sobriedad que hablaba de su pasado sangriento.

La Capilla, después de todo, era una religión nacida de una guerra que había sacudido todo Thedas. Lugares como la Gran Catedral y la Aguja Blanca habían sido una vez fortalezas que habían resistido innumerables batallas, y estaban todas construidas sobre los huesos de innumerables muertos.

Le hacía preguntarse si se añadirían más a la cuenta hoy.

Una vez más estaba en la cámara de audiencias, mirando al trono vacío. Tan tarde en la noche las ventanas de cristal tintado estaban oscuras, y sólo el Brasero Eterno ejercía alguna luz, las llamas en su base de mármol haciendo que cada sombra bailara. La estatua de cuarenta pies de alto de Andraste, representada como una mujer con túnica con la espada de la justicia sostenida en alto, parecía particularmente ominosa ahora. Era como si mirara abajo, sabiendo lo que yacía por delante y sintiéndose mal por ello.

El Señor Buscador Lambert estaba cerca del trono con los templarios alineados a cada lado de la cámara, todos ellos en pie en atención. Evangeline estaba con ellos, su cara una máscara ilegible. Cole estaba… en alguna parte cerca, en las sombras. Observando. Sólo los magos estaban en el suelo abierto. Rhys encontraba la espera casi torturadora.

Luego un gong sonó. Una línea de sacerdotisas entró en fila a la cámara, cada una de ellas sosteniendo sus manos en oración y cantando. Sus voces llenaron la habitación con ecos, mandando un estremecimiento por su espalda.

Inmediatamente siguiéndolas estaba la Divina. Esta no era una arpía marchita, sino una mujer mucho más joven que caminaba recta y orgullosa. No necesitó asistencia salvo por la de la única asistente que llevaba el tren de sus voluminosas túnicas rojas. Todo el mundo en la habitación cayó sobre una rodilla mientras pasaba. Por un largo momento no hubo nada salvo el sonido silencioso de los pasos de la Divina mientras ascendía al Trono Solar.

—¡Todos saluden a la Más Sagrada Justinia, Quinta de Su Nombre, Exaltada Sierva del Hacedor! —gritó un templario, su voz sonando por la cámara.

—Proporciónenos sabiduría, —respondió un coro de voces.

Hubo una pausa, y luego la Divina habló:

—Álcense, todos ustedes.

Todo el mundo se levantó. La mujer se sentó en el trono, y al contrario que su ocupante previa, ella parecía llenarlo. Se sentó erguida, completamente al mando, y recibió a su audiencia con una mirada cálida y de bienvenida.

Los asistentes se quedaron en la parte trasera de la cámara. Sólo una de ellos realmente estaba en la tarima junto al trono: una hermosa mujer con el pelo corto y rojo, llevando las túnicas de una sacerdotisa pero irguiéndose con tal facilidad y gracilidad que Rhys no pudo evitar tener la impresión de que era una guardaespaldas. Los rumores decían que la Divina estaba empleando bardos a su servicio personal. Había supuesto que los relatos eran exagerados, como muchos lo eran, ¿pero quizás no era así?

—Una hora tardía para una audiencia, —comentó la Divina. Su voz llevada fácilmente por la acústica de la habitación; casi era como si le hablara a Rhys directamente al oído—. Pero es bueno que todos estén aquí. He esperado esto un tiempo.

—Su Perfección, si me permite. —El Señor Buscador caminó hacia la tarima. Hizo una reverencia superficial, y no esperó a que le dieran permiso para continuar—. No hay necesidad de esto. Con el estado del Imperio, estoy seguro de que tiene preocupaciones más importantes que un asunto interno del Círculo de Magos.

—Su consejo es apreciado, Lambert, —dijo ella. Rhys pensó que detectó una sombra de sarcasmo en su tono, y ciertamente la carencia de un honorífico no se le pasó por alto al hombre. Miró indignado, pero no dijo nada—. El Imperio se enfrenta a la guerra, y mientras que rogamos por las almas de los muchos inocentes atrapados a su paso, la Capilla no puede olvidarse de su responsabilidad por el bien de la política.

—Yo estoy tratando con el asunto, Su Perfección…

—¿Sí? —Sus cejas se levantaron—. Y aún así un mago hizo un atentado contra mi vida hace escasas semanas. Los templarios han pasado un tiempo cada vez más difícil manejando el Círculo desde ese desafortunado asunto en Kirkwall. Quizás alguna ayuda vaya bien, ¿no lo cree?

Su asentimiento fue a regañadientes, a lo sumo.

—Si usted lo cree así, Su Perfección.

—Lo creo. —La Divina lanzó su mirada alrededor de la habitación, claramente buscando a alguien, hasta que la vio en medio de la fila de templarios—. Hablando del atentado contra mi vida, nunca tuve la oportunidad de agradecer a aquella personalmente responsable por mi rescate. Ser Evangeline, sea tan amable de dar un paso hacia delante.

Rhys vio los ojos de Evangeline abrirse como platos del shock. Ella vaciló, hasta que la Divina finalmente le hizo un gesto para que se acercara. Reluctante abandonó la fila de los templarios, y cuando alcanzó el fondo de la tarima instantáneamente cayó sobre una rodilla.

—El informe que recibí de los eventos en la fortaleza Adamantio era bastante riguroso, —dijo la Divina—. Entiendo que usted es responsable de asegurarse de que la misión se completara y el regreso a salvo hasta Val Royeaux.

Evangeline no alzó la mirada.

—Yo… hice lo que pude, Más Sagrada.

—Ciertamente lo hizo. Aquí me encuentro a mí misma agradeciéndole a usted no sólo por un servicio realizado a la Capilla, sino por dos. —La Divina miró al Señor Buscador—. Tiene a la templaria más prometedora en sus filas, Lambert. ¿Confío en que la verá adecuadamente recompensada?

El Señor Buscador no dijo nada. Durante un largo momento hubo un tenso silencio mientras él y la Divina fijaban miradas, hasta que finalmente transigió.

—Como desee, Su Perfección.

—Bien. Alguien necesitará cuidar de la Aguja Blanca cuando usted vuelva a sus deberes habituales, después de todo.

—¡Más Sagrada! —Soltó Evangeline—. Yo… no puedo pedirle…

—Usted no lo ha pedido. Más bien, soy yo quien le está pidiendo a usted que continúe sirviendo al Hacedor. —Ella hizo un gesto para que Evangeline se acercara más—. Quédese a mi lado mientras trato con el asunto entre manos.

Evangeline intercambió una mirada con el Señor Buscador. Estando entre ellos, Rhys no podía ver los detalles… pero por la postura rígida del hombre, era fácil decir que no estaba complacido. Alguien estaba siendo desautorizado. Rhys podía ser un mentiroso si clamara que no le hacía al menos un poco feliz.

Observó a Evangeline subir los escalones hacia el trono, donde se encontró con la mujer pelirroja. Parecía orgullosa, si acaso un poco nerviosa. *Bien por ella*, pensó Rhys para sí mismo. *Al menos alguien se iba a beneficiar de todo esto*.

—Ahora pues, —comenzó la Divina—. Continuemos. ¿Encantadora Wynne?

Wynne caminó hacia delante, llevando a Pharamond de la mano. El elfo estaba temblando terriblemente del terror, parecía preparado para vomitar. Tan pronto alcanzó la tarima, se postró ante la Divina.

—¡Por favor, Su Perfección! —rogó en una voz temblorosa—. ¡Sólo hice lo que usted me pidió, lo juro!

Wynne se arrodilló y trató de consolarle, pero el elfo no se estaba ni enterando. Temblaba y sollozaba, los mocos saliendo de su nariz en un espectáculo patético casi doloroso de observar. Finalmente la Divina alzó la mano.

—En pie, —le ordenó—. De momento, sólo deseo hablar.

Lentamente Pharamond permitió que Wynne le ayudara a levantarse. Intentó recomponerse, aunque no muy bien.

—Yo… sólo hice lo que usted pidió, Más Sagrada, —repitió él.

El Señor Buscador caminó hacia delante, rodeando a la Divina con una expresión airada.

—¿Qué quiere decir con eso, *exactamente*?

—Creo que se está olvidando de su lugar, Lambert.

—¡Y yo creo que los templarios tienen un derecho a saber qué transpira en nuestro dominio! —soltó él—. ¡Ya lo pasamos bastante mal tratando con los magos, ciertamente no necesitamos interferencias!

Ella frunció el ceño, y Rhys se preguntó si las cosas estaban a punto de desmadrarse. Esos eran dos de las personas más poderosas de Thedas dándose cabezazos el uno al otro, justo ahí enfrente de todo el mundo. La intranquilidad en la cámara era conspicua, y no pudo evitar percatarse de que los templarios no sólo estaban armados sino que también superaban en número fácilmente a todos los demás. Pero… ellos servían a la Capilla. Los templarios nunca se opondrían abiertamente a la Capilla, ¿no? Eso era impensable.

—Déjeme explicarlo, entonces, —dijo la Divina en un tono crispado—. Hace cinco años pedí a alguien que comenzara una investigación acerca de la naturaleza del Rito de la Tranquilidad. Es un proceso que utilizamos aunque no lo entendemos del todo. Deseaba saber si el Rito podía negar a un mago su poder sin también castrar su mente.

También deseaba saber si el proceso podía ser invertido. —Ella hizo un gesto hacia Pharamond—. Como puede ver, eso parece ser cierto.

—¿Pero por qué? —Exigió el Señor Buscador—. El Rito de la Tranquilidad ha servido al Círculo durante siglos. Es nuestra última defensa contra los magos que no pueden dominar sus propios poderes. ¡Debemos mantener el orden, Más Sagrada! ¡Debemos proteger a los inocentes de los magos, y a los magos de sí mismos!

Ella asintió.

—Un cuento apropiado, para que podamos dormir mejor por las noches. El Hacedor dice que la magia debe servir al hombre… pero nosotros poseemos una responsabilidad ante aquellos que nos sirven, Señor Buscador. No podemos llamarles cuando su magia es útil y luego encerrarles en una jaula cuando es conveniente. Son los niños del Hacedor, no para ser tolerados, sino para ser amados.

Rhys estaba aturdido. Nunca había pensado escuchar tales palabras de nadie en la Capilla antes, mucho menos la Divina. De los murmullos que viajaban por la habitación, sospechaba que muchos otros sentían lo mismo. Mirando a su derecha, captó un vistazo de Adrian en pie no muy lejos de él y observando el trono.

Estaba llorando.

El Señor Buscador frunció el ceño, mirando a la Divina con consternación.

—¿Y qué precio nos haría pagar por tal idealismo, Más Sagrada?

—El idealismo es nuestro recurso, Lambert. Una religión sin ideales es una tiranía. En cuanto al precio —ella se volvió hacia Pharamond— eso es lo que intento descubrir.

Wynne se inclinó.

—Su Perfección, con su permiso, quizás yo podría responder sus preguntas. Desde la… restauración… de Pharamond, ha tenido dificultades controlando sus emociones. Temo que esto pueda ser abrumador para él.

El elfo sonrió agradecido hacia ella, pero el Señor Buscador no estaba ni de cerca igual de impresionado.

—¿Y este es un hombre en el que ahora debamos confiar que resiste a la posesión? —gruñó él.

La Divina le silenció.

—Su informe era muy detallado, Encantadora Wynne. Por eso le doy las gracias. Hay, sin embargo, aún preguntas. Si usted fuera tan amable de responderlas, se lo apreciaría.

—Por supuesto, Su Perfección.

La Divina se sentó de vuelta en el trono. Juntó sus manos y descansó su barbilla sobre ellas, encogiendo sus ojos pensando.

—Primero deseo saber qué le ocurrió a la gente de Adamantio.

Wynne parecía reluctante a hablar, y Rhys podía bien imaginar por qué. Recordó la habitación llena de cuerpos calcinados, la sangre manchando las paredes, y se estremeció.

—Están muertos, —susurró ella.

—¡Levante la voz! —soltó el Señor Buscador.

—Están muertos, —dijo Wynne, más fuertemente.

La Divina cerró los ojos, moviendo la boca en una plegaria. Todo estuvo en silencio durante un largo minuto hasta que ella abrió los ojos de nuevo. Rhys podía ver que estaban húmedos… claramente estaba abatida, y le hacía sentir culpable. Tan horrorizado como había estado ante la carnicería, otras preocupaciones habían parecido mucho más acuciantes que la pérdida de vidas.

—¿Cómo? —preguntó ella, su voz dura con la emoción.

Wynne vaciló.

—El Velo ya era fino en Adamantio. El experimento de Pharamond permitió que los demonios pasaran a nuestro mundo. Poseyeron a la gente de la fortaleza…

—Y se destrozaron los unos a los otros, —terminó por ella el Señor Buscador.

Ella asintió.

—Y luego poseyeron los cuerpos.

Ella asintió de nuevo.

El Señor Buscador no miró a la Divina. No tenía que hacerlo.

—Y este experimento, —continuó la Divina—, ¿es prometedor? ¿Es un accidente del Rito de la Tranquilidad lo que ha invertido a este hombre, o puede ocurrir de nuevo?

Wynne hizo como para hablar, pero ahora Pharamond alzó la voz.

—Yo no pretendía ser poseído, lo juro, —dijo él. Se aclaró la garganta incómodo—. De hecho, creo que el proceso puede ser replicado con mucha más seguridad… si, claro está, desea que así sea… —Su voz se apagó en el silencio.

—¿Pero ha aprendido más sobre la naturaleza del Rito?

—Sí, creo que sí.

—¿Y cree que puede descubrirse una forma para permitir que el Rito restrinja a un mago sin convertirle en Tranquilo?

Rhys se percató del sudor nervioso que caía por el ceño de Pharamond. Miró indefenso a Wynne, pero ella meramente asintió para que él respondiera. Miró a la Divina de nuevo, tartamudeando varias veces antes de lograr una respuesta:

—No, —dijo silenciosamente—. No creo que eso sea posible.

Su respuesta flotó en el aire.

—Entonces no hay nada más que discutir, —declaró el Señor Buscador—. Si el único resultado de la investigación de este hombre es descubrir que el Rito puede ser invertido, entonces lo llamo un fracaso… y uno peligroso, Más Sagrada. ¡Incluso ahora hay algunos en la Aguja Blanca que creen que estamos a punto de convertir a todos los Tranquilos de vuelta en magos!

La Divina meditó sus palabras y no respondió. No tenía por qué hacerlo, sin embargo, mientras Adrian de repente caminaba hacia delante. Rhys gruñó hacia dentro, viento el ultraje claramente escrito en su cara junto a las lágrimas.

—¡Y eso deberían hacer! —gritó ella—. ¡Nunca deberían haber sido mutilados en primer lugar!

El hombre la miró con furia, pero fue la Divina la que respondió.

—¿Y qué nos sugeriría que hiciéramos, querida? ¿Ejecutarlos?

—¡Sí! —Adrian miró alrededor a las miradas aturdidas que recibió, y sólo parecían alimentar su ultraje—. ¡Sí! ¿Creen que es *más amable* convertirles en autómatas, en sirvientes? ¡Si de verdad nos temen tanto, entonces mátennos! ¡No pretendan que matar todo lo que nos hace humanos no es la misma cosa!

El Señor Buscador hizo un gesto enfadado a varios de los templarios en el lateral, pero la Divina sacudió la cabeza. Él la miró incrédulo, pero ella le ignoró.

—Entiendo su frustración, —le dijo a Adrian—, pero estamos en una posición muy difícil.

—Una que está a punto de volverse aún más difícil, Más Sagrada, —dijo el Señor Buscador. Bajó sobre una rodilla ante el trono, una muestra de súplica sincera que Rhys encontró sorprendente. Al igual que lo hicieron Ser Evangeline y la mujer pelirroja a cada lado del trono. Ambas miraron al hombre sorprendidas—. No podemos alentar esta investigación más, —dijo él—. Por propias palabras del elfo, no lleva a ninguna parte. Debemos poner nuestros esfuerzos en mantener el orden antes de que se difunda la palabra de esto.

Más sorprendente aún, la Divina pareció considerar sus palabras. Frunció el ceño pensativa, mirando la distancia mientras sopesaba las opciones. Rhys casi esperaba que Adrian objetara, pero luego la vio sacudir la cabeza en abatimiento. Estaba abandonando.

—¡No! —gritó él. Las palabras fueron casi arrancadas de él antes de que se diera cuenta de lo que estaba diciendo. Sonaban demasiado fuertes en la enorme cámara de audiencias, reverberando hasta que todos los ojos estaban vueltos hacia él.

Ahí estás de nuevo, se reprendió a sí mismo. *¿Cuándo aprenderás, exactamente?*

Calmando sus nervios, Rhys se aproximó a la tarima, arrodillándose de la misma manera que el Señor Buscador lo había hecho antes que él.

—Discúlpeme, Más Sagrada, pero debo hablar.

La comisura de la boca de la Divina se retorció entretenida.

—¿Por qué no? Parece que ninguno de nosotros está guardando la ceremonia hoy. ¿Quién puede ser usted?

—El Encantador Rhys, Más Sagrada.

Ella sonrió.

—¡Ah! ¿El hijo, no? Puedo ver el parecido.

Fue abatido por eso, una combinación de que Wynne claramente le había contado a la Divina su relación y que la mujer siquiera lo recordara. Además, no se parecía a Wynne… ¿no? En el espacio de su vacilación, sin embargo, el Señor Buscador interrumpió.

—No escuche a este hombre. Está bajo sospecha de asesinato, y cualquier cosa que diga indudablemente será un esfuerzo por salvar su propio pellejo.

La Divina se rió entre dientes, bajando sus manos y volviéndolas a acomodar en el trono.

—Todos tenemos nuestros prejuicios, Lambert. Viendo cómo permitió que este hombre acompañara en la misión, estoy dispuesto a escuchar lo que tenga que decir. —Ella asintió hacia Rhys—. Por favor, continúe.

—Creo que dejar a un lado la investigación de este hombre sería un error, —dijo él—. Mucho de lo que sabemos sobre el Rito de la Tranquilidad, ciertamente de la propia magia, se basa en la tradición y el boca a boca. Lo que él ha aprendido puede que no sea una solución alternativa al Rito, pero eso no significa que no se *pueda* encontrar una.

—¿Y cómo sabe eso? —exigió el Señor Buscador.

—He estado hablando con Pharamond desde que abandonamos Adamantio. Considerando que mi propia investigación trata con espíritus, he encontrado que lo que él tiene que decir es bastante iluminador.

El Señor Buscador miró, aturdido. Se permitió una mirada fulminante a Evangeline, que mantuvo su propia expresión de piedra y no apartó la mirada, y luego volvió a mirar a la Divina.

—¿Ve? Ya se extiende. ¡Luego estará tratando de convencernos de que se requieren demonios para aumentar esta agenda!

—Demonios no, —insistió Rhys—. ¡Espíritus! —Ante la mirada incrédula tanto del Señor Buscador como de la Divina, habló más enfáticamente—. No todo acerca de los espíritus es malvado. Utilizamos espíritus para sanar, y la Capilla lo acepta porque es útil. Esto no es diferente.

—¡Por supuesto que es diferente! —Gritó el Señor Buscador—. ¡Tenemos toda una fortaleza de inocentes horriblemente masacrados para demostrarnos cómo de diferente es!

—¿Y haría que sus muertes fueran sin sentido?

—¡Yo no! —dijo él—. ¡Sus muertes fueron sin sentido por el acto egoísta de un hombre que los utilizó para invertir algo que nunca debería haber sido invertido! ¡Es blasfemia!

Rhys se rió amargamente.

—¿Blasfemia? Esta puerta está abierta. ¡Puedes tratar de cerrarla de golpe, o puedes ver lo que hay al otro lado! ¡Podría ser justo una forma de evitar la rebelión que incluso usted debe saber que está viniendo!

El Señor Buscador desenvainó su espada. El sonido metálico que hizo mientras dejaba la vaina sonó a través de la habitación, y la reacción fue instantánea. Al menos la mitad de los templarios desenvainaron sus espadas, y Rhys no tenía la impresión de que pretendieran detenerle; más bien lo opuesto. Rhys cayó de espaldas, alarmado, e inmediatamente canalizó maná. Adrian corrió a su lado, invocando una voluta de fuego en sus manos.

—¡Suficiente! —gritó la Divina—. ¡No habrá ningún derramamiento de sangre!

Evangeline corrió hacia el Señor Buscador, el arma ya en mano, pero la sacerdotisa pelirroja llegó allí primero. Ella agarró su mano de la espada, y cuando rodó para apartarla a la fuerza, ella le miró con una mirada de acero.

—No sea estúpido, —advirtió ella, su voz baja y mortífera.

Él frunció el ceño, aunque bajó su espada. Apartando su mano de la de ella, se volvió para encarar a Rhys.

—No veo ninguna rebelión viniendo, —dijo irritado—. Veo magos que toman cada centímetro que se les permite y exigen diez más, olvidándose del mismo motivo por el que el Círculo existe. Y lo que oigo son amenazas, viniendo de un Libertario que sería el primer corrupto si el poder se pusiera alguna vez en sus manos.

Rhys permitió que su poder se desvaneciera, pero fue difícil. El Señor Buscador estaba tan lleno de desdén y rectitud que era enfermizo, y Rhys no quería otra cosa que borrar esa mueca de su cara… aunque ciertamente significara su propia muerte.

—No estoy haciendo amenazas, —dijo él—. Le estoy diciendo que hay alternativas, pero usted es demasiado ciego como para verlas. Si sigue tratando de asfixiar a los magos, nos perderá. Eso se lo prometo.

El Señor Buscador le ignoró, volviéndose en su lugar hacia la Divina.

—¿Ve con qué tratamos? Resistencia tras cada esquina. Acabe con esto, aquí y ahora, antes de que se esparza más allá de estos muros.

—Es demasiado tarde, —gritó una voz. Era Wynne. Ella reconfortada dio unos golpes a la mano del ansioso Pharamond y luego le dejó para aproximarse a la tarima—. Lo siento, Más Sagrada, pero el Círculo de Magos ya sabe acerca de Pharamond.

—¿Qué quiere decir? —exigió el Señor Buscador.

Ella le sonrió dulcemente.

—El envío que fue a la Aguja Blanca y a la Gran Catedral también fue mandado a todos los otros Círculos de Thedas. Los primeros encantadores ya están de camino a Val Royeaux mientras hablamos.

Adrian jadeó, y Rhys estaba similarmente aturdido. ¿Había sido ese el plan de Wynne todo el tiempo entonces? ¿La golem había sido tan increíblemente cáustica sólo para que Evangeline se alegrara de ver cómo se iba? No podía evitar sentir un poco de desazón ante la revelación.

El Señor Buscador se giró hacia la Divina.

—Ejecútelos, —gruñó él—. Ejecútelos a todos. ¡Esto vuela en la cara de todo ante lo que se alza la Capilla, un desafío directo a nuestra autoridad!

La Divina frunció el ceño y miró a Wynne con una mirada especulativa, tocando con sus dedos el brazo del Trono Solar. Wynne se inclinó, y habló con un tono cuidadosamente protegido.

—Esta es una oportunidad para que usted trabaje con el Círculo, para acoger los hallazgos de Pharamond como una oportunidad en vez de como una amenaza.

—Nos coloca en una difícil posición, —dijo la Divina. Rhys podía decir que estaba descontenta, quizás incluso arrinconada. Intercambió una mirada desafiante con el Señor Buscador, una que puso nervioso a Rhys. ¿Se negaría, después de todo esto? ¿Había alienado Wynne a una mujer que aparentemente había sido su aliada?

—No más difícil que aquella en la que estamos los magos, Su Perfección, —respondió Wynne.

Los dedos de la Divina tamborilearon en el trono durante varios momentos más antes de que asintiera cortésmente.

—Que así sea. —Antes de que el Señor Buscador pudiera objetar, ella alzó una mano—. Expedite los preparativos, Lambert. Habrá un cónclave aquí en la Aguja Blanca, en lugar de en Cumberland. Que ocurra en un plazo de un mes. Que los magos debatan una política con la que ambos podamos vivir.

El Señor Buscador apretó los dientes, pero era fácil ver que estaba tan atrapado como ella.

—Muy bien, —dijo cortésmente—. Creo que es una misión imposible, pero parece que no nos queda elección. Los templarios permitirán esto, pero tengo tres condiciones.

—Nómbrelas.

—Una, que restrinjamos el tamaño del cónclave. No deseo ver la torre abarrotada con cada encantador sénior desde aquí hasta Ferelden. Demasiado poder en un lugar puede darles a esos magos estúpidas ideas.

La Divina asintió.

—Creo que aquellos en esta cámara serán requeridos en el cónclave. Aparte de eso, acepto. Sólo Primeros encantadores.

—Dos, deseo a estos magos aprisionados. No los quiero alentando problemas, no en la Aguja Blanca ni en ninguna otra parte.

—Confínelos en sus cuartos. —Ella miró a Wynne—. Creo que podemos hacer una excepción con usted, Encantadora, en reconocimiento a su servicio pasado. Permanecerá en la Aguja Blanca hasta el cónclave. Si el Señor Buscador Lambert cree que está abusando de este privilegio, se unirá a los otros.

Wynne asintió.

—Lo entiendo, Más Sagrada.

—Por último… —El Señor Buscador hizo un gesto hacia Pharamond— …deseo que este hombre pase por el Rito de la Tranquilidad una vez más.

Hubo un silencio mientras sus palabras calaban, y luego Pharamond dejó salir un aullido descorazonador de desesperación. El elfo se hundió de rodillas, mirando al Señor Buscador con completo horror. Las lágrimas inundaban sus ojos.

—Por favor, —jadeó él—. Por favor, no haga esto, se lo ruego…

Wynne corrió al lado del hombre, manteniéndolo derecho. Ella rogó a la Divina:

—¡Por el amor del Hacedor, tenga piedad!

El Señor Buscador frunció el ceño.

—Los motivos por los que pasó por el Rito son tan ciertos hoy como lo fueron una vez. Además, mírele. El hombre apenas puede controlarse. ¿Cómo se enfrentará a un demonio? Cualquier conocimiento que posea permanecerá.

Pharamond colapsó en el suelo. El sonido desesperado agudo que hacía era como el de un animal atrapado en una trampa, y tiraba del corazón de Rhys.

—¡No puede hacer esto! —gritó él—. ¡Después de todo lo que ha pasado, es inhumano!

—Quizás le gustaría unirse a él, —dijo fríamente el Señor Buscador.

La Divina sacudió la cabeza.

—Suficiente, Lambert. El elfo se convertirá en Tranquilo una vez más. Está hecho. —Con eso, se levantó del trono. Cada templario en la cámara inmediatamente se levantó con atención. Antes de que se marchara de la tarima, sin embargo, se detuvo y miró a Wynne con una mirada de advertencia—. Esperemos que tenga razón, Encantadora, y este cónclave permita al Círculo y a la Capilla construir un nuevo acuerdo. Si no, que el Hacedor se apiade de todos ustedes.

La asistente pelirroja tomó a la Divina de la mano y se la llevó. Todo estuvo en silencio mientras las dos abandonaban la tarima, salvo por el sonido del jadeo lastimero de Pharamond. Hacía eco a través de la cámara sagrada, y Rhys se encontró allí, aturdido.

¿Qué acababa de pasar? Iba a haber un cónclave… ¿y él iba a asistir? Parecía que tenía otra prórroga, aunque por la forma en que le miraba el Señor Buscador imaginaba que no duraría mucho más allá de eso.

Tenía mucha más suerte que el pobre Pharamond. Rhys caminó hacia el hombre, Adrian junto a él, pero ninguno podía ofrecer ningún consuelo mejor que el que podía darle Wynne. La anciana le agarró como a un niño junto al Brasero Eterno mientras él aullaba de pena.

Lo que fuera que hubiera hecho en la fortaleza, fueran cuales fueran los errores que había cometido, estaba pagándolo ahora. Si había algo peor que ser despojado de todas tus emociones y hacerte vivir como una sombra vacía de lo que una vez fuiste… era saber exactamente cómo era, y que estuviera a punto de ocurrirte de nuevo.

Capítulo 17

Tres semanas.

Evangeline era Caballero-Capitán sólo de nombre ahora. Pese al pronunciamiento de la Divina, eso no cambió para que el Señor Buscador apreciara su presencia algo más. De hecho, hizo las cosas peor. Había sido relegada a tareas que no eran de Caballero-Capitán antes de tener siquiera el placer de hacerlas: deber de vigilancia en las mazmorras, por ejemplo. Sola.

Arnaud apareció ocasionalmente para regodearse. El hombre iba con su insufrible sonrisa como una bandera de victoria, provocándola con el conocimiento de que tan pronto se hiciera el cónclave de los primeros encantadores, también se acabaría su posición dentro de la Aguja Blanca. El favor de la Divina sólo iba hasta ahí. Probablemente tenía razón. Eso no la hizo querer borrar esa sonrisa de su cara menos. Incluso habría merecido la pena, pese a las consecuencias.

No todos los otros templarios se sentían como Arnaud, por supuesto. Algunos de ellos llegaban a las mazmorras tarde por la noche, ofreciéndole sus simpatías y consejo. Lo siento, decían. Lánzate a la piedad del Señor Buscador, con tal de no perder lo que sea que hayas ganado en la orden para siempre. Esto era ignorando el hecho de que el Señor Buscador Lambert no *tenía* ninguna piedad. Eso, y que a ella ya no le importaba.

Bueno… eso era mentira. Le importaba. Le importaba demasiado la ira indefensa ardiendo en su interior como un carbón ardiente. Esto no era la Orden Templaria a la que se había unido. Esa orden estaba llena de protectores, gente que hacía lo que podía con una situación horrible. Gente que creía que los magos necesitaban tanta ayuda como los inocentes fuera de la torre, y tenían un deber dado por el Hacedor por tener compasión por el poder que tenían.

El Caballero-Comandante Eron había creído eso. Su padre había creído eso. Ella no veía nada de eso en el Señor Buscador, sin embargo… sólo una fría seguridad que congelaba cualquier esperanza de compromiso. Lo que lo hacía peor era que muchos de los otros templarios temían al Señor Buscador, y le veían acechándoles a ellos al igual que a los magos, aún así ninguno de ellos estaba dispuesto a alzar una voz de oposición. Al ver a su Caballero-Capitán servir como el perfecto ejemplo de lo que le ocurría a alguien que lo hacía la voluntad se desvanecía aún más rápido.

Así que aquí estaba, encerrada durante días recorriendo la oscuridad. Había tratado varias veces de solicitar una audiencia con el Señor Buscador, todo para nada. No quería hablar con ella, o siquiera aceptar que existía. Evangeline sabía que estaba vigilándola como un halcón, aún así, simplemente esperando a la menor oportunidad para acusarla de insubordinación.

Lo cual significaba que no podía buscar a Rhys, ni a ninguno de los otros. Incluso con Wynne sólo había hablado de pasada, y la anciana lo había entendido cuando Evangeline sugirió que sería mejor que no se encontraran por el bien de ambas. Rhys estaba confinado en su cámara, y le molestaba no poder ir y hablar con él sobre… alguien.

Evangeline se quedó ahí, el ceño fruncido con confusión, y luego de repente metió la mano en la túnica. De ahí sacó un pequeño trozo de pergamino. Rápidamente caminó hasta la luz zafiro de la lámpara brillante y lo leyó:

Se llama Cole.

No es tan mayor, quizás veinte años. No más. Tiene pelo rubio que cuelga sobre sus ojos y lleva unos cueros sucios… quizás las únicas ropas que tiene. Estaba aquí cuando encontraste a Rhys en la cripta templaria, pero no pudiste verlo. Nadie puede, y aquellos que lo hacen lo olvidan. Al igual que tú ahora mismo.

Recuerda el sueño.

Ella bajó el pergamino, cerrando los ojos y tratando de aferrarse al recuerdo. El sueño en el Velo. Esa horrible granja, y encontrar a un chico escondiéndose en un armario de la cocina. Lo recordaba todo, pero el propio Cole se le escapaba del ojo de la mente. No podía ver su cara, o escuchar su voz. Pero quería. Era su deber recordar.

¿Qué le había ocurrido? Él había ido a ella, en los días tras la audiencia con la Divina. Su recuerdo era algo como el del sueño… una impresión de un evento en lugar de algo sólido. Le había preguntado por Rhys, y le había preguntado si él iba a ser entregado a los templarios.

Lo siento, Cole, había dicho ella. *Realmente no lo sé.*

Se sentía indefensa, y había sido terrible verle hundirse en la derrota. Había estado tan aterrorizado en el camino de vuelta a la Aguja Blanca, recordaba eso. Todas sus esperanzas y temores se envolvían con anticipación de un momento que nunca llegaba. Habían ido a la Gran Catedral, y luego todo después de eso había sido un borrón de actividad. El Señor Buscador la había dejado fuera por completo, y Cole indudablemente se había retirado hacia las profundidades de la torre.

De hecho, incluso podía estar observándola ahora.

—¿Haciendo una lectura ligera, Ser Evangeline? —preguntó una voz.

Ella saltó. El Señor Buscador Lambert estaba en la entrada de la mazmorra, mirándola con una ceja alzada. Tenía una armadura completa, la luz azul de las lámparas reflejándose en su superficie negra pulida. Cuando ella no respondió, él caminó hacia la pequeña mesa y perezosamente se movió alrededor del juego de cartas que ella había extendido para sí misma.

—Veo que se mantiene ocupada. El deber de guardia puede ser tedioso, pero es una tarea importante no obstante.

—¿Hay algo que desee, Señor Buscador?

Él la miró y frunció el ceño.

—Aprecio que un subordinado me desafíe… hasta cierto punto. Considerando dónde está, sugeriría que modificara su tono.

Evangeline cogió aire profundamente. Tenía razón, por supuesto. No tenía sentido oponérsele más.

—He estado solicitando una audiencia con usted toda la semana, —dijo ella—. Simplemente me sorprende que venga al Pozo. Habría ido a su oficina.

—Cierto. —Él caminó por la habitación, las manos agarradas tras su espalda, y durante varios segundos no habló. Evangeline no estaba segura de qué entender de ello—. Deseaba reunirme con usted en privado, lejos de los ojos vigilantes. Tiene que ver con su informe.

—Lo leyó.

—Lo hice, sí. Muy riguroso. Tengo una pregunta, no obstante. Usted clama que el Encantador Rhys no es, de hecho, responsable de los asesinatos… hay otro, un joven mago con el nombre de Cole.

—Es correcto.

—Es más, usted clama que es invisible, y olvidado por cualquiera que lo conoce. ¿Esto, sin embargo, no la incluye a usted?

—Yo… estoy empezando a olvidar, mi señor.

El Señor Buscador dejó de caminar, mirándola con curiosidad.

—Ya veo —fue todo lo que dijo—. ¿Y aún así usted clama que puede proveer de evidencias de la existencia de este Cole? ¿Qué se manifestará a su orden?

—Dijo que se mostraría, para ayudar a Rhys.

—Entonces hágalo. Me gustaría conocer a este hombre.

Ella encogió los ojos incómoda.

—Me temo que no sé dónde está.

Él asintió, como si fuera la respuesta que estuviera esperando.

—¿Así que él está… en alguna parte en la torre? Supongamos que este hombre en efecto existe…

—Él existe, mi señor.

—*Asumamos* que es así. ¿Se le ocurrió que sus habilidades son propias de la magia de sangre? Extraño, poderes nunca vistos antes, alimentado por la sangre de sus víctimas?

—No creo que eso sea cierto.

—Usted no *cree*. —Su ceño se profundizó, y él sacudió la cabeza como si estuviera decepcionado—. ¿Así que no estaría de acuerdo si sugiriera que quizás este Cole está influenciando su mente? ¿Quizás está influenciando al Encantador Rhys también? ¿Puede estar *absolutamente segura* de que este no es el caso?

Ella suspiró. Por una parte, era cierto… no podía estar segura. Había conocido a Cole en el Velo, y todo acerca de su presencia parecía conveniente. Por todo lo que sabía, bien podría ser el demonio que al principio sospechaba que fuera. O podría ser un maleficar, un usuario de magia prohibida que estaba doblegando sus pensamientos y recuerdos para pensar que era inofensivo. Quizás estaba manipulándolos a todos.

Por otra parte, no pensaba que él fuera inofensivo. Le recordaba como peligroso, lo que podía recordar. Él también estaba perturbado, poco más que un niño abandonado a cuidar de sí mismo en un mundo que no entendía del todo. Tenía que creer en sus sentimientos, y sus sentimientos le decían que él era lo que parecía ser. Que necesitaba ayuda.

—No, no puedo estar absolutamente segura, —admitió ella—. Pero aún lo creo. De algún modo los talentos de Cole se volvieron… retorcidos… después de ser traído a la torre. A través del miedo o no sé. Necesita convertirse en Tranquilo antes de que pierda la cabeza por completo y hiera a alguien más.

El Señor Buscador asintió, complacido.

—Es bueno ver que aún cree en el Rito de la Tranquilidad. Casi sospechaba que la había perdido con esos Libertarios.

—El Rito tiene su lugar. Estoy de acuerdo con el Encantador Rhys en que necesitamos una alternativa, aún así. No se equivoca, y no es un asesino. Tenemos una responsabilidad de dejar a un lado nuestras diferencias y ver la verdad.

—Valientes palabras. —El hombre caminó de nuevo, frotándose el mentón y claramente ponderando. Era frío, decidió ella. Todo en él era un problema que debía ser resuelto limpiamente y apartado en un estante para ser olvidado. Cualquier cosa que no pudiera serlo era una amenaza—. Déjeme hacerle una propuesta, —dijo él—. Aceptaré ver a este Cole, una vez lo encuentre. No será dañado. En el caso que haya verdad en lo que dice, el Encantador Rhys será libre para irse.

—¿Y a cambio?

—Estará ante el cónclave de los primeros encantadores y denunciará la investigación de este Pharamond.

Así que esto era, todo el motivo de su llegada a las mazmorras para hablar con ella. No quería ser visto como indulgente, y ciertamente no quería ser visto haciendo un acuerdo en cuanto a su testimonio.

—No puede pedirme hacer eso, —dijo ella.

—Ciertamente puedo. Son sus acciones las que me han puesto en esta posición, y por lo tanto creo que es su responsabilidad verlo rectificado. —Alzó un dedo antes de que ella pudiera hablar—. He leído su informe. Es obvio que simpatiza con los magos, y eso es elogiable. Iré aún más lejos como para decir que podemos profundizar en este asunto en el futuro, bajo condiciones más monitorizadas. Quizás usted será la que estará al mando de ello. Pero no podemos hacer esto ahora, no mientras los magos estén buscando motivos para revelarse.

—¿Y preferiría darles uno?

El Señor Buscador resopló desdeñosamente.

—No estamos jugando a un juego. Hubo un día en que la magia gobernaba esta tierra y todas las tierras, y requirió que el Hacedor nos mandara a Su novia elegida para hacerlos caer. Nosotros somos el baluarte que evita que eso suceda de nuevo. Nadie más.

—¿Y eso no puede hacerse con compasión?

—Déjeme que le diga adónde nos lleva la compasión. —Vagó hacia la entrada que llevaba a las celdas de la mazmorra, bajando la mirada por el pasillo como si viera fantasmas en sus sombras—. Vengo del Imperio de Tevinter. Durante diez años serví con la Capilla Imperial, ¿sabía eso?

—No.

—No estoy sorprendido. Me fui porque el Círculo de Magos había sido corrompido más allá de cualquier esperanza de redención. Los magísteres lentamente recuperaron el poder en el Círculo… centímetro a centímetro. Después de todo, ¿qué daño podría haber en permitir que los magos se gobiernen a sí mismos? ¿Quién mejor para saber lo que necesitan los magos, y cómo enseñarles a resistir la atracción de los demonios?

—Esas son excelentes preguntas, —dijo ella.

—Estoy de acuerdo. En su momento, creí que la respuesta era sí, que los magos se servían mejor cuando se entrenaban por su cuenta. —Se percató de la mirada incrédula de Evangeline, y casi sonrió—. No comencé mi servicio convencido de que no podía confiar en ellos. ¿Cuántos lo hacen?

—Considerando lo que la Capilla nos enseña…

Él se encogió de hombro.

—Entré en la orden porque creía que podría hacer las cosas mejores. Encontré aliados entre los magísteres, y fui convencido de que podrían servir como ejemplo para los otros. A uno incluso lo consideré un amigo. Juntos íbamos a cambiar el mundo.

—Y él le traicionó.

El Señor Buscador sacudió la cabeza.

—Se convirtió en el Divino Negro. La perfecta posición para hacer tus sueños realidad, aún así una vez allí se volvió más sobre conservar su poder que utilizarlo. Aquellos que buscaban reemplazarle se volvieron hacia las artes prohibidas, y él hizo lo mismo para competir. No tenía ni idea.

Evangeline dudaba de si hablar.

—No se le puede culpar a usted.

—Se me puede. Mis investigaciones resultaban menos y menos. Los templarios se toparon con un muro de piedra, incapaces de mirar siquiera en el asunto más simple, y yo me negué a aceptarlo porque aquellos magos… hombres y mujeres a los que yo había ayudado a alzarse… no deseaban que se revelara su propia corrupción.

—Pero usted lo averiguó finalmente.

Su risa fue un ladrido corto y amargo.

—Sí. Enfrenté a mi amigo, y él me dijo que era un inocente. Dijo que no sabía nada acerca del poder. Pero aprendí mucho ese día.

Evangeline se movió incómoda. No le gustaba esta visión del pasado del Señor Buscador, y tenía que preguntarse si era simplemente porque prefería pensar en él como irrazonable. La triste verdad, suponía ella, era que todos los templarios tenían sus motivos, y todos eran buenos. Al mismo tiempo, todos sonaban a excusas.

—Eso no tiene que ser necesariamente lo que ocurra aquí, —dijo ella.

Él se volvió de la entrada para mirarla intensamente.

—Les damos flexibilidad ahora, y exigirán más y más hasta que eso sea *exactamente* lo que ocurrirá.

Ella sacudió la cabeza.

—No siempre tenemos razón, mi señor. Si les presionamos demasiado, se convertirán exactamente en lo que usted les ha hecho ser. Tiene que haber otra forma.

El Señor Buscador suspiró con fuerza, retrocediendo a la entrada de las mazmorras.

—No hay otra forma, —dijo él—, pero veo que no tiene sentido hablar más de ello. Diga lo que desee en el cónclave, entonces… pero una vez se haya hecho no estará sirviendo más en esta torre, sin importar lo que diga la Divina.

—¿Y qué hay de Cole?

—Si existe, le daremos caza. —Hizo como para marcharse, pero vaciló—. Parece que mi primera impresión sobre usted fue incorrecta. El Caballero-Comandante Eron evidentemente escogió a sus subordinados con tan poco juicio como el suyo propio. Qué desafortunado. —Con eso se fue caminando.

Me alegro de decepcionarle, pensó ella.

Tres semanas.

Rhys nunca antes había considerado su cuarto de la torre pequeño. Ciertamente si uno tenía que pasar tres semanas confinado en alguna parte, era mejor que en la celda de una mazmorra. Mucho mejor, de hecho. Eso no evitaba que el tiempo pasara increíblemente lento. Todo lo que tenía que hacer en su cámara era o hundirse en su frustración o leer… y sólo había demasiado que pudiera leer de las disertaciones secas del Hermano Genitivi sobre las Nuevas Marchas Exaltadas antes de volverse loco.

No es que quisiera leer. Lo que quería hacer es marchar fuera de su cuarto y decirle a toda la torre exactamente lo que había ocurrido en Adamantio, lo que Pharamond había hecho, y que los templarios iban a barrerlo bajo una alfombra si no se salían con la suya. Quería gritarlo desde los tejados, sin importar en cuántos problemas le metiera. Ya estaba hasta los ojos de problemas, y lo había estado desde que toda esta cosa comenzara.

O quizás era sólo la frustración la que hablaba.

Principalmente estaba preocupado. Estaba seguro de que Evangeline estaba en problemas tratando de ayudar, y sabía que era una posibilidad incluso cuando ella hizo su oferta. Que lo hiciera de algún modo la hacía digna de respetar. Si tan sólo hubiera más templarios como ella, el Círculo no sería el desastre que era.

Ese era un pensamiento de deseo, sin embargo. No había muchos templarios como ella. La mayoría estaban tan envueltos en su autoridad que no podían ver a través de ella. Eran carceleros, y los magos eran prisioneros para ser agraviados o para sentir lástima de ellos. La Divina podría tener simpatía por los magos, pero eso no evitaba siglos de la doctrina de la Capilla enseñando a la gente a culpar a la magia de eventos que ocurrieron hacía mil años.

Rhys también se preocupaba por Cole. No había venido a visitarle en toda la semana. No es que Cole se hubiera aventurado antes en su cuarto, pero si había alguien que pudiera colarse entre los guardias sería él. ¿Le había sucedido algo? ¿Estaba asustado por la audiencia con la Divina, o se sentía traicionado? Rhys había buscado a Cole desesperadamente cuando se los llevaron fuera de la Gran Catedral, pero no había visto nada.

Y ahora sólo había silencio. Sólo había una persona que había visitado a Rhys de modo regular, y ese propio entrar y salir era una bendición mezclada.

Como si lo esperara, un silencioso golpe sonó en su puerta.

—Estoy aquí, Wynne.

La puerta se abrió, y la anciana miró dentro. Llevaba una túnica nueva, esta negra al igual que la que llevaban los primeros encantadores. El hecho de que técnicamente no se hubiera ganado esa túnica era irrelevante, considerando la posición única que Wynne tenía en el Círculo. Mencionó a Rhys que había quemado sus túnicas viejas; tras viajar en la lluvia y dormir en el barro durante semanas, no quería volver a verlas.

Wynne le vio y sonrió.

—No pensé que estuvieras en otra parte. Simplemente no quería despertarte. —Ella entró llevando una bandeja de comida: galletas y queso, además de un bol de sopa humeante. El aroma inmediatamente despertó su apetito. El Señor Buscador no estaba tratando de hacerle pasar hambre, exactamente, pero parecía como si los templarios llevaran comida sólo cuando se acordaban… lo cual no era muy a menudo. Si no fuera por las frecuentes visitas de Wynne, probablemente ahora se estaría comiendo sus dedos.

—Gracias. —Él cogió la bandeja e inmediatamente empezó a empujar las galletas en su boca. Quizás un poco avariciosamente, pero Wynne no pareció darse cuenta. Se sentó al borde de su cama y le observó, plegando sus manos en su regazo.

—Te alegrarás de saber que el ejército finalmente ha marchado, —dijo ella—. Parece ser que el Marqués va a apoyar a la Emperatriz después de todo.

—No me di cuenta de que eso estaba en cuestión, —dijo entre bocanadas.

Ella se encogió de hombros.

—Aparentemente ha habido charlas sobre deponer a la Emperatriz, especialmente con todos los rumores que llegan del este. Algunos dicen que está muerta, otros dicen que ha sido capturada. Aún así otros dicen que se ha refugiado con su ejército en Jader, y que Gaspard ha cortado el camino del oeste. Creo que eso es más probable.

—¿El Círculo va a ser llamado a la pelea? —Él se rió entre dientes ligeramente—. Quiero decir, puedo imaginar cómo sería eso…

—La Divina desea esperar hasta después del cónclave, lo cual es un movimiento prudente por su parte. Leliana parece creer que será improbable incluso entonces, no a no ser que Gaspard marche sobre Val Royeaux.

—¿Leliana?

—La viste en la Gran Catedral, junto a la Divina. Una vieja amiga.

Ah, otra “vieja amiga” de Wynne. Rhys estaba empezando a preguntarse cuántas de esas tenía.

—¿Supongo que los primeros encantadores han empezado a llegar? —preguntó él.

—Supones correctamente. Muchos ya están aquí. Briaus llegó de Hossberg anoche, e Irving de Ferelden esta mañana. Entiendo que la Gran Encantadora está en Val Royeaux también, pero si lo está no se ha presentado en la torre aún. —Lo último lo dijo con un ceño fruncido.

—¿Supongo que hubieras preferido que se hubiera quedado en Cumberland?

—Fiona fue una vez una Guarda Gris. Considerando que uno normalmente no deja a los Guardas, eso la convierte en algún tipo de… anomalía. —Ella lo consideró, frunciendo el ceño—. Por supuesto, lo mismo pasa conmigo, así que supongo que hay poca diferencia. Aún así, fue su elección a la posición lo que hizo que el cónclave fuera desbandado en primer lugar.

—Haces que suene como si fuera culpa suya.

—¿De quién más? ¿Mía? —Ella se encogió de hombros—. Fiona hizo campaña diligentemente por la independencia del Círculo. El Gran Encantador Briaus nunca había permitido tal voto, creyendo correctamente que sólo antagonizaría la Capilla. Con su elección, todo ha cambiado.

Rhys dejó de comer, y estudió a Wynne con cuidado. Estaba destrozada, incluso él podía verlo. Con el cónclave a menos de una semana, tenía que estar considerando qué iba a decir. Se lo preguntaba él mismo.

—Entonces, —comenzó él con cuidado—, todas esas visitas y aún no hemos hablado de lo que vamos a hacer en el cónclave.

—¿Vamos a hacer algo?

—Pensé que deberíamos. —Ante la cara de su expresión entretenida, él frunció el ceño—. Quiero decir, considerando cómo has alienado a la Divina, imaginé que habrías abandonado todo su plan de “arreglar el Círculo.” —Cuando se rió con fuerza, su ceño fruncido se profundizó—. O no.

—Oh, mi querido niño. —Su risa subsistió, y ella le miró con cara de disculpas—. Perdóname. Por supuesto que no lo sabes… ¿quién crees que me pidió que mandara esos mensajes? La Divina no tenía más idea que yo de lo que encontraríamos en Adamantio, pero sus instrucciones eran claras: si descubría que la investigación de Pharamond arrojaba frutos, tenía que contactar con los primeros encantadores de inmediato.

—¿Así que es un juego entonces?

—Ella llegó al poder dentro de la Capilla acostumbrada a una Divina demasiado senil como para gobernar. Hay algunos que se resienten de ella ferozmente, y buscarán la más ligera oportunidad para circunvalar sus deseos. Si persigue una política de reforma, debe hacerlo muy cuidadosamente.

—¿Reforma? ¿Crees que los templarios permitirían eso?

Su sonrisa era misteriosa.

—Creo que es nuestro deber intentarlo.

¿No lo había intentado ya? Todo el mundo lo había intentado, desde hacía ya siglos. Si la rebelión en Kirkwall demostraba algo, era que el camino medio permitía que todo el mundo pretendiera que era posible una solución amistosa. Aún así, no tenía sentido discutir con Wynne acerca de eso. Su camino estaba claramente trazado.

Él cortó una gran tajada de queso y le ofreció parte a ella. Ella sacudió la cabeza educadamente.

—La última vez que estuviste aquí, —dijo él mientras comía—, dijiste que ibas a hablar con Pharamond.

Eso la entristeció. Tiró perezosamente de las mangas de su túnica varios momentos antes de responder.

—A él… no le va bien. El Señor Buscador Lambert ha programado el Rito de la Tranquilidad para la noche antes del cónclave, y la espera le está matando.

—¿Qué? ¿Por qué están esperando?

—¿Por qué crees? Todo el mundo en la torre ya sabe lo que le ocurrió. Lambert desea dejarlo hasta el último minuto para que nadie tenga oportunidad de reaccionar.

—Ah.

Se quedaron en silencio entonces. Rhys terminó su comida y Wynne le observó. Aparte del viento aullando fuera de su diminuta ventana, no había ni un sonido. No hacía más de una semana había estado discutiendo con su madre, acusándola de utilizarle para completar sus fines… y ahora había esta extraña familiaridad con ella visitándole y trayéndole comida. No sabía qué hacer con ello.

Rhys apartó su bandeja, terminándose la última galleta, y la miró. Ella le devolvió la mirada, el momento intensamente extraño.

—No necesitas seguir viniendo aquí, —dijo finalmente él—. Ya te he dicho que mantendría tu secreto.

Ella asintió, mirando a la distancia. Ella parecía adolorida, pensó él. Y cansada. Muy cansada.

—Lo dije cuando vine a verte por primera vez, —comenzó ella—. Quería ver en lo que se había convertido mi hijo sin ninguna guía mía. Eso es cierto, pero… pensé que me estaba muriendo. La guerra en Ferelden había acabado, y creía que el espíritu no podría mantenerme con vida por mucho tiempo. Tenía que verte, al menos una vez.

—¿Entonces por qué no volviste?

Ella le miró, sus ojos húmedos. Extendiendo el brazo, ella acarició su mejilla; era un gesto gentil, afectivo.

—Porque estabas bien. Eras adorable. ¿Qué podía hacer yo salvo causarte daño?

—¿Daño? Pero…

—¿Qué uso tendrías para una anciana, Rhys? ¿Viviste toda tu vida sin mí, y aquí yo era una abominación y una cruzada para salvar el Círculo? Te uniste a los Libertarios, y yo me contenté con dejarte encontrar tu propio camino.

—¿Así que eso es? —Él sacudió la cabeza, apartando su mano de su cara—. ¿Pensaste que te estabas muriendo, y cuando no lo hiciste el único motivo por el que volviste fue porque pensaste que podías utilizarme?

Wynne sacudió la cabeza, horrorizada.

—No, no lo entiendes. Rhys, yo…

Hubo un golpe en la puerta.

¿Quién podía ser? ¿Uno de los guardias? Ambos se quedaron ahí sentados, perdidos.

—¡Vete! —gritó él.

Desde detrás de la puerta, escuchó un susurro enfadado:

—¡Rhys, soy yo! —Era Adrian. Ella rápidamente corrió a través de la puerta y la cerró tras ella, patinando hasta detenerse cuando se dio cuenta de que Wynne también estaba presente.

—Por el amor de Andraste, —jadeó Rhys—, ¿Qué estás *haciendo*? ¿No deberías estar encerrada en tu habitación?

Wynne se levantó.

—Os dejaré a los dos a lo vuestro.

Adrian bloqueó su camino.

—En realidad, quería hablar contigo también.

—Creo que tú y yo ya hemos hablado suficiente. Si alguien pregunta, nunca te he visto. —Ella caminó rodeando a Adrian y salió por la puerta. Rhys la vio irse, y tuvo un sentimiento de hundimiento de que no fuera a volver. De repente se arrepintió de decir lo que había dicho. Esa no era una buena forma de dejar las cosas.

Frunció el ceño mientras Adrian se acomodaba en la cama.

—¡Rhys, ella está aquí! —dijo ella con entusiasmo, positivamente vibrando excitada—. ¡La Gran Encantadora está aquí!

—Eso he oído.

—No, quiero decir aquí. ¡En la torre!

—¿Cómo sabes eso? ¿Y cómo llegaste aquí siquiera?

Ella apartó la pregunta con rechazo.

—Dice el hombre que se escapó de su propia habitación hace no demasiado tiempo. He estado ocupada toda la semana, manteniéndome en contacto con los Libertarios. ¿Qué has estado haciendo *tú*?

—Manteniendo un perfil bajo.

—Bueno, pues para. Te necesitamos. La Gran Encantadora va a llamar para una nueva votación en el cónclave.

Él se sentó de nuevo, aturdido.

—Eso es una locura. Se suponía que íbamos a debatir la investigación de Pharamond, no a hablar sobre independencia. El Señor Buscador estará vigilándonos como un halcón. No hay forma de que deje que eso ocurra.

Adrian estaba emocionada. Podía ver la determinación en sus ojos. Lo que había estado esperando toda su vida parecía cerca a mano, ¿pero qué era eso? ¿Guerra? ¿Serían todos masacrados? ¿Hasta cuán lejos querían presionar?

—Eso no importa, —dijo ella—. Es un gesto, y uno que necesita ocurrir. Si los templarios hacen algo, todo el Círculo de Magos lo sabrá. —Ella agarró a Rhys por los hombros, casi sacudiéndole con su intensidad—. ¡Sólo piénsalo! Estaremos allí, justo en el centro de todo cuando ocurra. ¡La historia conforme se escribe!

—Un montón de cosas malas ocurren en la historia, Adrian.

Ella se apartó, instantáneamente cambiando a una expresión herida. Por un momento estuvo en silencio, y luego frunció el ceño.

—Es esa templaria, ¿no es así? —Preguntó ella con sospecha—. ¿Estás preocupado porque ella salga herida? Si el Señor Buscador hace un movimiento, ¿crees que será forzada a alzarse con él?

Él suspiró.

—No, no es eso.

—¿Entonces qué? —Adrian se levantó, agitadamente caminando por la diminuta habitación antes de rodar sobre él y alzar sus manos en un gesto desesperado—. ¡Dime qué ha cambiado! Nos unimos a la hermandad Libertaria juntos. Solíamos levantarnos por la noche y hablar sobre cómo sería un Círculo gobernado por magos, cómo ayudaríamos a gobernarlo. ¿Aún no quieres eso?

Rhys pasó una mano por su pelo, tratando de controlar su frustración. Ella le miraba con una confusión indefensa, y él hizo un gesto hacia la cama.

—Siéntate, Adrian. —Cuando ella vaciló, lo repitió más forzosamente—. Siéntate.

Ella se sentó.

Él cogió sus manos con las suyas, asegurándose de que ella escuchaba.

—Aún quiero eso, —afirmó él—. Sólo que no quiero que nadie salga herido. Ni Evangeline, ni tú, ni Cole, ni nadie.

Su ceño se arrugó.

—¿Quién es Cole?

—Olvídate de eso. Tenemos que tener cuidado, es todo lo que digo. Si hacemos esto mal, si actuamos demasiado apresuradamente… especialmente cuando el Señor Buscador estará esperándolo… podríamos arruinarlo, para todo el mundo.

Adrian suspiró, sacudiendo la cabeza tristemente. Ella le miró casi como si fuera inocente, y ella no sabía bien cómo decírselo.

—Puede que llegue a la violencia, Rhys. Tenemos que estar preparados para eso. Y si lo hace, tenemos que estar preparados para trabajar juntos.

Él frunció el ceño, pero tuvo que admitir que ella tenía un punto. Él sólo había estado pensando, después de todo, en cómo parecía no haber un punto medio.

—¿Qué necesitas que haga? —preguntó él.

—Habla con Wynne.

—He *estado* hablando con Wynne. Ella ha venido casi todos los días esta semana.

—Hay un montón de Equitarios indecisos. Astebadi de Antiva y Gwenael de Nevarra van a estar ambos aquí, y la Gran Encantadora dijo que no requeriría mucho convencerles a actuar. —Adrian se detuvo dramáticamente—. Rhys, esta es nuestra oportunidad. Los vientos están cambiando. Si Wynne se alza enfrente del conclave y dice que cree que el Círculo debería separarse, toda la hermandad Equitaria caerá tras ella. Incluso los Lealistas pueden estar de acuerdo.

—Ella no lo hará.

—Entonces tienes que *convencerla*.

—Wynne tiene un plan, y tiene la ayuda de la Divina. Creo que al menos se le debe dar la oportunidad de ver si lo puede lograr.

—No, no. —Ella sacudió la cabeza, negándose a incluso considerar la idea—. Están dándonos un cónclave para aplacarnos. No importa lo que digamos allí acerca del Tranquilo, ¿crees que cambiará algo? Esta es la única oportunidad que vamos a tener para realmente hacer un alto.

—Entonces tenemos que hacerlo sin Wynne.

—¡No! —dijo ella, frustrada. Ella hizo como para levantarse de la cama, pero él retuvo sus manos rápidamente. Con un gruñido de rabia ella las apartó—. ¡Tienes que hacerla escuchar, Rhys! Es tu madre. Si alguien puede convencerla, eres tú.

Puede que ella tuviera razón. Él podía incluso imaginar qué podía decir: *Si significo algo para ti, Wynne, nos ayudarás. Nunca te he pedido nada, pero te lo estoy pidiendo ahora. Por favor… haz esto. Por mí.*

Incluso así, se sentía mal. Wynne le había utilizado, ¿así que ahora se suponía que él la utilizara a ella? ¿Explotar cualquier conexión que hubiera entre ellos, sin importar lo ligera que fuera, para obtener lo que él quería?

—Adrian, no… puedo.

Ella abandonó. Se sentó allí, derrotada, y por un momento Rhys pensó que podría llorar realmente. Tenía mucho de sí misma envuelta en esta causa, le hacía preguntarse: ¿Qué le ocurriría si alguna vez recibía lo que quería? ¿Cuándo no hubiera nadie con quién luchar? Solían hablar sobre qué harían si el Círculo alguna vez fuera libre, sí, ¿pero había algo de esa chica aún? Había visto esa parte de ella ser tragada por los años, mientras que él permanecía siendo el mismo. Dejado atrás.

Rhys empezó a formular una disculpa cuando Adrian se inclinó y le besó. Él fue abatido por completo por sorpresa, y la agarró por los hombros para hacerla retroceder… quizás más forzosamente de lo que pretendía.

—¿Qué… qué estás haciendo?

—No quiero perderte. —Ella *estaba* llorando. Ahora que las lágrimas estaban llegando, llegaron forzosamente, toda su cara retorcida de dolor—. Todos aquellos años me dije a mí misma que era mejor ser tu amiga. Suponía que siempre estaríamos juntos, y que juntos podríamos hacer cualquier cosa. Pero… *siento* que te estás alejando de mí.

—Adrian. —Él trató de consolarla, pero ella se apartó de él, avergonzada por sus lágrimas—. Adrian, esta no es la forma de mantenernos juntos.

—¿No lo es? —Ella le miró, sus ojos rojos y suplicantes—. ¿No me amas?

No podía responder a eso, al igual que no pudo responderlo la última vez que se lo había preguntado hacía tanto tiempo. La pregunta había colgado entre ellos desde entonces, y le había llevado a Adrian una eternidad superar aquellos sentimientos de rechazo… y aquí estaba ella hurgando en ellos de nuevo.

La verdad era que la mujer que él amaba se había ido hacía mucho tiempo.

Adrian no necesitaba que él dijera nada. Ella podía verlo en su cara. Rápidamente ella se levantó y se recompuso, limpiándose las lágrimas.

—No importa, —dijo ella, su voz controlada—. Encontraremos una forma… contigo o sin ti.

—Dije que ayudaría, Adrian.

Ella le miró con una mirada fulminante.

—Rhys, ni siquiera puedes ayudarte a ti mismo. —Con eso se volvió y salió caminando por la puerta, y él se quedó allí en su cámara… solo.

Capítulo 18

Algo grande estaba sucediendo. Se había estado formando durante semanas, como la carga en el aire justo antes de una tormenta. Todo el mundo en la torre estaba al límite. No querían que la tormenta comenzara, pero no podían quedarse esperando a que ocurriera.

Cole entendía sólo un poco. Iba a haber una reunión, e involucraba a magos importantes que lentamente habían estado llegando de lugares distantes. Todo el mundo les llamaba “Primer Encantador,” aunque no tenía ni idea de cómo tanta gente podía ser el primero en algo. ¿No tenía que haber un segundo, y un tercero?

Tan importantes como debían ser, sin embargo, tenían miedo de los templarios. Cuando discutían, lo hacían en silencio porque había templarios cerca… observando, siempre observando. Cruzaban sus brazos y fruncían el ceño a los magos, de la misma forma que los cocineros fruncían el ceño cuando veían una rata. Esos magos podían llevar todas las túnicas negras vistosas que quisieran, no significaba que no fueran prisioneros.

Nariz Grande aparecía a veces. Cole no sabía de dónde había sacado su nuevo traje de armadura, pero estaba pulida hasta brillar. Tenía una capa escarlata ahora, también, al igual que la que llevaba Evangeline. A Nariz Grande le gustaba alzarse sobre los magos. Los rodeaba, fingiendo interés en sus discusiones hasta que lentamente se callaban. No les gustaba mucho Nariz Grande, y Cole no les culpaba. A Cole no le gustaba tampoco.

Era extraño. Una vez Cole habría dicho que no había nada de lo que tuviera más miedo que de los templarios… ¿pero ahora? Ahora caminaba hacia ellos. Estaba a centímetros de distancia, mirándoles a los ojos, y sabía que ellos no veían nada. Miraban justo a través de él. *Puedo veros*, quería decir. *Puedo ver lo que sois ahora*.

Rhys no podía ayudarle. Habían encerrado a Rhys en su habitación, y mientras que Cole había considerado ir de visita, ¿qué diría? Cole le había causado suficiente dolor. Era mejor permanecer alejado… quizás eso haría las cosas más fáciles para Rhys.

Evangeline no podía ayudar a Cole, tampoco. Era tan hermosa y gentil que hacía que a Cole le doliera el corazón. Cuando ella había prometido llevarle ante los templarios, había tenido miedo… pero le había dado esperanzas también. Ella parecía fuerte, ¿y quién conocía a los templarios mejor que ella? Pero ahora ella estaba abajo en el Pozo, forzada a hacer cosas que una Caballero-Capitán se suponía que no debía hacer. Eso era lo que decían los otros templarios. Murmuraban acerca de ella, diciendo cosas insolentes que hacían enfadar a Cole.

Anciana no podía ayudar a Cole tampoco. La había visto ir y venir, a veces dirigiéndose a la habitación de Rhys. Era vigilada de cerca en todo momento, y ella lo sabía. Quizás incluso sabía que Cole la observaba, y pretendía no percatarse. Sospechaba que ella siempre había sido capaz de verle, justo desde el mismo principio. No importaba, porque él no encajaba en sus planes.

Pelirroja —Rhys la llamaba Adrian— no ayudaría a Cole incluso aunque pudiera. Los templarios la habían encerrado dentro de su habitación, igual que a Rhys, pero eso no cambiaba nada. Había otros que se escabullían hasta su puerta para entregar mensajes, y ella incluso lograba salir una o dos veces. Las distancias que ella y sus amigos recorrían para distraer a los guardias eran fascinantes para él. Adrian tenía tantos planes como Anciana, y mientras que Cole probablemente podría haber escuchado y descubierto cuáles eran sus planes, no quería saberlos. Lo que fuera que planeara, no iba a ayudarle.

Ninguno de ellos podía ayudarle.

Pero él podría ser capaz de ayudarles. Cuando habían cabalgado de vuelta a la ciudad, había estado escuchando. Las cosas que los otros decían acerca de los templarios tenían sentido. Ellos eran el problema. Cuando miraba en sus ojos no veía el peligro que solía ver. Veía miedo. Un terrible miedo que iba a abrasar todo en su camino.

Durante tanto tiempo los templarios habían sido los demonios que embrujaban su mundo, y todo lo que había hecho era esconderse en las sombras… pero quizás era hora de dejar de esconderse. No estaba encerrado en una habitación, después de todo, o desterrado en el Pozo. Nadie estaba observándole. Era libre de actuar.

Cole se movió por el pasillo oscuro con cuidado, agudamente consciente de todo a su alrededor. La torre estaba dormida, o intentándolo. La reunión que todo el mundo había estado esperando era mañana por la mañana, y la tensión había alcanzado tal tono febril que gritaba a sus sentidos. Un movimiento en falso y giraría una esquina y chocaría contra un guardia, y todo se acabaría.

Un templario gordo estaba esperando fuera de la entrada que Cole buscaba, medio dormido. Su cabeza seguía cayendo y luego levantándose de nuevo. Si simplemente echara una cabezada, esto sería más fácil, pero no hubo tal suerte. El miedo le mantenía despierto. Miedo del hombre con la armadura negra.

Cole se estremeció ante su recuerdo. Ese hombre estaba hecho de acero, afilado hasta un borde fino. Cuando Cole había estado en la cámara de Evangeline, ese hombre le había percibido. Tenía algo en él, algo diferente de los otros templarios, pero Cole no podía captarlo. No quería averiguar lo que era.

Lentamente caminó hacia el guardia, el corazón palpitando en su pecho. Pharamond decía que el que todo el mundo le olvidara no era sólo algo que ocurriera. Era algo que Cole hacía. Un poder. Si era así, quizás podía utilizarlo.

Tú no me ves. No te percatas de nada de lo que hago. Miró a los ojos del guardia, concentrándose, invocando… algo. Podía sentirlo. En su interior, en el lugar oscuro al que nunca se atrevía a mirar, algo estaba ahí. Trató de no dejar que le asustara. En su lugar, le dijo que viniera.

Extendiendo el brazo, muy cuidadosamente, Cole cogió las llaves del cinturón del templario. Él mantuvo el contacto ocular todo el tiempo. Las llaves tintinearon, y él se quedó helado. Nada. El hombre no parpadeó, no reaccionó en absoluto.

Puedo hacerlo. Puedo hacer que no me vean.

Era un sentimiento delirante. Cuidadosamente retrocedió del guardia, aferrando las llaves contra su pecho. Cuando se movió hacia la entrada, observó en busca de señales de una respuesta. Nada.

Cole cerró los ojos y cogió aliento profundamente. Ahora que había invocado el lugar oscuro, se estaba esparciendo en su interior. Trató de hacer que se fuera, trató de empujarlo de vuelta, pero no se iría. Se coló por cada parte de él, tratando de llevárselo. Estaba tratando de hacer que se desvaneciera.

No, no te dejaré.

Apretó sus dientes. Respiró, cada momento lento y torturador, hasta que finalmente no fue tan mal. Casi se sentía como si las sombras en el pasillo se agrandaran, como si se extendieran hacia él, pero trató de ignorarlas. Él era real. Estaba justo allí, e iba a actuar.

Cole abrió la puerta. El más ligero clic mientras giraba la llave, y luego el más leve ruido mientras tiraba de la manilla. Incluso aunque el guardia estaba a menos de dos pies de distancia, no miró. Rápidamente Cole se deslizó dentro.

La habitación era diminuta y oscura. La ventana con barrotes mostraba sólo el cielo nocturno, y una sombra de nieve… la primera de la temporada. Una única vela ardía en la mesa, reducida casi a un charco de cera fundida. No hacía nada salvo hacer que las sombras parecieran aún más tristes. Esta habitación era una tumba, o estaba esperando para convertirse en una.

—¿Quién… quién está ahí? —Una voz temblorosa desde la oscuridad. Cole apenas podía atisbar la figura de un hombre yaciendo en el pequeño colchón. No es que necesitara verlo. Sabía exactamente quién era.

—Soy Cole, —dijo él.

Pharamond saltó, mirando a Cole con incredulidad. Tenía el aspecto de un hombre que no había dormido en días, quizás en semanas. Desgastado y pálido, círculos oscuros bajo sus ojos, demacrado y estirado hasta los mismos límites de su resistencia. Una vez alguien habría dicho que este elfo era atractivo con su sedoso pelo blanco y sus ojos azules… pero no esta noche. Esta noche simplemente parecía viejo.

—Puedo verte, —jadeó Pharamond asombrado—. Y recuerdo quién eres. ¿Por qué es eso? ¿Ha cambiado algo?

—Tú has cambiado. —Cole caminó hacia el elfo y se sentó al borde de su catre. Pharamond bajó la mirada hacia la daga en las manos de Cole, sus ojos abriéndose como platos con miedo—. Puedes verme y recordarme porque quieres morir.

El elfo tragó saliva una vez, con fuerza. No apartó la mirada. No cuestionó cómo Cole sabía tal cosa. Tampoco dijo que Cole se equivocara.

—Mañana por la mañana van a hacerme Tranquilo de nuevo, —susurró él, las palabras un graznido desgarrado desde las profundidades de su garganta—. Quiero morir más que otra cosa.

Cole asintió con tristeza, pero no respondió. Miró a la vela parpadeante en su lugar, y por un largo tiempo los dos se sentaron en silencio. Ser un Tranquilo no le sonaba tan mal. Había estado aterrorizado por ser tragado por la oscuridad durante tanto tiempo que

parecía como si fuera un alivio superarlo. Tú sólo estabas asustado de volverte nada hasta que fueras nada.

Igual que morir.

—Puedo sacarte de aquí, —dijo él—. Es por lo que vine.

—¿Sacarme… de aquí? ¿Cómo?

—De la misma forma que entré. —Cole consideró la idea con cuidado—. Creo… creo que podría hacer que no se percataran de ti tampoco, si estuvieras conmigo. Podríamos salir caminando por las puertas juntos, y ni siquiera serían capaces de dañarte.

—¿Y si no funciona?

—Entonces morirías.

Pharamond parecía aturdido, como si la posibilidad de escapar nunca hubiera entrado en su mente. Se levantó, caminando hacia atrás y hacia delante en el suelo con una agitación creciente… y luego se detuvo, mirando sombríamente por la ventana a la nieve que soplaba.

—¿Y adónde me llevarías? —preguntó él.

—¿Adónde querrías ir?

—No sé de ningún lugar al que *pueda* ir.

Cole no tenía ninguna sugerencia. No sabía nada del mundo fuera de la torre. Lo poco que había visto durante el viaje a la fortaleza lo hacía parecer terrorífico y frío, lleno de gente que se prestaba menos atención los unos a los otros de la que le prestaban incluso a él.

—¿No sería cualquier parte mejor que aquí?

Pharamond caminó hasta la ventana, pasando sus dedos ligeramente por las barras. Ya estaban cubiertas por una leve capa de escarcha.

—Los inviernos en Adamantio son horribles. —dijo él—. Las tierras baldías se vuelven tan frías como el hielo, y esa arena… los vientos soplan tan fuerte que la arena se siente como si fuera a desgarrarte la carne de los huesos. La gente en la fortaleza pasaba meses preparándose, aún así cada año un par aún morían. Cazadores atrapados en una tormenta, mercaderes de visita que no sabían nada, un niño estúpido…

Cole no sabía por qué el elfo le contaba esto, pero le escuchó aún así. Era todo muy extraño. Cada vez antes cuando había buscado a algún alma perdida y desesperanzada, había sido porque una necesidad ardiente le había llevado allí. Los necesitaba tanto como ellos le necesitaban a él. No había tiempo para hablar porque necesitaba ese reconocimiento en sus ojos, ese momento en que le hacían real.

¿Qué sentía ahora? Incluso con la oscuridad desatada, reptando por él como una horda de insectos hambrientos, aún no había ninguna necesidad ardiente. Pasó el pulgar por el filo de la daga. Afilada. Darle a Pharamond esa salida sería fácil. Si no *necesitaba* hacerlo, ¿lo hacía piedad en lugar de asesinato?

—La primera nevada, —continuó Pharamond—, siempre hay una celebración. Pensé que era extraño. El invierno es peligroso, no algo que celebrar. Pero los de las tierras baldías aún se ponían sus guirnaldas y hacían una gran fiesta, con bailes. Siempre era

incluido y se me pedía bailar, aunque sabían que no lo haría. Simplemente les observaba, confundido por todo. —Se detuvo, su voz atragantándose, y miró a Cole. Estaba llorando—. No habrá ninguna celebración en Adamantio esta noche.

—¿Estás diciendo que no quieres escapar?

—No quiero escapar. Quiero que me mates.

El último cónclave al que Rhys había asistido había sido un espectáculo.

El Colegio de los Magos en Cumberland era un palacio… una vez hogar de una Duquesa Nevarrana y entregado a la Capilla, según los rumores, porque se había descubierto que su hija tenía talento mágico. La Duquesa deseaba que su hija viviera en la opulencia a la que ella estaba acostumbrada, y no en una torre oscura a cientos de millas de distancia.

Rhys lo creía. Si la Aguja Blanca era impresionante por su grandeza opresiva, el Colegio era impresionante por la pura riqueza en despliegue: pilares de mármol, frescos pintados brillantemente, vasijas, y enredaderas entrelazadas que reptaban por las paredes. El pasillo de entrada había sido especialmente interesante, con bustos de arenisca de cada gran encantador que había poseído la oficina en los últimos seiscientos años. Todo brillaba. No parecía como el tipo de lugar en el que a los magos se les permitiera reunirse, pero había sido exactamente eso.

El "auditorio rojo," así llamado debido a su techo en cúpula de caoba, fácilmente contenía a las doscientas personas que asistían: primeros encantadores, los líderes de cada hermandad, magos sénior, e incluso aprendices intrigados. Discutían, adoptaban una pose, se dividían en hermandades, y hacían charlas. Algunos estaban allí simplemente para observar, los más mayores sin ningún pequeño entretenimiento de los "excitables" recién llegados. Rhys había pasado el tiempo vagando en medio de la cacofonía, confundido en cuanto a los eventos programados hasta que se dio cuenta de que no había ninguno. Cualquier intento de forzar el orden era barrido en favor de la conversación.

Muy poco se había logrado y, de acuerdo a aquellos que asistían, eso no era inusual. Aún así, a nadie parecía importarle. Hacía que los magos se sintieran como si fueran una parte de algo más grande que sólo su torre, y que cuando lo eligieran podían hablar como una voz unificada.

Este cónclave, si realmente podía llamársele así, no era para nada así.

El gran salón de la Aguja Blanca empequeñecía a los presentes: quince primeros encantadores, a falta de cuatro que no pudieron llegar a tiempo, además de la Gran Encantadora. Aparte de eso estaban simplemente él mismo, Adrian y Wynne. Los templarios observando de manera amenazante desde las paredes superaban el doble de su número. Era intimidante, y todo el mundo se sentía distintamente incómodo.

Rhys se hizo a un lado, sin sentirse realmente bienvenido en su círculo interior… al contrario que Adrian, que no había abandonado el lado de la Gran Encantadora desde que hubieran llegado. Nadie estaba hablando. Esperaron a que Pharamond fuera llevado, y eso sólo era motivo de tensión: Wynne ya había explicado qué se había hecho, y ninguno

de los primeros encantadores estaba complacido. Cuando el elfo finalmente entrara, Tranquilo una vez más, Rhys no estaba seguro de cuál sería la reacción. Nada bueno.

La Gran Encantadora Fiona era una elfa, con el pelo negro grisáceo en la sien, y casi tan baja como Adrian. Podría haber sido cómico observar a las dos en pie junto a los magos más altos si no hubieran poseído una intensidad que les hacía más grandes que la vida. Fiona lanzaba dagas con la mirada a los templarios, y aparentemente era un sentimiento compartido con los otros.

Mientras estaba allí observando, Evangeline caminó hacia él. Su armadura había sido pulida recientemente, pero se percató que había dejado atrás la capa roja. Le hacía parecer… menos imponente, de algún modo. No es que siquiera pensara que fuera imponente, per se, pero siempre la había imaginado como una figura de autoridad. Si estaba tratando de rebajar eso ahora, era la única templaria presente haciendo el intento.

—No estás con los otros, —observó ella.

Él le sonrió.

—Eso es porque soy especial.

—¿Lo eres ahora?

—Oh sí, ¿no lo sabías? Soy el mago que podría ser un asesino. Las damas encuentran mi encanto peligroso demasiado como para soportarlo y empezaron a desmayarse, así que me pidieron que esperara aquí.

Ella se rió, y luego le dio una mirada escandalosa por hacerlo… aunque él se percató de que aún así no podía ocultar del todo su diversión.

—Estoy segura de que realmente no lo piensan.

Él se encogió de hombros.

—Quizás. En cualquier caso, no soy un primer encantador.

—Tampoco lo es Adrian, pero eso no parece detenerla.

—Adrian ahora está pegada a la sombra de la Gran Encantadora. Eso la convierte más en un accesorio, supongo, como un buen cinturón o un par de zapatos extra.

Ella sonrió y siguió su mirada hacia donde Adrian estaba en la sala. Adrian se percató de la atención, y cuando sus ojos captaron los de Evangeline la sonrisa se desvaneció al instante.

—No parecen tener prisa por llevar a cabo este cónclave, —notó ella.

—Están esperando a Pharamond.

—Ah.

—¿Sabes cuándo va a llegar? ¿Cuánto tarda normalmente el Rito de la Tranquilidad en llevarse a cabo?

Evangeline miró al grupo de templarios vigilantes, y sus ojos resplandecieron con rabia.

—Debería estar hecho ahora mismo. He preguntado, pero la mayoría de lo que me han dicho es que Pharamond está “de camino.” —Ella sonrió secamente cuando las cejas de Rhys se alzaron ante eso—. No estoy exactamente en el favor de la orden ahora mismo.

—Te he causado todo tipo de problemas, ¿no? Lo siento mucho.

Su disculpa claramente la cogió por sorpresa.

—Tú no tienes la culpa, Rhys, —dijo ella—. Dije que intentaría ayudar a… Cole. Te dije que era mi deber como templaria, y lo decía en serio. Si la orden no está dispuesta a moldearse, no es tu culpa.

Ella recordaba a Cole. Había habido un momento de vacilación, pero podía verla luchando por aferrarse a su nombre. Encontraba el esfuerzo arrebatador, aunque no podía decir exactamente por qué. Durante un largo momento los dos se quedaron allí, cómodamente en silencio mientras escaneaban el grupo de magos arremolinándose sobre el centro de la sala.

—Tengo que decirte algo, —dijo finalmente—. Te admiro, Evangeline. De todas las cosas que siempre pensé sobre los templarios, tú has logrado demostrar que me equivoco en cada una. Si más de ellos fueran como tú…

Ella estaba ruborizándose realmente, aunque lo ocultó bien bajo un aire casual.

—La orden es un lugar donde los ideales se hacen a un lado por el bien de la necesidad. Simplemente no hay lugar para la compasión o la misericordia, y aquellos que creen que debería haberlo… —Ella vaciló, y luego se encogió de hombros—. Se encuentran a sí mismos en el exterior, como un ejemplo para los otros.

—¿Justo como el resto de nosotros?

—Eso parece.

Él sonrió.

—En cierto modo eso te hace más atractiva que nunca.

Evangeline le miró con incredulidad, quizás preguntándose si lo decía en serio. Estuvo tentada de reírse, pretender que era una pequeña provocación y nada más… pero simplemente no podía. Él contuvo su mirada, y algo pasó entre ellos. Algo que ninguno estaba dispuesto a admitir, pero que ahí estaba sin embargo.

—¡He tenido suficiente de esto! —gritó alguien desde el gran salón.

Fue suficiente como para romper el momento. Evangeline apartó sus ojos, sus mejillas sonrojadas, y Rhys sintió un momento de pérdida. Debería haber dicho algo más, algo mejor.

La conmoción en la sala estaba centrada alrededor de la Gran Encantadora, que estaba ahora golpeando con su bastón en el suelo de mármol para captar la atención de los otros. El bastón resplandeció brillantemente, haciendo que sus túnicas blancas estuvieran en un fuerte contraste con las oscuras a su alrededor. Los templarios vigilantes susurraron enfadados en respuesta, y varios se dirigieron hacia las puertas.

—No vamos a esperar, —declaró Fiona—. Estamos aquí ahora, y estamos bien al tanto de lo que vamos a discutir. No necesitamos que otro Tranquilo subraye el tipo de desdén con el que nos tratan los templarios.

—¡Te relajarás! —siseó temeroso uno de los primeros encantadores, un Antivano con una barba negra trenzada.

—No, no lo haré. —Su bastón resplandeció mientras ella volvía su mirada hacia los otros magos ante ella—. Esta es la primera vez que se nos permite juntarnos en un año, y no voy a desperdiciarla. —Ella cogió aliento dramáticamente—. Estoy promoviendo una petición para separar el Círculo de Magos de la Capilla.

Todo el mundo en la habitación cogió aliento aturdido. Más templarios se movieron hacia las puertas, estos impulsados como si fueran cazados. Rhys percibió que algo malo estaba a punto de ocurrir… el aire se tensaba con rabia, preparado para explotar. Siguió a Evangeline, corriendo hacia la sala.

—Vamos a discutir la investigación de Pharamond, —insistió Wynne—. Nada más. Si descarrilas este cónclave, Fiona, nunca tendremos otro.

Fiona resopló con desdén.

—Esto no es un cónclave. ¡Esto es una broma! Podríamos discutir qué hacer con el Rito de la Tranquilidad hasta que se nos quedaran las caras azules; ¿crees que los templarios siquiera *pensarían* en seguir nuestro consejo?

—La Divina está dispuesta a…

—Que le den a la Divina. —Ella suspiró cuando los otros la miraron, aturdidos por su blasfemia, y se frotó la cabeza con agitación—. Estoy segura de que la Divina es una persona perfectamente simpática, —continuó en un tono más conciliador—. Al igual que lo era la Gran Clériga Elthina en Kirkwall. Ella hizo lo que pudo por mantener a todo el mundo contento, ¿y qué ocurrió? Nada se resolvió, hasta que finalmente su inacción la mató.

Wynne frunció el ceño.

—Ella fue asesinada por los actos de un hombre loco.

—No voy a justificar lo que hizo Anders, —dijo Fiona—, pero entiendo por qué lo hizo. Sólo estoy sugiriendo que actuemos, no que reventemos la Aguja Blanca.

—¿No? ¿Cómo crees que los templarios responderán a esto?

—No somos responsables de sus acciones. Sólo somos responsables de las nuestras propias. —Fiona volvió su mirada a cada uno de los primeros encantadores por turnos—. Todos sabéis quién soy. Vengo del Círculo de los Guardas Grises porque vi que algo tenía que hacerse. En los Guardas, aprendemos a observar en busca de nuestro momento y agarrarlo… y ese momento es ahora.

—¿Y qué nos harías hacer? ¿Luchar contra los templarios cuando ellos intenten llevarnos cautivos? —Wynne dio un paso al frente de la Gran Encantadora, extendiendo sus manos para implorar a los otros—. Lo que Pharamond descubrió nos ha dado una oportunidad. Ante el rostro de la evidencia de que el Rito de la Tranquilidad tiene fallos, la Divina tiene la excusa que necesita para pedir una reforma. Eso será un comienzo, os lo prometo.

—Prometiste lo mismo en nuestro último cónclave, —dijo Fiona. Sus palabras no eran duras, sin embargo… Rhys pensaba que sonaba más cansada que otra cosa—. Y mira dónde estamos. Sabemos cómo te sientes, Wynne, pero la Capilla no puede esperar a decidir cuándo es seguro hacer lo correcto.

—¿Y los Libertarios van a decidir por nosotros? —preguntó uno de los primeros encantadores, un hombre calvo fornido con acento Anderino.

El mago con la barba trenzada frunció el ceño.

—*Me* gustaría saber si este Pharamond realmente encontró algo significante, o si todo esto es tan sólo mucho humo.

—Logró curarse a sí mismo, —intercedió Adrian—, y ahora los templarios le han convertido en Tranquilo de nuevo. ¿Qué te dice eso? No les importa lo que sepamos, o lo que el Rito haga o no. Todo lo que les importa es mantenernos controlados.

Los primeros encantadores parecieron aceptar sus palabras, asintiendo incómodos. Wynne parecía preocupada, quizás porque percibía lo mismo que Rhys… el humor estaba cambiando a favor de la Gran Encantadora. Incluso aquellos que Rhys suponía que hablarían en defensa de Wynne permanecieron en silencio. El Primer Encantador Edmonde era un Equitario como ella, por ejemplo, pero simplemente frunció el ceño y se frotó la larga barba.

Rhys vio a Evangeline observando nerviosa mientras más templarios salían del gran salón. Sólo una docena permanecieron amontonados junto a la puerta, viendo los procedimientos con un aire peligroso. Los sonidos de muchos pies embotados podían oírse desde los pasillos.

—Sé que mi opinión no es bienvenida aquí, —le dijo Evangeline a los magos—, pero lo que sea que vayan a hacer, sugiero que lo hagan rápido.

Edmonde parecía sorprendido.

—¿No van a detenernos?

—El cónclave siempre ha existido para permitir a los magos decidir su propio camino, —dijo ella, su tono cuidadosamente neutral—. Así que decidan.

Nadie habló. Wynne parecía pensativa, pero Rhys imaginaba que ella ya había dicho todo lo que podía… al contrario que la Gran Encantadora. Todo el mundo ya sabía lo que todos los demás pensaban, y conocían el asunto entre manos. Meramente parecían reluctantes a saltar por el precipicio.

—¿Puedo hablar? —preguntó él silenciosamente. Sorprendentemente, todos se volvieron y prestaron atención. Incluso la Gran Encantadora—. Sé que no soy uno de ustedes…

—Sabemos quién eres, Rhys, —dijo el primer encantador calvo—. Wynne ha hablado de ti frecuentemente. Para ser un Libertario, tu visión siempre ha demostrado ser moderada. Habla, y te escucharemos.

Rhys se lamió el labio nervioso.

—La Gran Encantadora no se equivoca, —dijo él—. Esta es la única oportunidad que han tenido para reunirse, y la única que tendrán. El Señor Buscador considerará este voto traición sin importar cómo resulte. Así que sólo queda una cuestión. —Su mirada se cruzó con la de Adrian, y él casi podía leer sus pensamientos: *Hazlo. Dilo. Convéncelos*—. ¿Qué quieren decirle al resto del Círculo? ¿Trataran de no empeorar las cosas, y confiar en la Divina, o se alzarán?

Hubo un estruendo fuera. Los templarios estaban viniendo… todos ellos, por cómo sonaba. Podía ver en los ojos de los magos que sabían exactamente qué quería decir Rhys: la suerte estaba echada. No había vuelta atrás ahora.

—Yo presento la moción, —dijo la Gran Encantadora urgentemente—. ¿Quién dice sí?

Pero fue demasiado tarde. Todas las cabezas se volvieron mientras el Señor Buscador Lambert marchaba a través de las puertas del gran salón, una multitud de templarios a su espalda. Todas las espadas desenvainadas. Tres hombres que llevaban la misma armadura negra que el Señor Buscador caminaban a su lado… más buscadores, se dio cuenta Rhys. El ruido estruendoso de su entrada era como la muerte aproximándose.

Los templarios y buscadores se dispersaron, rodeando a los magos en un segundo, mientras el Señor Buscador caminaba hacia ellos. La furia fría de su expresión no dejaba lugar a error en su intención.

—Este cónclave ha terminado, —declaró él—. Como niños, no pueden siquiera ser confiados para hacer lo que se les ordena. No tendré traición bajo este techo.

La Gran Encantadora Fiona dio un paso hacia delante de los otros, casi protectoramente. Considerando lo baja que era la elfa comparada al Señor Buscador, podría haber parecido risible si su increíble poder no fuera obvio. Su bastón resplandeció brillantemente, igualando la ira en sus ojos.

—Esto no es traición. La Divina nos dio permiso para tener un cónclave, y usted no tiene derecho a decirnos lo que podemos o no podemos hacer con él.

—La Divina es una estúpida, —se mofó él—. Como lo sois vosotros, tanto por pensar que esto pudiera siquiera ser permitido… así como por escuchar las palabras de un asesino. —Le llevó a Rhys un momento darse cuenta de que el hombre se estaba refiriendo a él—. El Tranquilo, Pharamond, fue encontrado muerto esta mañana. Apuñalado a muerte. Me tomé la libertad de buscar en la cámara del Encantador Rhys, y encontré esto.

Él arrojó algo al suelo entre ellos: un cuchillo con una empuñadura negra, la mancha de sangre en su hoja claramente visible. No era de Rhys, ni se parecía en nada a la daga de Cole. Rhys nunca la había visto antes.

—Pero… eso no es mío, —objetó él.

—Por supuesto que dirías eso.

—¡Es cierto!

Evangeline dio un paso al frente.

—Le conté quién fue responsable de los asesinatos, mi señor. Si me hubiera escuchado…

—Escuché. Ahora tengo evidencias que demuestran que se equivocaba.

—¡Debe haber otra explicación! —insistió ella—. Alguien colocó eso en su habitación, están tratando de…

—¡Silencio! —Gritó el Señor Buscador—. ¡No hagas esto peor para ti, chica estúpida! Estamos tratando con un mago de sangre. Si no estás bajo su influencia

entonces has permitido que tu pasión con estos magos nuble tu mente. —Hizo un gesto hacia los templarios—. Llévense al Encantador Rhys en custodia.

—¡No! —Wynne tiró del Rhys por el brazo—. ¡Esto no es razonable! ¡La Divina oirá de esto, lo juro!

Rhys se sentía desconcertado. Sabía que el Señor Buscador se la tenía jurada, ¿Pero pasar por todo eso? Mientras estaba allí, los templarios se acercaron con sus espadas preparadas. Los magos respondieron mostrando sus bastones, la habitación chispeando con maná. Se esparcieron, encarándose a los templarios… una batalla era inminente.

El Señor Buscador no parecía impresionado.

—He dejado de escuchar a la Divina, —anunció él—. Ella llevará esta tierra al caos que enfermizamente puede contener. Todos ustedes tienen una elección: bajen las armas y vuelvan a sus torres, sin daños, o sean tratados como los rebeldes que claramente son.

—No, es *usted* el que tiene una elección, —advirtió la Gran Encantadora Fiona—. Déjenos tener nuestro legítimo cónclave. Permítanos investigar esta acusación contra el Encantador Rhys de una forma racional. O enfréntese a las consecuencias.

Sus cejas se alzaron.

—¿Amenazas? —Miró a Evangeline—. ¿Y qué hay de usted? ¿Se alzará con estos traidores, o recuperará algo de cordura?

Evangeline apretó la mandíbula. Desenvainó su espada.

—La única demencia que veo aquí es la de un hombre que se niega a ver que lo que hace está mal.

—Que así sea.

Con un gesto de su mano, los templarios atacaron. Incluso preparados como estaban los magos, no estaban preparados para la oleada de disrupción desatada… los poderes de un templario están únicamente diseñados para contrarrestar los hechizos de un mago, y aquí eso contaba para todo. Las espadas bajaban contra escudos mágicos, destrozándolos y mandando chispas cegadoras volando por el salón.

No detuvo a los magos. La Gran Encantadora gritaba de ira, desatando una bola de energía cegadora hacia el grupo más cercano de templarios. Varios alzaron sus propios escudos a tiempo, pero eso no impidió que fueran dispersados mientras la bola explotaba. La onda de conmoción sacudió toda la cámara.

Los templarios cargaron hacia Rhys. Una primera encantadora cercana alzó sus manos.

—¡Me rindo! —gritó en pánico. Si los templarios no la escucharon sobre la cacofonía o si pensaron que preparaba un ataque, no podía decirlo. En cualquier caso, el primer templario que la alcanzó acabó con ella.

La mirada sorprendida de la cara del joven decía que no había esperado eso. Observó con horror mientras la maga bajaba la mirada, confundida por la espada que ahora perforaba su pecho. Mientras ella abría la boca para hablar, la sangre salió a borbotones. Silenciosamente ella deslizó la espada fuera y cayó al suelo, una mancha oscura extendiéndose en sus túnicas.

La reacción fue electrizante. Un grito estalló mientras más magos veían lo que había ocurrido, y de repente ya no estaban meramente defendiéndose a sí mismos. Rhys escuchó a Adrian gritar con furia, y un fuego mortal llovió sobre los templarios… hombres quemados, gritando horriblemente. Toda la cámara explotó en caos, un ciclón de relámpagos y humo invocado en su mismo centro. Los templarios atacaban indiscriminadamente ahora, cortando a cualquier mago que pudieran alcanzar.

La confusión era demasiado como para seguirla. Rhys agachó la cabeza mientras un gran trozo de mampostería caía del techo, fallándole. Otro templario cargó fuera del humo, completando un grito de guerra con su espada alzada en alto. Rhys extendió su bastón y desató un rayo de fuerza, golpeando al hombre de vuelta a la refriega.

Se volvió y vio a Wynne acunando a la mujer caída en sus brazos. Desesperadamente invocó espíritus sanadores para reparar las heridas de la mujer, pero la magia que metía en el cuerpo era inútil. La mujer estaba muerta y se había ido. Wynne sacudió la cabeza con horror, las lágrimas bajando por su cara.

—¡No! ¡No, esto está todo mal! ¡Esto no puede estar pasando!

Rhys trató de apartarla, pero ella se resistió. Así que agarró a Wynne por los hombros y la levantó, forzándola a mirarla. Ella lo hizo, mirando con grandes ojos, quizás sin comprender lo que estaba haciendo.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó él.

Evangeline apareció de la nada. Se percató de la sangre en su espada, y de su expresión sombría estaba claro que odiaba todo esto. Ella los vio a los dos y corrió hacia allí.

—¡Las puertas delanteras! —Gritó, doblándose del dolor mientras otra explosión sacudía el gran salón—. ¡Están selladas, pero podéis reventarlas.

Evangeline agarró su mano y tiró de él, y él tiró de Wynne. Juntos los tres se tambalearon a través de la batalla. Los espíritus se arremolinaban por allí, sus formas etéreas atacando a los templarios sin ninguna defensa contra ellos. El Velo se había separado abriéndose por la magia destripando el salón, y volvió a Rhys intranquilo. ¿Cuánto pasaría antes de que uno de los magos cediera a la ira y la desesperación y permitiera que un demonio los poseyera? Entonces la batalla se convertiría en algo mucho, mucho peor.

—¿Y adónde creéis que vais?

El miedo se aferró a su corazón mientras Rhys veía al Señor Buscador ante ellos, una espada brillante de obsidiana sostenida casualmente ante él. Parecía imperturbable por el caos, los ojos grises concentrados en ellos y sólo en ellos.

—Fuera de nuestro camino, Lambert, —advirtió Evangeline.

—Nadie va a abandonar esta habitación, —dijo él, su tono frío como el hielo—. Ni uno solo. —Una docena de templarios apareció ante él, y Rhys vio a más viniendo. Los magos se estaban dispersando ahora, algunos tratando de huir desesperadamente incluso mientras eran cortados. Otros estaban siendo abrumados, su maná interrumpido hasta que no podían lanzar ni un solo hechizo. Los magos estaban perdiendo.

Wynne pegó un empujón para alejarse de Rhys, limpiándose las lágrimas de la cara.

—¡No te saldrás con la tuya con esto! —gritó ella, su voz ajada.

—¿Salirme con la mía con llevar a un asesino a la justicia? ¿Con detener una nueva rebelión en sus inicios? El trabajo del Hacedor se está haciendo hoy, nada más. —Él caminó hacia delante, invocando poder en su espada mientras los otros templarios les rodeaban.

Evangeline alzó su espada con una mirada de determinación. Wynne, también, agarró su bastón y se preparó para la batalla. Rhys no podía dejar que ocurriera. Cavó en las reservas de maná de su interior, más profundo de lo que lo había hecho nunca antes. Con un grito de ira, alzó su bastón y desató un torrente de magia.

La onda de fuerza que se expandió desde él mandó a cada templario volando de espaldas, como si no pesaran nada. Todo el edificio tembló, y por un único momento Rhys se sintió entusiasmado. El poder… era como nada que hubiera rozado antes. Fluía por sus venas, llenándole.

Habría sido tan fácil hacer más. El Velo era frágil, y podía percibir a los demonios, acechando justo más allá y ansiosos por entrar en este mundo. Una única llamada le daría todo el poder que necesitaba. Podría acabar con muchos de estos templarios con él, un último hurra que nunca olvidarían.

El poder prohibido en la punta de sus dedos, llamándole.

Con un grito de exquisita agonía, Rhys se apartó del abismo. Se volvió hacia Wynne y Evangeline, sus ojos resplandeciendo de poder.

—¡Idos! —gritó él. Ellas le miraron aturdidas, pero ninguna se movió—. ¡IDOS! —rugió él.

Sin esperar, él se giró para encarar a los templarios. Un muro chispeante de pura fuerza se alzó entre ellos, los hombres chocando contra él inútilmente. Alzando su bastón, Rhys invocó una tormenta de energía, añadiéndola a la vorágine. Destrozaría todo el salón, si tenía que hacerlo, piedra a piedra.

El Señor Buscador alcanzó el muro de fuerza. Canalizó su propio poder, destrozándolo con un único golpe de su espada negra. Un dolor caliente brilló a través de Rhys. Disparó un rayo mágico tras otro al Señor Buscador. El hombre bloqueó cada uno, pero fue suficiente como para hacerle detenerse. Sus cejas arrugadas con el esfuerzo mientras luchaba por acercarse.

Y luego algo golpeó a Rhys por detrás. Un golpe en su nuca, haciendo que su visión se emborronara. Él desató un hechizo, lanzando al atacante invisible hasta el techo con suficiente fuerza como para destrozarle los huesos. Luego otra cosa más golpeó el lateral de Rhys. Desató un hechizo en esa dirección también, sin siquiera molestarse en mirar.

Entonces el Señor Buscador estaba allí. Los ojos del hombre estaban llenos de odio.

—Que Andraste guíe mi espada, —rezó él, y balanceó su espada con toda su fuerza.

El choque de la disrupción mandó a Rhys tambaleándose de espaldas. El mundo giraba a su alrededor, y él cayó al suelo. Varios templarios saltaron sobre él

instantáneamente, golpeándole con guanteletes de metal y empuñaduras de espada. El dolor era cegador hasta que se rindió a él.

Mientras el mundo empezaba a desvanecerse, miró alrededor. El Señor Buscador estaba ante él, observando los golpes que Rhys recibía con sus fríos, fríos ojos. Pero Wynne y Evangeline no estaban a la vista. Se habían ido.

Bien. Al menos hice algo bien.

Y luego la negrura se alzó y le reclamó.

Capítulo 19

Evangeline y Wynne caminaron a través de las alcantarillas, con un agua hasta las rodillas tan desagradable que Evangeline ni siquiera quería pensar en ello. Los túneles originalmente habían sido construidos como un refugio en contra de un asedio… un medio para transportar suministros tras las líneas enemigas, y en su tiempo incluso una forma de albergar la población de la ciudad. Los años desde aquellos días no habían sido amables, y ahora esto era un lugar decrépito y olvidado lleno nada más que de desperdicios.

Eso incluía a la raza humana, también. Había evidencias de habitantes: refugios maltrechos, hogueras frías, trozos de ropa, e incluso armas. Los más pobres de los pobres vivían en esas profundidades, llamados los *sous des gens* por la gente de la ciudad, pero ninguno de ellos parecía estar aquí. Sin duda la presión de las bandas había rastreado las alcantarillas hacía semanas, buscando a cualquier que pudieran arrastrar al ejército sin importar lo enfermizos que fueran. Por una comida digna, algunas de esas personas incluso habrían saltado ante la oportunidad. Ella suponía que debería estar agradecida por la falta de ojos para atestiguar su paso.

Las alcantarillas estaban heladas. La escarcha se reunía alrededor de cada una de las rejillas que llevaban a la superficie, a veces en pilas de varios pies de grosor. El agua embarrada congelaba las piernas de Evangeline incluso a través de su armadura. Wynne estaba mucho peor en sus túnicas, ahora manchadas hasta la cintura.

La mujer no estaba de humor para quejarse, sin embargo. Desde que eludieran su persecución y huyeran bajo las calles, Wynne no había dicho nada. Caminaba rápido, su expresión una de fría furia, y no estaba siquiera claro que supiera o le importara que Evangeline estuviera tras ella. Salvo por los sonidos de eco del chapoteo del agua, era completamente silenciosa. Evangeline no tenía ni idea de adónde estaban yendo.

Ella había empezado a preocuparse por Wynne, forzosamente tirando de la anciana pese a sus gritos de que necesitaban salvar a Rhys. Él había tenido razón, sin embargo. O alguien mantenía a raya a los otros templarios o todos habrían sido atrapados. Eso no lo hacía nada más fácil de hacer, y no hacía que Wynne fuera a perdonarlo más.

Evangeline lo entendía por completo. Incluso ahora, quería dar la vuelta y marchar directamente de vuelta a la Aguja Blanca. ¿Y si Rhys aún estaba vivo? ¿Qué iban a hacer el resto de los magos de la torre? Debían haber escuchado las explosiones. Ella imaginaba que el Señor Buscador había tratado con ellos antes de venir al cónclave… los había separado en los dormitorios y los había mantenido bajo estrecha vigilancia. De esa forma se quedarían asustados e imaginando. Por todo lo que sabían, cada mago que no estuviera en la habitación con ellos estaba siendo convertido en Tranquilo, y ellos fácilmente podrían ser los siguientes.

El Señor Buscador claramente lo había planeado todo, posiblemente desde la audiencia en la Gran Catedral. Los templarios lo llamarían otra rebelión, una excusa para

restricciones aún más duras. La llenaba de disgusto. No estarían satisfechos hasta que los magos sangraran, y sentirían completamente justificado el hacerlo.

Procedieron a través de los viejos túneles durante un tiempo, Wynne liderando el camino con su bastón brillante como única fuente de luz. Ocasionalmente pasaban por una rejilla de alcantarillado, la falta de luz del sol visible le decía a Evangeline que ahora era de noche. Todo un día corriendo, entonces. ¿Qué traería la mañana? ¿Abandonarían Val Royeaux?

—Espera, —dijo ella—. ¿Adónde vamos?

Wynne no frenó.

—Leliana siempre me dijo que estuviera preparada, y afortunadamente esta vez la escuché. —Mientras giraba otra esquina, su bastón mostró lo que parecía ser una caja de metal embebida en la pared de la alcantarilla. Su mecanismo de cierre parecía increíblemente complejo—. Ah, aquí está. Pensé que había olvidado el camino.

Evangeline observó dubitativa mientras la anciana empezaba a hurgar el disco del cierre.

—¿Es tuyo? ¿Aquí en mitad de las alcantarillas?

—Lo alquilé de un joven honorable de la hermandad de ladrones local cuando llegué por primera vez a la ciudad… sólo por si acaso. —La caja se abrió con un fuerte clang, revelando dos cosas: un bastón hecho de un metal rojo barnizado, y un saco. Ella cogió el bastón primero, pasando su mano por su longitud con cariño.

—¿No tienes ya un bastón? —preguntó Evangeline.

—Este es diferente. —Ella puso su bastón blanco en la caja, y le dio el saco a Evangeline. Se sentía pesado, tintineando como si estuviera lleno de monedas. Probablemente lo estaba—. Algo de mi época en la Ruina, entregado por el Héroe de Ferelden. No es algo que me atreva a usar con naturalidad.

—¿No podías haber usado eso en Adamantio?

—No a no ser que también quisiera que los templarios supieran que lo poseía. —Ella se volvió hacia Evangeline, mirándola con una mirada seria—. Dime: ¿Qué estarán haciendo los templarios ahora? Aún cazándonos, sin duda.

Evangeline lo consideró.

—Explorarán las calles, buscando en cualquier parte donde piensen que nos podríamos esconder. Presumiblemente el Señor Buscador clamará que una apóstata fugitiva está huyendo… eso logrará la cooperación de los ciudadanos bastante rápidamente. Luego cerrarán las puertas de la ciudad, y tan pronto se den cuenta de que no nos hemos marchado bajarán aquí.

—Así que aún tenemos tiempo.

—Algo. ¿Vamos a ir a la Gran Catedral?

—No. —El bastón rojo empezó a brillar. Esta no era la luz reconfortante de su antiguo bastón, sin embargo. Era tenue y amenazante, haciendo que cada sombra en las alcantarillas se moviera como si estuviera viva. La piel de Evangeline se erizó. Quería

alejarse de él, correr de vuelta a la superficie y seguir corriendo hasta que dejara de temblar.

—Pretendo volver, —afirmó Wynne, la determinación en sus ojos sin dejar espacio a la negación—. Destrozaré la Aguja Blanca ladrillo a ladrillo si tengo que hacerlo, pero pretendo o encontrar a mi hijo con vida o hacérselo pagar al hombre que lo asesinó.

Evangeline se sentía incómoda. Era obvio por qué la mujer había guardado el bastón en secreto… los templarios se aferraban a la creencia de que cualquier mago, sin importar lo noble que fuera, recurriría a la magia prohibida cuando se le arrinconara. Que Wynne tuviera acceso a tal artefacto sólo serviría de prueba de que considerara usarla una opción, y ella sería censurada apropiadamente.

Incluso así, Evangeline encontraba difícil darle crédito a la posición templaria cuando eran ellos los que arrinconaban a los magos. Ella no recordaba que ninguno de los desesperados primeros encantadores del gran salón se convirtiera en abominaciones… pero si lo habían hecho, ¿de verdad podía culparles? Por miedo, los templarios estaban llevando a los magos a hacer las mismas cosas de las que se les acusaba. Era un círculo vicioso que necesitaba detenerse.

Ella no dijo nada. En su lugar, encontró la mirada de Wynne y asintió. Era un momento intenso, y la anciana parecía satisfecha con la respuesta. Wynne giró sobre sus talones y marchó a través de los túneles una vez más, más rápido esta vez.

—¿Te das cuenta de que si haces esto, tu futuro con los templarios habrá acabado? —preguntó ella.

—Mi futuro con la orden ya ha acabado.

—¿Y qué hay del lirio.

—Hay más de una forma de conseguir lirio. —Uno de sus deberes con los años había sido, de hecho, cazar a los varios círculos de enanos traficantes que traían lirio al distrito. Antes de hoy, nunca había creído que ese saber pudiera serle útil, aunque convencer a los hombres a los que una vez había cazado de que confiaran en que ahora sólo quería una transacción sería… difícil—. Al menos tengo una semana antes de serte inútil.

—No perdamos el tiempo entonces.

Mientras caminaban a otro túnel, sin embargo, Evangeline fue consciente de algo delante en las sombras. No era ninguna rata. Alguien estaba allí abajo con ellos, moviéndose suficientemente silenciosamente como para no perturbar la alcantarilla… pero lo suficiente como para alertarla. Ella ágilmente desenvainó su espada.

—Espera, —dijo a Wynne.

La figura se aproximó, agachada y cautelosa. No era un templario, sino un joven con cueros burdos con un pelo rubio desaliñado cubriendo sus ojos. Si era uno de los *sous des gens*, entonces también era peligroso, ya que llevaba una daga de aspecto retorcido preparada. Aún así, ella vaciló. Había algo en él que parecía extrañamente familiar, como si fuera alguien a quien debiera conocer. Alguien importante.

—Cole, —dijo Wynne, frunciendo el ceño.

El joven parecía aliviado.

—Te acuerdas de mí.

Recuerda el sueño. Todo volvió a Evangeline como una avalancha. Ella enfundó su espada y caminó hacia Cole, que la miraba con confusión. Cuando ella se acercó, le abrazó firmemente.

—Me alegro de que estés a salvo, —jadeó ella. Inicialmente él encogió los ojos ante su abrazo, claramente poco acostumbrado a ellos, pero luego se relajó y le devolvió el abrazo. Por un momento fueron dos almas perdidas, abrazándose en la oscuridad.

—Aléjate de él, —advirtió Wynne. El brillo amenazante de su bastón se profundizó, lanzando una sombra siniestra sobre la anciana.

Evangeline dejó ir a Cole y se volvió para encararla, pero en lugar de abandonar su lado ella se colocó protectoramente enfrente de él.

—¿Por qué? ¿Qué crees que ha hecho?

—¿No es obvio? Pharamond fue asesinado en su cámara. Puedo creer al Señor Buscador Lambert capaz de muchas cosas, pero no de esto.

Evangeline vaciló. El cuchillo que el Señor Buscador lanzó no había sido el de Cole… ¿pero podía haberse equivocado? Ella no quería creer que el joven hubiera matado a alguien otra vez, ¿pero y si lo había hecho? Qué gran imbécil sería ella, ¿simpatizando con alguien que ponía en peligro a sus amigos? Rhys podría estar muerto por su culpa.

Ella miró a Cole interrogante, su sospecha lentamente dando paso al terror ante su expresión culpable.

—No le maté, —dio él… pero la forma en que sus ojos miraban al suelo decían otra cosa.

La mirada de Wynne se intensificó.

—Hazte a un lado, Evangeline.

—Wynne, yo…

—¡He dicho que te hagas a un lado! —La anciana golpeó el bastón contra el suelo, y de repente una llama negra salió de él. Se retorció y arremolinó a su alrededor, retazos de algún oscuro poder que alimentaba su ira y sacaba fuerzas de ella. Era una fuerza de la venganza ahora, los ojos rojos como la sangre, y Evangeline estaba aterrorizada.

Cole corrió. Corrió por el túnel, chapoteando a través del agua salobre incluso mientras Wynne desataba un rayo de llamas hacia él. Cole saltó a un lado, el rayo fallando por poco, y mientras golpeaba la alcantarilla explotó en una cortina de fuego frío. El *wuump* del aire expandiéndose golpeó a Evangeline como un puño, y ella se tambaleó hacia atrás. Wynne permaneció inmóvil, buscando a Cole a través del humo.

—¡Detente! —gritó Evangeline. Ella se lanzó hacia Wynne, agarrando el bastón rojo. Estaba tan frío que quemaba, ampollando sus manos… pero ella se negó a dejarlo ir. Mientras luchaban por su control, gotas de llamas negras salían de su punta. Una explosión por poco le da en la cara a Evangeline, su lametón acariciando su mejilla.

—¡Déjame en paz! —le gruñó la anciana como un animal.

Con un gran esfuerzo, Evangeline empujó hacia delante y llevó a Wynne contra la pared del túnel. El impacto la forzó a liberar su agarre, y Evangeline lanzó lejos el bastón. Dándose la vuelta, ella lo golpeó contra el suelo con toda su fuerza… y se destrozó.

Wynne gritó, un grito primitivo de pérdida y furia. Evangeline no tuvo tiempo de reaccionar mientras un estallido de fuerza la golpeaba. Fue alzada en pie, tambaleándose de lado a lado del túnel. Con un gruñido aterrizó en la alcantarilla, inhalando agua de un sabor malicioso, y por un momento todo fue negrura. Ella golpeó alrededor confundida, su grito un rugido amortiguado en sus oídos.

Luego ella rompió a la superficie. Un único jadeo de aire llenó sus pulmones con agonía, y ella se trastabilló para alcanzar el terraplén. Parpadeando, ella alzó la mirada y vio a Wynne sobre ella. Los ojos de la anciana estaban encogidos con ira.

—Eso fue algo estúpido de hacer, Ser Evangeline.

Ella alzó una mano e invocó maná, una esfera de poder formándose en su mano. Evangeline trató de hablar, razonar de algún modo con la mujer… pero todo lo que salieron fueron toses forzadas.

Y luego el hechizo simplemente se desvaneció. Wynne se quedó helada en su sitio… y Evangeline se dio cuenta de que era porque Cole estaba tras la anciana, su daga en su garganta.

—No dejaré que le hagas daño, —dijo él.

Por un momento, Evangeline pensó que podría cortar la garganta de Wynne. No lo hizo. Cuidadosamente la forzó a retroceder con él. Evangeline reptó hacia el terraplén, vomitando y escupiendo esa asquerosidad de sus pulmones. Una vez el mundo dejó de girar, dio una última tos y se limpió la boca.

—Tú le defiendes, —siseó Wynne.

—Ese bastón era malvado, —dijo Evangeline. Lentamente se puso en pie—. Pasara lo que pasara, fuera cual fuera tu plan, nunca debería haber sido una opción y lo sabes.

La anciana frunció el ceño. Evangeline podía ver el arrepentimiento en sus ojos, aún así. Finalmente ella transigió, la ira drenándose de ella de una vez. Ella probablemente habría caído de rodillas si Cole no sostuviera aún la hoja contra su cuello.

—Está bien, Cole, —dijo Evangeline—. Puedes dejarla ir.

Él lo hizo, saltando rápidamente. Su expresión era taciturna.

—Yo no maté a Pharamond, —dijo él—. Él me rogó que lo hiciera. Quería morir. Pero yo… yo no pude. Sabía que Rhys estaría descontento, y no quería causarle ningún problema más.

Cole no se sentía culpable porque estuviera mintiendo… ¿se sentía culpable porque *no* había matado a Pharamond? ¿Incluso cuando él pensaba que debería haberlo hecho? Tenía cierto sentido. Evangeline recordó las súplicas del elfo, la mirada abatida en su cara mientras los templarios se lo llevaban a rastras. Si hubiera tenido ella la oportunidad, y él le hubiera pedido a ella que le mostrara piedad…

—¿Entonces quién le mató? —preguntó Wynne, confundida—. Con seguridad no fue el Señor Buscador.

—¿Por qué no? —Dijo Evangeline—. Pharamond era una amenaza a su autoridad. Como lo era Rhys. Ya me había ordenado que os matara a todos una vez, ¿recuerdas?

Wynne asintió lentamente… y se dio la vuelta, incapaz de mirar a ninguno de ellos.

—Lo siento mucho, —susurró ella—. Me siento como una imbécil. No puedo dejar de pensar… ¿y si Rhys está muerto? Después de todo esto, todo por lo que he pasado, que él muera antes que yo…

—Él no está muerto, —dijo Cole.

Wynne le miró asombrada.

—¿Qué… has dicho?

—Rhys está herido. Le pusieron en la mazmorra, pero no puedo sacarle. Hay demasiados templarios allí, ahora. —Se detuvo, mirándoles a ambas inseguro—. Es por lo que vine a buscaros. No puedo ayudarle solo.

—¿Por qué harías tú algo?

Él encogió los ojos.

—Rhys siempre ha querido ayudarme. No sé por qué, pero lo hacía. Todo lo que le ha ocurrido es por mi culpa. Tengo que hacer *algo*.

Wynne le miró. Luego sacudió la cabeza, avergonzada.

—Soy una vieja estúpida. Actué sin pensar, haciendo todas las cosas contra las que he advertido a otros magos. Yo… espero que puedas perdonarme, joven. Lo que hice fue… inexcusable.

—Eres la madre de Rhys, —dijo simplemente—. Mi madre trató de protegerme a mí también.

—¿Y tuvo éxito?

—No. Murió. —La cara de Cole se retorció de dolor. Él retrocedió de ellas, tambaleándose una vez mientras golpeaba el muro del túnel. Allí se agachó, colocando su cabeza entre sus rodillas y sus manos sobre la cabeza. Como si estuviera cerrándose.

Evangeline se arrodilló junto a él. Puso una mano en su hombro, susurrando cosas calmantes. Su padre había hecho eso. Justo aquella vez, el día en que su madre murió. Incluso envuelto en su lástima, no podía soportar ver a su hija dolorida. Ella imaginaba que se había sentido tan indefenso como ella lo hacía ahora.

—Yo… te ataqué a ti también, Ser Evangeline, —dijo la anciana—. Ni siquiera…

—Los templarios protegen a los magos, ¿recuerdas? —Interrumpió Evangeline—. Incluso si es de ellos mismos. Puede que no crea en la orden, pero eso no significa que haya dejado de creer en el motivo por el que nos alzamos.

Wynne la miró extrañamente, como si la viera por primera vez.

—Creo que sé lo que Rhys ve en ti, Ser Evangeline.

—Simplemente sálvalo. —Evangeline se levantó, y Cole se levantó con ella. De repente parecía calmado, como si nunca se hubiera roto. Ese muro que Cole ponía a su alrededor estaba ahí de nuevo. Le ponía triste, pero no había nada que ella pudiera hacer—. Si vamos a hacer esto, necesitamos un plan sensato, —dijo ella—. Correr por ahí medio embravecidos y llenos de ira no va a ayudar a nadie. Tenemos que encontrar

una forma de entrar a la mazmorra que no haga que toda la Aguja Blanca bloquee nuestra salida.

—Conozco una entrada, —dijo Cole.

Ambas mujeres le miraron.

—Hay lugares antiguos en el Pozo, —continuó él—, lugares de los que nadie sabe siquiera que existen. Algunas paredes están derrumbadas, y puedes entrar a las alcantarillas. Así es como llegué aquí.

Evangeline sonrió, sus pensamientos ya corriendo por delante de ella. Aún estaría el asunto de tratar con los templarios que hubiera que el Señor Buscador hubiera puesto en las mazmorras, por no mencionar las trampas mortales que lo protegían, pero si podían *entrar* sin asaltar la entrada principal…

—Sé lo que vamos a hacer, —dijo ella.

Rhys tosió, y todo su cuerpo se sacudió de agonía. Más sangre se acumuló en su boca, el sabor desagradable a cobre haciéndole atragantarse. Escupió, y la sangre cayó sobre el suelo de piedra de la celda. Escupió de nuevo, el esfuerzo haciendo que su estómago se encogiera de dolor… así que cerró los ojos y esperó a que el espasmo pasara.

Alguien le había apuñalado. Recordaba eso, un momento neblinoso poco antes de que finalmente sucumbiera en la inconsciencia. Uno de los templarios se había alzado sobre él, un compañero con una larga nariz… el mismo que había visto esperando en Adamantio.

—*Ahora tendrás lo que te mereces, lo que todos os merecéis*, —había dicho *él*… y luego apuñaló a Rhys. Aún podía sentir la fría hoja deslizándose en su estómago como si fuera ayer.

Parecía insignificante, en realidad.

¿Por qué no lo habían matado? Tenían justificación. Podía fácilmente atribuírsele una rebelión… y no era como si su muerte fuera a enfadar *más* a los magos. Después de esa batalla orientada en el gran salón, la Aguja Blanca o estaría en rebelión abierta o en un cierre completo. Sólo podía imaginar lo que ocurriría una vez los otros Círculos escucharan las noticias. Los templarios tendrían sus manos ocupadas.

Un corte en el cuello y todo lo que sabía acerca del trabajo de Pharamond se iría para siempre… a no ser que ese fuera el punto. ¿Quizás los templarios querían información que pensaban que sólo tenía él? Si era así, estaban a punto de ser decepcionados. El elfo le había explicado sus teorías para hacer que funcionara la cura de la Tranquilidad… pero poco más. No había habido tiempo.

El pensar en Pharamond le puso triste. El elfo había experimentado un breve momento de liberación de la ignorancia horrible que era la Tranquilidad, sólo para ser asesinado en su cámara mientras esperaba que se llevara a cabo su sentencia.

No podía haber sido Cole. La daga que el Señor Buscador había lanzado no era la de Cole, ¿y por qué usaría Cole otra? Eso significaba que los templarios habían ejecutado a Pharamond y habían culpado a propósito a Rhys por ello. Cuando vinieran a hablar con él, averiguaría por qué.

Cole… En algún momento recientemente se había despertado en la celda y había visto a Cole agachado sobre él. En el momento había pensado que era otro sueño febril, traído por sus heridas. Ciertamente había imaginado a Evangeline allí, y a Wynne. Incluso a Adrian. Todo un grupo de gente desfilando por su celda o para lamentarse o para acusarle por turnos. De todos ellos, sin embargo, Cole había parecido el más plausible.

—*Te sacaré de aquí, te lo prometo.*

¿Había sido eso lo que Cole le había dicho? Rhys difícilmente podía estar seguro. Esperaba que no fuera cierto. No quería que Cole se arriesgara más de lo que quería que lo hicieran Wynne o Evangeline. Deberían marcharse, ir tan lejos de Val Royeaux como pudieran antes de que lo que llegara después se los tragara enteros.

Porque algo *estaba* llegando. La rebelión de Kirkwall no sería nada en comparación a esto. Había visto varios primero encantadores siendo masacrados, ¿y el resto…? Ahora ni siquiera importaba, ¿no?

Hubo un ruido en la puerta de la celda. Una llave girando en la cerradura. Rhys trató de levantarse, y logró hacerlo sólo con una sacudida acompañante de agonía. Esperó en la oscuridad, mirando hacia donde la luz momentáneamente estaría cegándole.

No le decepcionó. Con un gran clang, la puerta de metal se abrió balanceándose y una gran inundación de luz llenó la habitación. Rhys cerró los ojos, esperando dejar que la visión dejara de ser tan dolorosa, y en su lugar escuchó como varios pares de pies pesados embotados entraban en tropel.

Así que esto era. ¿Una ejecución, entonces? ¿U otra cosa?

—Déjennos, —dijo una voz.

Las botas se marcharon sin comentarios, cerrando la puerta de golpe tras ellos. Rhys abrió los ojos de nuevo, parpadeando para quitar el remolino de imágenes causadas por la luz y centrándose en la figura que estaba ante él. Era un hombre con armadura, llevando una lámpara brillante… y su luz suave azul reveló que era el Señor Buscador.

El hombre bajó la mirada hacia Rhys con desdén.

—Está despierto. Bien. —El Señor Buscador colgó la lámpara brillante en la pared y se sentó en una silla… traída dentro, supuso Rhys, ya que no recordaba haberse percatado de ella antes. Por supuesto, en la completa oscuridad de su celda la silla podría haber estado justo delante de su cabeza y no se habría percatado de ella tampoco.

—¿Qué? ¿No hay galletas? Estoy decepcionado.

El Señor Buscador le ignoró.

—Vamos a hablar, usted y yo. Parece que ha pasado tiempo desde que lo hicimos.

Rhys estalló en risas, pero fue interrumpido por un ataque de tos sanguinolenta.

—¿Hablar? —logró decir finalmente—. Preferiría la ejecución. Sería menos dolorosa, y francamente, ¿por qué debería ser más especial que todos los demás?

La sonrisa del Señor Buscador era paciente, pero no tocó sus ojos.

—No ha habido ejecuciones. Y todos los que no perecieron en el gran salón se han unido a usted en la prisión… como muchos otros. Yo diría que las mazmorras de la Aguja Blanca no habían estado tan llenas en eras.

—¿Vas a mantenernos a todos aquí?

Él se inclinó hacia atrás en la silla, cruzándose de brazos y mirando a Rhys seriamente.

—¿Lo que le suceda a los otros depende completamente de usted.

—¿Qué es lo que quieres?

—Una confesión.

—Muy bien. Lo confieso: soy un mago.

—No sea estúpido.

Rhys resopló.

—Yo no maté a Pharamond. Deberías saberlo.

—¿Debería? —El Señor Buscador alzó una ceja con desaprobación—. Imagino que me dirás que fue el “hombre invisible,” ¿no? Cole, ¿no es así? ¿Él asesinó a este Pharamond igual que asesinó a los otros magos?

Rhys sintió un escalofrío por la espalda. En cierto modo había esperado que los templarios se olvidaran de Cole, al igual que todos los demás. Saber de él de Evangeline podría significar que no iba a ocurrir ahora.

—Cole no mató a Pharamond, —dijo él—. Al menos no lo hizo con esa daga.

—¿Está seguro? —El Señor Buscador se inclinó cerca, haciendo que Rhys retrocediera. Aquellos ojos grises parecían perforarle con su intensidad, y era… ¿preocupación? Había preocupación allí también, aunque si era por Rhys o por otra cosa realmente no podía imaginarlo. La idea de que este hombre pudiera sentir simpatía por cualquier cosa parecía risible—. ¿Qué cree que es Cole, exactamente?

—Un mago que fue traído a la torre, y luego se perdió.

—¿Con habilidades nunca registradas antes, aparte de la magia de sangre?

—Él no es un mago de sangre.

—Quizás no. ¿Dónde lo vio por primera vez? —Cuando Rhys no respondió, el Señor Buscador se levantó de la silla. Caminando por la pequeña celda, continuó—. Aquí en la torre, sospecho. ¿Quizás vistazos de un extraño que nadie más podía ver? Necesitó buscarle para hablar realmente con él, sin embargo.

—No soy el único que lo ha visto. Evangeline, por ejemplo.

—Ella le vio en el Velo primero, sin embargo.

—Sí, pero él nos siguió…

—¿Lo hizo? ¿Les siguió por medio Imperio? ¿De algún modo manteniendo el paso con ustedes todo el camino sin que lo vieran ni una vez? Y déjeme adivinar: la primera vez que lo vio, estaba buscándole. —Él dejó de caminar, dándole a Rhys una mirada incrédula—. Vamos, Encantador. Es un hombre inteligente. Imaginaba que tendría un mejor razonamiento que esto.

—Cole no es un demonio, —objetó Rhys, pero de repente no estaba tan seguro. Había negado la idea multitud de veces. Cuando hablaba con Cole, sus entrañas le decían que el joven era real, un alma perdida que necesitaba ayuda. Tan humano como él. Pero aún así una duda permanecía…

¡No! ¡Está tratando de engañarte! Este era sólo un intento más de retorcerle. Sólo quería una confesión… fuera cual fuera el bien que le hiciera.

—Permítame refrescarle la memoria. —El Señor Buscador buscó tras la silla y sacó un tomo del suelo. Rhys lo reconoció: uno de los volúmenes que había escrito durante sus años investigando espíritus, sin duda rescatado de algún rincón de los archivos donde languidecía. Rhys apenas había pensado en su investigación desde que la interrumpiera hacía un año, y por lo tanto estaba sorprendido de verlo ahora… e incluso más sorprendido por que el Señor Buscador se hubiera molestado en escarbar.

El hombre caminó hacia la lámpara brillante y pasó varias páginas hasta que encontró la que quería.

—*Los demonios a menudo se vuelven confundidos cuando pasan a través del Velo,* —leyó él—. *Se encuentran en un mundo sobre el que no tienen control, ni conexión. Buscan tales conexiones, poseyendo lo que sea que puedan ver y tocar, y buscan hacerlo conforme al mundo que dejaron atrás… un mundo personificado por conceptos y emoción más que por una realidad inmutable. Se incorporan al mundo de los vivos, y esto es lo que los vuelve locos.*

Él cerró el libro de golpe y miró inquisitivamente a Rhys, pero no dijo nada. Rhys se sentía intranquilo.

—Estás diciendo que Cole es un espíritu confundido, pero eso no…

—Dígame, —le interrumpió el Señor Buscador—, ¿cuándo comenzaron los asesinatos? ¿Antes o después de que conociera a Cole por primera vez?

Rhys vaciló.

—Después.

—¿Por qué no antes? ¿Cuánto clamaba Cole que había vivido en la torre?

—Yo… no lo sé. Años, creo.

—Así que durante años él vivió en la torre, fuera de la vista y olvidado, y nunca sintió la necesidad de asesinar a nadie hasta que le conoció. —El Señor Buscador se encogió de hombros, volviendo a colocar el libro tras la silla—. Eso ciertamente es posible. ¿Dijo *por qué* asesinaba a esa gente?

—Porque se sentía como si se estuviera desvaneciendo, pero…

—Desvaneciendo. Como si careciera de una conexión con nuestro mundo, y las muertes de algún modo la fortalecían. —Se frotó el mentón pensativo, y Rhys se sintió incluso más intranquilo que antes. Había esperado amenazas, condena… cualquier cosa salvo esto—. La magia de sangre es la manipulación de la energía de la vida, —continuó él—, la fuente más fuerte de maná y la única prohibida para los magos. ¿Tal energía vital podría proveer a un espíritu de la conexión que necesitara, sin importar cuán temporalmente?

Rhys asintió lentamente.

—Pero sólo un mago puede realizar magia de sangre. Así que o este Cole ha poseído el cuerpo de algún alma desafortunada y es una abominación, y por lo tanto es capaz de usar la magia de ese cuerpo, o es un espíritu descarnado que está tratando

desesperadamente de mantener una conexión con nuestro mundo, su único poder la habilidad de influenciar las mentes de los otros. —El Señor Buscador extendió sus manos—. La pregunta es: ¿Con cuál estamos tratando?

—¿Y si no es ninguna de esas cosas? —preguntó Rhys. Se volvió a sentar, doblándose mientras una puñalada de dolor se lanzaba por su pecho—. E incluso si lo fuera, ¿qué tendría esto que ver con mi confesión? ¿Si Cole es un espíritu y tú lo sabes, entonces por qué acusarme a mí de asesinato?

El Señor Buscador asintió, como si fuera una pregunta excelente.

—Es usted un hombre compasivo, Encantador. Siempre dispuesto a ayudar a aquellos en necesidad. Eso le ha hecho bastante popular. —Sus ojos se encogieron mientras miraba señaladamente a Rhys—. Debe haber sido bastante estresante encontrar a un joven tan desesperado y solo.

—Pero yo nunca…

—Sólo usted podía ayudarle. No podía decírselo a nadie más, por miedo de lo que supondrían, y nadie más podía ver al chaval. ¿Por qué usted sí, quién sabe? Coincidencia, quizás. Algunos aspectos de sus propios talentos de los que no era consciente.

Le sonaba extrañamente familiar. Rhys no dijo nada.

—¿Qué haría por ayudar a este pobre joven, me pregunto? La magia de sangre podría ayudarle, y sólo usted puede hacerlo. Buscar a algún mago encarcelado, tan ansioso por morir que podría incluso llamarlo piedad, extraerles la fuerza vital…

—¡Pero yo no hice eso! —gritó Rhys.

El Señor Buscador le miró con conocimiento.

—El espíritu le escogió a usted. Usted se ha encontrado con muchos durante su investigación. Ellos sabrían quién es usted, y podían seguirle de vuelta a la torre. Es por lo que usted le ve.

—¡No!

—He buscado los registros por todas partes. Contienen los detalles de cada apóstata encontrado, las órdenes dadas para traerlos al Círculo, testimonios de los templarios mandados… no hay nada de un chico llamado Cole, ni de nadie con su descripción. Puede escoger creer que las habilidades de este joven se extienden a borrar registros, o puede aceptar que Cole nunca existió en primer lugar.

Rhys se retorció para apartar la mirada. No podía soportarlo. Su corazón palpitaba, y todo lo que quería era gritar *¡No! ¡Te equivocas!* Pero ahora Rhys estaba asediado por la duda. Si Cole podía hacer que la gente se olvidara de él, ¿y si podía hacer que se olvidaran de otras cosas? ¿Y si Rhys *había* aceptado a ayudar? ¿Y si había dejado entrar a Cole, abriendo su mente justo lo suficiente como para una única noche? Y luego se había olvidado. ¿Podía ser?

El Señor Buscador saltó hacia delante y agarró a Rhys por la garganta. Los guanteletes de acero presionaban dolorosamente contra su piel mientras el hombre forzaba a Rhys a mirarle. Aquellos ojos grises ardían ahora, su paciencia agotándose.

—Confiese, —exigió él—. Les dirá a los primeros encantadores que ha estado bajo la influencia de un demonio. Usted mató al elfo, los mató a todos, e inconscientemente alimentó a este demonio para manipular a los magos de esta torre.

—¿Y si no lo hago? —dijo Rhys entre los dientes apretados.

—Entonces morirán. —Él liberó su agarre, retrocediendo una vez más. Rhys colapsó en el suelo, tosiendo y atragantándose, la agonía en su pecho casi demasiado como para soportarlo—. Los primeros encantadores serán ejecutados, así como la Encantadora Adrian y cualquier otro mago que tengamos prisionero. No podemos permitir la rebelión, y yo encontraré una solución o trataré con ella como sea que deba hacerlo.

Rhys se rió. Era una risa sibilante, débil, acoplada con jadeos dolorosos, pero no pudo evitarlo. Más sangre llenó su boca, y él la escupió, pero aún no podía dejar de reír. El Señor Buscador le miró con incredulidad, su expresión lentamente cambiando a furia.

—¿Es algo divertido? —exigió él.

—Casi me convences, —Rhys se rió entre dientes. Rodó, sudando abundantemente por el esfuerzo, y tembloroso se levantó. El Señor Buscador no parecía impresionado por sus esfuerzos.

Lentamente la risa de Rhys subsidió. Se limpió la boca y miró al Señor Buscador seriamente.

—Incluso si Cole es lo que usted cree, —dijo él—, dudo que él lo sepa. Ciertamente no está manipulando a toda la torre. Si está buscando a alguien a quién culpar, busque en otra parte.

—Pero usted sí mató a aquella gente.

—O tú me culpaste, precisamente para que pudiéramos tener esta conversación. —Rhys sonrió dulcemente—. Supongo que nunca lo sabremos.

El Señor Buscador se detuvo. Miró a Rhys especulativo, y Rhys se preguntó si no debería retractarse. ¿Y si él *era* un asesino, y Cole un demonio? Estaba muerto de todas formas; al menos confesando salvaría las vidas de todos los demás.

—¿Pero salvárselas para qué? ¿La Tranquilidad? ¿Alimentarles con una mentira, para que pudieran continuar tragándose todo lo que los templarios escogieran lanzarles? En su interior, Rhys no lo creía. No podía. Cole era lo que parecía ser, al igual que el Señor Buscador: un hombre aferrándose a un clavo ardiendo para evitar que el Círculo de Magos se derrumbara alrededor de sus oídos.

—Como desee, —dijo el Señor Buscador. Se volvió y se marchó, tomando la lámpara brillante con él. En el momento en que la puerta de la celda se cerró de golpe, Rhys se quedó una vez más en la oscuridad.

Que el Hacedor me ayude, rogó. *No les dejes intentar salvarme. Diles que corran y se salven. Y luego cerró sus ojos, de repente temblando de puro cansancio. Y ayuda a Cole. Donde sea que esté, lo que sea que es, creo que tiene buenas intenciones.*

Lo creo.

Capítulo 20

—Prefería la torre de Ferelden, —murmuró Shale.

Wynne resopló.

—¿Cómo puedes decir eso? —susurró ella—. La única vez que estuviste en la torre de Ferelden, estaba medio llena de abominaciones y corrupción de todo tipo.

—Fue una mejora.

—¡Silencio, las dos! —siseó Evangeline. Tratar de permanecer en silencio con el golem acompañándoles era lo suficientemente desafiante sin que las dos estuvieran de cháchara. Cómo había logrado Wynne encontrar a Shale, Evangeline no podía imaginarlo. Después de alcanzar Montsimmard, el golem los había seguido hasta la capital… donde había pasado el tiempo aterrorizando a las palomas locales, evidentemente. Sigilosa o no, imaginaba que demostraría ser bastante útil con lo que yacía por delante.

Las cosas se habían suavizado de momento. Habían entrado en la torre a través de una sección antigua del sistema de alcantarillado… que los túneles hubieran alguna vez conectado con la Aguja Blanca claramente había sido olvidado hacía tiempo. Evangeline ciertamente nunca había sabido de ello, y las ruinas decrépitas en la parte más profunda del Pozo no habían visto el tráfico humano en siglos. No era un camino fácil para entrar, tampoco, requiriendo casi la inmersión en aguas salobres y escalando medio muro de morro que ella estaba segura de que se derrumbaría.

Pero no lo hizo. Incluso aguantó el peso del golem, y antes de que pasara mucho tiempo, estaban dentro. Cole conocía el Pozo como la palma de su mano, y les había llevado inequívocamente a través de la oscuridad. Había tantos giros y vuelcos, tantos pasadizos colapsados y restos de fortificaciones bloqueando el camino, que nunca habrían encontrado el camino sin él.

Cuando finalmente alcanzaron el área cerca de las mazmorras, las descubrieron exactamente como les habían informado: abarrotadas de templarios. Al menos había veinte en la estación de guardias, con más justo fuera. La mitad de los magos debían estar encerrados, si no todos… el Señor Buscador habría necesitado reabrir las celdas de los niveles inferiores, las cuales podían fácilmente contener a dos veces la población de la torre si era necesario.

Podrían haber asaltado las mazmorras justo entonces. Evangeline no disfrutaba de la idea de luchar de nuevo con sus antiguos camaradas, pero había sido estúpida por creer que lo que hacía ahora no terminaría con sangre derramada. Sin embargo, no eran los templarios los que la preocupaban. Todo lo que requeriría era que uno de aquellos templarios tirara de la palanca equivocada y las defensas de la entrada a las mazmorras se activarían. Nadie entraría ni saldría.

Eso presentaba un problema.

—Simplemente estoy preocupada por Rhys, —susurró Wynne, mordiéndose el labio nerviosa—. Ojalá nos hubiéramos quedado con Cole y Leliana. Rhys está herido. ¿Quién lo sanará?

—Estará bien, —le aseguró Evangeline—. Estamos haciendo nuestra parte.

Transitaron por las largas escaleras hacia la planta principal de la torre. Wynne mantuvo su bastón a oscuras, ya que necesitaban moverse cuidadosamente. Incluso en esta hora de la noche, era aún posible que un templario fuera o viniera. Todo lo que requeriría era uno, y todos sus esfuerzos serían para nada.

Tuvieron suerte. Nadie apareció, y cuando entraron en la torre propiamente dicha estaba mortalmente en silencio. Los guardias que hubiera despiertos estarían estacionados en la entrada del gran salón o en el patio de los magos… ese sería el procedimiento estándar, aunque esta noche había medio esperado que fuera un campamento armado con guardias en cada entrada y escalera. Se alegraba de ver que se equivocaba.

—Seguridad de pacotilla, —resopló el golem.

—No están tan preocupados por ataques del interior, parece ser.

—¿Por qué no? Es exactamente de lo que tendrían que estar preocupados.

—Los magos se mantienen confinados. La torre es demasiado grande para que los templarios estén en todas partes a la vez. Si esperamos lo suficiente por ahí, sin embargo, seguro que encontraremos una patrulla. —Ella les hizo un gesto para que fueran hacia delante, y lentamente ascendieron por la escalera central.

Pasaron por varios niveles sin incidentes. Luego, mientras se acercaban a aquellos ocupados por los magos, comenzaron a escuchar voces amortiguadas. Evangeline miró por el borde de la barandilla y vio sus sospechas confirmadas: todo un grupo de templarios ocupando el patio interior. No estaban alerta… varios de ellos estaban sentados alrededor, jugando a las cartas a la luz de una única lámpara brillante. Los otros conversaban en susurros o asentían en una esquina. Ni un solo mago estaba a la vista.

El Señor Buscador habría tenido sus cabezas de verlos tan relajados, pero eso no era lo que era importante. No serían capaces de pasar por las escaleras sin arriesgarse a ser vistas.

—¿Wynne, podrías…?

—Sí.

La anciana extendió una mano y se concentró. Un leve brillo se formó sobre ella, haciéndose más fuerte y brillante hasta que Evangeline se alarmó. Luego Wynne abrió los ojos.

—Silencio, —dio al orbe brillante flotando ante ella… y se atenuó en respuesta—. ¿Entiendes lo que te pido?

El orbe rebotó de una forma que podía haber sido aceptación, y luego voló alto en el aire. Ahí se dividió en una docena de orbes más diminutos, y eran tan leves que apenas podían verse en la oscuridad. Todos se dispersaron de una vez, flotando hacia los templarios.

—¿Qué van a hacer? —susurró Evangeline nerviosa.

—Tan sólo mira.

Los orbes navegaron sobre las cabezas de los templarios, sin que ninguno de ellos se molestara en alzar la mirada. Afortunadamente, por decir poco, ¿aunque por qué lo harían? Luego los orbes se dividieron, cada uno dirigiéndose hacia una puerta diferente… y pasaron a través de la grieta de abajo.

Esperaron en las escaleras ansiosas, cada momento haciendo más probable que alguien más llegara y complicara el asunto inmensamente. No querían meterse en una batalla cerrada. No aquí, no todavía.

Luego, justo mientras uno de los hombres bajaba sus cartas con un grito triunfante, unos ruidos empezaron a sonar tras las puertas. Sonaban como pequeñas explosiones. La reacción de los templarios fue inmediata. Saltaron en pie, tambaleándose con el shock mientras desenvainaban sus espadas. Varios de ellos corrieron hacia las puertas, abriéndolas de golpe mientras los gritos temerosos de los magos al otro lado sonaban.

Fue suficiente. La cacofonía del ruido y la confusión les dio la cobertura que necesitaban para colarse. Ahora todo lo que tenían que hacer era esperar que la conmoción atrajera sólo a los otros de abajo, y no de arriba.

—Espero que esto no termine con nadie herido, —susurró Evangeline mientras se alejaban lo suficiente del patio interior—. Hay mayoritariamente aprendices en esos dormitorios, y con las tensiones tal y como están…

—Eso espero también, —dijo Wynne.

No había nada más que discutir. Entraron a los niveles superiores de la torre, normalmente reservados para los oficiales. El propio cuarto de Evangeline estaba aquí… o lo estaría, si el Señor Buscador no lo hubiera reasignado. ¿Quizás Arnaud triunfantemente se había mudado? Una parte de ella quería comprobarlo. Sólo había una cosa que quería: el libro de su padre. Pero se recordó a sí misma que era demasiado arriesgado. Un recuerdo de una vida que estaba detrás de ella ahora.

Estaba silencioso como una tumba, con apenas una única lámpara brillante para iluminar el camino. Cada paso parecía como un trueno. Ella estaba segura de que alguien las iba a escuchar.

Y luego giraron una esquina en la escalera… y alguien bloqueó su camino.

Wynne jadeó con sorpresa, y el golem se lanzó hacia delante con los puños de piedra alzados para atacar… sólo para ser detenida por Evangeline. La persona ante ellos era una elfa, sus túnicas grises y la marca solar en su frente marcándola como una Tranquila. Ella estaba en el rellano oscuro, congelada… pero no con miedo. Meramente la curiosidad calmada de alguien que se había encontrado con algo inesperado.

Un latido pasó en una confrontación silenciosa, sin que nadie se moviera.

—¿Sabes quién soy? —preguntó Evangeline.

—Lo sé, Caballero-Capitán, —respondió la Tranquila—. Ha sido declarada una enemiga del Círculo por parte del Señor Buscador Lambert.

—¿Vas a advertir a la torre de que estamos aquí?

Ella vaciló.

—¿Pretende hacer daño a alguien?

—Sólo si nos hacen daño primero.

La elfa asintió lentamente, como si su respuesta fuera aceptable.

—El Señor Buscador entregó una convocación urgente a la Gran Catedral, y se fue con muchos templarios. Declaró que no estaría fuera mucho tiempo. Sea cual sea su plan, sugiero que sea rápida.

Evangeline intercambió una mirada con Wynne. Parecía que Leliana había tenido éxito al convencer a la Divina a que les ayudara después de todo. Eso explicaba el vacío de la torre.

—¿Por qué nos estás contando esto? —preguntó ella—. Nunca he sabido de ningún Tranquilo que hiciera nada salvo lo que se le ha dicho.

La mujer inclinó la cabeza con curiosidad, como si la respuesta debiera ser obvia.

—La obediencia es prudente. Interpretarla como una falta de libre voluntad sería un error. —Ella se giró para marcharse, y luego se detuvo—. Buena suerte, Caballero-Capitán. —Y con eso se fue caminando, desvaneciéndose en las sombras.

—¿Eso es todo? —Preguntó Shale incrédula—. ¿Simplemente la dejamos ir?

Wynne asintió, su expresión casi triste.

—Sí, —dijo ella.

Evangeline tuvo que estar de acuerdo. No había motivos para hacer daño a la mujer, después de todo. Aún así, el encuentro le había hecho preguntarse. ¿Era esto equivalente a una aprobación tácita, una señal de que incluso los Tranquilos encontraban las acciones de la orden objetables? Ella siempre se había preguntado qué harían los Tranquilos si alguna vez encontraban un motivo, en alguna parte en aquellas mentes lógicas suyas, para rebelarse. ¿Cómo sería eso?

Fuera cual fuera el caso, no tenían tiempo que perder. Evangeline llevó arriba a Wynne y a Shale por el último juego de escaleras, más urgentemente ahora. Este era un paseo que recordaba bien… no había pasado mucho desde que ascendiera por estas escaleras con el Primer Encantador Edmonde a su lado, buscando la misma cosa.

Habían alcanzado la cima de la torre… el vestíbulo que contenía la enorme puerta acorazada que llevaba a la cámara de las filacterias. Era como ella la recordaba, y junto a la cámara acorazada había un único templario igual que antes. Esta vez, sin embargo, el hombre tenía la espada desenvainada. La sostenía nervioso, el sudor bajando por su ceño mientras se encontraba a sí mismo enfrentándose no sólo a otra templaria sino a una archimaga, su bastón en llamas de poder, y un golem alzándose hecho de piedra y cristal.

—¡Deténganse! ¿Quién anda ahí? —gritó, su voz temblorosa. Evangeline lo reconoció. El nombre se le escapaba, pero este era un hombre joven… apenas reclutado hacía un año y aún lleno de sueños e ideales. Aterrorizado como estaba, aún así mantuvo el terreno y estaba preparado para defender su puesto.

—Sabes quién soy, —dijo Evangeline, desenvainando su propia espada. Se movía inquieto mientras caminaba hacia el vestíbulo, sus ojos moviéndose entre Shale y Wynne tras ella. No bajó su espada ni un centímetro, aunque su temblor demostraba que no era

ningún espadachín. Fácilmente podría desarmarle. De hecho, fácilmente podría ensartarle, si quisiera.

—No debería estar aquí, Caballero-Capitán.

—Aún así aquí estoy.

Esa respuesta no le complació. El joven templario retrocedió aún más, hasta que chocó contra la cámara acorazada. Eso le hizo saltar, y por un momento Evangeline pensó que podría impulsarle a atacar… pero se controló, justo lo suficiente.

—Escúchame cuidadosamente, —dijo ella. Su espada permanecía firme, y le seguía hacia donde él se moviera—. No vas a morir aquí. Vas a abandonar tu puesto, correr bajando esas escaleras, y decirle a los templarios dónde estamos. Hazlo tan rápida y ruidosamente como puedas.

Él se lamió los labios nervioso.

—Pero…

—Es tu deber alzar la alarma. No luchar contra las probabilidades imposibles.

Dio un paso exploratorio hacia ella, la espada temblando aún más que antes. Evangeline retrocedió, para permitirle pasar. Eso pareció alentarle, y dio dos pasos más hacia Wynne y Shale. Balanceó su espada para apuntarla hacia ellas, al borde del pánico.

Wynne le miró calmada. El remolino mágico alrededor de su bastón blanco refluyó, y ella también se hizo a un lado. El golem parecía mucho más reluctante. Sonrió al joven templario antes de dejarle paso a regañadientes. El camino hacia las escaleras estaba ahora despejado.

Se movió lentamente, por momentos y claramente volviéndose más seguro de que esto era todo algún truco. Nada sucedió. Cuando llegó a la entrada de repente salió corriendo, apresurándose por las escaleras y gritando tan fuertemente que sus gritos hicieron eco. Evangeline escuchó, y suspiró.

Eso era, entonces. Pronto comenzaría.

—Acabemos con esto, —dijo Wynne. Bruscamente caminó hacia la placa al otro extremo de la cámara acorazada, colocando su mano sobre ella. Evangeline hizo lo mismo al otro lado. La llave para entrar en la cámara de las filacterias: un templario y un mago, trabajando juntos. Evangeline sólo esperaba que el Señor Buscador no hubiera logrado de algún modo cambiarla.

No lo había hecho. Ambas canalizaron poder a sus placas, el brillo rojizo cambiando a azul… y luego la cámara acorazada empezó a vibrar. Sus mecanismos giraron con fuerza, cada capa de metal de la puerta moviéndose hasta que se alineó. Bien abajo, bajo las escaleras, los gritos podían escucharse.

—Debería haberlo matado, —murmuró Shale.

Evangeline no respondió. Cuando el pomo de la cámara acorazada se reveló, ella corrió hacia él y tiró. La enorme puerta se abrió con un gruñido estremecedor. Al otro lado yacía la cámara de filacterias, al igual que la había visto por última vez: grandes pilares brillantes llegando al mismo techo de la torre, cada uno conteniendo cientos de viales rojos… la sangre de cada mago en la Aguja Blanca, y muchos más aparte. La

cámara pulsaba con su energía oscura, lanzando un estremecimiento de terror por la espalda de Evangeline.

Las tres entraron, olvidándose de momento de la conmoción creciente bajo las escaleras. Wynne alzó la mirada a los pilares, con los ojos como platos. ¿Quizás nunca había visto antes una cámara de filacterias? O estaba asombrada o repugnada, era difícil decirlo.

Evangeline se aproximó al gran pilar central.

—Creo recordar dónde está el vial de Rhys. Esperemos que el Tranquilo la pusiera de vuelta donde…

—Espera. —Wynne estudió el pilar más cercano. Extendió una mano, pasando sus dedos por los viales de cristal… y lentamente su expresión se endureció. Había ira ahí, una rabia alzándose que se hacía más fuerte a cada minuto.

—No podemos esperar, Wynne.

—Incluso si encontramos la filacteria de Rhys, los Primeros Encantadores tienen las suyas aquí también. Liberarlos no servirá de nada si pueden ser rastreados de nuevo.

Evangeline se sentía incómoda.

—¿Qué propones?

Wynne miró a Shale.

—Destrózalo, —dijo ella—. Destrózalo todo.

El golem podría haber sonreído. Ansiosamente se aproximó al pilar central. Por un momento, Evangeline se preguntó si debería tratar de detenerla. ¿Destruir las filacterias? Era… impensable. ¿O no lo era? Siempre se había sentido recelosa de que los templarios usaran magia de sangre simplemente porque era conveniente. ¿Y cuál sería el propósito de retroceder ahora?

Había tomado su decisión. Todos lo habían hecho.

Evangeline observó mientras Shale alcanzaba el pilar. Alzó la mirada brevemente, y luego juntó sus manos… como un gran martillo golpeó el pilar con una tremenda fuerza. El sonido del cristal destrozado desgarraba los oídos. Toda la columna se sacudió, estantes enteros de viales vaciando sus contenidos y lloviendo hacia el suelo.

Shale golpeó de nuevo, y esta vez el pilar se movió. Evangeline podía sentir la fuerza del golpe en sus huesos. La escalera de metal retorcida que rodeaba el pilar de repente se desenganchó, primero doblándose casi en dos antes de chocar finalmente contra el suelo. Por poco le dio al golem, levantando una nube de escombros. Los otros pilares empezaron a temblar ahora, también, cada uno de ellos derramando viales por docenas.

Con un gran grito, el golem aplastó el pilar una vez más. Esta vez cedió. Se meció lentamente, las últimas filacterias lloviendo sobre el golem en cristal rojo, y luego se volcó. Con un gruñido estruendoso, golpeó uno de los pilares circundantes, y ese colapsó también. Cayó contra el más cercano, y ese cayó contra otro… una reacción en cadena había comenzado que hizo que toda la cámara colapsara. Porciones del techo estaban incluso desmoronándose.

Tanto Wynne como Evangeline retrocedieron hacia el vestíbulo, cubriendo sus caras mientras una nube de polvo salía de la cámara. Casi se sentía como si toda la torre fuera a caerse alrededor de sus oídos. Evangeline se sintió sobrecogida; la magnitud de la destrucción era inspiradora.

Mientras el clamor empezaba a atenuarse, miraron a lo que quedaba más allá de la puerta acorazada. Muy poco podía verse salvo oscuridad y polvo. Parecía imposible que nada pudiera permanecer intacto allí, o que el golem pudiera haber sobrevivido. Aún así incluso mientras observaban, una silueta enorme se aproximó, cada paso aplastando el cristal destrozado.

Shale apareció, una monstruosidad de piedra completamente cubierta de motas de cristal brillantes… y sonriendo ampliamente.

—Eso fue extrañamente satisfactorio, —dijo ella.

Ahora los sonidos de pies embotados podían oírse, corriendo por las escaleras y acompañados por los gritos de hombres. Muchos hombres.

Evangeline se preparó. Ahora habría sangre.

Las piernas de Cole se estaban durmiendo. Esperó en las sombras, no muy lejos de la entrada a las mazmorras, y observó.

No habría necesitado permanecer del todo escondido si no fuera por el hecho de que estaba con una extraña: una mujer con el pelo corto, pelirroja, que Anciana había llamado Hermana Leliana. ¿Suponía que eso significaba que era una sacerdotisa? Si era así, no parecía una. Iba vestida en una cota de malla de cobre, con botas de cuero negras que le llegaban casi hasta los muslos y un arco largo alrededor de sus hombros más ornamentado que cualquier cosa que hubiera visto nunca. Ella parecía alguien que luchaba con tanta facilidad como respiraba. ¿Eran las sacerdotisas así? No tenía ni idea.

Desde que se fueron Evangeline y los otros, la Hermana y Cole no habían dicho ni una palabra. Ella se agachó junto a él, su mirada intensa sobre los templarios. Quería hacerle preguntas. ¿Cómo conoció a Anciana? ¿Conocía a Rhys? Vagamente la recordaba estando junto a la mujer con el sombrero alto puesto, en el lugar sagrado que apestaba a perfume, pero parecía distinta entonces.

Pero realmente no importaba, ¿no? No estaba aquí para hacer preguntas… estaba aquí para salvar a Rhys. Cuando Cole le vio en su celda, había estado pálido y apenas coherente. La herida en su estómago había parecido mala. Cole no sabía nada de medicina, o hechizos de sanación, o habría tratado de ayudar. Si Rhys había muerto mientras él no estaba…

Finalmente, tras lo que parecieron horas, comenzó.

Primero hubo un sonido como un estruendo, bien alto y tan distante que Cole no estaba seguro de haberlo oído del todo. Luego se volvió más fuerte, y un temblor sacudió el techo… justo lo suficiente como para soltar trozos de polvo y alarmar a los templarios. Saltaron todos a la vez, desenvainando sus espadas y gritándose los unos a los otros. Antes de que pudieran hacer nada, otro templario vino corriendo por las escaleras, tan rápidamente que casi tropieza.

—¡Estamos bajo ataque! —gritó él.

—¿Qué? ¿Por quién? —dijo uno de los otros—. ¿Dónde está el Señor Buscador?

—¡No lo sé!

Hubo un momento de confusión, seguido de otro sonido de bien arriba: una explosión esta vez. Eso les hizo saltar a la acción. Uno de los templarios tomó el mando, ordenando a tres hombres que permanecieran atrás mientras reunía a los otros y salía corriendo. El sonido de sus botas en las escaleras se estaba volviendo débil cuando la Hermana finalmente se movió.

Ella desenganchó en arco largo y colocó una flecha, pero no la lanzó. Parecía descontenta.

—Esto no es bueno, —susurró ella—. Han dejado a tres. Esperaba menos.

—¿Tres son demasiados?

—No es eso. Sólo se necesita a uno para activar las defensas, y matar a los tres lo suficientemente rápido puede ser… complicado. —Ella le dio la sonrisa más ligera mientras alzaba el arco, apuntando cuidadosamente mientras hacía retroceder la flecha.

Cole puso su mano en su hombro.

—Yo puedo hacerlo, —dijo él.

La Hermana le miró con curiosidad, pero no objetó. Así que él se levantó. Nunca había herido a un templario antes. No iba a dejarles evitar que salvara a Rhys, sin embargo, y Evangeline había dicho que no tendrían mucho tiempo.

Agarrando la daga firmemente, Cole bajó por el pasillo hacia la estación de guardia. Alcanzó al primer templario, un hombre mayor que estaba cerca de la entrada. Tenía una piel bronceada, marchita y un mostacho poblado negro con pintas de gris. El hombre miró justo a través de Cole, mirando nerviosamente en dirección a las escaleras. A cada leve sonido de batalla se retorcía.

—Otra rebelión, —gruñó él.

Una de los otros dos, una mujer de mandíbula cuadrada que llevaba un casco que cubría la mayor parte de su cara, sacudió la cabeza con disgusto.

—Estúpidos, —suspiró ella—. El Señor Buscador tendrá sus cabezas esta vez. Pensarías que han aprendido.

El templario mayor meramente gruñó. Cole le miró a los ojos, tan cerca que podía oler el aliento acre del hombre. Concentrándose, Cole extendió el brazo hacia el pozo de oscuridad en su interior. Se aferró contra el miedo que llegó con ello.

No dejaré que me bañe, pensó él. *Rhys es el único amigo que tengo en todo el mundo, y haría cualquier cosa para ayudarle. Cualquier cosa.*

Cole alzó la daga. Suavemente colocó el filo serrado contra el cuello del templario. Presionó contra su piel, haciendo salir la punta más ligera de sangre… pero el hombre no reaccionó. Continuó mirando, como si nada estuviera sucediendo.

No me verás. Cole cortó profundamente, del cuello del hombre saliendo sangre brillante por la parte delantera de su armadura. Sus ojos se abrieron como platos y jadeó, aferrándose a su garganta en pánico. La sangre fluyó más rápidamente ahora, manchando

su túnica y goteando en el suelo. Alzó su guantelete para mirarlo, confundido. Luego dejó salir un único gorgoteo y cayó sobre una rodilla.

No puedes ver lo que hago. Cole dejó atrás al templario mayor y se movió hacia la mujer. Podía percibirlo, sentir el velo que había colocado sobre sus ojos. Ella luchaba en su contra, ni siquiera consciente de que lo estaba haciendo. Su sien palpitaba dolorosamente.

No puedes detenerme. Colocó la punta de la daga contra la base de su garganta y empujó, presionando con su peso contra ella. La hoja se clavó profundamente. La mujer gruñó, la más leve cantidad de sangre saliendo de su boca. Aún así parecía traspuesta, incapaz de alcanzar la superficie del mar del olvido en el que nadaba.

Ninguno de vosotros puede detenerme. Él tiró de la hoja, observando cómo ella retrocedía y caía contra la pared. Su espada cayó al suelo con un claqueteo. Trató en vano de detener el flujo de sangre con sus manos. Se volvió hacia el último templario, extendiendo una mano temblorosa para tratar de advertirle, pero todo lo que salió fue un grito estrangulado.

Si está muerto, os daré caza hasta al último de vosotros. Hasta el último, lo juro. El último templario era un hombre joven. Su pelo rubio era largo y despeinado, y en cierto modo le recordaba a Cole a sí mismo. El ceño del hombre se arrugó, como si detectara que algo fuera mal pero no pudiera del todo saber qué. Cole luchó por mantener la concentración, pero la sintió deslizarse entre sus dedos. Su corazón palpitaba con tanta fuerza en sus oídos que era todo lo que podía escuchar.

La mujer finalmente cayó al suelo, y el sonido que hizo de repente alertó al joven templario. Se dio la vuelta, gritando sorprendido, y en el mismo momento vio a Cole.

—¡No! —gritó, alzando su espada para golpear.

Era demasiado tarde. Cole se lanzó, cortando con la daga su cuello. El templario se tambaleó hacia atrás, su golpe torpe fácil de evadir para cole. Trató de alzar su espada otra vez, pero la sangre estaba saliendo libremente ahora. Era demasiado débil. La espada se movió, y luego cayó. Él cayó de rodillas, mirando a Cole en un completo asombro. Luego, aunque lentamente, colapsó.

Cole dejó salir el aire de una forma explosiva. Retrocedió del cuerpo, inclinándose contra la pared y luchando contra la urgencia de vomitar. Ese oscuro poder estaba en cada centímetro suyo ahora, como un aceite enfermizo que llenaba cada fibra de su ser. Se sacudió, el sudor cayendo por su ceño, y cerró los ojos. *Empújalo hacia abajo, de nuevo hacia abajo…* requirió de cada onza de fuerza de voluntad que poseía para recuperar el control.

Cuando tembloroso se puso de pie de nuevo, la Hermana ya estaba entrando en la estación de guardia, el arco aún en su mano. Se percató de los templarios caídos, pero su atención permanecía fija en Cole. Había alerta en sus ojos. Miedo, incluso. De él.

—Eso… es una cosa interesante lo que haces, —dijo cuidadosamente.

—Está bien. No lo recordarás.

Ella no parecía creerle. No le importaba. Se limpió la daga en la capa de uno de los templarios. Los sonidos de gritos arriba de las escaleras eran más fuertes ahora. Más cercano.

La Hermana agarró la lámpara brillante de la pared, así como el aro de llaves del cinturón del templario mayor, y juntos corrieron hacia el pasillo con todas las celdas. Cole podía oír gritos amortiguados tras algunas de las puertas… muchas de ellas, de hecho. Había más gente aquí de la que había visto nunca antes, incluyendo algunos de los niveles inferiores, y todos parecían estar pidiendo ayuda a gritos.

—Necesito encontrar a Rhys, —dijo él nervioso.

—¡Lo haremos! —La Hermana corrió hacia la celda más cercana y la abrió. Cuando la puerta se abrió, reveló a una mujer baja con un moratón horrendo cubriendo una de sus mejillas. Ella les miró enfadada, agachándose en la esquina como un gato arrinconado preparado para saltar. Cole se dio cuenta de que la conocía: era Pelirroja. Adrian. La que discutía todo el tiempo.

—¿Qué queréis de mí? —exigió ella.

La Hermana se rió entre dientes.

—Esa es una buena forma de saludar a tus rescatadores.

Los ojos de Pelirroja se encogieron con sospecha.

—¿Rescatadores?

—A no ser que prefieras quedarte.

Le llevó sólo un momento a Pelirroja darse cuenta de la verdad. Se levantó, extendiendo sus manos esposadas.

—Quitadme esto, entonces, —dijo ella—. Tenemos que encontrar a la Gran Encantadora. Si alguien escapa, tiene que ser ella.

La Hermana asintió y se volvió hacia cole. Ella sacó una de las llaves del aro y se la pasó.

—Saca a los otros. Rápido.

—Necesito encontrar a Rhys, —repitió él.

—Necesitamos sacarlos a *todos*. —Ella inmediatamente corrió hacia Adrian y abrió sus esposas. Cole corrió hacia el pasillo. Los ruidos eran más fuertes ahora. Los gritos de aquellos en las celdas eran un remolino creciente de miedo, y él dejó que le bañara.

Cole cerró los ojos, extendiéndose con sus pensamientos. Rhys estaba vivo. Podía percibirle cerca, débil y a la deriva, pero aún aferrándose. Cole no llegaba demasiado tarde. La Hermana podía ayudar a los otros… él no estaba aquí por ellos.

No mueras, gritó. *He venido a por ti, como dije que haría*.

No te dejaré morir.

Capítulo 21

Rhys se sintió siendo bruscamente arrastrado fuera de la neblina de dolor en la que languidecía. Alguien le estaba sacudiendo por los hombros. Quería gritar, decirles que se detuvieran. *¡Por el amor del Hacedor, me estáis haciendo daño!* Y todo lo que pudo hacer, sin embargo, fue gruñir débilmente.

—¡Rhys! ¡Tienes que levantarte! —La voz era la de Cole. Se sentía tan lejano… como si estuviera mirándose a sí mismo yaciendo allí en la oscuridad, pero nada de esto tuviera ninguna relación con *él*. No era real. Sólo algún sueño del que no podía despertar del todo.

—¡Rhys!

Reluctante abrió los ojos. La realidad que le saludó era aguda e intransigente, un nudo de agonía que ardía en su estómago y extendía sus zarcillos en el resto de su cuerpo. Quería retirarse de ella, de vuelta a la oscuridad, pero el sacudir insistente no le dejaba.

—Cole, —murmuró él—, para, estoy despierto…

Cole parecía aliviado. Empezó a abrir las esposas de Rhys, y mientras Rhys lentamente volvía a recuperar el sentido se dio cuenta de que algo iba mal. Había gritos fuera de su celda. Puertas golpeándose y gente corriendo. Las voces estaban llenas de urgencia. En la distancia, sonó una explosión.

Eso le hizo incorporarse. ¿Estaba la torre bajo ataque?

—Espera, ¿qué está pasando? —preguntó él—. ¿Qué has hecho? Espero que no…

Las esposas cayeron de sus muñecas y aterrizaron en el suelo con un golpe seco. Rhys no se había dado cuenta de lo pesadas que eran, pero ahora que se las había quitado era un bendito alivio.

—Vinimos a rescatarte, —dijo Cole, como si fuera la cuestión más simple del mundo. Miró a Rhys directamente a los ojos—. ¿Puedes levantarte? Te llevaré si no puedes.

Rhys dudaba que Cole fuera lo suficientemente fuerte, pero no dudaba de que el joven lo intentaría. Aún así, eso no era lo que le hacía dudar. Observó a Cole ahora, la forma en que se movía, la preocupación en su expresión, y se preguntó si había algo allí que no había visto antes. Las palabras del Señor Buscador volvieron corriendo.

¿Y si era cierto? ¿Y si *todo* era cierto?

—Cole, yo… necesito decirte algo. —Dijo las palabras antes de tener tiempo de pensarlas.

Cole no le cuestionó, ni sugirió que ahora no era el mejor momento. Meramente asintió y se sentó, esperando a que Rhys continuara.

¿Qué diría? No tenía más evidencias que las que tenía el Señor Buscador, un hombre que tenía todos los motivos para manipular la verdad a su favor. El Señor Buscador nunca había conocido a Cole, nunca le había mirado a los ojos. No había estado en el Velo y había sido testigo del tipo de dolor que había convertido al joven en lo que era hoy. Cole era real. Rhys lo sabía en su interior.

¿Por qué, entonces, se sentía tan culpable? Lentamente bajó la mirada.

—No importa.

Cole le ayudó a ponerse en pie, y juntos salieron caminando hasta el pasillo. No fue fácil; cada paso era una agonía, una sacudida que hacía que sus entrañas parecieran que se fueran a salir. Trató de contener su estómago firmemente, pero no servía de nada. El sudor bajaba por su frente, y él temblaba incontroladamente.

—Yo… no puedo, —gruñó él.

—Es sólo un poco más, —le urgió Cole.

Rhys trató de invocar maná para sanarse. Cerró los ojos y se concentró, pero el dolor simplemente era demasiado grande. Era una neblina blanca con la que simplemente no podía luchar, e intentarlo sólo lo empeoraba. Se dobló, el mareo amenazando con hacerle desmayarse.

Alguien más corrió hacia ellos, llevando una lámpara brillante. Era Adrian. Rhys nunca había estado tan contento de ver a alguien en su vida. Pensó que con seguridad había sido asesinada en el gran salón… si alguien era de las que caían luchando, después de todo, era ella. Por el moratón en su cara, parecía que no era por no haberlo intentado.

Adrian patinó hasta detenerse.

—¿Cuál es su problema? —Preguntó a Cole—. ¿Por qué no se sana?

—Está demasiado herido.

Adrian frunció el ceño.

—Mil pociones en esta torre, ¿y nadie pensó en traer una? —Alzó su barbilla y estudió su cara. Él apretó los dientes, sintiéndose como si fuera a salir ardiendo y congelarse al mismo tiempo—. Lo siento, Rhys, —dijo ella, su irritación disolviéndose en preocupación obvia. Debía tener peor aspecto del que sentía—. Ya sabes que no tengo hechizos de sanación, y no puedo perder el tiempo para encontrar a alguien que los tenga.

—¿Estás… *tú* bien? —preguntó él débilmente.

La pregunta la cogió por sorpresa. Parecía desconcertada, casi con sospecha. Era extraño, aunque no podía del todo rozar el por qué. Había conocido a Adrian durante tanto tiempo, pero ahora recordaba la última vez que habían hablado en su cámara. Quizás la amiga que había conocido se había ido para siempre ahora. Eso le puso triste.

—Estoy bien, —dijo ella—. Trata de salir a salvo, Rhys.

Y con eso se fue corriendo. Rhys la vio irse, y luego asintió agradecido mientras Cole le ayudaba a ir hacia delante. Requirió esfuerzos, y sus pasos eran tanto tambaleantes como inseguros, pero fue capaz de caminar. A malas penas.

Había gente corriendo junto a ellos. Rhys reconoció a un par: algunos eran primeros encantadores del gran salón. Otros eran magos que conocía de la torre. Todos ellos estaban aterrorizados, y no estaban dispuestos a frenar. Había una mujer pelirroja con una lámpara brillante delante en la entrada al pasillo, haciendo un gesto a todo el mundo para que fuera hacia delante. Ella parecía vagamente familiar, pero Rhys no podía ubicarla. Tenía otras cosas de las que preocuparse.

Como de caminar. Trató de mantener el paso lo mejor que pudo, Cole y él cayendo en un paso extraño: paso-arrastrar de pies-brinco, paso-arrastrar de pies-brinco… era

agonizantemente lento, pero Rhys apretó los dientes y siguió caminando. Se sentía tan inútil que era enloquecedor, pero a Cole no parecía importarle. Pacientemente urgió a Rhys a continuar.

Antes de que pasara mucho cayeron tras los otros. La mujer pelirroja gritó a todo el mundo que siguiera. Vio a la Gran Encantadora junto a ella, así como a Adrian. Y luego se fueron. Rhys y Cole estaban solos en la oscuridad, con tan sólo los sonidos de la batalla distante y los gritos de los magos lejos por delante para darles una sensación de dirección. No es que Cole lo necesitara. Conocía los pasadizos bien.

Paso-arrastrar de pies-brinco, paso-arrastrar de pies-brinco.

El tiempo pasaba lentamente. Los sonidos se retiraron más y más, y la oscuridad se volvió completa. Rhys se quedó ciego. Sabía que estaban descendiendo más y más profundamente en el Pozo, pero no tenía ni idea de dónde estaban. Confió en Cole para que le guiara, los únicos sonidos sus pasos en la fría piedra y el golpear de su corazón en sus oídos.

¿Dónde estaba Evangeline? ¿Estaba Wynne aquí también? ¿Eran parte de la pelea? ¿Adónde iban, y si los templarios venían a darles caza? Quería hacerle a Cole esas preguntas, pero le requería todo lo que podía simplemente controlar el dolor y seguir moviéndose.

Después de lo que pareció como una hora de tortura, Rhys escuchó el agua chapotear bajo sus pies. Podía oler algo acre y putrefacto, como aguas residuales, en una capa densa en mitad del polvo.

—¿Dónde estamos? —preguntó a través de jadeos.

—Cerca ahora, —dijo Cole. El hombre bien podría ser invisible, salvo por la voz en la oscuridad y el brazo apoyando la cintura de Rhys—. Hay una pared delante. Necesitarás trepar.

—Caer, querrás decir, —Rhys se rió entre dientes sombríamente.

—Encontraremos una forma.

De repente Rhys escuchó algo tras ellos: el sonido de muchos pies embotados, corriendo. Hombres gritando órdenes. Templarios. Se quedó helado, instintivamente tratando de invocar maná para defenderse, pero la explosión de dolor era demasiado. Se tambaleó hacia atrás, tropezando con una roca, y Cole rápidamente le atrapó antes de caerse.

El corazón de Rhys palpitaba salvajemente. Se agachó, doblándose del dolor mientras la herida en su estómago protestaba, y esperó. ¿Quizás los templarios no vendrían por aquí? Quizás ellos… pero sus esperanzas se hundieron mientras veían la luz reveladora de una lámpara brillante en la distancia. Varias, de hecho. La luz se hizo más brillante mientras los templarios corrían en su dirección.

—¡Cole, tenemos que correr!

—Espera, —le urgió Cole—. Está bien.

¿Cómo podía estar bien? No es que el paso renqueante de Rhys les hubiera llevado lejos, ¿pero sentarse quietos y esperar lo mejor?

Sintió un arrebato de pánico mientras el primer templario salía a la vista. Había cinco, hombres grandes y fornidos con una armadura pesada manchada de sangre. Sus caras serias decían que estaban preparados para matar lo que se que yaciera en su camino.

El hombre sostuvo la lámpara brillante mientras miraba en el pasadizo. Rhys estaba confuso. El templario no estaba ni a cinco pies de distancia. Su luz debería haberlos revelado, tan claros como el día. ¿Cómo podía no ver?

—Habría jurado que escuché chapoteos, —murmuró él.

—Somos nosotros, —dijo otro—. Sólo son ecos.

—Quizás. ¿Estamos seguros de que vinieron por aquí? ¿Qué hay aquí abajo?

Un templario con una barba negra frondosa caminó hacia delante, balanceando su espada irritado contra la pared.

—Por el aliento del Hacedor, ¿quién sabe? Deberíamos volver. La última cosa que deberíamos estar haciendo es vagar por aquí abajo, cazando fantasmas.

—El Señor Buscador dijo que teníamos que encontrar a quien escapara de la mazmorra. Nos seguirá tan pronto como pueda.

—¿Y si no lo hace? ¿Se supone que debemos luchar contra una docena de primeros encantadores por nuestra cuenta? ¡Recobra el sentido, hombre!

El líder le dio al otro una mirada amarga.

—Cuéntale eso al Señor Buscador, si estás dispuesto. ¿Quizás quieras unirte a Ser Evangeline? Está luchando junto a esos magos, tanto tú como yo lo vimos. Es una locura.

El resto no dijo nada, evitando las miradas de los otros para no traicionar sus pensamientos privados. El líder templario escupió con disgusto, y luego marchó por el pasadizo. Los otros le siguieron rápidamente. Cada uno chapoteó junto a Cole y Rhys, ninguno de ellos percatándose de ellos.

Luego Rhys lo sintió: un poder tan leve que apenas se había percatado de que estaba allí. Era un susurro que le rodeaba como una sábana, gruesa y asfixiante. Y venía de Cole. En los últimos vestigios de la luz de las lámparas de los templarios, pudo ver los ojos de Cole cerrarse de golpe. El hombre estaba concentrándose con fuerza, un hilo de sangre saliendo por la nariz.

—Cole, —susurró él—. Se han ido.

Los ojos de Cole se abrieron de golpe. Miró a Rhys sorprendido… y luego se dobló del dolor. Rodó en el suelo, colocando su cabeza entre las piernas y sollozando. Rhys no sabía qué pasaba. Indefenso golpeó el hombro del joven, y cuando los templarios se fueron del todo se sentaron en la completa oscuridad una vez más.

Finalmente la respiración de Cole se ralentizó.

—Yo… creo que estoy bien ahora.

—¿Cómo hiciste eso?

Cole no respondió. En su lugar tiró de Rhys para que se pusiera de pie y le llevó hacia delante una vez más. Esta nueva habilidad de Cole le perturbaba. No se había sentido como ningún tipo de magia con la que Rhys se hubiera encontrado antes. Era… otra cosa completamente distinta. No era un pensamiento reconfortante.

Los templarios también habían mencionado a Evangeline. ¿Significaba eso que aún estaba viva? Esperaba que sí. Si el Hacedor de verdad cuidaba de los fieles y buenos, Él no dejaría que se le escapara.

Alcanzaron el muro que Cole mencionó. No fue fácil descender en la oscuridad. Requirió una eternidad, Rhys agarrándose a piedras que no podía ver, respirando en jadeos cortos y rezando por no caerse. Y luego *cayó*. Afortunadamente, Cole estaba allí para atraparle. El dolor fue inimaginable. Rhys yacía allí en las aguas residuales frías y húmedas hasta que los espasmos pasaron, y todo lo que Cole pudo hacer fue darle unos golpecitos en la cabeza y urgirle a seguir en movimiento.

Finalmente entraron a las alcantarillas. Tenían que ser las alcantarillas, por el olor acre. Claramente el resto de los magos habían venido por aquí. Leves voces hacían eco en los pasadizos, y Cole rápidamente le llevó en dirección opuesta.

No llevó mucho tiempo para que vinieran más templarios. Muchos templarios, de hecho. Se gritaban órdenes los unos a los otros y chapoteaban por el agua, los sonidos aparentemente viniendo de todas direcciones. Era confuso, pero Cole parecía saber adónde iba. Rhys confiaba en él.

Giraron por un pasadizo, y luego otro. Continuó eternamente, el tiempo doblándose en una neblina de dolor, y Rhys podría haber perdido el conocimiento más de una vez… si lo hacía, cuando volvía en sí se encontraba aún caminando. Finalmente Rhys se agarró a la manga de Cole.

—Yo… tengo que parar, —jadeó él. Sus piernas se tambaleaban tanto que sentía que iban a colapsar debajo de él.

Cole no dijo nada, pero cogió a Rhys por el hombro y le guió hacia una orilla. Allí se sentaron, Rhys tratando de mantener bajo control su respiración. Sus entrañas le ardían. Se sentía como si estuvieran sangrando de nuevo, su vida supurando fuera de él descontrolada. Su cabeza giraba del cansancio.

Una leve luz bajaba de una rejilla en el techo. La luz de Val Royeaux por la noche, supuso él. Era suficiente como para percibir los bordes de las paredes del pasadizo, y revelar las ratas que corrían por las esquinas. Rhys se preguntaba si no deberían tratar de alcanzarla, quizás escapar a la ciudad. Luego rápidamente descartó la idea. Incluso si hubiera una escalera, no podía imaginarse trepando ahora mismo… ¿y qué pasaba si la rejilla estaba sellada? Sin magia, era inútil.

Rhys se quedó helado. Alguien venía hacia ellos. No estaban corriendo, sin embargo… estaban caminando. Cole le agarró la mano, y Rhys se estremeció mientras sentía ese velo oscuro acomodarse sobre ellos una vez más. Estaban escondidos.

Entonces su persecutor salió a la vista: era el Señor Buscador.

El hombre vadeaba lentamente por el agua, un vial rojo brillante sostenido frente a él. El corazón de Rhys se hundió… tenía que ser su filacteria. El Señor Buscador le estaba rastreando con ella. Se movía casualmente, grácilmente… un cazador merodeando.

¿Les ocultaría la habilidad de Cole? Rhys contuvo el aliento, observando mientras el Señor Buscador se detenía. El hombre lentamente movió el vial alrededor, estudiando cómo las luces carmesí del interior respondían. Luego frunció el ceño.

—Sal, —dijo él—. Sé que estás aquí. Todo ese esfuerzo por destruir tu filacteria, y aquí la he tenido conmigo todo el tiempo.

Ninguno de ellos se movió.

—Ah sí, —el Señor Buscador se rió entre dientes—. La invisibilidad es un truco interesante, te concederé eso. Por supuesto, todo truco es inútil una vez que la verdad es revelada. —Apartó el vial… y sacó un pequeño libro. Era algo extraño, del tamaño de su palma y engarzado de oro brillante. El hombre lo abrió y empezó a leer en voz alta. Las palabras eran antiguas, Tevinterano antiguo… casi un cántico, en realidad. Lo que pensaba que estaba haciendo, Rhys no podía imaginarlo.

Luego algo cambió. En tintineo de la magia, hormigueando en su nuca. Barrió por el pasadizo como un viento, y con ello se fue el velo que les ocultaba. Cole jadeó aturdido.

La cabeza del Señor Buscador instantáneamente se volvió ante el sonido. Aquellos ojos grises se encogieron mientras los veía, y él sonrió fríamente.

—Y aquí estamos, —dijo él—. ¿Cole, supongo? —Arrojando el libro a un lado, alzó su espada y cargó.

Cole saltó en pie, la daga en mano. Corrió para enfrentarse al buscador sin un sonido. Rhys trató de agarrarle, alarmado.

—¡No! ¡No seas estúpido! ¡Necesitas correr!

Cole no se detuvo, sin embargo, y Rhys sólo logró caerse por el borde de la orilla. Cayó al agua, la sangre corriendo a su cabeza y mareándole. Trató de invocar maná, se extendió desesperado por poder —nada en absoluto— pero su cabeza sólo retrocedía con agonía. Gritó.

Cole esquivó el primer golpe de la espada del Señor Buscador, agachándose y apuñalándole con la daga. Rebotó inútilmente contra la armadura negra del hombre. El buscador instantáneamente se dio la vuelta, más rápido de lo que Rhys habría creído posible, y pateó a Cole. La bota de metal le dio, mandando al joven volando de espaldas a las aguas residuales con un gruñido de dolor.

Cole no se quedó en el suelo mucho tiempo. Saltó en un movimiento suave, agachándose en una postura de combate. Los dos se rodeaban el uno al otro ahora, el Señor Buscador evaluando a su oponente cuidadosamente.

—No dejaré que le hagas daño a Rhys, —gruñó Cole. Corrió hacia el Señor Buscador, golpeando rápido como una serpiente. Mientras el buscador hacía caer su espada, Cole saltó a un lado en el último segundo y dejó que golpeara el agua. Luego saltó y cortó hacia el cuello del hombre. La daga le dio, y si el Señor Buscador no hubiera girado a un lado habría recibido mucho más que un arañazo.

Tal y como fue, parecía enfurecido. Alzó un guantelete hacia su cuello, y luego estudió la sangre en él.

—Eres rápido, —dijo él—, te concederé eso. —Apuntó con su espada a Cole, la punta rastreando al joven mientras se movía de lado a lado… y luego cargó. Los golpes del Señor Buscador eran rápidos, cada uno llegando tras el otro, Cole apenas capaz de esquivar a tiempo. El joven fue forzado a retroceder, y cuando se tambaleó contra la orilla, el Señor Buscador se movió para matarle.

—¡Cole! —gritó Rhys.

Cole trató de bloquear el golpe, pero sólo tuvo éxito para hacer que la daga le fuera arrebatada de su agarre. Cayó al suelo, y el Señor Buscador la pateó al agua. Cuando cole saltó tras ella, el buscador ágilmente balanceó la empuñadura de su espada contra la cabeza de Cole. El joven voló de espaldas, golpeando la pared del pasadizo.

Sin abandonar, el Señor Buscador apuñaló con la hoja el hombro de cole. Se hundió profundamente, y Cole gritó de agonía.

Cuando el buscador retiró la espada, Cole hizo un sonido de gruñido como un animal rabioso y saltó hacia él. El Señor Buscador fue cogido por sorpresa. Cole estaba sobre él, agarrándose y mordiendo su cara. Fue suficiente como para hacer tambalearse al hombre, y dejó caer su espada, pero su confusión duró sólo un momento. Extendiendo el brazo hacia arriba, agarró a Cole por el pelo y lo lanzó a un lado como una muñeca de trapo.

Cole aterrizó en el agua con un gran chapoteo, e instantáneamente volvió a saltar. El Señor Buscador lo esperaba, sin embargo, y le pateó en el estómago. Fue un golpe sólido, mandando a Cole volando varios pies para chapotear contra el agua de nuevo. Trató de levantarse, pero el Señor Buscador le pateó de nuevo. La sangre volaba de su boca mientras navegaba hacia atrás.

—¡No! —Gritó Rhys—. ¡Cole! ¡Corre! —Reptó por el agua turbia hacia donde el Señor Buscador había pateado la daga. ¡Debía estar allí en alguna parte! Tanteó alrededor en el fango, sus manos temblando.

El Señor Buscador marchó hacia Cole, alzándolo por el pelo. Esta vez Cole estaba demasiado débil como para hacer algo más que luchar. El buscador dobló su puño y le dio un puñetazo a Cole en la cara. Él se dobló, pero aún así trató de volverse a poner de pie. El Señor Buscador le agarró del pelo y repitió el castigo. Dos veces. Tres veces. Con el último golpe, la nariz de Cole explotó en una lluvia de sangre. Se quedó en el suelo, lentamente reptando a través del agua hacia la orilla.

Rhys encontró la daga. Su mano se aferró alrededor de la empuñadura, y tembloroso se puso de pie. Todo el mundo se sacudía a su alrededor. Trató de cargar, pero sólo tuvo éxito en chocar contra el Señor Buscador.

—¡Déjale… en… paz! —gritó él.

El Señor Buscador se volvió y le agarró la muñeca, aplastándola hasta que soltó la daga. Luego desdeñosamente le dio un revés a Rhys en la cara. El golpe le mandó retrocediendo, chocando contra la pared, donde se agachó en una pila. Su estómago ardía con una agonía perforante, y se retorció en el suelo, sus gritos un mero jadeo ajado.

Suspirando irritado, el Señor Buscador caminó hacia su espada y la cogió. Se detuvo entonces, observando mientras Cole se volvía a poner de pie. El joven estaba allí, su cara

un desastre de sangre con un ojo hinchado cerrado, y balanceándose sobre sus pies… pero preparado para luchar. El buscador parecía impresionado.

—¿Tan desesperado por tener tu presa, demonio? Sería más sabio que huyeras al Velo, y no volvieras nunca.

Cole escupió sangre oscura.

—*No*… soy…

—¿Un demonio? Por supuesto que sí. —El Señor Buscador miró alrededor, y vio dónde había arrojado el pequeño libro. Lo cogió y se lo mostró a Cole—. La Letanía de Adralla. ¿Sabes lo que es?

Cole le miró y no dijo nada.

—Por supuesto que no, —continuó el hombre—. Fue creada por un magister de Tevinter para dispersar la influencia demoníaca de la mente. No funciona con otra cosa.

El corazón de Rhys se hundió. Observó mientras la rabia se drenaba de Cole. Miró al buscador confundido.

—Pobre espíritu estúpido, —dijo el Señor Buscador. Apartó el libro y caminó hacia Cole. El joven trató de retirarse, pero no pudo dejar de mirar, su boca abierta—. ¿Trataste con tantas fuerzas de pretender que eras uno de nosotros, pretender que eras real, que te has olvidado de lo que realmente eres?

Él sacó una mano, agarrando a Cole por el cuello y tirándolo al suelo. Cole se atragantó y cayó débil, pero no había nada que pudiera hacer.

—*No* eres real, —dijo el Señor Buscador, su tono mordaz—. Sólo eres otro parásito que se ha abierto paso como un gusano a nuestro mundo, alimentándote de todas las cosas que no puedes tener.

—¡Déjale ir! —Gritó Rhys—. ¡Él no es nada para ti!

El Señor Buscador se volvió y miró a Rhys con una consternación honesta.

—Esta criatura depreda a aquellos que yo he jurado proteger, sin importar que no se lo merecieran. Te ha engañado, te ha convertido en un asesino, y te habría convertido en su huésped antes de que pasara mucho tiempo. ¿Por qué defenderlo?

—Te equivocas con él. —Rhys se calmó, y lentamente se puso en pie—. No todos los espíritus son iguales, al igual que no todos los magos son iguales. No todos los poseídos son abominaciones. No toda la magia es igual. —Se extendió profundamente hacia el interior e invocó maná. El dolor era increíble, casi cegador, pero luchó contra él con pura fuerza de voluntad únicamente. Un fuego blanco se arremolinó alrededor de sus puños, el aire chisporroteando con magia.

Eso llamó la atención del Señor Buscador. Rhys podía ver el cálculo en los ojos del hombre: *¿Es un farol? ¿Cuánto poder tiene realmente?* Liberó el cuello de Cole, dejando que el joven cayera al suelo, y apuntó con su espada a Rhys en advertencia.

—No seas estúpido.

Rhys no vaciló.

—Un estúpido es un hombre que se extiende más allá de su agarre. Un estúpido es un hombre que se niega a aceptar que hay límites en su conocimiento. Yo no soy un estúpido.

Cole reptó lejos del Señor Buscador, y luego se detuvo. Miró a Rhys, sus ojos encontrándose… y Rhys vio que estaba llorando. No había negación allí, ningún rechazo ni rabia. Había una revelación. El mundo de Cole se había estrellado a su alrededor, la única cosa que siempre había temido finalmente volviéndose realidad: él no era real.

Y justo así, Cole se desvaneció.

En ese momento, Rhys supo la verdad. Una parte de él, profundamente, siempre lo había sabido.

Era como si un hueco se abriera bajo él, y en él caían todas sus fuerzas para luchar. Su maná se fue, el fuego blanco disipándose, y se hundió de rodillas. *Deja que me mate, pensó. Que termine, aquí y ahora.*

—Estoy decepcionado. —El Señor Buscador caminó hacia Rhys, la boca presionada en una fina mueca—. Parecía que tuvieras más para luchar en ti, Encantador. He esperado esta rebelión un tiempo, y francamente estaba esperando que fuera difícil.

Rhys apenas alzó la mirada.

—Puedes hacerme caer a mí, —dijo él—, pero eso no detendrá a los otros.

—Les llegará su turno. El orden será restaurado, un mago cada vez si es necesario.

—Me temo que es demasiado tarde para eso, mi Señor Buscador, —dijo una nueva voz desde las sombras. Era Evangeline. Caminó hacia la tenue luz, y estaba claro que había estado en una batalla: su armadura estaba cubierta de manchas de sangre, y sus ojos tenían la intensidad sombría de una mujer forzada a matar a aquellos que habían sido una vez sus camaradas. La forma en que caminaba con su espada sostenida preparada, sin embargo, decía que no sería rechazada.

—Ser Evangeline. —El Señor Buscador parecía sorprendido. Se volvió para mirarla, alzando su propia espada alerta e ignorando a Rhys—. Deberías haber huido mientras tenías ocasión. Eres una desgracia para la orden, para tu familia, y para el Hacedor.

Lentamente se rodearon el uno al otro en el agua, los ojos enfrentados.

—De todas esas cosas, —dijo ella—, te equivocas acerca de mi familia. Mi padre estaría orgulloso de lo que he hecho. Él siempre decía que la tiranía era el último recurso de aquellos que habían perdido el derecho a liderar.

—Te enseñó pobremente.

—Evangeline, —graznó Rhys. Se sentía completamente drenado, apenas capaz de mantenerse erguido. Incluso hablar era difícil—. Cole, él…

Ella no apartó sus ojos del Señor Buscador.

—Lo he oído. No cambia nada. —Con eso ella se lanzó. Los dos chocaron, espada contra espada. Danzaron alrededor el uno del otro, combatientes habilidosos sin dar cuartel. Rhys sólo podía observar. Trató de invocar su magia, pero el esfuerzo casi le hace perder el conocimiento.

Había otros en camino. Podía oír el eco de sus voces distantes, los chapoteos mientras corrían. ¿Magos, o más templarios? *Aguanta, Evangeline*.

Ella luchó valientemente. Varias veces Rhys pensó que Evangeline realmente podría sacar lo mejor del Señor Buscador, yendo a él con un ataque rápido tan pronto ella viera una apertura. Cada vez, sin embargo, el hombre rechazaba su golpe o giraba fuera del camino en el último momento.

Lentamente él presionó su ventaja. Evangeline fue forzada a la defensiva, haciendo todo lo que podía sólo para bloquear sus golpes mientras retrocedía. El Señor Buscador sabía que estaba ganando. Empezó a martillear con su espada, cada golpe sonando fuertemente y volviendo su lucha aún más difícil simplemente de aguantar.

Finalmente, más gente surgió a la vista. Eran los magos después de todo. Wynne estaba en cabeza, el bastón brillando con fuerza, con al menos una docena de otros tras ella. Corrieron a través del agua, con intención de detener al Señor Buscador.

Pero fue demasiado tarde.

Todo lo que requirió fue esa única distracción para que el Señor Buscador fuera a matar. Un golpe sólido a la espada de Evangeline hizo que volara de su mano. Giró salvajemente, aterrizando con un salpicar resonante a menos de un pie de distancia de Rhys. El hombre se lanzó antes de poder reaccionar, lanzando su espada a través de su placa pectoral.

—¡Evangeline! —gritó Rhys. Extendió una mano hacia ella, maldiciendo su debilidad… y por un momento en el tiempo, todo se quedó en calma. Rhys no vio otra cosa salvo los ojos de Evangeline encontrándose con los suyos. Había dolor ahí, la pérdida de lo que podría haber sido, y él lo sintió tan agudamente como ella. Evangeline pronunció las palabras *Lo siento*, la sangre saliéndole de los labios. Luego cayó de la espada del Señor Buscador, cayendo silenciosamente al agua mientras Rhys observaba incrédulo.

La carga de los magos se detuvo. Wynne caminó delante de ellos, mirando primero al cuerpo de Evangeline y luego a Rhys… y luego al Señor Buscador, su expresión imperdonable.

—Tus templarios han sido derrotados, —le dijo ella—. Has perdido.

Él no dijo nada al principio. Se quedó en una posición tensa, calculando sus posibilidades. ¿Contra un único mago, herido con apenas un hechizo para defenderse a sí mismo? ¿Contra un joven armado sólo con una daga? Ganaría sin duda. Incluso contra una única templaria habilidosa era más que rival. Contra una docena de magos enfadados, sin embargo… ese era otro asunto por completo.

—¿Y vosotros no habéis ganado nada, —afirmó él finalmente—. Lo que sea que hagáis aquí, no se os permitirá ir libres. Os rastrearemos y os volveremos a encerrar en vuestras jaulas, lo juro.

Los ojos de Wynne se encogieron.

—Hoy no.

El Señor Buscador retrocedió. Alzó su espada, advirtiendo a cualquiera de los magos que golpearía si se atrevían a aproximarse a él, y luego se dio la vuelta y huyó a las sombras. Los magos inmediatamente le dieron caza, sus bastones resplandeciendo con fuego. En unos momentos todos se habían ido, el sonido de sus hechizos desvaneciéndose en los túneles… todos excepto Wynne. La anciana se quedó atrás, sacudiendo la cabeza con tristeza.

A Rhys difícilmente le importaba. Reptó por el agua, luchando contra el dolor y la debilidad para alcanzar a Evangeline. Apenas era consciente de sus lágrimas… en su interior estaba gritando. Esto no era justo. No estaba bien. Evangeline debería haber dejado que el Señor Buscador le matara, no intervenir y sufrir por ello.

Extendió el brazo hacia su cuerpo y lo sacó del agua. Requirió de todas sus fuerzas. Allí él la acunó en sus brazos, limpiando los bucles húmedos de pelo de su cara ensangrentada. Ella parecía casi en paz, sus ojos mirando a algún lugar distante.

—No… no, no, no, —repitió él, el dolor saliendo de él libremente ahora.

No quería dejarla marchar. La quería de vuelta. Rhys se extendió hacia sí mismo, tiró del poco maná que poseía… se sacudió del dolor que le provocó, y lo que salió fue insignificantemente poco, pero puso lo que fuera que tuviera en el cuerpo de Evangeline. Anudó la carne con magia sanadora, cerró sus heridas con magia sanadora. Pero no hizo nada. Ella permaneció pálida y sin vida.

Una mano tocó su hombro suavemente.

—Rhys. —La voz de Wynne estaba adolorida de lástima—. Es demasiado tarde. No puedes…

Él sacudió la cabeza, casi incoherente del dolor.

—Ella es la mejor de ellos. No se merece esto. El Hacedor no *puede* arrebatármela ahora… —Él descansó su cabeza en el pecho de Evangeline, sollozando y rogando en silencio que la muerte le llegara a él también. Había perdido a Cole, había perdido a Evangeline, lo había perdido *todo*. Todo lo que había querido hacer era ayudar, pero en su lugar lo había destruido todo.

Wynne acarició su pelo con su mano. Era un gesto afectivo… y cuando él alzó la mirada vio que había lágrimas compasivas en sus ojos. Le recordó a la mujer que había conocido hacía tanto tiempo… esa heroína de la Ruina que había caminado hacia la Aguja Blanca con una sonrisa cálida y un corazón abierto, de la que se había sentido tan orgulloso de llamar su madre.

—Déjame, —susurró ella.

—Pero no puedes. Ella está…

—Shhhh. —Wynne puso su mano sobre sus labios para silenciarle. Entonces ella acarició su mejilla con cariño, aunque había tristeza y arrepentimiento en sus ojos—. Nunca supe por qué el espíritu me mantuvo con vida, cuando debería haber muerto hacía tantos años. Ahora lo sé.

Wynne volvió su atención a Evangeline. Colocó ambas manos sobre el cuerpo y cerró los ojos. Hubo un estallido de poder. Rhys no sabía del todo cómo describirlo. Se

expandió desde Wynne, llenando el túnel de la alcantarilla con su cálida luz, y él observó asombrado mientras *algo* fluía de ella hacia Evangeline. No era oscuro o terrible. Era vida. Era una chispa.

Al principio parecía como si nada fuera a ocurrir. Pero luego lo vio… el color volvió a las mejillas de Evangeline. De una vez ella cogió aire a bocanadas, jadeando. Sus ojos se abrieron y ella se levantó con pánico. Rhys tuvo que agarrarla para evitar que cayera al agua.

Sus ojos se encontraron. Era ella. Estaba viva.

Luego Rhys se dio cuenta de lo que eso significaba. Miró a Wynne… y vio a su madre sonreír. Era una sonrisa que decía adiós. Y luego cayó hacia atrás y se fue para siempre.

Capítulo 22

Rhys observó las ruinas desde su torre más alta restante, el viento frío revolviéndole el pelo. Las nubes oscuras habían estado amenazando con nieve toda la tarde, el aire cargado de anticipación de una tormenta de invierno, pero nada se había materializado. Parecía que el clima estaba tan inquieto como su humor.

La Marca de Andoral estaba en el mismo límite de Orlais, hace tiempo una poderosa fortaleza del Imperio de Tevinter, la cual había sido saqueada cuando Andraste se alzó con sus ejércitos bárbaros para acabar con el gobierno de los magos. Qué justo que debiera ser aquí donde los magos se reunieran para su primer cónclave desde la Aguja Blanca.

Habían estado llegando a cuentagotas desde que los primeros encantadores llegaran hacía un mes. Una docena por día durante un tiempo, luego frenándose en las semanas que siguieron, hasta ahora las ruinas estaban casi a rebosar con cerca de cien magos… todos apóstatas. Rhys no estaba seguro cómo habían oído hablar de las ruinas, o por qué venían, pero lo hacían. ¿Qué otro lugar tenían al que ir?

Venían hambrientos, con las manos vacías y el miedo en sus ojos así como con relatos de lo que estaba ocurriendo ahora en los otros Círculos. Los templarios habían aplicado medidas severas. En algunos lugares recibían noticias de la Aguja Blanca incluso antes de que los magos de allí las tuvieran, y habían golpeado preventivamente. No provocaba ninguna diferencia. En cada torre, los magos reaccionaban del mismo modo: Luchaban. Muchos morían. El resto huía.

Rhys suponía que debería preocuparse. La destrucción de tantas filacterias les había protegido hasta el momento, pero si los magos de las otras torres podían oír acerca de la Marca de Andoral, también podían hacerlo los templarios. No necesitarían filacterias. Si los templarios iban a venir, sin embargo, necesitarían venir con un ejército. Las ruinas estaban decrépitas, sus muros colapsando y cubiertos de enredaderas, pero sus fortificaciones aún ofrecían protección. Con cientos de magos para manejar las batallas, podían contener a un ejército de diez veces su tamaño… si no más.

Que vengan, pensó sombríamente.

Escaneó el horizonte por centésima vez, pero sólo vio colinas nevadas y cielos negros. Ni un templario a la vista. La guerra civil en Orlais se rumoreaba que estaba empeorando. Había habido una terrible batalla en las Tierras del Centro. Val Royeaux se decía que estaba ardiendo. Si algo de eso era cierto, los templarios muy bien podrían tener sus manos llenas y por lo tanto ser incapaces de tratar con apóstatas escondiéndose en los límites del Imperio.

Rhys escuchó los pasos de Adrian en las escaleras de la torre mucho antes de que ella llegara a la cima. Ella no parecía perjudicada por su experiencia, lo cual no era sorprendente. Adrian era dura. Llevaba las túnicas negras de una primera encantadora ahora… el anciano Edmonde había perecido en la huida de la Aguja Blanca, y Adrian había sido elegida su reemplazo por los supervivientes hacía una semana. Lo que la

convertía en la primera encantadora de, no podía decirlo exactamente. Ella no tenía Círculo. Ninguno de ellos lo tenía.

No evitó que fuera entusiasta acerca de su nombramiento, tan breve tiempo como pretendía mantenerlo. Ella asintió hacia él mientras se aproximaba, apartando los rizos rojos de su cara mientras un soplo repentino de viento los hacía ondear.

—Te están llamando, Rhys, —dijo ella—. Va a empezar pronto.

—Lo sé.

Ella podía haberse marchado, pero en su lugar permaneció a su lado. Miró fuera a las colinas barrosas con él, el silencio entre ellos se alargó.

—Ser Evangeline me dice que has abandonado la hermandad Libertaria. —Dijo ligeramente, como si no fuera algo importante. A Rhys no le engañó. Siempre podía decir cuándo Adrian era mortalmente ofendida—. Dice que planeas unirte a los Equitarios.

Y esto es por lo que ella le había buscado, por supuesto.

—Ya lo he hecho, —respondió él—. El Primer Encantador Irving me pidió esta mañana que ocupara el puesto de mi madre y los representara en el cónclave. Acepté.

—¿*Tú eres* su representante?

—Aparentemente confían en mi juicio.

Ella frunció el ceño pensativa.

—¿Y cómo vas a votar?

—Aún no lo he decidido.

Ella le miró con cuidado, sin duda tratando de discernir el motivo de su ambivalencia. ¿Quizás la Gran Encantadora la había mandado suponiendo que su amistad haría que Rhys confiara en Adrian antes de que comenzara el cónclave? Si era así, era un error. Si Rhys se había sentido separado de Adrian antes, era completamente ahora. Su amistad se había evaporado, reemplazada por una extrañeza que no podía registrar. Iba más allá de su rechazo aquella noche en su cámara. Había algo en el modo en que ella rechazaba encontrar su mirada… y él había estado pensando en ello cuidadosamente.

Adrian se volvió para irse, abandonando sus esfuerzos, pero él la cogió por el hombro.

—Espera, —dijo él—. Tengo algo que preguntarte.

Ella se tensó. Cuando se dio la vuelta, sin embargo, asumió un aire de despreocupación.

—Adelante.

—¿Cómo murió Pharamond?

Eso la sorprendió.

—Los templarios le mataron, y te incriminaron.

—El Señor Buscador lo negó. —Él movió una mano ante su réplica—. Sé que dirás que estaba mintiendo… ¿pero por qué? Dijo la verdad sobre todo lo demás, ¿por qué mentir acerca de eso? ¿Por qué pasar por todo ese esfuerzo por incriminarme? No tiene sentido.

Ella se encogió de hombros.

—Entonces quien fuera que asesinó a los otros debió haber asesinado a Pharamond también.

—Se llama Cole. Lo conociste, pero no le recuerdas. —Rhys encontró la mirada de Adrian, forzándola a devolverle la mirada. Él frunció el ceño cuando ella rompió el contacto de nuevo y apartó la mirada—. La cosa es, Cole le dijo a Evangeline que él no lo había hecho. Él nunca había mentido acerca de los otros asesinatos, ¿por qué mentir acerca de ese?

—No lo sé. ¿Por qué alguien miente sobre el asesinato?

Rhys caminó hacia Adrian, mirándola enfadado. Ella se retiró, sorprendida, hasta que golpeó el parapeto y ya no podía retroceder más. Ella miró tras de sí a la larga caída hasta el patio de las ruinas, y luego volvió a mirarle.

—Creo que hay otra respuesta, —gruñó él.

Ellos se miraron en un silencio tenso. Ella tercamente se negaba a ceder, o a responderle. Luego, lentamente, ella bajó la mirada.

—Está bien, —dijo ella. Su voz era tan silenciosa y cargada de culpa que él supo la respuesta incluso antes de que la dijera—: Yo maté a Pharamond, y coloqué el cuchillo bajo tu cama.

—Dime por qué.

—¿Por qué crees? —dijo Adrian enfadada—. Era la única forma de que Wynne fuera a cambiar de opinión. Ella fue a esa conferencia a hablar a todo el mundo para que no votara para la independencia *de nuevo*, y ella habría tenido éxito. —Ella alzó la mirada hacia él, sus ojos desafiantes—. Ella no se habría alzado ante los templarios, no a no ser que tuviera un motivo para hacerlo. No a no ser que alguien que amara fuera amenazado por ellos.

Rhys sintió su ira hervir. Agarró a Adrian por la parte delantera de su túnica, y fue completamente tentado a lanzarla por el lateral. Habría sido fácil. No había magia que pudiera salvarla de la caída, y no iba siquiera a luchar contra él. De hecho, casi parecía estar desafiándole a hacerlo. Eso lo empeoraba.

—Tú la mataste, —él echaba humo—. Tú mataste a Evangeline, y a toda esa otra gente. Su sangre está en tus manos.

—Acepto la responsabilidad por mis acciones, —dijo ella—, pero no por las de los templarios. Nunca pensé que iría tan lejos. Incluso así, lo haría de nuevo. Pharamond quería morir. Me lo rogó.

—Estás orgullosa de lo que hiciste.

—Tenía que hacerse. Por todos nosotros.

Por todos nosotros. Rhys bruscamente la dejó ir y se volvió. No podía aguantar mirarla… pero, en cierto modo, tenía razón. ¿Qué era un cuerpo más entre los cimientos? Él no podía clamar inocencia, después de todo. Jugó su propio papel en lo que había ocurrido. Había igual cantidad de sangre en sus manos.

No podía evitar recordar la rebelión de Kirkwall, sin embargo. Un mago llamado Anders había masacrado a la Gran Clériga y había detonado una serie de eventos que

llevaron a la masacre de casi cada miembro del Círculo de la ciudad… y él lo había hecho por el bien de todos ellos, porque no veía otra alternativa aparte de forzar una confrontación con los templarios. Sin importar quién se viera atrapado en medio.

¿Era todo lo que les quedaba? ¿Iba cada bando a derramar sangre, a matar al otro en nombre de la moral hasta que sólo quedara uno en pie? No hacía tanto tiempo que había estado convencido de que el Círculo tenía que terminar, que Wynne se equivocaba. Ella había cambiado de opinión, gracias a Adrian, ¿pero y él? Todo lo que sentía ahora era disgusto.

—Hemos acabado, tú y yo, —dijo fríamente—. Fuimos amigos una vez, pero ya no. Quiero que lo sepas.

Ella parecía triste, pero no estaba sorprendida.

—Lo entiendo.

—No entiendes nada.

Él la dejó atrás y marchó por las escaleras de la torre. Empezó a nevar.

Este conclave fue de lejos diferente al último. En lugar de un vasto salón lleno de mármol y cristal tintado, los magos se reunieron en una cámara en ruinas que podrían haber sido una vez las barracas pero ahora no era nada. La mitad de los muros eran poco más que pilas de piedra derrumbadas, y gran parte del techo había colapsado desde hacía mucho tiempo. Las hierbas crecían a través del suelo, y el musgo se aferraba a cualquier superficie que podía. Bien podrían haber estado en un campo dado todo el refugio que ofrecía.

Había mucho más de una docena… extraños primero encantadores, también. Cientos de magos apretujados en la cámara, tantos que no podían esperar que todos estuvieran bajo el poco techo que quedaba. La nieve caía sobre ellos, lentamente acumulándose en pilas en el suelo. Estaban prácticamente hombro contra hombro, dejando sólo espacio para una columna colapsada en el centro… lo que podía pasar por una tarima, supuso él.

Y ahí no había salvo una templaria. Evangeline sonrió con alivio cuando vio a Rhys entrar. Él sonrió en respuesta, apartando lo que había ocurrido con Adrian de su mente. Mientras Evangeline se aproximó a él, más ojos se volvieron hacia él. La conversación en la cámara fluyó y luego se desvaneció por completo. Todo el mundo sabía que el cónclave estaba listo para comenzar.

La Gran Encantadora Fiona se aproximó a la columna colapsada. La elfa trepó cuidadosamente, y cuando se volvió para encarar a la solemne multitud no hubo duda en su posición. Ella parecía indomable. Desafiante. Era fácil creer que hubiera sido una Guarda Gris. Si ella iba ahora a liderarles a la libertad o de vuelta a los brazos de la Capilla permanecía por ser visto.

—Tenemos dos opciones, —anunció ella, sus palabras llegando con facilidad. Nadie siquiera susurraba—. Creo que está claro para todo el mundo aquí las que son: nos sometemos, o luchamos.

Sus ojos escanearon a todos los presentes, desafiándoles a objetar. Nadie lo hizo.

—Si nos sometemos, —continuó ella—, entonces lo haremos como un grupo. Incluso los Libertarios. Volveremos a la Capilla y nos postraremos a su merced. Muchos de vosotros no saben esto, pero la Divina nos ayudó en nuestra huida de la Aguja Blanca. Es una amiga. Quizás ella pueda incluso salvar a algunos de la Tranquilidad o la ejecución… pero con seguridad no a todos.

Nadie habló.

—Si luchamos, luchamos como uno. Declaramos el Círculo muerto, y con ello cualquier intento por parte de los templarios o la Capilla de gobernarnos. Esto significará guerra. La Divina no será capaz de retener a los templarios, si ciertamente siquiera lo intentara. Muchos de nosotros pereceremos en las batallas que seguirán… pero con seguridad no todos.

Aún nadie habló. La nieve cayó con más fuerza a través de los huecos en el techo, pero nadie se percató. Un escalofrío recorrió la espalda de Rhys.

—El tiempo para el debate ha acabado, —dijo la Gran Encantadora—. Ahora debemos actuar, antes de que los templarios vengan y toda opción nos sea arrebatada. Como Gran Encantadora del Círculo de Magos, por la presente llamo a una votación sobre nuestra independencia.

Un murmullo de susurros ondeó por la cámara, pero rápidamente se apagó.

—No todos los primeros encantadores están presentes. He recibido noticias de que el Derecho de Anulación ha sido invocado para el Círculo de Dairsmuid. Todos dentro han sido masacrados, como la Primera Encantadora Rivella. —Ella se detuvo de nuevo, esperando a que los jadeos de shock pasaran—. Otros faltan aún por anunciarse. Los magos aquí hoy han elegido en su lugar ser representados por sus hermandades. Pido a aquellos líderes que se levanten ahora, y hagan que sus votos se escuchen.

El primero en hacerlo fue un hombre mayor doblado, un recién designado primer encantador que clamaba representar a los Lealistas. Entregó un corto discurso en una voz temblorosa, llamando a que los magos se sometieran. No había esperanza en luchar contra los templarios, dijo él. La gente de Thedas nunca aceptaría a los magos libres, y como en la época de Andraste se alzarían como uno y los harían caer. El Círculo era su única esperanza.

No era menos de lo que cualquiera esperara de los Lealistas, pero quizás menos esperados fueron aquellos que le siguieron. Las hermandades más pequeñas esperaban su turno, y cada una elegía seguir el ejemplo de los Lealistas: sumisión sobre resistencia. Pocos como eran sus seguidores, sus palabras aún ejercían una penumbra sobre la cámara. La vida casi parecía drenarse de los ojos de la Gran Encantadora.

Luego Adrian caminó a través de la entrada, no lejos de Rhys.

—¡Los Libertarios votan luchar! —gritó ella. La multitud se apabulló mientras todos los ojos se volvían hacia ella—. ¿Sois todos tan borregos que os tumbaríais y aceptaríais lo inevitable? Si pensáis que algo cambiará si nos sometemos, ¡tenéis razón! ¡Será peor! Cada Círculo se convertirá en una prisión. Cada mago que venga a una milla de este lugar

se convertirá en Tranquilo. No conocen *otro modo,* ¡y nunca lo harán a no ser que se lo enseñemos!

Un murmullo más fuerte acogió sus palabras, pero pocos estaban enfadados. Pocos podían negar lo que había dicho. Por las cabezas que bajaban y las lágrimas que algunos derramaban le parecía a Rhys ser sólo una cuestión de qué resultado traería más dolor que el otro. No había elección a hacer aquí.

Mientras el escándalo se asentaba, la Gran Encantadora volvió sus ojos hacia Rhys. Los Equitarios eran la hermandad más grande, y ahora como siempre antes tenían el equilibrio de poder. Si se aliaban con los Libertarios, juntos superarían a los otros. Si se aliaban con los Lealistas, la cuestión sería aplacada irrevocablemente. Algunos se habrían preguntado por la elección de un portavoz para los Equitarios: un hombre que no era un primer encantado, y que ni siquiera había sido parte de su hermandad hasta esta mañana. Rhys se lo preguntaba él mismo. Se sentía como un pobre sustituto de su madre. Incluso así, nadie suponía cuál sería su respuesta.

Sentía que la mano de Evangeline envolvía la suya y le daba un apretón.

—Todos ustedes saben quién fue mi madre, —dijo a la multitud—, y ella me enseñó algo antes de morir. Era que había llegado la hora de que nosotros dejáramos de lado las suposiciones del pasado… las suposiciones de otros así como nuestras suposiciones sobre nosotros mismos. No sabemos nada de la Tranquilidad, o de los demonios, o siquiera de nuestras propias limitaciones. Lo que sea que venga ahora, sólo sobreviviremos si aprendemos a mirarlo con nuevos ojos. Si no lo hacemos, simplemente cometeremos aquellos viejos errores de nuevo… y sea cual sea nuestro destino, lo mereceremos.

Algunos asintieron ante sus palabras, pero nadie habló. La Gran Encantadora Fiona esperó, y luego le miró con una expresión perpleja.

—Discúlpeme, Encantador Rhys, —dijo ella—, pero no creo que haya dejado su voto claro.

Rhys cogió aliento profundamente, y luego lanzó el último dado.

—Voto que luchemos.

La nieve caía con fuerza esa noche, pero Rhys no le prestaba atención.

Se sentó en una esquina oscura del patio de las ruinas, sólo con sus pensamientos al fin. Había esperado un rugido tras su voto, pero en su lugar sólo había habido silencio. La revelación de que el Círculo de Magos irrevocablemente había terminado había dejado una cuestión a su paso: ¿Ahora qué? No era algo que pudiera enfrentar aún, y por lo tanto se había marchado. Otros magos habían hecho lo mismo, cada uno necesitando llegar a buenos términos con lo inevitable.

Evangeline apareció, cruzando a través de la nieve y el viento. Cualquier otra persona lo habría considerado una intrusión de su soledad, pero no ella.

—Está hecho, —dijo ella mientras extendía el brazo hacia él, su expresión sombría.

—Lo está.

Evangeline sostuvo una mano para ayudarle a ponerse en pie, y él la cogió.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella.

—Mi madre.

Ella asintió tristemente, sin necesitar explicación.

—Estuve al otro lado de esa negrura y Wynne mandó una luz dorada para traerme de vuelta. Fue… precioso.

Evangeline no había hablado de aquella noche desde que ocurrió. Rhys aún estaba asombrado de verla viva. La magia nunca había roto el muro entre la vida y la muerte antes. Se suponía que no era posible, y aún así aquí estaba Evangeline: no era un espíritu, no era un facsímil de la mujer que conocía. Un milagro.

—¿Está… está dentro de ti? —preguntó él inquieto.

—¿El espíritu? No lo sé. No me siento nada diferente.

—¿Recuerdas lo que sucedió antes?

Evangeline no dijo nada al principio.

—Recuerdo a Cole. Recuerdo la mirada en tus ojos cuando tú… te diste cuenta de lo que era. —Rhys asintió, sintiendo la vergüenza quemar sus mejillas, pero ella pasó una mano reconfortante por su hombro—. No deberías atormentarte.

—¿No debería? Él me engañó. Yo, de todos, debería haberlo sabido.

—Yo estuve allí en el Velo. Eso no fue una mentira, Rhys.

Él sacudió la cabeza.

—Pero eso no puede ser. Nunca hubo ningún chico llamado Cole. Eso nunca ocurrió. Debería todo haber sido sólo algún…

—¿Y quién le acaba de decir a los magos reunidos que era hora de hacer a un lado nuestras suposiciones? —Evangeline se rió entre dientes con remordimientos mientras cerraba la boca de golpe—. No sé quién era Cole. Todo lo que sé es que era un alma perdida, y tú trataste de hacer lo correcto para él. Eso es todo lo que importa.

—Creo que yo maté a aquella gente.

—Lo sé. Eso no cambia nada acerca de ti.

Estuvieron en silencio durante un tiempo.

—¿Crees que volveremos a ver a Cole? —preguntó finalmente.

—No lo sé. No lo creo.

Rhys asintió de acuerdo.

—Entonces… ¿qué harás? —Preguntó él en silencio—. El Círculo se ha acabado. Los templarios vendrán por nosotros y habrá guerra, al igual que Fiona dijo. ¿Vas a luchar contra ellos?

Ella le miró entonces y no sonrió, su expresión completamente seria.

—Si eso significa que lucho a tu lado, alegremente moriré de nuevo y no me arrepentiré de nada.

—Entonces enfrentaremos el futuro juntos. —Evangeline asintió y le abrazó firmemente, y él aceptó alegremente el abrazo. Rhys se dio cuenta de la cuestión de lo que yacía por delante ya no parecía tan sobrecogedora. Con ella… el pensamiento se perdía mientras miraba en sus ojos. Él casi la había perdido para siempre. Allí en el patio

en ruinas, la nieve silenciosamente cayendo a su alrededor, se besaron. Se sentía natural y bien.

Ella sonrió y le cogió la mano mientras partían.

—Ven conmigo.

Caminaron juntos hasta un lugar no muy lejos de la Marca de Andoral. Había un roble enorme sólo en un campo, una cosa nudosa y gris tan vieja que parecía imposible que aún aguantara en pie… aún así también tan majestuoso que le arrebataba a uno el aliento. Ese árbol había visto pasar eras. Había visto Ruinas llenar la tierra con engendros tenebrosos y aún así no había sufrido corrupción. Quizás incluso había visto los ejércitos de Andraste destrozar la poderosa fortaleza, aguantar siendo testigo de batallas que habían masacrado a miles y miles de hombres, aún así no había caído.

Fue en el pie de ese árbol donde las cenizas de Wynne estaban ahora enterradas. Había sido sugerencia de Leliana. Wynne no habría querido ningún monumento, dijo ella, sin cripta de mármol ni fanfarrias. Sólo un lugar para descansar finalmente, algún lugar donde aquellos que la conocían pudieran venir y recordarla como era: una mujer que había luchado por lo que había creído, que se había alzado contra los engendros tenebrosos y el caos por igual. Una mujer que había usado los años que se le habían dado para dejar el mundo como un lugar mejor que como lo había encontrado.

Leliana estaba allí ahora, como Shale. El Primer Encantador Irving, también. Había otros también, todos inclinando las cabezas en un triste recuerdo, marcando el paso de su amiga. Incluso el golem no tenía comentarios sarcásticos que ofrecer, la luz en sus ojos era ahora tenue y gris.

Rhys y Evangeline observaron cuidadosamente desde una distancia. Trató de recordar a su madre, y esa última sonrisa que ella le había dado. Su corazón le dolía, preguntándose acerca de la vida que *ella* podría haber tenido. Quizás podrían haber sido buenos el uno para el otro.

Leliana comenzó a cantar. Las palabras eran élficas, pero Rhys las entendía aún así: hablaban de alegría y pérdida, y cómo todas las cosas deben llegar a un fin.

Era a la vez la más terrorífica y hermosa melodía que había escuchado nunca.

EPÍLOGO

El Señor Buscador Lambert caminó hacia su cámara, su cara ruborizada con satisfacción. Rápidamente se quitó su capa negra y la lanzó a un paje elfo que estaba tras él. Quince Caballeros-Comandantes en una habitación, y ni uno sólo había alzado la voz en protesta. Todos sabían lo que necesitaba hacerse. Esos pocos que albergaban reservas privadas o se quedarían en silencio o serían remplazados.

Un ejército se reuniría y los patéticos magos reunidos en la Marca de Andoral serían aplastados… o morirían de hambre, no importaba cual. Sus muertes servirían de ejemplo a todos los que vinieran después. El Círculo de Magos ya no estaba, y pronto sería remplazado por un nuevo orden que finalmente tendría el poder de establecer una paz real. Donde incluso la Capilla había fracasado, los Buscadores de la Verdad permanecerían triunfantes a los ojos del Hacedor.

—Coge una carta, chico, —soltó él.

El paje casi jadeó de miedo, dejando caer la capa así como los papeles que llevaba. El Señor Buscador esperó impacientemente mientras el chico reptaba para recogerlo todo. Él colgó la capa y luego se sentó en el diminuto escritorio, hundiendo un lápiz en el tintero con una mano temblorosa.

—Por el aliento del Hacedor, chico. Si esa carta termina siendo ilegible, tendré tu pellejo.

El paje tragó saliva.

—Sí, mi señor. Su mano se frenó, incluso si sus respiraciones en pánico no lo hacían. Lambert tendría suerte si el chico lograba terminar toda la carta sin expirar en el punto. Bueno, no importaba, mientras fuera escrita y entregada esta noche. Él desató su armadura mientras dictaba:

Más Sagrada,

Los Buscadores son bien conscientes de la parte que jugó en la rebelión. ¿Me llama a la Gran Catedral en medio de la noche debido a un asunto "urgente" sólo para hablar de asuntos triviales? Y luego, cuando vuelvo a la Aguja Blanca, descubro caos… y uno de sus agentes en medio de los apóstatas.

¿Pensó que no me percataría? ¿Creyó que estaba por encima de las repercusiones de tales actos? Fue un día oscuro en el que la Capilla colocó a una mujer tan incapaz sobre el Trono Solar. No me quedaré ocioso y observaré como destruye lo que eras de tradición y ética han construido.

En el año veinte de la Era de la Divina, el Acuerdo de Nevarra fue firmado. Los Buscadores de la Verdad bajamos nuestro estandarte y accedimos a servir como la mano derecha de la Capilla, y juntos creamos el Círculo de Magos. Con el Círculo desaparecido, yo por la presente declaro el Acuerdo nulo y vacío. Ni los Buscadores de la Verdad ni la Orden Templaria reconocen la autoridad de la Capilla, y en su lugar realizaremos el trabajo del Hacedor como se suponía que debía hacerse, como veamos oportuno.

Firmado este día en el año cuarenta de la Era del Dragón,

Señor Buscador Lambert van Reeves

Caminó hacia el escritorio y cogió la carta justo donde terminaba la página. Escaneándola, él asintió aprobador.

—Fíjala con mi sello y colócala en manos de Ser Arnaud. Dile que tiene que llevarla personalmente a la Gran Catedral. *Personalmente*. ¿Queda entendido?

—Sí, mi señor. —El paje salió corriendo de la cámara tan rápidamente que casi tropieza. Lambert cerró la puerta de golpe y se permitió sonreír. Imaginaba a la Divina leyendo eso. Sin los templarios, la Capilla estaba desdentada… nada más que un montón de ancianas armadas sólo con palabras. ¿Qué haría? ¿Trataría de convencer a la gente, tras eras de enseñarles que los magos debían ser temidos y contenidos, que ahora todo era diferente?

En tres días las huestes templarias marcharían a la Marcha Andoral. Con suerte, para cuando volviera victorioso la Capilla habría vuelto a sus cabales y habría escogido a una nueva Divina… una que estaría ansiosa de alcanzar un nuevo Acuerdo con los buscadores, colocando el poder mucho más firmemente donde pertenecía.

El Señor Buscador se quitó el resto de su armadura, atenuó la lámpara brillante, y reptó a su cama. Dormiría bien esta noche. Pronto sería un héroe, los magos serían puestos de vuelta en su lugar, y todo estaría bien con el mundo. Era un buen día, ciertamente.

Mientras el sueño venía lentamente, se dio cuenta de que algo iba mal. Un sonido en la oscuridad… el más leve crujido, como su puerta abriéndose. Inmediatamente extendió la mano hacia su espada junto a la cama, pero antes de poder alcanzarla algo estaba sobre él. Un hombre le empujó hacia atrás y colocó una daga contra su garganta. Se quedó helado.

A la tenue luz de la luna que se filtraba a través de la ventana, captó un vistazo del pelo rubio despeinado del intruso e inmediatamente lo reconoció.

—Demonio, —gruñó él, y siseó de dolor mientras la hoja presionaba contra su carne.

El joven se inclinó cerca, su expresión una de intenciones mortales.

—*Hubo* un Cole, —susurró él—. Os olvidasteis de él en esa celda, y yo oí sus gritos cuando nadie más lo hacía. Fui a él, y sostuve su mano en la oscuridad hasta que se acabó. Cuando los templarios le encontraron, lo borraron todo para ocultar su vergüenza… y yo me quedé indefenso para actuar. —La pena, y quizás incluso el arrepentimiento, cruzaron la cara del joven, pero sólo durante un momento—. Ya no estoy indefenso. —Las palabras lanzaron un escalofrío por el corazón de Lambert.

—¿Qué quieres de mí?

El joven sonrió fríamente.

—Quiero que me mires a los ojos.

David Gaider vive en Edmonton, Alberta, y ha trabajado como diseñador de narrativa para el desarrollador de videojuegos BioWare desde 1999. Es el guionista principal de la serie de Dragon Age (*Dragon Age: Origins* y *Dragon Age 2*) y ha trabajado previamente en títulos tales como *Baldur's Gate 2: Shadows of Amn*, *Star Wars: Knights of the Old Republic*, y *Neverwinter Nights*.